

1/2 francesa

LA AMÉRICA MODERNA

1/2 francesa

4 5 4

LA AMÉRICA MODERNA

REVISTA HISPANO-AMERICANA

PUBLICACIÓN MENSUAL

DIRECTORES:

ENRIQUE DEL CAMPO Y EFRAIM VÁSQUEZ GUARDA

~~~~~  
TOMO PRIMERO  
~~~~~

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

BANDERA, 73

1894

15344



INTRODUCCIÓN



Al dar á luz LA AMÉRICA MODERNA, nos halaga la esperanza de que ella viene á llenar un vacío en las letras hispano-americanas. En efecto, no existe hoy día ninguna revista que tenga carácter esencialmente americano. Verdad es que viven actualmente importantes publicaciones en algunas repúblicas, como *La Revista Nacional* de Buenos Aires, *La Revista Ecuatoriana* de Quito, *Cosmópolis* de Caracas, *La Revista Literaria* de Bogotá, *La Revista Cubana* de la Habana y otras de no menor interés; pero todas ellas llevan carácter nacional y reflejan el movimiento literario del país donde ven la luz.

LA AMÉRICA MODERNA aspira á ser el órgano de cuantos en América manejan la pluma. De este modo podrá conocerse en conjunto la importancia de la literatura latino-americana, que cuenta hoy día con

ingenios numerosos en cada una de las repúblicas que hablan el español. Solamente así, entregando al público, confundidas en un libro, las firmas literarias más acreditadas de América, se podrá desmentir á los que osan negarnos á los americanos condiciones para el cultivo de las letras y de las artes.

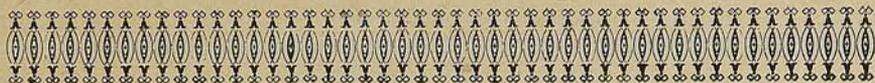
LA AMÉRICA MODERNA, por otra parte, no se ocupará de cuestiones políticas ni religiosas. Los que en ella colaboren tendrán libertad para tocar tales tópicos, únicamente desde el punto de vista científico y de doctrina. No tiene la Revista otro credo que el arte y el deseo de poder llegar sin cuidados á manos de todos los que gustan y viven de los fecundos frutos de la inteligencia.

Las columnas de LA AMÉRICA MODERNA quedan, pues, á disposición de los que quieran ayudarnos en el conseguimiento de nuestro programa.

Desde luego, contamos ya con la cooperación de distinguidos literatos nacionales y extranjeros que nos han enviado originales y á quienes damos las gracias por su generoso y loable concurso.

LA DIRECCIÓN

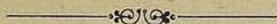




ESTADO ACTUAL

DE LA

LITERATURA EN VENEZUELA



El distinguido editor del *Repertorio de Literatura Hispano Americana* se ha dignado pedirme una reseña del movimiento literario de Venezuela en los presentes días, recomendándome al mismo tiempo no olvidar lo relativo á los escritores y poetas de la nueva generación.

Doy comienzo á tal trabajo con el propósito de hacerlo tan sucinto, tan compendioso como el que puse por obra para la *América Literaria*, y abstrayendo en cuanto sea posible lo común y esencial á las distintas personalidades, si bien de modo que no impida establecer el concepto general de que se desea tener conocimiento, ya por lo delicado y algo irreflexivo que es el dar opinión respecto al mérito y calidades de autores aún en escena, y que por lo mismo pueden con nuevas obras obligar á rectificar juicios aventurados, ya porque lo que se quiere no es una historia pormenorizada ni una

serie de análisis críticos, que no podrían tener cabida en las estrechas dimensiones de escritos de este linaje.

El espíritu necesita de alimento á la manera que el cuerpo. Así como la literatura latina, tan rica y espléndida, nació de la literatura griega; así como la alemana, á pesar de haber surgido espontánea, sólo llegó á dar provechosos frutos en estudiando las tradiciones heroicas de los godos, y los cantos normandos, provenzales y franceses, la literatura venezolana no ha progresado sino cuando la franca introducción de libros la ha puesto en contacto con la de los países adelantados. De tales influencias he hablado en otros escritos del carácter de éste, y son ellas tan conocidas que sería ocioso señalarlas de nuevo; pero es evidente que el prurito de imitar á los pueblos extranjeros, que generalmente impera en Venezuela al igual que en las demás naciones hispano-americanas, así en el orden literario como en el político, ha perjudicado á las veces por modo notable el desarrollo de sus fuerzas intelectuales y morales, que alcanzarían con mayor independencia de carácter y un estudio más entendido de sus necesidades, á fundar una nación próspera y gloriosa en todos sentidos, tales son las condiciones con que ha sido favorecida por la naturaleza.

Al clasicismo amanerado, seco y mortal que sirvió de modelo á las primeras manifestaciones literarias de Venezuela, siguió el romanticismo, que desde su fecundo florecimiento nos dió poetas y escritores famosos, justamente leídos y aplaudidos, á pesar de que algunos de ellos llevaron hasta un grado indecible las exageraciones de la escuela que los presentaba como enfermos de hastío y los hacía olvidar el decoro y la virtud de que eran dechados en las prácticas de la vida. Y digo esto, especialmente, por aquella inconcebible y espeluznante maldición de Lozano.

Al desaparecimiento de esta escuela brilló el neo-clasicismo

romántico, más cuidadoso de la forma y la corrección, con reglas más discretas y fondo más reposado, pero siempre independiente y atrevido en sus concepciones. Bello y Baralt, Toro y José Antonio Calcaño, Arístides Calcaño y Eloy Escobar, Francisco G. Pardo y Heriberto García de Quevedo, José Ramón Yépez y Domingo Ramón Hernández, Camacho y Acosta, Soubllette y Rivodó y algunos más, la mayor parte de los cuales pertenecieron al más exagerado romanticismo, son los principales poetas de la reforma neoclásica romántica, que han acentuado en la generación siguiente Eduardo Calcaño y Jacinto Gutiérrez Coll, Pérez Bonalde y Coronado, Arismendy y Jugo Ramírez, Sánchez Pesquera y Felipe Tejera; Monasterios, Velásquez y Francisco de P. Calcaño, Arocha y González Guinán, y otros poetas más, que mantienen la bandera al frente de la nueva generación que en estos últimos años invade la prensa con tan diversos caracteres.

Hoy por hoy, la literatura francesa es la que más influye en la mayor parte de los poetas y prosadores de la juventud venezolana.

Aunque en el prólogo del *Parnaso Venezolano*, he sentado que la literatura de las naciones hispano-americanas debe ser considerada como una rama ó parte de la española, entiéndese naturalmente, y no pudiera entenderse otra cosa, que me refiero al carácter general que le imprimen el idioma y la raza, lo que no obsta para que, como las literaturas regionales de la Península, tenga signos típicos determinados por el medio en que se mueve, por las influencias interiores y exteriores que experimenta en el curso de los tiempos. Así vemos cómo las aves de una misma familia tienen individualmente ciertos diversos caracteres de forma y de género de vida; y cómo las flores, hermanas y por lo mismo semejantes, se diferencian, no obs-

tante, en forma, estructura, desarrollo, color y otras circunstancias más, diferencias de las cuales se notan igualmente algunas, si no bien por tan diverso modo, en flores de un mismo género y familia, como la rosa ó la dalia.

Y no sólo ejercen influencia en la literatura el carácter y condiciones individuales de los hombres de letras, el clima, la alimentación, las costumbres, la tradición, los tiempos, y todo lo que puede modificar por alguna manera el pensamiento y modo de ser del hombre, sino que la ejercen también y más poderosamente las ideas filosóficas y sociales que vienen desarrollándose en el discurso de los tiempos y alcanzan á privar ocasionando graves acontecimientos políticos y religiosos.

Esto lo vió el mundo al aparecimiento y propagación del cristianismo; viólo en el desarrollo de las ideas filosóficas del siglo XVIII, y lo ve hoy en el camino que abren las doctrinas materialistas de la moderna sociología.

Nuestros gobiernos, que ninguna atención prestan á los hombres de letras, ni dan importancia ninguna á la literatura, debían tener presente esa influencia, no para perseguir á los literatos ni para impedir las manifestaciones de la inteligencia, sino antes bien para rodear á los primeros del respeto, las consideraciones y la protección que merecen el talento y el saber; y para atender á las últimas, cohonestarlas, provocar su más noble dirección con provechosos estudios, y ampararlas ó combatir las por medios de instrucción adecuados, según sean ellas útiles ó perniciosas, que tal es lo que la razón enseña, y la sociedad reclama de los gobiernos ilustrados y justos.

Lo que más adelante tendré que apuntar acerca de algunos partos literarios de la nueva generación, justifica las breves reflexiones que acabo de estampar, porque á las veces son los gobiernos, por imprevisión ó por exagerado espíritu de

tolerancia, los obreros responsables de trastornos políticos y sociales de gran trascendencia para el porvenir de la República.

La obra literaria de Bello y de Baralt, de Toro y de González, de Maitín y de García de Quevedo, de Lozano y de Camacho, y de los que con estos últimos figuraron, no corresponde al período que se me ha señalado para este trabajo, bien que algunos de ellos hubiesen comenzado á romper, como la mayor parte de los que han continuado en escena, la tradición romántica, y manifestasen por igual modo rasgos de intersección entre las dos escuelas, la del clacisismo y la del romanticismo.

De estos últimos, han bajado á la tumba, en reciente fecha, Acosta y Yépez, Arístides Calcaño y E. Escobar, Domingo R. Hernández y Juan Antonio Pérez Bonalde, Benito Esteller y Elías Calixto Pompa, Simón y Francisco de Paula Calcaño.

Naturalmente, sólo me ocuparán los más calificados por el mérito indiscutible de sus obras; aquellos que han publicado trabajos dignos de ser conservados como testimonio de verdadera poesía, de gusto ó de saber, como que para que la labor poética de una nación llegue á contar con obreros entendidos, necesario se hace que haya tenido y tenga también muchedumbre de ensayos, y de aficionados ó cantores adocados.

Cuando logremos ver coleccionados los cantos de nuestros poetas y pueda ser estudiada y clasificada la labor de cada uno, aquilatando las diversas calidades de inspiración, originalidad, gusto, flexibilidad y pureza, acaso acontezca que se considere á José Antonio Calcaño como el mayor de los poetas venezolanos.

Desde sus primeros pasos en la época del romanticismo,

alcanzó él merecida celebridad con cantos tan inspirados y vigorosos como el dirigido á *La Tempestad*, y hoy ha llegado á la cumbre con su silva *Á la Real Academia Española*, trabajo de sabor clásico, en que la nobleza de los pensamientos corre parejas con la hermosura del verso y lo castigado de la dicción poética. La hábil urdimbre del verso, el trabajo escultural del período, la belleza de la onomatopeya, la propiedad de las imágenes, el sobrio y correcto empleo de los calificativos, y otras condiciones artísticas, revelan al verdadero poeta, al literato de sólidos conocimientos y el perfecto equilibrio en sus facultades poéticas, y hacen de tan magistral composición, una joya de la literatura venezolana.

La introducción es nueva, hábil y digna de un maestro:

¿No veis? ¿No oís? ¡Que confusión! ¡Qué estruendo!
 ¡Tiempos de prueba son, de error y espanto!
 No con furia mayor negra tormenta
 las pavorosas alas extendiendo,
 anubla toda luz, ruge violenta,
 desata el huracán, el rayo impulsa
 en fragoroso vuelo,
 hace del firmamento hoguera infanda,
 y colérica manda
 estragos á la tierra, injuria al cielo...

¡Cómo pinta el desencadenamiento de las pasiones! ¡Cómo el cielo y los elementos rechazan rugiendo enfurecidas la torpe voz!

Y la tierra indignada
 bajo el poder impío
 de la planta procaz que la envilece,
 poderosa, rodando en el vacío,
 sorda temblar y rechinar parece;
 como, á merced del ponto abandonada,
 al estruendoso combatir bravío
 de la marina gente rebelada,
 cruje mísera nave y se estremece!

Con nobilísima filosofía y en estilo propio de un gran poeta, exclama con amargura:

¡Oh ambición de poder y de renombre!
 ¡que al cielo olvides en tu loco empeño,
 y pongas tu victoria
 en el aplauso mísero del hombre!
 ¡Ay, tanta sed, y el manantial un sueño!
 ¡Tanta batalla, y el botín escoria!
 ¿Dónde, torpe egoísmo,
 osas llevar el ala?
 ¿Á dónde, orgullo humano,
 descadenado vas, sino al abismo,
 cuando para trepar pides ¡insano!
 á la ignorancia y la soberbia escala?

Imposible sería presentar mayor número de versos de tan extensa composición en este escrito cuyas dimensiones tienen que ser estrechas. Toda ella abunda en bellezas, y el poeta,

huésped cortés del Pindo castellano,

al entrar así en la Real Academia Española, después de exponer el estado del mundo y ensalzar la virtud y el trabajo de la inteligencia á que vive consagrada la ilustre Corporación que depura

su generosa miel en celdas de oro,

enumera cuanto es posible los útiles servicios de la Academia, canta á los grandes poetas castellanos del siglo de oro, y á Colón, á América y á España; celebra el triunfo de la Cruz; se ufana de la sangre italiana y española que corre por sus venas; pide á la sombra del gran navegante que mande al sol de América le dé un rayo de su lumbre, los colores de la tierra maravillosa, la voz de la devota avecilla y el gajo plu-

maje de los bandos que pueblan la montaña, para mostrarse vestido de rústicas galas ante el augusto Cuerpo, como que no necesita de ajeno esmalte quien tiene un minero en cada arbusto.

Admirable es el romance intitulado *La Levita Negra*, escrito en elogio de D. Pedro de Braganza

El de las regias bondades,
de los ingenios Mecenas,
desatador de cadenas,
y atador de voluntades;
el que, hidalgo verdadero,
digno de su estirpe antigua,
que sabe ser, atestigua,
antes que Rey, caballero;

.....
.....

El que cruza entre su gente
sin púrpura ni venera,
y más *preside* que impera,
emperador Presidente.

Á pesar de las ideas republicanas de que hace alarde el poeta en esta como en otras composiciones suyas, se le advina orgullo aristocrático y predilección por las prácticas de la antigua caballería, lo que nada de extraño tiene en un trovador castellano.

Familiares le son á este poeta todas las cuerdas de la lira, y, en comprobación, pueden leerse su admirable *Canto Triunfal á Zorrilla*, *Epístola*, *El Ciprés*, *La Siega*, *El Leñador*, y otras muchas en las cuales sabe conmover profundamente las fibras del corazón. El lenguaje es en él instrumento dócil que así sirve al sentimiento como á la imaginación y á la reflexión.

En no pocos de sus cantos, por la manera ó la estructura,

trasciende la admiración que le inspiran Fray Luis de León y Garcilaso, Byron y Víctor Hugo; pero su musa, pese á los dos últimos, es eminentemente católica.

Eloy Escobar es nuestro mayor poeta elegíaco, y tal vez en toda la América no se encuentre quien pueda parangonársele en el género.

Fóscolo ó Young, Millevoye ó Ruiz Aguilera, hubieran puesto gustosos su firma al pie de elegías tan bellas como las intituladas *Al duelo de Andalucta* y *El Castillo derruido*, por no citar otras.

Alumno de Fray Luis de León, llegó á asimilarse de tal modo la forma y el estilo de este poeta, que en leyendo algunas de sus elegías queda uno en suspenso, como si acabase de oír las voces del siglo de oro:

¡Oh, tú, del carro adusto
 con creciente rumor y aplauso alzada
 al magno templo agosto,
 ya del puñal armada
 y en el lúgubre manto rebozada!

 Y así Bética hermosa
 derruída fué por el Alcides fiero,
 y toda España umbrosa
 al golpe lastimero
 cayó postrada sobre el orbe ibero.....
 ¡Ay! la Alhambra del moro!
 ¡Ay! la reina oriental glorificada!
 Ascuá de rayos de oro
 eras; y hoy, Granada,
 ¡cual Niobe estás en lágrimas bañada!...
 Y tú, Córdoba altiva,
 de Rómulo vestal, y de Mahoma
 sultana imperativa,
 ¿no ves cuál se desploma
 en tí de Arabia el muro y el de Roma?...
 ¿No miras que en tu prado

con lágrimas temblando está el rocío,
sin pastor el ganado,
trememente el caserío
disperso el pueblo y el hogar vacío?

Mayor dominio en el manejo de la lira, bellezas de estilo más puras y más profunda melancolía, propia del asunto, no pudieran exigirse; y ni faltan al poeta las audacias del más intenso sentimiento, como cuando, después de llorar las ruinas de Andalucía, y las de su patria en 1812, exclama:

¿Qué más en duelo tanto
pides, oh Musa, al estro que me inspira?
Mi voz ahoga el llanto,
mi corazón suspira,
y en mis manos *muriendo está mi lira*....

Escobar encalló en otros géneros; su cuerda magistral era la del sentimiento. Alma buena y dulce, llena de caridad y amor, carácter melancólico y sombrío, de temperamento excesivamente nervioso, como enfermo de una nostalgia incurable, no supo más que derramar su cáliz lleno de lágrimas; pero sus lágrimas le han dado la inmortalidad.

La nota heroica era la dominante en la lírica de Francisco G. Pardo, espíritu vivo y entusiasta, galante y caballeresco, que soñaba con los torneos y las justas guerreras de la antigüedad. Adorador de la forma, en sus versos robustos, armoniosos y bien hechos, se admiran los rasgos vivos de un espíritu noble y lo escultural de la estrofa. Gustaba del colorido y de las descripciones, á tal punto, que esta pasión le llevaba en ocasiones á cometer errores que perjudicaban la belleza artística de la obra con inútiles adornos. Hizose más cuidadoso y sobrio con el tiempo, y dejó obras de encumbrado mérito, como su magnífica oda *Alma Mater*, sus ro-

mances indianos y otras composiciones más, entre las cuales debo citar las intituladas: *Porvenir de América*, *A la Libertad*, *Caracas*, *A la Virgen María*, *Soledad*, *A Méjico*.

La oda *Alma Mater*, repito, es en mi concepto la joya de este poeta.

Hay sublimidad cuando, de pie, en medio de la naturaleza, lejos de la mentira y ambición humanas, y despreciando las grandezas del mundo, dice:

En éxtasis bendito
aspira el alma cuanto aquí presencio:
en torno lo infinito.....
y en la selva ese grito,
voz de la eternidad en el silencio.

Su fantasía rasga las sombras de las edades, sube al cielo, desciende, vaga por los tiempos, canta las bellezas del mundo y de la historia, y vuelve á remontarse:

De aquí, de tu almo seno
voy como en alas de veloz querube
á donde rompe el trueno,
ó al claro azul sereno
do juega el sol en la irisada nube;
Voy con el noto ardiente
que agita el mar en tempestuoso oleaje,
á climas de occidente,
donde en ocio indolente
la flecha enarca el guaraní salvaje;
voy con la fiel cruzada
y á las batallas de la Cruz asisto;
y ya, la fe vengada,
en la arena sagrada
beso el sepulcro vencedor de Cristo.

Lástima que este último y hermoso verso resulte un tanto anfibológico.

Ensalza luego la visión y poder de poeta, cuyo plectro de

oro mueven los ángeles, y termina humillándose ante el Criador. La composición es digna de la valentía y popularidad del poeta, abunda en bellezas literarias y aun tiene atrevimientos, como aquel de abrasar en su suspiro

la salamandra que en la llama vuela.

En la oda *A Méjico*, escrita con motivo del fusilamiento del emperador Maximiliano, recuerda que cantó un día á Juárez combatiente indómito sobre el corcel salvaje, encárase con el vencedor, y lo apostrofa arrogantemente:

Yo del laurel del Ávila
guirnaldas te ofrecía.....
¡Ay! á su trono uncía
tu carro el invasor;
hoy de desprecio y cólera
siento inflamarse el alma....
Si al héroe dí la palma,
¡maldigo al matador!

¿Quién no conoce en América la musa hechizadora de José Ramón Yépez, su preciosa balada *Santa Rosa de Lima*, su oda *La Media Noche* donde desborda la poesía, *La Canción de los suspiros*; sus *Nieblas*, *La Golondrina*, y tantas otras del género sentimental y delicado, que le era tan peculiar?

No brillaba Yépez en las odas de largo aliento, esmaltadas de bellos pensamientos, pero escasas de vuelo, pálidas y frías en medio de sus buenos rasgos literarios. Su numen brotaba espontáneo del sentimiento, y su gallardía era la de las musas lacustres y campestres. Tal cual vez, enamorado de una idea, se apoderaba de ella para vaciarla en la turquesa de oro de su ingenio, como hizo con la alegoría del entierro de la luz presentada un día en un escrito por Eduardo Cal-

caño; mas, en tales casos, Yépez, hombre honrado antes que poeta, indicaba la fuente en que había bebido.

Musa de condiciones semejantes á la de Yépez, pero más romántica y sentimental, era la de Domingo Ramón Hernández, nacido para cantar como los pájaros de la selva. Alma tierna y sencilla, en la que todo lo bello encontraba un eco, sus rimas saben á Zorrilla, Arolas y Enrique Gil, y están impregnadas del aroma inefable de la verdadera poesía. Aunque limaba sus versos concienzudamente, tanta gracia, soltura y naturalidad tienen, que parecen fluídos con espontaneidad, escapados del laúd, como dice él mismo:

Del verde limonero se desprenden
los blancos y olorosos azahares,
de las nubes aljófares descenden,
se escapan del laúd nuestros cantares.

¿Quién no lee con encanto aquella oda *Al Firmamento* que

..... cuando la trompeta pavorosa
el fin anuncia á cuanto el orbe encierra,
ha de quedar, pero con luz luctuosa,
como la inmensa losa
que las cenizas cubra de la tierra?

¿Quién *La Niebla, Alas de Mariposa, El Arrullo de las Palomas, La Mariposa Negra*, sin admirar la delicadeza, el sentimiento, el gusto artístico de tan egregio poeta? Hernández sabía encontrar acentos vigorosos y elevados como los de su composición *Á la Estatua del Libertador*, y manejaba la *terzia rima*, el severo terceto, con la majestad con que brilla en los poetas del siglo de oro. Sus versos son testimonio de la sanidad de su alma y la pureza de sus costumbres. Lo mismo que Yépez, abrigaba en su corazón esa fe pro-

funda del varón acostumbrado á meditar en la soledad de los campos,

la fe que un día en nuestro pecho ardiendo
 ara y altar y templo iluminaba
 del Dios que al hombre redimió muriendo;
 la que en nuestros mayores fulguraba
 y el cristiano estandarte victorioso
 de Salén en los muros tremolaba.

¡Yo no puedo recordar á estos dos poetas inmortales, á Yépez y á Hernández, los dos amigos que más me han amado, sin que las lágrimas humedezcan mis mejillas! Aquí está, al lado mío, vacío y solitario, el sillón en que casi diariamente venía á sentarse el ilustre cantor de *Alas de Mariposa*. . . En sus últimos días organizaba sus trabajos poéticos para que yo escribiese la introducción ó ampliase, con el examen de otras poesías, el prólogo que puse al volumen de *Flores y Lágrimas*; pero, como dice él en la muerte de mi hermano Arístides,

la reina de las sombras, la ímpia muerte,
 su cítara triunfal rompió en pedazos.

Todas las literaturas le eran familiares á Arístides Calcaño, que pasó su vida aplicado á las letras; mas paréceme que leía con predilección á Byron y Hugo, á Lamartine, á Musset y á Vigny. De flexible numen, pensador y correcto, cultivó todos los géneros de la lírica y escribió no pocas leyendas en verso, extensas é interesantes. Sus traducciones de *Las Noches* de Alfredo de Musset, y de *La última Lamentación de Lord Byron*, de Lamartine, son magistrales.

Ninguno cantó, como él, con tanta verdad é indignación lo mísero de nuestra vida abandonada y revolucionaria:

Satán ha estado aquí. . . Mustias praderas,
 odio, ambición, rencor, sangre, penuria,
 atestiguan su paso; y por lumbreras
 que tu renombre amparen de la injuria
 en la noche de edades venideras,
 ¡ni un monumento ha alzado nuestra incuria!
 Nave que en su derrota no ve un astro,
 y, si la sorbe el mar, no deja rastro!

.....

Las artes nada más dan honra y gloria
 en el día del tiempo á las naciones;
 son ellas las que graban de su historia,
 con un cincel eterno, las acciones
 que hallan eco del mundo en la memoria:
 Con poemas, estatuas, panteones,
 Miguel Ángel, Praxíteles y Homero
 hablan desde su tumba al mundo entero.

Su romance *Mis gorriones* muestra la ternura melancólica y delicada de su alma, y sus *Melodías hebreas* lo profundo de su sentimiento religioso.

Jesús María Sistiaga fué un poeta satírico, lleno de originalidad y gracia. Á pesar de su vasta ilustración literaria, respetaba poco las reglas y se lanzaba al desempeño del asunto, preocupado sólo por la idea. Sus fábulas son dignas de ser conservadas, y nadie leerá nunca sin reír la filosófica de *El Arriero y el Peregrino*.

Uno de los más vigorosos y elevados poetas de Venezuela, rival por ello de Pardo durante una larga época, es Heraclio Martín de la Guardia. Admirador de Espronceda, rindióle culto durante mucho tiempo, y es uno de los que aún conservan mayores caracteres románticos. Ó por incurria, ó por desdén, ó por arrebatado impulso de la inspiración, descuida á veces la corrección de un verso ó de una estrofa, pero siempre aparece levantado y grandioso.

Sus composiciones de mérito son numerosas, y es lástima

que en estos últimos tiempos, arrastrado por la amistad con el mejicano Díaz Mirón, se haya afiliado entre los efectistas; porque los poetas de esta escuela, sectarios de Víctor Hugo, por el prurito de buscar pensamientos sublimes y frases altisonantes, suelen caer despeñados, deslumbrando sólo un instante como fugaces meteoros.

Tan ilustre poeta como Guardia, que tiene alas propias, brillantes y poderosas, para remontarse en los espacios, no debe atarse á ninguna otra águila exponiéndose á caer en los abismos. ¡Con cuánta inspiración no canta él á la América,

do la onda que dormita
Niágara precipita, -
y el ruidoso caudal desgaja en perlas!

¡Qué hermosos versos, cuántos pensamientos y cuánta indignación y desprecio no derrama en aquel *Caos* que le inspira el presente estado social, guiado por el interés que se impone audazmente!

¡Y ni la angustia, ni el dolor, ni el crimen,
le hacen cejar, dejando en su desvelo,
madres que ruegan, huérfanos que gimen,
hogares tristes y almas sin consuelo!

Distinta de la de Guardia es la musa de Vicente Coronado. Sin su poderoso vuelo, sin sus arranques de inspiración, reposada y tendente al clasicismo, buscando la precisión y los usados giros de los maestros, Coronado ha llegado á alcanzar merecida nombradía, y entre sus diversas composiciones brillan dos joyas que bastan para alcanzar la gloria: *El Cóndor* y *La última Luz*.

Eduardo Calcaño, reconocido en Madrid como un notable orador, espontáneo y elocuente, y entre nosotros como el primero de Venezuela, es también poeta; pero poeta al es-

tilo general de la época, apasionado por el camafeo y la miniatura antes que por las inspiraciones prolongadas y vigorosas; no obstante, no busca en ellas el sólo brillo del color y la belleza de la forma, sino la solidez y quilates de la piedra, y la idea del cuadro. En sus poesías se adivina la detenida gestación del pensamiento y se ve la urdimbre laboriosa del plan. Es un artista en toda la extensión de la palabra. Por ello tiene poesías que deslumbran y vivirán como piedras preciosas en el Parnaso venezolano. *La Estrella de la Tarde, El Rocío y el Lodo, Satanás, El Cómplice, Sacra Navis, La Doncella de Orleans, y El Teniente Calderón*, son del número de ellas.

Cecilio Acosta, que tan pocas poesías nos ha dejado y no picaba de poeta, si no se remontaba tanto en la concepción de la idea, cincelaba magistralmente la forma y el verso; y en sus dos preciosas composiciones *La Gota de Rocío y la Casita Blanca*, nos ha presentado imperecedero testimonio de cuánto pueden el saber y el gusto, ayudados por el sentimiento, para conmover á las musas y regocijarlas.

Literato como él, como él orador académico, de vastísima ilustración, y no de grande ingenio, pero apasionado por la poesía, Jesús María Morales Marcano dedicó sus ocios á traducir á Horacio, y alcanzó así á dejar una obra digna de recordación y vida por los méritos incontestables del desempeño. En caso semejante están el insigne facultativo y académico Jerónimo E. Blanco y el abogado é institutor Ramón Isidro Montes, que en sus numerosas poesías, de relativo mérito, no lograron encumbrarse. De Blanco es la excelente traducción del *Magnificat*, que honra á nuestro Parnaso.

La llamada escuela parnasiana, de que son pontífices Leconte de Lisle y José María de Heredia, tiene hoy un representante en Venezuela: Jacinto Gutiérrez Coll; si bien justo

es confesar que el culto á la forma externa, la afinación del plectro, el pulimento del verso, el trabajo tenaz y escultural de la estrofa, son calidades que se veían ya en sus primeras poesías, antes de que se estableciese la escuela del cantor de los *Poemas bárbaros*, y procede de su carácter personal y de sus condiciones poéticas. Nunca se hubiera dicho mejor que el estilo es el hombre. De maneras y costumbres aristocráticas, pulcro y cuidadoso en el vestir, refinado en todo su sér, como en sus inclinaciones y sus gustos, sus manifestaciones artísticas habían de ser necesariamente el reflejo de tales caracteres; pero como no se adquiere el desarrollo de una facultad sino á expensas de otras y el culto externo, la labor lenta y pertinaz de la obra literaria sofrena el vuelo de la inspiración é impide el desbordamiento de los afectos, Gutiérrez Coll encanta y seduce, mas raras veces conmueve con intensidad, y nunca inspira los arrebatos del entusiasmo. Su larga estadía en París y la boga que hoy alcanza la escuela parnasiana han influido indudablemente en el desarrollo de sus tendencias artísticas.

Entre sus numerosas composiciones brillan *La Noche triste*, *Ausente*, *Nocturno*, *Las Golondrinas*, *Querellas*, y una larga serie de sonetos, entre los cuales los hay como esmeraldas de Muzo ó diamantes de hermosa agua, labrados con esmero.

Quiero reproducir aquí el intitulado *La súplica de la montaña*:

Viento que soplas, temeroso y frío,
 ¿quién por desdicha sobre mí te impele?
 ¿Serás del valle mustio en que se duele
 callada el ave y sin rumor el río?

Sigue con tu lamento en el vacío,
 y tu inquietud mi calma no desvele,

ya que en silencio impenetrable suele
vestir mi cumbre cortinaje umbrío.

¿Pretendes que á tu vuelo tempestuoso
el pabellón opaco se retire
que me abriga en la paz de mis tinieblas?

Déjame solitaria en mi reposo;
y, por que el valle mustio yo no mire,
¡nunca me arranques mi crespón de nieblas!

Uno de los más notables ejemplos de la transición del romanticismo al eclecticismo clásico-romántico es Ermelindo Rivodó, que ha dado á la estampa innumerables composiciones de estos diversos estilos. Yo prefiero entre ellas las modernas como *La Flor del Abrojo*, *Á orillas de un Arroyo*, *El Árbol Seco*, y otras donde se ve que ha sabido sorprender el secreto del buen gusto y de la plástica de los antiguos maestros. Lo mismo puede decirse de Arismendy Brito, apasionado admirador de Bello, y que ha publicado poesías de mérito como *Mater Dolorosa*, *Lección de Flores* y *Luz de la Sombra*. Al mencionar á Bello y sus alumnos, es de necesidad recordar á Amenodoro Urdaneta, cuya silva *El Campo*, magistralmente rimada, nos acuerda del autor del poema *América*, tanto en la forma como en el fondo, sin que por ello deje de tener reminiscencias de antiguos poetas castellanos.

De tal facilidad de asimilación existen en las artes individuos maravillosamente dotados, de tal modo que yo no podría asegurar si son como el viento que arrastra las flores ó como el río que refleja en sus cristales la hermosura del cielo. ¿Quién negará que el poder de imitación, ayudado por el gusto, la flexibilidad del plectro y la delicadeza del sentimiento artístico, prepararon á Juan Antonio Pérez Bonalde para alcanzar la gloria inmarcesible de traducir tan magistralmente á poetas

de la talla de Enrique Heine y Edgard Poe? No hubieran bastado ni la condición de poeta ni el dominio de los distintos idiomas, que otros con estas solas circunstancias han encallado en empresas de tal magnitud. Pero si Pérez Bonalde se inclinó á imitar las bellezas que le hechizaban ó conmovían, escribió también muchas composiciones originales, ricas de inspiración y sentimiento, que le dan alto puesto entre los más egregios poetas venezolanos. *La Vuelta á la Patria*, *Nocturno*, *Allí está*, *Flor*, y varias más, son testimonio de este aserto.

JULIO CALCAÑO

Venezolano

(Concluirá)



LA GALLINA CHASQUEADA



Huevos de pato á veces la gallina
caliente, incauta, en maternal desvelo,
y después, con la cría, sin recelo,
quizás á un claro lago se encamina.

Los polluelos al agua cristalina
corren y se echan, abatiendo el vuelo;
ella, llena de afán y desconsuelo,
gira, se allega y á mirar se empina.

Pero la acuátil turba alborozada
sin escuchar su voz, rompe la ola
en fácil juego, ó silenciosa náda.

Desconoce su estirpe, al fin la cola
recoge la gallina fatigada
y al corral vuelve, pensativa y sola.

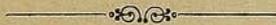
MIGUEL A. CARO

Colombiano





VILLIERS DE L'ISLE ADAM



Augusto Villiers de L'Isle fué un visionario dulce y genial que atravesó el camino de la vida sin sentir el peso de la cruz. Sus amigos «los poetas malditos» le tenían lástima; y al verlo, por las noches de invierno, sentado en un banco del boulevard, con la mirada incierta y la melena en desorden, se decían tristemente:

«Allí está Villiers... De seguro no ha comido: debe de tener hambre. También debe de tener frío, porque su viejo gabán de pieles se ha flordelisado de nieve... ¿Le estará contando sus penas á la luna?...»

¡Ah nó! Lo que Villiers le contaba á Nuestra Señora del Firmamento no era la historia de sus penas y de sus miserias monótonas, sino la leyenda de sus alegrías penetrantes, de sus sueños dorados, de sus goces infinitos, de sus triunfos fantásticos, de sus riquezas encantadas y de sus esperanzas color de rosa. Tenía el alma llena de castillos ideales. De sus labios no podían brotar sino frases galantes, ó carcajadas líricas. El mundo exterior no existía para él y mientras su

cuerpo pequeño y vulgar se helaba bajo los esqueletos de los árboles parisienses, su gran espíritu se entretenía en acariciar los senos implacables de una pecadora celestial.

Entre las cosas del mundo sólo hubo dos que llegaron á interesarle: la nobleza y la Poesía. Ambas fueron esclavas suyas. La primera le vió nacer en una cuna rodeada de lambrequines heráldicos; lo acompañó siempre y le regaló condados y reinos sin obligarle á sufrir el fastidio del gobierno. La segunda se le entregó á la edad de veinte años y fué para él una novia pálida y vibrante que supo embriagarlo con promesas místicas, con tentaciones sobrehumanas, con besos prolongados y con caricias perversas.



¡Fué dichoso!... Y sin embargo, con la historia de sus infortunios se han hecho ya varios libros llenos de emoción y piedad.

Descendiente de una familia noble y poderosa, pudo heredar muchos títulos. Su padre era marqués, conde, señor de Villiers, señor de L'Isle Adam, señor de Choylly y gran maestre de la orden de Malta; su madre se llamaba María Francina de Nepven de Canfort de Bernen de Roche de Crenán de Clos, de la Cour de Ville-Anne de Lescouet y de Coudraije. Ambos habían sido tan ricos como nobles, pero al venir al mundo el único hijo que Dios quiso darles, ya no les quedaba más sino un castillo arruinado y un escudo de piedra «con cuarteles de oro bajo jefe de azur, cargado de un dextroquero vestido de fanón de armiño.»

Así, Villiers no pudo traer á París sino pobreza y esperanza, pobreza que lo salvó de la infinita banalidad de los salones á

la moda; esperanza que le sirvió de apoyo para subir al cielo del ideal.

*
* *

Cuando á mediados de este siglo Grecia se quedó sin rey, Francia, Rusia é Inglaterra se pusieron de acuerdo para buscar un tirano joven que pudiese reemplazar al difunto príncipe de los helenos. Como Francia era entonces poderosa, creíase en Europa que el candidato afortunado iba á ser un noble francés. El emperador mismo se encontraba perplejo sin saber á punto fijo lo que más podía convenir á su política. Unos decían que pensaba buscar un diplomático hábil; otros que mandaría á un general enérgico, y todos estaban de acuerdo en asegurar que Napoleón buscaba un "hombre."

Siendo hijo de condes, nieto de duques, bisnieto de príncipes y tataranieta de guerreros, Villiers se dijo: "¿Por qué no he de presentarme yo á solicitar ese trono vacante?" Y sin pedirle consejos á nadie envió por fin á las Tullerías un pliego blasonado, pidiendo audiencia.

La respuesta no se hizo esperar. El monarca le escribió una carta "de real puño" dándole cita para la semana siguiente.

—"Lo malo, exclamó Villiers al recibirla, es que no tengo frac..." Y casi estaba decidido á renunciar al trono por falta de traje, cuando un cómico le prestó la más hermosa casaca que pudo encontrar en los guardarropas de la Comedia Francesa y le enseñó los gestos más solemnes del ritual caballeresco.

Así preparado, encaminóse, al fin, el poeta hacia las Tullerías, una mañana de primavera. Durante el trayecto pensó con seriedad en su situación de "pretendiente"; acordándose de que los príncipes italianos atraían á sus enemigos para

asesinarlos, tuvo miedo de que los favoritos de Napoleón se hubiesen puesto de acuerdo para tenderle un lazo traidor, por lo cual se decidió á no explicarse más que ante el monarca mismo.

«En aquella época, dice monsieur de Pontavice, el duque de Bassano desempeñaba el cargo de Gran Chambelán de Palacio. Los oficiales de guardia hicieron entrar á Villiers en la oficina. El viejo diplomático quiso sondear al joven poeta por medio de muy discretas preguntas; pero de pronto tuvo necesidad de reconocer que se hallaba en presencia de un personaje distinto de todos los que había visto en el curso de su larga y gloriosa carrera». Villiers, por su parte, empezó á desconfiar del duque de Bassano; creyose víctima de una intriga misteriosa; no quiso responder; no quiso tomar asiento, y al fin dijo:

—Estoy decidido, señor Chambelán, á no hablar más que con el Emperador.

—Perfectament, contestóle Bassano, y la cosa no será imposible, si vuestra señoría quiere esperar que S. M. le señale una nueva audiencia; yo mismo voy á solicitarla mañana; es preciso volver...

—Volveré...

Y salió del palacio con la firme intención de volver; pero luego lo pensó mejor, y cuando Napoleón le señaló una segunda audiencia, el poeta tuvo la osadía de enviarle como respuesta la siguiente estrofa:

«¿Un trono...? para el que sueña—un trono es muy obscuro,—el Rey es pináculo de vanidades humanas—pero tiene á sus piés muchos odios—y á menudo muchas penas en el alma.—Pino es, cubierto de armiño blanco,—cuyas ramas son cetros y laureles.—O está formado de cuatro tablas—lo mismo que un ataúd.»



Más que su propia grandeza, preocupábase Villiers de las grandezas de sus antepasados. La frase célebre del conde de Vigny: «Si yo escribo la historia de mis abuelos, ellos descenderán de mí», le parecía una fanfarronada sin lógica y sin gracia. Para él, la mejor gloria era la gloria más antigua, y los árboles genealógicos que no habían cobijado bajo sus ramas veinte generaciones de guerreros sólo le inspiraban sonrisas irónicas.

«Ahora, decía Villiers, soy demasiado pobre para reivindicar mis derechos, pero eso no me obligará nunca á olvidar mis deberes. Lo mismo que mis abuelos, soy un cruzado que combate por Dios y por la Honra. Mi lanza es la pluma; mi coraza es la ironía; estas armas son más pesadas que las de los caballeros de Malta y más terribles que las de los paladines de la Iglesia.»

Á veces, sin embargo, la ironía le pareció demasiado débil para castigar á los enemigos de la Historia y quiso emplear la cólera.

Una noche en que paseaba sus harapos por el boulevard con la majestad hierática de un emperador, sintióse atraído por un anuncio que decía: *Perrinet Leclerc—drama legendario—en tres actos—por Lockroi y Aniceto Bourgeois.*

Este Perrinet fué uno de los más nobles ascendientes del autor de los *Cuentos crueles*. Hablando de él, dicen los historiadores: «Después de ser el brazo derecho del duque de Borgoña y el mejor amigo de Juan sin Miedo, amparóse de París por cuenta propia. Antes de asegurar si hizo bien ó mal, sería necesario tener una idea justa del sentimiento que en aquella época animaba el corazón de Francia. Los ingleses le

hicieron muchos ofrecimientos en cambio de una pequeña deslealtad; pero él rechazó siempre con energía semejantes proposiciones. En 1435 sostuvo una lucha terrible contra los hijos de Albión, y después de probar que era valiente, combatiendo, probó que era afortunado, tomando á Pontoise.»

Villiers, pues, entró en el teatro con objeto de ver lo que de su abuelo del siglo XV podían decir los dramaturgos del siglo XIX.

Al cabo de media hora de espectáculo abandonó su butaca y fué derecho al director del teatro, exclamando trágicamente:

—Ese Lockroi y ese Bourgeois son dos necios ignorantes que tratan de manchar la memoria luminosa de un gran guerrero de mi familia con calembures estúpidos y alejandrinos enclenques... Yo vengo á pedir que se retire en el acto de la escena semejante melodrama.

—Imposible,—contestó el empresario—imposible; mis abonados se quejarían y yo tendría que arruinarme... quebrar... morir de hambre...

—Poco me importa. Antes de recibir una pieza así, V. debió prevenirme.

—¿Recibirla?... Si esa pieza ya estaba en el repertorio desde hace muchos años.

—Eso me importa menos aún; y ya que V. me niega obediencia, voy en el acto á ver á los autores... ¿dónde están los autores?...

—Están muertos.

—Me alegro... Mañana mismo iré á los tribunales.

Al día siguiente Villiers dirigió, en efecto, al Procurador del Imperio una acusación contra el Teatro de la Puerta San Martín. «Lo único que pido, decía, es que se quemé en una plaza pública el drama; que se maldiga la memoria de los autores y que se condene á cadena perpetua á los cómicos.»

Naturalmente, el pobre poeta no consiguió nada de lo que deseaba. Su petición, sin embargo, era justa y equitativa.

*
* *

En 1879, volvió Villiers á sentir deseos de mando.—Y buscó un trono, y todos los tronos tenían reyes; y buscó una cartera, y todas las carteras tenían ministros; y buscó un curul, y todos los curules tenían diputados; y buscó un departamento, y todos los departamentos tenían gobernadores. Pero tanto buscó que al fin logró hallar un banco de consejero municipal que sólo tenía un candidato.

El poeta se puso á pretender ese "banco". Durante varias semanas anduvo de club en club pronunciando discursos patrióticos y catequizando electores.

Llegó el día de la elección. Los candidatos eran Severiano de Heredia y Augusto Villiers. El primero obtuvo 4,000 votos; el segundo 50.

Dos años después, el poeta decía á uno de sus amigos:

—Lo que más me ha contrariado en este mundo es la derrota que sufrí en las elecciones de 1880.—¿Sabes por qué? Porque si hubiese llegado al *poder* me habría sido fácil prestar algunos servicios á la Poesía. Mi programa era el siguiente: "Demoler, por razones de pura estética, algunos monumentos que, como la Ópera y San Sulpicio, afean á París; restablecer la prisión por deudas con objeto de proporcionar á los artistas un abrigo seguro en las cárceles de Francia, y nombrar á mademoiselle Augusta Holmes miembro del comité de Bellas Artes. . ."

*
* *

Estas anécdotas nos muestran las tres fases esenciales del carácter de Villiers:—desprecio por las grandezas humanas,

veneración de la gloria pasada y amor fanático del arte. En todas ellas se ve, además, la cruel ironía de su destino.

Para formarse una idea justa de la belleza extraña y seductora de sus obras, es necesario leer *Axel*.

Esperando el momento de tomar el velo, Sara, la novicia pálida y fatal, sueña bajo la sombra fría del claustro. Su única diversión consiste en leer algunos viejos manuscritos, que encierran piadosamente la ciencia de ochenta hermanos de la Rosa Cruz que habitaron en otro tiempo la abadía. Entre esos manuscritos hay algunos que refieren la vida de los santos del desierto, otros que cuentan el sacrificio de las vírgenes alejandrinas, otros que hablan de milagros legendarios, otros que ensalzan las siete virtudes teologales y otros que dicen con horror las aventuras del Espíritu Malo. Estos últimos son los que más interés despiertan en el alma de la futura monja que suele pasarse los días y las noches descifrando sus caracteres arcaicos. Cuando lee, sus pupilas se cubren de fosforescencias misteriosas y sus labios palpitan; cuando está fuera de la biblioteca, ni ve, ni oye, ni habla; y si se mueve es con gestos automáticos. Su actitud llega á inquietar á la abadesa que la castiga á menudo para poner á prueba su resignación. Sara no se queja, pero su humildad es puramente exterior. El fondo de su alma está lleno de deseo y de soberbia.

El día de la gran ceremonia llega al fin. La novicia se deja conducir á la capilla; se deja vestir con dalmáticos funerales; se deja colocar bajo el dosel oscuro. No pestañea.

Un capellán recita oraciones. Luego se vuelve hacia ella:

—¿Quieres renunciar al mundo?

—¡Nó!..

La respuesta cae como un rayo sobre los asistentes que sólo esperaban un *sí* religioso para entonar el canto de las nupcias sagradas.

—«Huid, hijas mías, grita la abadesa á las blancas palomas del Señor, huid. . . y cuando estéis lejos de este santuario profanado, implorad la clemencia de Dios y rogad ardentemente por vuestra hermana maldita.»

Al cabo de un minuto sólo quedan dos personas en el templo: el capellán y la novicia.

El primero exclama:

—«Yo quise conducirte al país de la Fe, caminando por el sendero del Amor, bajo una lluvia de rosas. Pero fué imposible. Hoy tengo que llevarte al puerto del Perdón, andando sobre abrojos, por un camino de penitencia, de sufrimiento, de hambre, de oraciones. Tu belleza es hija del infierno; tu mirada es llama de escándalo, tu boca es nido de pecados. . . Mas todo va á desaparecer en el fondo de ese calabozo que será tu celda en adelante. . . Penetra. . .»

Y al mismo tiempo le señala con el dedo crispado la puerta de un oscuro subterráneo.

Sara contempla el agujero con frialdad diabólica. Luego se dirige hacia un pilar donde se halla suspendida, entre mil exvotos piadosos, un hacha de marinero; la coge, y levantándola con un ademán terrible y hierático sobre la cabeza venerable del capellán, responde:

«Yo seré libre porque necesito gozar, porque soy joven, porque tengo las venas repletas de sangre y el corazón repleto de anhelos. . . Tú, en cambio, eres inútil. . . Ese sepulcro está hecho á la medida de tu cuerpo. . . Entra, si no quieres que te rompa el cráneo.»

El sacerdote penetra, efectivamente, en el *impasse*, con el objeto de evitar un crimen supremo á la oveja descarriada del rebaño cristiano.

Entonces, Sara desgarrá sus vestiduras místicas y se escapa por una ventana.

... Y allí va, huyendo del claustro, huyendo del pueblo, huyendo de la patria. Los campesinos que la ven pasar se preguntan con admiración:

¿A dónde irá?

Ninguno sabe que, si corre día y noche sin perder aliento, es porque el báculo de la Esperanza la sostiene.

En uno de los manuscritos de la biblioteca conventual leyó una noche que en cierto palacio de Alemania había un tesoro enterrado, y va á buscarlo.

Al fin llega á la puerta de un margrave joven y austero que se llama Axel y que es el propietario del palacio en donde se halla oculto el tesoro. Pide refugio por una noche, con objeto de acercarse á su ideal, y se lo dan.

Por casualidad Axel conoce la historia de las riquezas escondidas en un rincón de su vivienda, y la misma noche en que la viajera desconocida llega á pedirle hospitalidad, él baja á hacer excavaciones en una galería subterránea. Al cabo de dos horas de vanas pesquisas, ve pasar, á diez pasos de sí, una sombra blanca que se dirige hacia el extremo de la galería, y que, dando una puñalada en el cuartel de piedra de un viejo escudo margraual, hace salir del muro el torrente codiciado de diamantes.

—¡Mi tesoro!—gritan ambos á la vez—¡Mi tesoro!

Luego se miran fijamente. De sus miradas nace un amor extático y sobrehumano, que, siendo eterno, sólo va á durar un segundo.

—«Con estas riquezas, dice Sara, podemos vivir mil años y gozar mil goces.»

—«Sí, responde Axel, pero también nos exponemos á sufrir mil miserias. Más vale aprovechar el único momento sublime que la vida nos ofrece; más vale perecer siendo dichosos. Hemos agotado el porvenir.»

Y cogiendo una copa en cuyo fondo hay algunas gotas de veneno, se acuestan juntos en el gran lecho del Amor y de la Muerte.

Esa es, en resumen, la leyenda de Axel.

*
* *

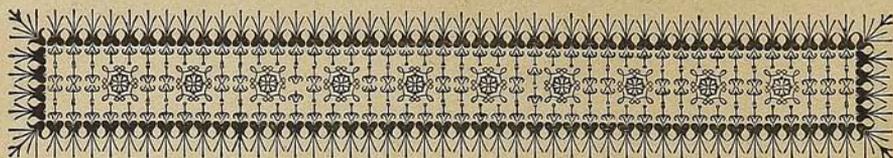
Sí, esa es la leyenda de Axel en resumen; pero en el fondo esa no es la leyenda de Axel. Para serlo le falta el soplo del genio. La frase de Villiers vibra, goza, sonríe, sufre y se queja, como la carne. En su libro, el retrato de Sara parece una caricia diabólica; las descripciones del convento tienen languideces de muerte, y la imagen de Jani s es una mueca dolorosa.—Dicen que Barbey d'Aurevilly escribía los artículos de crítica con tinta negra, los cuentos trágicos con tinta roja y los idilios sentimentales con tinta azul. Villiers hizo lo mismo en un orden más elevado de composición, Sus manuscritos son siempre oscuros, pero su estilo cambia de color cada vez que el asunto muda de sentimiento. Y como sus obras est n llenas de mirajes complicados, las páginas de sus libros hacen pensar en aquellos fragmentos de arco iris que San Juaniperto recortaba en el cielo de Oriente, para cubrir de mosaicos luminosos la ruta lamentable del Señor.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Guatemalteco

París, 1894





FATALISMO

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA CARMEN RIBEYRO)



Brota el rosal para exhalar aromas,
nacen para arrullarse las palomas,
para acendrar la miel nacen abejas
y la tórtola amante
nace para endechar en tristes quejas.

Nace la brisa errante
para cantar en la sombría fronda,
do la sonora linfa le responda,
como también para llorar, á veces,
entre la lobreguez de los cipreses.

Nace la mar rugiente,
que en gigantescas cóleras estalla,
para estrellar sus olas, imponente,
en los rudos peñascos de la playa.

Nacen los corazones
para víctimas ser de las pasiones,
y los séres, cual tú, preciosa niña,
para dar á las almas guerra y riña...

Nó... digo mal... Perdona, Carmencita!..
Tú eres viviente flor embalsamada,
á quien de juventud el soplo agita,
que para amar naciste y ser amada.

MANUEL DEL CAMPO Y.

Chileno

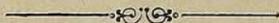




LA MISA NEGRA

(CUENTO DE LA ABUELITA)

A MIS RETOÑOS CLEMENTE Y ÁNGELA PALMA



Érase lo que era. El aire para las aves, el agua para los peces, el fuego para los malos, la tierra para los buenos, y la gloria para los mejores; y los mejores son ustedes, angelitos de mi coro, á quienes Su Divina Majestad haga santos, y sin vigilia.

Pues, hijitos, en 1802, cuando mandaba Avilés, que era un virrey tan bueno como el bizcocho caliente, alcancé á conocer á la madre San Diego. Muchas veces me encontré con ella en la misa de nueve, en Santo Domingo, y era un encanto verla tan contrita, y como se iba *elevada*, que parecía que no pisaba la tierra, hasta el comulgatorio. Por bienaventurada la tuve; pero ahí verán Vds. como todo ello no era sino arte, y trapacería, y embolismo del demonio. Persígnense, niños, para espantar al Maligno.

Ña San Diego, más que menos, tendría entonces unos cincuenta años, é iba de casa en casa, curando enfermos y recibiendo por esta caridad sus limosnitas. Ella no usaba remedios de botica sino reliquias y oraciones, y con poner la correa de su hábito sobre la boca del estómago, quitaba, como con la mano, el más rebelde cólico *miserere*. Á mí me sanó de un dolor de muelas, con sólo ponerme una hora en oración mental y aplicarme á la cara un huesecito, no sé si de San Fausto, San Saturnino, San Teófilo, San Julián, San Adriano ó San Sebastián, que de los huesos de tales santos envió el Papa un cargamento de regalo á la Catedral de Lima. Pregúntenselo Vds., cuando sean grandes, al señor arzobispo ó al canónigo Cucaracha, que no me dejarán por mentirosa. No fué, pues, la beata quien me sanó, sino el demonio. Dios me lo perdone, que si pequé fué por ignorancia. Hagan la cruz bien hecha, sin *apuñuscar* los dedos, y vuelvan á persignarse, angelitos del Señor.

Ella vivía, me parece que la estuviera viendo, en un cuartito del callejón de la Tona, como quien va para baños de Luna, torciendo á mano derecha.

Cuando más embaucada estaba la gente de Lima con la beatitud de la ña San Diego, la Inquisición se puso ojo con ella y á seguirla la pista. Un señor inquisidor, que era un santo varón sin más hiel que la paloma y á quien conocí y traté como á mis manos, recibió la comisión de ponerse en *aguaité* un sábado por la noche, y á eso de las dos ¿qué dirán Vds. que vió? Á la San Diego, hijos, á la San Diego que, convertida en lechuza, salió volando por la ventana del cuarto. ¡Ave María Purísima!

Cuando al otro día fué ella muy oronda y como quien no ha roto un plato, á Santo Domingo, para reconciliarse con el padre Bustamante, que era un pico de oro como predicador,

ya la esperaba en la plazuela la calesita verde de la Inquisición. ¡Dios nos libre y nos defienda!

Yo era muchacha del barrio, y me consta, lo diré hasta en la hora de la muerte, que, cuando registraron el cuarto de la San Diego, halló el Santo Oficio de la Inquisición, encerrados en una alhacena, un conejo ciego, una piedra-imán con cabellos rubios envueltos en ella, un muñequito cubierto de alfileres, un alacrán disecado, un rabo de lagartija, una chancleta que dijeron ser de la reina Sabá y ¡Jesús me ampare! una olla con aceite de lombrices para untarse el cuerpo y que le salieran plumas á la muy bruja para remontar el vuelo, después de decir, como acostumbra esa gente canalla:

—¡Sin Dios ni Santa María!

Acompáñenme Vds. á rezar una salve, por la herejía involuntaria que acabo de proferir. . . .

Como un año estuvo presa la pícara sin querer confesar *ñizca*; pero ¿á dónde había de ir ella á parar con el padre Pardiñas, sacerdote de mucha *marraqueta*, que fué mi confesor y me lo contó todo en confianza? Niños, recen Vds. un padre nuestro y un ave-maría por el alma del padre Pardiñas.

Como iba diciendo, quieras que no quieras, tuvo la bruja que beberse un jarro de aceite bendito, y entonces empezó á hacer visajes, como una mona, y á vomitarlo todo, digo, que cantó de plano; porque el demonio puede ser renitente á cuanto le hagan, menos al óleo sagrado, que es santo remedio para hacerlo charlar más que un barbero y que un jefe de club eleccionario.

Entonces declaró la San Diego que hacía diez años vivía (¡Jesús, María y José!) en concubinaje con Pateta. Vds. no saben lo que es concubinaje, y ojalá nunca lleguen á saberlo.

Por mi ligereza en hablar, y haberseme escapado esta mala palabra, recen Vds. un credo en cruz.

También declaró que todos los sábados, al sonar las doce de la noche, se untaba el cuerpo con un menjurge y que, volando-volando, se iba hasta el cerrito de las Ramas, donde se reunía con otros brujos y brujas á bailar deshonestamente y oír la Misa Negra. ¿No saben Vds. lo que es la Misa Negra? Yo no la he oído nunca, créanmelo; pero el padre Pardiñas, que esté en gloria, me dijo que Misa Negra era la que celebraba el diablo, en figura de un macho cabrío, con unos cuernos de á vara y más puntiagudos que aguja de colchonero. La hostia es un pedazo de carroña de cristiano, y con ella da la comunión á los suyos. No vayan Vds., dormiloncitos, á olvidarse de rezar esta noche á las benditas ánimas del purgatorio y al ángel de la guarda, para que los libre y los defienda de brujas que chupan la sangre á los niños y los encanijan.

Lo recuerdo como si hubiera pasado esta mañana. ¡Jesucristo sea conmigo!

El domingo 27 de Agosto de 1803 sacaron á la San Diego en burro y vestida de *obispa*. Pero como Vds. no han visto ese vestido les diré que era una coraza, en forma de mitra, y saco largo que llamaban San Benito, donde estaban pintados, entre llamas del infierno, diablos, diablasas y culebrones. Dénsen Vds. tres golpecitos de pecho.

Con la San Diego salió otra picarona de su casta, tan hechicera y condenada como ella. Llamábase la Rivero, y era una vieja más flaca que gallina de diezmo con moquillo. Llegaron hasta Santo Domingo, y de allí las pasaron al beaterío de Copacabana. Las dos murieron en esa casa, antes que *entrara la patria* y con ella la herejía. Dios las haya perdonado!

Y fuí y vine, y no me dieron nada. . . . más que unos zapatitos de cabritilla, otros de plomo y otros de caramelo. Los de cabritilla me los calcé, los de plomo se los regalé al Patudo, y los de caramelo los guardé para tí y para tí.

Y ahora, pipiolitos, á rezar conmigo un rosario de quince misterios, y después entre palomas, besando antes la mano á mamita y á papacito para que Dios los ayude y los haga unos benditos.

Amenemén, amén.

RICARDO PALMA

Peruano





DOS CARTAS ABIERTAS



I

Á SOR.....

Del convento en el misterio,
se me finge tu hermosura
flor que agota su frescura
perfumando un cementerio.

Y al verte así, distraída
de tu misión en el mundo,
pienso que Dios, iracundo,
ha de maldecir tu vida.

Que tú no fuiste creada
para tan loco egoísmo,
y tu necio misticismo
á nadie sirve de nada.

Ya cadáver insepulto
sólo para el mundo eres,
mas, olvidas tus deberes
y haces á Dios un insulto;

porque el propio juramento
que al Sér Supremo te ha unido,
también yo lo he recibido
y fué juguete del viento.

Y ese Dios, tan justo y sabio,
á quien de hinojos le ruegas,
sabe que en el pecho niegas
lo que murmura tu labio;

y que en las horas ardientes
de la pasión comprimida,
das en la memoria vida
á mis caricias ausentes.

¿Ni qué digno en tus altares
puedes ofrecer al cielo,
si fueron míos tu velo
y tus blancos azahares?

¿si en la celda solitaria,
en donde mueres de anemia,
es una torpe blasfemia
lo que imaginas plegaria?

¿si los cantos del salterio
que entonas en el altar,

la mancha no han de borrar
de tu místico adulterio?

Podrás, quizá, en el santuario
oscuro de tu convento,
jurar arrepentimiento
al pie del confesonario;

podrás, llorosa y contrita
y humillada sobre el polvo,
oir el *Ego te absolvo*
del confesor sibarita;

podrás, también, al olvido
dar tu primitiva historia
y arrancar de la memoria
mi recuerdo aborrecido;

pero siempre el anatema
de tu conciencia tendrás,
porque solución no das
á este precioso dilema:

ó conmigo eres perjura,
si ya mi amor olvidaste,
ó aquel que á Dios le juraste
es sacrílega impostura...

Pudo el febril histerismo
que enrojece tu semblante,
abrir ayer un instante
entre Dios y yo un abismo;

pudieron tus infernales
promesas, para engañarnos,
un instante colocarnos
á Dios y á mí de rivales;

pero hoy que tu labio necio
nos ha mentido á los dos,
tu amor lo desprecia Dios
y yo también lo desprecio...

Extingue en el claustro obscuro
que tu existencia consume
el venenoso perfume
de tu corazón impuro;

agota los esplendores
de tus ardientes pupilas
y el almíbar que destilas
en tus labios seductores;

y mañana cuando, al verte
en el instante postrero,
sientas el ósculo fiero
de los labios de la muerte,

muere, muere amortajada
en tu sayal voluntario,
único digno sudario
de tu conciencia menguada.

A. P. ECHEVERRÍA
Colombiano

II

Á D. ALEJANDRO P. ECHEVERRÍA

En esta pobre y misteriosa estancia,
en donde siente mi alma arrepentida
de las flores del cielo la fragancia,

tu carta recibí: por ella herida,
caí en el suelo de mi celda estrecha,
con el dolor más grande de mi vida.

Tu mente no imagina, no sospecha,
cuán hondo fué el dolor que me causaste
y á dó llegó tu envenenada flecha.

¡Quién pudiera pensar que tú, que amaste,
que tú, que en tu pasión desenfadada
la bendita inocencia me arrancaste,

dieras á la mujer que fué tu amada,
en premio de su amor y su ternura,
afrentoso desdén! ¡Pobre enclaustrada!

Te amó para calmar tu desventura
y el mundo la maldijo por ligera,
y cuando fué á buscar su sepultura

en el seno de un claustro, traicionera,
la negra ingratitud del inconstante
lanzó á su corazón injuria artera.

De pie en mi celda, atónita, anhelante,
apretando en mis manos el breviario,
leí la carta de mi antiguo amante;

y al ver que estaba sola en mi calvario
y que tú me enviabas tu desprecio,
destrozé con mis manos el rosario,

y en frente de tu altivo menosprecio
como muerta caí en la celda fría:
jera aquel golpe demasiado recio

y dado con sobrada alevosía
para que yo pudiera soportarlo,
sin sufrir el horror de la agonía!

Lo que por mí pasó, no sé contarlo...
inquietud... un dolor... un calofrío...
no sé qué, ya no puedo recordarlo;

mas al fin de aquel loco desvarío
cogí la carta, la escondí en mi pecho
y derramé de lágrimas un río.

El llanto me calmó; junto á mi lecho
me arrodillé, sacrílega y llorosa,
muriéndome de pena y de despecho.

Era el amanecer: pura, radiosa,
entró la blanca luz por mi ventana,
luz del Señor que confortó á su esposa,

y al ver aquel fulgor de la mañana
iluminar mi frente enrojecida,
reflejo fiel de la miseria humana,

me sentí de este mundo desprendida,
perdoné de tu epístola el lenguaje,
y oré, Alejandro, por tu frágil vida.

Esta carta es el último homenaje
que rinde un corazón apasionado
á quien le hirió con temerario ultraje.

Para nosotros todo ha terminado:
no soy una mujer, soy *religiosa*;
no tengo corazón, tú lo has matado!

Sola, me acojo á Dios, no estoy llorosa,
al sayal de una monja nadie alcanza:
la querida murió, le abrió la fosa

quien le arrancó la flor de la esperanza;
puedo reflexionar con sangre fría,
del bien y el mal sostengo la balanza;

por eso puedo ya, sin cobardía,
contigo discutir tranquilamente,
segura de la paz del alma mía.

.....

¿De qué me acusas? Habla francamente:
¿de haber buscado asilo en un convento,
donde posar mi fatigada frente?

Y si este fué en verdad tu pensamiento
¿por qué no me llevaste á los altares
y diste vida á tu alto sentimiento?

¿No pudieron los vivos luminaires
de mis hermosos ojos conducirte
hasta una choza con sus viejos lares?

Muchas cosas pudiera yo decirte;
mas no seré contigo despiadada:
no puedo con mis labios maldecirte

á tí, de quien, al cabo, fuí la amada:
¡pudores de un amor pasado y muerto!
¡cortesía de una alma contristada!...

Al fin y al cabo, ya he llegado al puerto
y en esta celda, que es mi sepultura,
mi cuerpo encontrarán un día yerto.

Dios te colme de dichas y ventura!...
Por tí rogaré á Dios mientras yo viva,
y al dejar esta tosca vestidura,
cárcel en donde mi alma está cautiva,
por tu felicidad pediré al cielo
y Él ha de oír mi voz caritativa.

Sólo hay un Dios que es fuente de consuelo,
ese es el solo amor que satisface
y que hoy me envuelve en este negro velo.

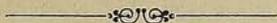
Gloria mundana el viento la deshace;
la celda es un sepulcro; mas no miente
y muestra sin disfraz el desenlace.

La campana del coro ya se siente...
¡Que vivas en la paz y la concordia,
que adores en el Dios omnipotente
y que Él tenga de tí misericordia!

SOR MARÍA DEL PILAR
ADOLFO VALDERRAMA
Chileno



¿DEBEN LOS MILITARES VOTAR Y SER ELEGIBLES?



En algunos países de civilización avanzada é igualmente adelantados en instituciones militares, los miembros del Ejército y de la Armada no votan ni son elegibles (1). Si alguno quisiera hacer válida la elección de que hubiera sido objeto, tendría que abandonar la carrera.

Hay entre nosotros una pronunciada tendencia á admitir análogas disposiciones legales, y, recientemente, un general del ejército, diputado al Congreso Nacional, presentó un proyecto de ley concebido más ó menos según aquellas ideas. La proposición fué rechazada, aduciéndose que importaba una ofensa á la Constitución de la República.

Desde luego me declaro también partidario de la opinión de que los militares activos no deben tomar participación directa en la política. No deben votar ni ejercer, como tales,

(1) Entre cuantas disposiciones podría citar, prefiero, por su admirable claridad y precisión, la del artículo 49 de la ley militar del Imperio Alemán de 2 de Mayo de 1874: «*El derecho de tomar parte en las elecciones, ya sea para los militares pertenecientes al ejército activo.*»

funciones electivas. Añadiré, sin embargo, no para evitar posibles antipatías, sino por mera lealtad filosófica, que al pensar así tengo en vista directamente el bien de la clase armada y apenas indirectamente el de la sociedad civil. Diré por qué, con relación al gobierno militar.

El gobierno que más divide es el gobierno militar. El general que fuese elevado al poder sólo por el hecho de ser general, esto es, por la influencia que en esa cualidad ejerciera, comenzaría, si fuera muy feliz, teniendo consigo las decididas simpatías de una de las mitades de la fuerza armada. La otra se mantendría á la expectativa, luego cambiada en descontento y en sorda, si no violenta oposición. Pocos hombres, y nunca los que no tuvieran para ello especial educación, han dejado de guiarse en el gobierno en cierta medida por las inclinaciones del corazón, amor ó simpatías. Si esas inclinaciones no se revelan en los pocos casos en que los actos están trazados por la ley y deben traducirse forzosamente en justicia literal, ha de descubrirse fatalmente en la infinidad de ocasiones en que tales actos deben llevar solamente la inspiración del criterio propio de la autoridad. En estas circunstancias, han de ser favorecidos los amigos. De aquí disgustos, quejas, irritación, indisciplina. Los que hoy sufren ó dicen sufrir, dominarán mañana al lado de otro jefe, á quien la rueda de la fortuna elevará seguramente á su tiempo. De tal modo, siempre una buena mitad de la fuerza armada estará en oposición con la otra. Si en todas las cosas la unión hace la fuerza, cuando se trata de la *fuerza* misma, el principio es mucho más evidente, y, recíprocamente, es claro que la desunión debilita y disuelve. Nada hay más eficaz para destruir á los militares que un gobierno militar. Entre tanto, es una verdad que se afirma sin necesidad de demostración, que el país necesita un ejército y una armada. Es, pues, en beneficio direc-

to del ejército y de la armada que debemos desear que los militares no se desgasten en la política.

Por otra parte, y tomando la cuestión en otro sentido, consideremos el peligro público que entraña el condensar en las manos de una clase toda la suma de las funciones del poder público. La fuerza es la sanción del derecho. Ella sólo se explica, en un pueblo culto, por la obediencia que debe guardar al principio soberano que está llamada á servir. Si la sociedad, después de haber depositado en las manos de cierto número de sus miembros, armas, disciplina y todos los elementos materiales de la fuerza, aun les confía el poder de declarar los casos de aplicación de esa misma fuerza, no hay duda que esa sociedad habrá enajenado su soberanía y pasado á vivir de la buena ó mala voluntad de los pocos hijos á quienes haya confiado tan extensas atribuciones. En principio, pues, los militares no deben gobernar.

Las observaciones que anteceden se refieren más á lo que se llama propiamente *militarismo*, ó gobierno militar, que á la competencia electoral activa y pasiva de los ciudadanos armados. Pero, si pensamos en que es precisamente el hecho de poder los militares elegir y el derecho de ser electos lo que puede producir regularmente el militarismo, nos convenceremos de que, siendo una cosa condición de la otra, lo que fuere verdad para una, lo será para ambas.

No olvidemos, entre tanto, que ser militar es un accidente y que lo permanente y esencial es ser ciudadano. El hecho de vestir uniforme no altera necesariamente la naturaleza del hombre, ó mejor, de todos los hombres, ni debe inhabilitar al ciudadano para cualquier cargo en que sus aptitudes pudieran hacerlo útil, sin exclusión de la suprema magistratura nacional. Lo necesario es que el militar no gobierne como tal. Que arroje el uniforme aparatoso, símbolo de la jerarquía que

mantuvo entre una clase determinada, para vestir levita igualitaria, con la cual no tendrá que dar voces de mando, sino presidir la libre evolución de la sociedad entera.

Persistiendo en la afirmación de que los militares no dejan de ser ciudadanos y apenas por accidente están inhibidos del ejercicio de ciertas funciones cívicas, conviene establecer algunas reservas referentes á la dificultad de acertar en la elección de miembros de esa clase para confiarles atribuciones de gobierno. Los ciudadanos armados son hechos de la misma masa de sus demás compatriotas;—no son, sin embargo, perfectamente iguales á ellos, si atendemos á las cualidades adquiridas por unos y por otros en el ejercicio de sus recíprocas actividades, cualidades que en el correr de la vida los pueden desviar mucho del fondo de igualdad originaria. Es indudable la influencia de la costumbre sobre el carácter. Puede afirmarse que cada profesión crea su idiosincrasia. El carácter civil se forma de la práctica de gobernar ó ser gobernado; el militar en la de mandar y ser mandado. Entre el gobierno y el mando hay diferencias tan esenciales, que sería invariablemente funesto aplicar á una de esas órdenes no ya las reglas, apenas el espíritu de la otra. Y tan enérgica es la influencia impresa por la educación de la costumbre, que solamente es lícito esperar que consigan dominarla hombres de cualidades superiores, verdaderos tipos geniales á quienes sea dado sobreponerse á las contingencias que esclavizan á la generalidad de sus semejantes. Es por esto que de los militares rara vez surgen buenos estadistas y en muchos casos han contrariado en el gobierno la propia acción benéfica que ejercieron cuando empuñaban armas. Wéllington, que, como general, despejó el camino por donde Inglaterra pudo continuar ejerciendo en el mundo su influencia liberal, fué en la Cámara de los Lores uno de los espíritus más estrechos, según nos informa

el elocuente H. T. Buckel. Ejemplos de este mismo hecho abundan en la historia de todas las naciones. La verdad es que la educación del militar lo predispone á cualidades negativas de gobierno. Si esto no es absoluto, es frecuente.

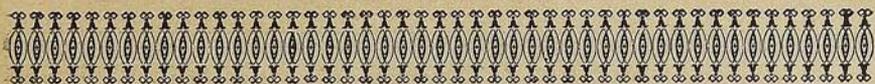
En el dominio de los hechos ó del pensamiento es siempre verdad que los abusos se provocan. Había en este país, hace bien poco tiempo, y tal vez se conserve aún, la preocupación de que todos los males provenían de los abogados. Hoy comienzan á decir que todos son producidos por los militares. Dirán mañana lo mismo de los ingenieros de los médicos, si continuamos cometiendo la extravagancia de atribuir el gobierno á una clase determinada. Parece evidente que el hecho en sí de haber alguien recibido el grado de bachiller en derecho ó en matemáticas, ó el de doctor en medicina ó en cánones, no le da ni le quita virtud para ser gobernante ó cualquier otra cosa. Toda nuestra historia política muestra que las diversas clases de letrados han dado al gobierno, á la administración y á la legislatura, ejemplares genuinos de los vicios y virtudes de cada época. Entre tanto, en el Brasil, por lo menos, ¡cuánta gente hasta ahora parece no preocuparse si nó de la investidura académica! Pienso que debemos tener muy en cuenta las letras de cada cual; pero lo esencial es que sepamos qué cualidades tiene para el puesto á que aspira ó que nosotros queremos darle. Así, no rechazaría yo el candidato por el hecho de vestir ó haber vestido uniforme; prestaríale mi apoyo si viese en él cualidades personales y adquiridas indispensables para el buen desempeño de determinadas funciones, y entre las condiciones exigidas pondría desde luego la de no acumular el carácter de ciudadano armado al de mandatario civil.

El proyecto de ley al que estas páginas deben servir de justificación, respeta la letra constitucional. Sin embargo,

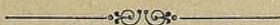
aun cuando la Constitución permitiera, y no discuto ahora esa hipótesis, que la ley ordinaria excluyese á la clase armada, no me parecería acertado proponerlo desde ahora. Pienso que esa conquista de la libertad ha de venir por un movimiento de patriotismo y de buen sentido del mismo ejército. Será entonces más estable y se obtendrá de modo más digno. Entre los militares brasileros hay muchos elementos esclarecidos que han de predominar algún día, y entonces, edificados por los ejemplos, que no faltarán, de la funesta influencia del gobierno militarizado, será entonces realidad consagrada la iniciativa que las circunstancias actuales han hecho fracasar. Los mismos militares, inspirados por la noble, mas para ellos indebida, ambición de glorias políticas, comprenderán que la verdadera gloria del soldado se conquista en campo bien diferente, cultivando su arte tan interesante, disciplinando las masas destinadas al combate, infundiendo á la nación la confianza en que su integridad y su decoro serán respetados *por la razón ó por la fuerza*, como dice el escudo de los chilenos, y lo que es más, apartando del espíritu público, que necesita tranquilidad para el trabajo fecundo, la importuna preocupación de la inestabilidad del orden interno. Tal situación sería, sin duda, útil para todos, pero es esencialmente una condición para que los militares sean felices y para que la nación tenga un ejército.

J. F. DE ASSIS BRASIL

Brasilerero



VOCABLOS ESTROPEADOS



El capítulo séptimo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, contiene el siguiente sabroso diálogo entre el último y más famoso de los caballeros andantes y su célebre escudero:

«En el tiempo que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia.

«Dijo Sancho á su amo:

«—Señor, ya yo tengo *relucida* á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme.

«—*Reducida* has de decir, Sancho, dijo Don Quijote, que no *relucida*.

«—Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que, cuando no los entienda, diga: Sancho ó diablo, no te entiendo y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan *fácil*.

«—No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote; pues no sé qué quiere decir *soy tan fácil*.

«—Tan *fácil* quiere decir, respondió Sancho, soy tan así.

«—Menos te entiendo ahora, replicó Don Quijote.

«—Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga; no sé más; y Dios sea conmigo.

«—Ya, ya caigo, respondió Don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan *dócil*, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.

«—Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el principio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras doscientas *patochadas*.»

Los noveleros del diccionario se apoyan en el pasaje anterior para sostener que sus barbarismos deben ser aceptados sin repugnancia, puesto que son comprendidos por los mismos pedagogos que los censuran.

El argumento es más especioso que sólido.

Las personas que raciocinan de la manera mencionada, olvidan que el ingenioso hidalgo no siempre entendía los despropósitos de Sancho, necesitando á veces un momento de reflexión para colegir su sentido; que si se da carta blanca á cualquiera para inventar palabras antojadizamente, se introduce la anarquía en el idioma, con mengua de la literatura y grave perjuicio del trato social; y que jamás podrá calificarse de correcta una frase que imponga el trabajo de sustituir mentalmente una dicción por otra, como si se estuviera traduciendo un trozo escrito en una lengua extranjera.

Don Tomás de Iriarte, en una de sus mejores fábulas, ha comparado las palabras con las monedas.

En efecto, los vocablos deben asemejarse á las monedas acuñadas por el Estado, que circulan universalmente de mano en mano en toda una nación; y no á las señas (llamadas más

comunmente entre nosotros *fichas*), que representan un valor arbitrario y que sólo sirven para las relaciones recíprocas del empresario que las emite y de un reducido número de personas.

*
* *

Al concluir el diálogo que he reproducido antes, se ha visto que Sancho empleaba el sustantivo *patochada*, y que en esta ocasión nada tuvo que reprochar su severo interlocutor.

Mientras tanto, en Chile, se dice ordinariamente *pachotada* en vez de *patochada*.

Los que así hablan, pretenden enmendar la plana no sólo al buen Sancho, sino también á la Academia y al uso corriente de los buenos escritores.

Don Benito Pérez Galdós, en su novela titulada *Tristana*, dice:

«—Le avisaré... Pero no salga con alguna *patochada*.»
(Capítulo XXV.)

En *El Conde de Tolosa*, escrito por Federico Soulié y traducido por don Eugenio de Ochoa, se lee la siguiente frase:

«Siempre lo que se anuncia con tanta pompa acaba por ser una *patochada*.» (Tomo III, capítulo VII.)

*
* *

Con frecuencia, en nuestro lenguaje familiar se oyen frases como esta: «La niña volvió *turumba* á su necio galán», esto es, le dejó atolondrado ó confundido.

El *Diccionario* de la Academia enseña que no debe decirse *turumba*, sino *tarumba*.

Los escritores españoles de alto y bajo coturno corroboran este dictamen.

Así don Juan Eugenio de Hartzenbusch escribe en su fábula *El viaje de Hércules*:

Bien sabe cualquier persona
de más ó de menos pro
que el sepulcro pareció
de Hércules en Tarragona.

Bien se sabe que este asunto
á muchos volvió *tarumba*,
y que no se halló en la tumba
ni una raspa del difunto.

Don Ramón de la Cruz se expresa de este modo en el sainete titulado *Los payos en el ensayo ó Comedia de Valmojado*:

JOAQUINA

..... Volvióse
por hoy *tarumba* el ensayo.

Don Leandro Fernández de Moratín pone la siguiente frase en boca de doña Juliana, en el acto I, escena I, de *La escuela de los maridos*:

«Al hombre mas ladino le volvemos *tarumba* cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle.»

Por último, el duque de Rivas dice, en su comedia *La morisca de Alajuar*, jornada II, escena 2:

CORBACHO

..... *Tarumba*
con tu ceguedad me vuelves.

*
* *

Gimiquear, Gimiqueo, Girimiquear, Girimiqueo, son voces bastante usadas en Chile.

El *Diccionario* de la Academia no las admite, y, en lugar de ellas, acepta *gimotear*, que significa «gemir con frecuencia», y *gimoteo*, que denota la «acción y efecto de gimotear.»

En el mismo sentido, puede decirse, según el expresado léxico, *lloriquear*, *lloriqueo*.

Don Manuel Bretón de los Herreros ha empleado también, en vez de *gimoteo*, el vocablo *gemeque*, en el acto III, escena 1.^a, de su comedia *La redacción de un periódico*:

- Vete allá dentro á rezar
por ti y por él, por los dos.
Lo que quiero es obediencia,
y no llantos y *gemeques*.

Pero este último nombre tampoco ha sido canonizado por la Academia.

*
* *

Replantigarse no es verbo castellano; pero en Chile se usa con mucha frecuencia.

Según el *Diccionario* de la Academia, ha de decirse *replantigarse* ó *repanchigarse* en el sentido de «*arrellanarse* en el asiento y extenderse para mayor comodidad.»

Don José María de Pereda, en el capítulo VIII de su novela *Sotileza*, escribe:

«¡Vaya si tengo razón! exclamó el comerciante, *repantigándose* en el sillón, completamente satisfecho de su triunfo, aunque sin extrañarse de él.»

Don Pablo de Jérica emplea también el verbo *repantigarse* en el capítulo XXII de su traducción de *Kenilworth* por Walter Scott:

«¿No te han dicho ya que sólo le causará una leve indisposición, como las que suelen ellas fingir á cada paso, sin con-

secuencia, para poder *repantigarse* las holgazanas sobre un canapé, en vez de desempeñar sus tareas domésticas?»

Repanchigarse es mucho menos usado.

*
* *

Y ya que la Academia ha empleado el verbo *arrellanarse* en la definición de *repantigarse*, es el caso de llamar la atención sobre el primero de dichos verbos para corregir el defecto que entre nosotros se comete al escribir y pronunciar *arrellenarse* en vez de *arrellanarse*.

La forma correcta de este vocablo puede verse en el siguiente pasaje tomado de la comedia *Flaquezas ministeriales*, escrita por don Manuel Bretón de los Herreros:

FONSECA

Gracias. Ni un bajá del Bósforo
más á gusto se arrellana.

(Acto II, escena 5)

*
* *

Un poeta chileno ha usado el verbo *rengar*.

El vulgo dice entre nosotros *renguear*.

Sin duda, ambos verbos han sido formados del adjetivo *rengo-a*, que significa lo mismo que *renco-a*, esto, «cojo por lesión de las caderas.»

Ni *rengar* ni *renguear* existen en el léxico de la Academia.

El padrón oficial del lenguaje castellano sólo registra el verbo *renquear*, á que da la acepción de «andar como renco, meneándose á un lado y otro.»

En el poema titulado *Esvero y Almedora*, escrito por don Juan María Maury, se lee:

Quiere él seguir; alega agravio; frisa
 en sainete la díscola querella,
 pues *renqueando* y encogido el pecho,
 les pretende probar que anda derecho.

(Canto I)

Don Andrés Bello escribe en el canto segundo de *El Orlando Enamorado*:

Á mal agüero tuvo Astolfo el caso
 y llevar se hace, *renqueando*, al lecho,
 do el hueso le ajustó con mano lista,
 y con potente ensalmo, un algebrista.

*
 * *

Muchos, casi todos, dicen en Chile *guarizapo* por un individuo despreciable, por un sér repugnante que, como el gusano, se arrastra en el lodo.

El vocablo mencionado no existe en castellano.

El *Diccionario* académico solo consigna *gusarapo* y expresa que "se da este nombre á diferentes insectos pequeños y de varias formas que se crían en el agua y en lugares húmedos."

Es una palabra despectiva, que evidentemente viene de *gusano*, lo mismo que el adjetivo *gusarapiento-a*, "que tiene *gusarapos* ó está lleno de ellos", y en sentido figurado, "muy inmundo ó corrompido."

La fábula de don Tomás de Iriarte, titulada *La Oruga y la*

Zorra, va á suministrarnos un ejemplo de la forma correcta de esta dicción estropeada entre nosotros:

Preguntábanse, pues, unos á otros:
 ¿por qué este miserable *gusarapo*
 el único ha de ser que vitupere
 lo que todos acordes alabamos?

*
 * *

Breque, según la Academia, no es más que un pez bastante común en los mares de España y conocido también con los nombres de *albur*, *breca* y *pajel*.

Mientras tanto, definiendo el vocablo *brete*, el *Diccionario* enseña que es el «cepo ó prisión estrecha de hierro que se pone á los reos en los pies para que no se puedan huir.»

En consecuencia, no se debe decir, como es de uso corriente entre nosotros, *estar ó poner en un breque* por *estar ó poner en un aprieto ó conflicto*, sino *estar ó poner en un brete*.

Así lo indica expresamente el vocabulario académico, siguiendo en esto á los buenos escritores del habla castellana.

Don Tomás Rodríguez Rubí, en su comedia titulada *La Rueda de la fortuna*, pone los siguientes versos en boca del Marqués de la Ensenada:

Señor duque, este país,
 como vive respetado,
 no estrañéis que haya negado
 lo que há tiempo le pedís.
 Porque, amigo, es gran simpleza...
 yo así lo juzgo á lo menos,
 que por motivos ajenos
 nos rompamos la cabeza.
 Que la Inglaterra os engaña;
 pues bien, ponedla en el *brete*...
 mientras que ella nos respete,
 no debe mezclarse España...

(Acto II, escena 8.^a)

En la escena 1.^a, acto IV, del drama *La madre de San Fernando*, escrito por don Cayetano Rosell, se lee:

Su hijo Nuño, el retador
de su rey, metió en un *brete*
á los Castros, y á la corte
y á Castilla, por hacerse
con la tutela del niño.

*
* *

He oído una acalorada disputa entre dos estudiantes sobre si debe decirse *liona* ó *leona* en el sentido de bullanga ó alboroto.

Ambos contrincantes reconocían que lo más común era pronunciar *liona*; pero uno de los dos sostenía que esto debía atribuirse sólo á una simple corruptela y que el verdadero vocablo era *leona*.

En apoyo de esta última opinión, un distinguido amigo mío me refiere que en el norte de Chile suelen bajar de la cordillera de los Andes á los establecimientos de minas algunas *leonas* que andan en busca de carne fresca para sus cachorros.

Cuando esto ocurre, los mineros se juntan en el lugar amagado por la fiera, y se preparan para darle caza.

Con este motivo, se arma una gran fiesta ó cacería, que se ha bautizado con el nombre de *leona*.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la palabra *liona* no es castellana, y que *leona*, aunque lo sea, no tiene la acepción que se pretende atribuirle.

El vocablo autorizado por la Academia es *liorna*, que, según el *Diccionario*, significa "algazara, baraúnda, desorden, confusión."

El *Diccionario Enciclopédico hispano-americano* dice que esta voz *liorna* viene "del mucho tráfico y movimiento que hay en el puerto de la ciudad de su nombre."

Don Ramón Joaquín Domínguez, en su *Diccionario nacional ó Gran Diccionario clásico de la lengua española*, agrega que "esta expresión se debe á los españoles que regresaron de la guerra de Italia."

Según el *Diccionario Enciclopédico*, la ciudad de Liorna, en Toscana, "empezó á prosperar en tiempo de los Médicis.

"El gran duque Fernando I creó su puerto, y diéronle mayor vida los judíos españoles y portugueses que en ella se refugiaron."

El empleo de *liorna* en la acepción de algazara ó bullanga ha sido, pues, en su origen una verdadera metáfora, que el uso ha convertido en término corriente.

Algunos autores escriben con letra mayúscula el expresado vocablo, como para recordar su procedencia.

Don Manuel Bretón de los Herreros, en su comedia titulada *La redacción de un periódico*, dice:

Yo no sé quién ha metido
á mi padre en tal *Liorna*.

(Acto I, escena 2.^a)

El mismo escritor, sin embargo, en su comedia en un acto *No más muchachos ó El solterón y la niña*, trae el siguiente pasaje:

"PASCUAL.—Sí, señor; pero... diez muchachos! ¿Qué va á ser de nosotros? ¡Buena *liorna* va á haber en esta casa!" (Escena 3.^a)

En vez de *liorna*, me parece que no habría inconveniente para decir *leonera*, que, según el *Diccionario*, significa el "lu-

gar en que se tienen encerrados los leones», la «casa de juego», y el «aposento habitualmente desarreglado que suele haber en las casas de mucha familia.»

En el capítulo XIV de la novela titulada *Tristana*, escrita por don Benito Pérez Galdós, encuentro el siguiente trozo:

«Siempre que compro algo, me engañan; no sé apreciar el valor de las cosas; no tengo ninguna idea de gobierno, ni de orden, y si Saturna no se entendiera con todo en mi casa, aquello sería una *leonera*.»

En resolución, creo que nuestro vocablo *liona* no es más que una mutilación de *liorna*.

Considero inútil agregar que, siendo espurio el simple *liona*, sus compuestos *alionar*, *lionero*, bastante usados entre nosotros, deben ser igualmente repudiados.

*
* *

Estoy cierto que muchos de los que emplean estos términos estropeados alegarán también en su defensa que la Academia ha aceptado algunas veces estas alteraciones en los vocablos.

En efecto, el *Diccionario* académico admite *alverja* y *arveja*, *anafe* y *anafre*, *faldriquera* y *faltriquera*, *frazada* y *frezada*, *galopar* y *galopear*, *dintel* y *lintel*, *murciégalo* y *murcié-lago*, etc., etc.

Pero es indudable igualmente que la docta corporación no acoge con facilidad los resabios de pronunciación, y que si al fin lo hace, es sólo por acatar el uso de respetables autoridades.

Concretándome, por ejemplo, al sustantivo *murciégalo* ó *murcié-lago*, no puede negarse que esta última forma es hoy día la más común; pero también es preciso convenir en que la

voz *murciégalo* aparece patrocinada por escritores de nota, entre los cuales se encuentra Lope de Vega y Quevedo:

Para celosas pasiones,
ponerse aceite en las sienas
y darse de mojicones;
ó si no sangre caliente
de *murciégalo* en la frente.

LOPE DE VEGA

(*Los locos de Valencia*, acto I, escena 8.ª)

Murciégalos de la garra

QUEVEDO

(*Jácara*)

En cambio, don Tomás de Iriarte, en su fábula *El León y el Águila*, dice:

Dió el Águila muchas quejas
del *murciélagos*, diciendo:
¿hasta cuándo este avechucho
nos ha de traer revueltos?

Don José Joaquín de Mora ha compuesto una fábula titulada *El Murciélagos y el Mirlo*, que no está coleccionada en sus *Poestas*.

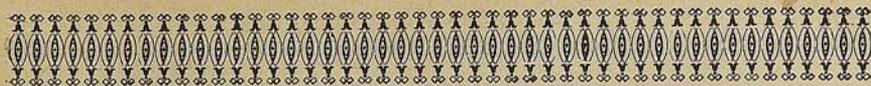
Mientras tanto, don Félix María de Samaniego ha escrito otra fábula rotulada *El Murciélagos y la Comadreja*, que empieza de este modo:

Cayó sin saber cómo
un *murciélagos* á tierra.

No necesito añadir que los vocablos incorrectos sobre los cuales he llamado la atención no han sido hasta ahora apadrinados por ningún hablista, ni merecen serlo, y deben, por lo tanto, arrojarse al basurero, como todo objeto estropeado é inservible.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES
Chileno





HISTORIA DE UN PAJARITO

Á MI HIJA MARÍA LUISA



Llora, llora, urú-taú,
en las ramas del yatay;
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú.

Carlos Guido y Spano.

E quanto a me io vi diró il vero.

Gioberti.

A tí, mi María Luisa, te diré para empezar que, si conti-
núas amando LA VERDAD, LO JUSTO Y LO BUENO, poseerás al-
gún día todo el saber filosófico de Platón, la ciencia de LO
BELLO, y la belleza sublime, que es la belleza moral.

Ten presente, sin embargo, ya que tu espíritu se desen-
vuelve, que tu pecho se dilata y tu alma se eleva, anticipán-
dote á la hora de las revelaciones febriles, que: "el conoci-
miento de los hechos, sin sentido ideal y sin elegancia, no es
cosa viva, sino muerta, no es un organismo animado, sino
una momia ó un cadáver."

En cuanto á Carlos Guido y Spano, él conoce perfecta-

mente las leyes de la armonía pitagórica, no ha menester sermones; y convendrá conmigo en que no hay, en efecto, cosa menos platónica que la ciencia *descarnada*, tal cual se la cultiva en este siglo de análisis.

Para mí, nada flaco es bello, por más que se diga que la gordura es enemiga de la belleza.

¿Ó puede darse algo más horrible que un esqueleto?

Sí, dirá un médico amante de la verdad: la mentira.

Bien, no discutamos, estoy haciendo una introducción, indispensable, obligada, necesaria; porque amo á Carlos Guido y Spano lo mismo que á un hermano. ¡Tiene el alma tan tierna, los sentimientos tan nobles, el corazón tan depurado de cieno! Y luego, ¡él amó tanto á mi padre! ¡Tanto, que juntos le enterramos y juntos lloramos sobre su tumba sagrada, en aquellos días luctuosos de duelo universal! Tú eras entonces más feliz que ahora. Tus ojos, no habían vertido aún lágrimas de fuego.

Si no me engaño, quedan hechas las prevenciones, salvedades y cortesías del caso, y puedo, de consiguiente, proseguir.

Establezcamos, pues, las proposiciones, materia de este escrito ó carta, plática ó estudio, memento ó crítica, haciendo, como quien dice, un poco de ciencia en familia, envuelta en los harapos de mi elocuencia á la violeta; bien entendido que tomo la palabra *ciencia*, en su más lata acepción, es decir, en cuanto ella implica el conocimiento de una cosa y no el conjunto de conocimientos sobre una materia.

¿Es bello el *urú-taú*?

¿Llora?

¿Lo hace en las *ramas* del yatay?

¿Existe ó no el Paraguay?

El compositor Bernasconi, que les ha puesto música á las

estrofas de Carlos Guido y Spano, mirando al *urú-taú* al través de los prismas luminosos de su fantasía, lo ha visto sin duda bello: no de otro modo los que asistían á las representaciones del famoso trágico Kean, lo veían sin joroba. La imaginación embellece, exalta, sublima, todo cuanto entra en su dominio, y considerada como sentido estético es tanto ó más falaz que el corazón.

El que recitando esas mismas estrofas marca las sílabas *urú-taú*, creyendo que acentúa la más correcta onomatopeya, se imagina, de igual manera, que el individuo que las murmura quejumbroso es algo de ideal en su belleza, que pico, ojos, cuerpo, forma, plumas y color constituyen el conjunto de un pajarillo sin par en donosura.

El que se figura verlo columpiarse en las *ramas* del *yatay*, no piensa seguramente que el *yatay* es una planta tropical, inter y subtropical, que puede, sin embargo, vivir raquítica, estéril, incolora é inodora en un clima como el de Buenos Aires; testigo, si no, las mil palmas de la calle larga del «Parque 3 de Febrero», por no decir el lastimoso plagio ó parodia de la famosa avenida del Jardín Botánico del Río.

El que, por fin, escucha, entre el triste lamentar del sér alado, las patrióticas exclamaciones del sér humano que en la mente del poeta ha sobrevivido á la destrucción de una nación entera, duda, por lo menos, un momento, si la devastación ha sido total.

...*Io vi diró il vero.*

Va á saberse cómo me hallo en aptitud de contestar, satisfactoriamente, me parece, á las cuatro interrogaciones *ut supra*.

Tengo á la vista la carta de un amigo eminente, así por la posición que ocupa como por su egregio estilo, ya sea que escriba ó que hable, carta que dice:

.....

«Acabé de leer tu último cuadro (*Nandurocay: Tempestad y Sol*, 26 de Octubre de 1878). Vas á hacer un negocio con unas usuras judaicas, si á más de hallar verdaderas minas de oro ó plata te vuelves con este mundo nuevo de armonías y de imágenes.»

.....

«Yo no viajo; pero quiero flores y pájaros de todos los climas..»

.....

«Sé feliz, escribe cuadros, halla minas, sal del presente y vive en el porvenir.—Adios.»

Los deseos de un amigo son para mí órdenes supremas.

Me puse, pues, á buscar pájaros, y aunque es más fácil *tenerlos* que hallarlos, poco tardé en poseer una colección.

Entre los inocentes prisioneros hallábase un *urú-taú*.

He podido, como se ve, estudiarlo de cerca, observar sus costumbres, penetrar, por decirlo así, en sus misterios de su frágil sér.

¿Es bello el *urú-taú*?

Decididamente no lo es.

Imagínate, hija mía, como que pertenece á la familia de los *buhos*, una lechuza igual á las que has visto en los alrededores de Córdoba, revoloteando sobre una *biscachera*, cuando salías á caballo, dejándome lleno de mortal inquietud; pero imagínatela con cabeza de pichón deforme, y deforme boca, y tendrás al mentado *urú-taú*.

¿Llora el *urú taú*?

Decididamente no llora.

Tiene costumbres extrañas: apenas sale el sol, hunde su enorme cabeza en el pescuezo y fija sus redondos ojos en él; unos ojos translúcidos, amarillentos, como un topacio en bruto,

y así permanece horas enteras extático, como magnetizado, cataléptico ó deslumbrado.

Declina, se pone, se oculta completamente el soberbio monarca de los cielos, y el *urú-taú* sale en el acto de su inmovilidad; se agita, se estremece, se encrespa, como un papagayo que siente aproximarse la fresca lluvia en día canicular, y en seguida comienza y repite, hasta el cansancio, con marcadas intermitencias ó intervalos isócronos, sus acentuadas y uniformes modulaciones.

Quizá llora, me dirás, la desaparición del sol, en cuya luz se mira durante el día, como me miro yo en tus grandes ojos negros al través de la distancia y de los mares.

Pero es que entonces, si en vez de cantar llorara, los ecos del bosque repercutirían acompasadamente, con algunas variantes, el idealizado canto, al despuntar la aurora; y no es así.

¿Quién puede confundir la agitación y el lamento de la paloma torcaz, con el aleteo y el canto estridente del *hornero* ni el grito autero (1) especie de voz de alarma del *teru-teru*; con el canto del zorzal?

Observando un poco la naturaleza, las escenas, ya tiernas, ya terribles, que tienen por teatro la selva, el árbol, la rama, la yerba, la flor, en la eterna lucha por la vida de todos los seres organizados, no es posible confundir sus pasiones, sus apetitos, sus preferencias, sus gustos, sus hábitos, el rugido formidable del tigre, que siente instintivamente la proximidad de un enemigo natural; con el gruñido de salvaje amor que lanza cuando acaricia á su felina compañera; ni el rugido desgarrador del potente toro, cuando huele la sangre del matadero, con el alegre balido de la *hacienda* saliendo á la ma-

(1) Esta palabra americana, sinónimo de alarmista, no está aún incorporada al Diccionario de la Lengua Castellana.

drugada, paso á paso, del corral, ó del *rodeo*, para pacer en plena libertad por los pastosos campos y abrevarse en el arroyo cristalino.

La córnea del ojo de las aves nocturnas no está hecha, por otra parte, para bendecir la luz; luego si se hacen oír al ponerse el sol, no es lamentado su desaparición, sino al contrario, saludando al genio de las tinieblas en el que se inspiran.

Si el poeta templó su lira en esta ocasión por referencias, como lo hizo Domínguez cuando, cantando al ombú, le saludó como habitante indígena de la Pampa, confundió la causa con el efecto, que le dijo: llora el *urú-taú*.

Triste es la hora en que su voz se oye, que no hay crepúsculo alegre; pero el canto es en sí mismo monótono y fastidioso, como el de tantos otros avechuchos raros que viven en comunidad ó hacen comercio de amistades con murciélagos y vampiros.

¿Llora ó canta (porque es igual) el *urú-taú* en las ramas del *yatay*?

El *yatay* es una especie de palma (1), es decir, una planta del género endógeno que crece del interior al exterior, en forma de columna adornada de anillos nudosos que, esculpidos por el cincel de la naturaleza, marcan su edad con precisión; tiene hojas espléndidas, vivaces en toda estación, que adornan su encumbrada cabeza, cayendo como rizos elegantes sobre sus hombros sin contornos, por decirlo así. Ramas no tiene. Concediendo mucho, podría decirse que tiene un vástago ó vara que brota de su tallo ó tronco, puesto que rama es eso y sólo eso.

¿Existe ó nó el Paraguay?

Esto es un poco más prosaico ya.

Te diré, no obstante, hija mía, que «las Musas son mujeres celestiales que no desfiguran sus facciones con artificios, y

(1) El *yatay* da fruta y sus hojas son un excelente engorde para el caballo.

que cuando lo hacen, llorando por ejemplo, es con el secreto designio de embellecerse." Por manera que es posible que Carlos Guido y Spano, que está en el secreto, haya tenido esto presente al componer su canción; porque, efectivamente, este país es magnífico: cielo, luz, vegetación, clima, producciones, hombres, mujeres, todo convida á visitarlo.

Así, pues, cuando oigas decir en la vieja Europa que el Paraguay *no existe*, contesta que los poetas no son geógrafos, y como prueba de ello agrega que acabas de recibir noticias mías de allí.

Hoy es día de mi santo, y he pensado que no podía hacerte mejor obsequio que enviarte estas líneas por el correo, con un beso en alas del viento, y mi bendición.

Recitabas, si mal no recuerdo y el cariño no me ciega, con mucha gracia y expresión el *urú-taú*.

¡Que lo que acabas de leer no te retraiga en lo sucesivo de enseñárselo á tu hermanita, mi dulce Esperanza Eduarda!

Shakspeare es el primero de todos los escritores modernos y el poeta de la naturaleza por excelencia. Nada hay en él que no sea real. Á pesar de su mérito, ha sido tachado de no saber historia.

¿Qué importa, entonces, que Carlos haga llorar á un pájaro que canta: que le cuelgue ramas á una planta que no las tiene; y que diga que no existe el Paraguay, si son lindos sus versos y hallan eco en muchos corazones?

Hija mía: llora al pajarito que me distrajo algunos días en mi soledad, que no pudo resistir á la esclavitud y que murió, sin duda de pena, el mismo día en que debían sacarlo de su país.

¡Bendita seas!

¡Adios!

LUCIO V. MANSILLA
Argentino





CAÍDA DE TARDE



(SONETO)

El tinte virginal y pudoroso
de las últimas cimas palidece;
un siniestro fulgor se desvanece
en el Oriente triste y doloroso.

El astro rey se va, como un coloso
de antigua edad. . . En el azul se mece
una gasa flotante, que parece
el ropaje de una hada, vaporoso.

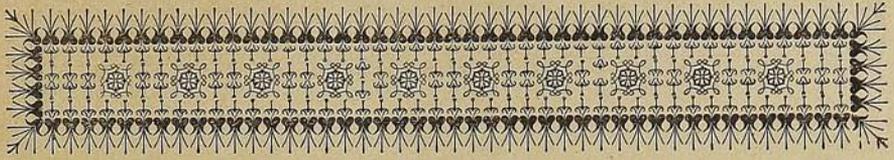
Todo lo vago surge, y es su imperio. . .
Las formas van soñándose indecisas. . .
Despiertan los recuerdos y el misterio. . .

Y, muertas ya del día las sonrisas,
el *Angelus* del viejo monasterio
se siente aletear entre las brisas.

J. G. VALLEDOR SÁNCHEZ

Chileno





LA CIENCIA POLÍTICA

AL DOCTOR LUIS FELIPE VILLARÁN



I

El entendimiento humano ha hecho profundas evoluciones al través de los siglos y de los acontecimientos. Los progresos de cada época histórica, las diversas etapas recorridas por la humanidad para llegar á la cima de la más elevada civilización, los grandes sacudimientos políticos y sociales, los cambios de religiones y de leyes, el maremagnum de doctrinas en competencia, los atrevidos descubrimientos del genio industrial, las sangrientas guerras internacionales, la irradiación de tantas teorías nuevas y el estímulo producido por mil otras causas grandes ó pequeñas; han tenido necesariamente que influir en forma trascendental en el modo de ser de la inteligencia y del criterio del hombre. De aquí porque se palpan tantas reformas y cambios en las ciencias, en las artes, en las

letras, y en todos los horizontes de la actividad individual y colectiva.

La ciencia política, que á la vez puede y debe comprender el arte del Gobierno y las reglas que rigen la organización del Estado, no se ha quedado atrás en tan fecundo movimiento de transformismo y progreso.

No faltan quienes nieguen á la política su carácter científico.

No es *ciencia*, se dice: es un empirismo radicado en la malicia y pasiones de los hombres.

Los que así se expresan, desconocen por completo lo que es el ciudadano, lo que son sus derechos y obligaciones, lo que son las leyes que rigen á las sociedades y los elementos constitutivos del Estado moderno.

El hombre es un ser *inteligente y libre*. Tiene como fuerzas instintivas las ideas de *libertad*, de *progreso* y de *sociabilidad*.

Hombre y sociedad son, dos factores inseparables, como los teólogos pintan el alma y el cuerpo.

La sociedad se hace para que el hombre dé desarrollo á sus facultades activas.

Es indispensable para esto el *orden*, y para que haya orden se requiere *autoridad*, y para que haya autoridad se necesita *fuerza*.

Luego no se concibe sociedad política sin Gobierno armado de los medios coercitivos suficientes para mantener el orden, base de la libertad.

Los actos humanos, como resultados de esfuerzos inteligentes, están sometidos á leyes que presiden su generación y desenvolvimiento.

El estudio del conjunto de reglas que forman el fondo de estas leyes mantenedoras del gobierno de los pueblos, es una ciencia vastísima y complicada, que constituye por sí sola una de las ramas más poderosas del saber humano.

Es preciso concebir á los pueblos como entidades que obran impulsadas por la fatalidad ó movidas por fuerzas mecánicas á semejanza de cuerpos lanzados al espacio, para desconocer la existencia de leyes inteligentes en la producción de los actos humanos y en el gobierno de las masas.

Luego existe una ciencia política que abraza el estudio de estas leyes, de estas reglas generales, subordinadas, por lo demás, á mil contingencias, á mil peripecias, y á la relatividad característica de todo lo que es manejado por hombres y para hombres.

Es innegable que la política, á la vez que ciencia abstracta, es arte de aplicación práctica; pero son dos cosas distintas la ciencia y el arte. La una estudia las leyes primordiales, el otro su posible aplicación; la una determina el mejor sendero para encaminar á un pueblo, el otro señala los elementos y precauciones para hacer efectiva la marcha; la una es la estrategia y el otro la táctica; la una, en fin, es la cabeza que concibe el plan y el otro el brazo que lo ejecuta.

La ciencia es fija, requiere para su conocimiento genio é ilustración. El arte es multiforme y variable por naturaleza, y requiere para su conocimiento una mezcla de malicia, de ingenio, de mundo, de experiencia y de estudio del corazón humano y del pueblo que se gobierna.

Se puede ser un profundo conocedor de la ciencia y un lamentable artista. Y suelen no ser los mejores artistas, los más sabios en la ciencia política.

La ciencia del Gobierno germina en los gabinetes; en cambio, el arte de la política vive en medio del pueblo, en contacto íntimo con sus pasiones, sus miserias, sus noblezas, sus supersticiones, sus defectos y cualidades.

II

La ciencia política ha marchado casi paralela con la noción que del Gobierno han tenido los pueblos al través del tiempo.

La antigüedad estaba basada en el socialismo del Estado.

El individuo era ola del vasto océano.

El Estado todo lo absorbía entre sus brazos de pólipo.

La ciencia política de esta época de la humanidad se resiente de ese socialismo invasor, de esa absorción del ciudadano en la inmensa colectividad.

Tres grandes genios y pensadores resumen en sí la sabiduría política del mundo antiguo:—Platón, Aristóteles y Cicerón.

Los tres eminentes publicistas concurren, más ó menos, en el socialismo del Estado, modo de ser dominante de las costumbres de la época.

Platón en su *República*, en su *Tratado de las Leyes* y en varios otros trabajos, defiende el comunismo más absoluto y la intervención del Estado hasta en el matrimonio y en los menores detalles de la vida doméstica.

Aristóteles en su *Política*, la obra más monumental en su especie de todos los tiempos, no obstante su amor á la organización representativa del Gobierno, hace la apoteosis de la esclavitud, negación de la libertad individual y defiende teorías destinadas á vigorizar en exceso el Estado con detrimento de la iniciativa del ciudadano.

Cicerón en los fragmentos de su *República* y en tres más de sus magistrales tratados de moral y filosofía, no obstante que como miembro de la escuela estoica hace esfuerzos generosos en pro de la caridad y de saludable altruismo, se deja llevar por los errores y hábitos de la época y desconoce los

atributos fundamentales del ciudadano en presencia del Gobierno.

La Edad Media se caracteriza por tendencias marcadas al individualismo.

Los bárbaros que, como mar sin orilla, inundaron á la Europa, dislocaron instituciones y tronos, y hasta costumbres selladas por los siglos. Las nacionalidades desaparecieron en el caos, como montañas pulverizadas por gran cataclismo.

De entre los escombros de tanta ruina brota el individualismo despótico que se convirtió en comunidades religiosas, en principados, en oleajes de pueblos movidos por la intolerancia y el fanatismo hasta llegar á producir las cruzadas salvadoras del sepulcro de Jesucristo, y en un feudalismo insolente y autoritario.

Los publicistas de este período histórico se resienten de las costumbres de la actualidad en que escribieron.

Desde los escritores escolásticos que como Santo Tomás sostenían una especie de dictadura religiosa, hasta los laicos que como los predecesores de Bodin y de Maquiavelo defendían un individualismo disolvente y anárquico, todos se resienten de carencia completa de la noción científica del Estado.

La época moderna comienza con marcados esfuerzos de soberanos y pueblos para constituir nacionalidades.

La evolución por la nacionalidad:—he aquí el rasgo distintivo de la era moderna.

Los siglos diez y seis, diez y siete, diez y ocho y diez y nueve han sido empleados por la Europa casi exclusivamente en la formación de las nacionalidades por medio de la concentración de los elementos diseminados que había dejado el feudalismo en su angustiada agonía.

La Europa, en esta laboriosa gestación, no marcha en un

solo cuerpo. Cada pueblo se constituyó aparte, en porción territorial diversa.

La obra de concentración se manifestó, como era lógico esperarlo, de distinta manera en cada pueblo, según era su raza, su clima, su estado social y su educación.

No podemos encontrar, debido á esta circunstancia, tendencias y estados políticos uniformes. Cambian en razón directa de la diversidad de pueblos.

Los grados de perfectibilidad política son también distintos y cambian aquí y allá.

La ciencia política sigue estas fluctuaciones de costumbres, de reformas y de progresos.

Es honroso dejar constancia de que estas evoluciones por las nacionalidades coinciden con los primeros esfuerzos hechos por publicistas eminentes por dar á la política autonomía entre las ciencias sociales, por emanciparla de la moral y por darla un carácter del todo experimental.

Corresponde este mérito, en parte al ilustre Bodín; pero, principalmente á Maquiavelo, el más gran genio político de la era moderna, con la sola excepción de Montesquieu, el primero de todos.

No tengo ni espacio ni voluntad para estudiar *El Príncipe*, *La Historia de Florencia*, y las múltiples obras de Maquiavelo. En esta reseña ó bosquejo me basta decir que la gloria primordial de Maquiavelo ha sido haber dado á la política el triple carácter de ciencia, de arte y de rama independiente del saber humano.

El movimiento científico de la Europa hasta la revolución francesa, fué inmenso, desde que aquellas dos lumbreras del saber humano, Bodín y Maquiavelo, alumbraron el mundo con sus sabias doctrinas.

Locke, Hobbes y Bacon en Inglaterra; Rousseau, Vol-

taire y Montesquieu en Francia; Leibnitz, Humboldt y Kant en Alemania; y tantos otros no menos ilustres en Italia, fueron poco á poco echando las bases de la ciencia política moderna.

Sin duda alguna que el más preclaro de todos fué Montesquieu, autor de *El Espíritu de las leyes*, monumento de investigación, de sabiduría y de genio que hace honor á la especie humana. Es el más poderoso empuje que un solo hombre ha dado en el campo de la jurisprudencia, de la política y de la sociología.

Montesquieu planteó en su magistral obra, todos los problemas que sirven y servirán de tema fecundo á estadistas y escritores:—influencia del clima en el desarrollo gubernamental de los pueblos, el sistema representativo, la independencia de los poderes, la soberanía popular, la selección política, la autonomía municipal y tantos otros de no menos trascendencia.

Desde la revolución francesa se nota un movimiento de reforma y de estudios científicos tan fecundo como creador.

Cooperan en él no sólo ya eminentes pensadores, sino pueblos, y estadistas.

No se puede separar del progreso político á hombres de Estado como William Pitt, Fox, Canning, Peel, Beaconsfield y Glasdton en Inglaterra; como Bismarck en Alemania; como Royer Collard, Berryer, Quinet, Thiers, Gambetta y Ferry en Francia; como Cavour, Mazzini, Magliano y Minghetti en Italia; como Cánovas del Castillo, Pi y Margall, Sagasta y Castelar en España; y como Washington, Jefferson, Jackson, Webster, Clay, Lincoln y Cleveland en Estados Unidos.

Entre las naciones que prácticamente han cooperado más al progreso de las buenas ideas políticas figura á la vanguardia la Inglaterra, la primera en aplicar el sistema parlamenta-

rio o de Gabinete; los Estados Unidos, la primera en demostrar en el hecho las ventajas de la democracia republicana; la Suiza, la primera en probar la posibilidad del Gobierno mixto, ó sea, el sistema representativo combinado con el plebiscitario ó democracia directa; y la Francia, que ha tenido la virtud de convertirse en Apóstol de buenas doctrinas, aunque por desgracia ha escollado siempre que ha procurado ensayar las formas de Gobierno más compatibles con la ciencia.

Enumerar los escritores que más han hecho por convertir el estudio de la política en ciencia experimental, casi sería hacer la historia del movimiento jurídico contemporáneo.

Los escritores esparcidos aquí y allá pueden agruparse en cuatro familias:

Escuela positivista, que vigorizando mucho la autoridad, da al individuo y á las instituciones, autonomía y medios de acción suficientes para que cumplan sus fines naturales y lógicos;

Escuela Económica, que con raras excepciones, exajera el individualismo y tiende á destruir la acción preponderante del Gobierno, á convertir al ciudadano en un Estado dentro del Estado, y que trata de reducir la Autoridad á policial ó simple centinela en los conflictos internacionales;

Escuela Jurídica, que niega á la política su carácter científico, que acepta las antiguas nociones del Estado y del individuo, y que conserva las viejas doctrinas acerca de la organización de la sociedad y de los poderes públicos;

Y *Escuela Teórica*, en la que agrupo á todos los publicistas, cualquiera que sea su filiación, que han inventado ó sostienen doctrinas absurdas ó extrañas en materias de constitución política del Estado, como ser el comunismo, el socialismo, el nihilismo y tantas otras no menos anti científicas.

En cada una de estas agrupaciones caben y existen pro-

fundas diversidades de doctrinas de orden secundario. Busco, para caracterizar cada escuela, sólo las tendencias generales, sin que por ello desconozca las diferencias de detalle. Son ejércitos unidos por la nacionalidad; pero que están divididos en cuerpos distintos, con jefes distintos también.

Así en la Escuela Económica no he podido encontrar semejanza absoluta de ideas, ni entre dos escritores, acerca del punto más grave: *límites de la acción del Estado en la sociedad política*.

Podría, como que los tengo todos en la memoria y casi se saltan por los puntos de mi pluma, enumerar los escritores que clasifico en cada escuela; pero, no sería posible especificarlos sin decir algo de sus doctrinas, lo que me llevaría muy lejos y no cabría en esta reseña á vuelo de pájaro, más de recordación que de comprobación.

III

Ya que no puedo, ni tengo aquí campo para ello, entrar á minucioso análisis de todas las escuelas políticas, diré dos palabras sobre las doctrinas principales que estimo inseparables con la noción verdadera del Estado Científico moderno.

Desde luego, se acabaron para no volver los absurdos de la añeja escolástica, el origen divino del poder real, las teorías empíricas que desconocían al individuo su modo de ser como organismo fundamental del Estado, y las doctrinas que reniegan de la independencia de poderes, de la soberanía popular y de la democracia.

Algo vivirán todavía y darán que hacer mucho á la especie humana, sistemas ocasionales y transitorios de gobierno, como ser el parlamentarismo, la monarquía, el despotismo, y varios

otros que aun ostentan vida propia en el mundo contemporáneo.

La política científica debe tener por distintivo característico el ser *experimental*. Siendo su esencia lo *experimental*, debe ser lógicamente *oportunist*a en sus aplicaciones, porque las experiencias varían en razón de mil causas diversas.

De modo que la ciencia política de hoy y de mañana debe ser *experimental* y *oportunist*a.

El Gobierno es para hombres, y los hombres varían mucho en carácter y modo de ser según sea su grado de educación, su raza, su contextura física, su religión y hasta el clima en que viven.

Siendo así el hombre, que es el *sujeto* del Gobierno, la política tiene que ser *experimental* para armonizar así la doctrina con el ciudadano, tiene que ser *oportunist*a, porque las aplicaciones de esa misma doctrina tienen que subordinarse á la condicionalidad del individuo.

Esto es indiscutible.

Luego escollarán en política todos los absolutistas teóricos y todos los que fabrican un marco en su gabinete y tratan de amoldarlo á cualquier pueblo, aunque éste tenga que experimentar las dolencias de los condenados al lecho de Procustos.

La política científica acepta como ley fundamental la *relatividad* de las cosas humanas y la influencia que sobre los actos del hombre tienen desde las costumbres y preocupaciones, hasta la naturaleza física, los alimentos y los climas.

En una palabra, la política científica mira al hombre como es en el vasto escenario de la naturaleza. Da las reglas de gobierno, no según un hombre-ideal, sino según un hombre-real. No inventa hombres; acepta los que encuentra.

Procede no en razón de lo que debe ser, sino de lo que es.

Una política fundada en otros puntos de vista, tiene que escollar ó producir conflagraciones grandes ó pequeñas.

Por lo mismo que la política científica es *experimental y oportunista*, acepta y reconoce las grandes leyes que presiden el desenvolvimiento humano, y procura ceñirse á ellas cada vez que fija reglas á pueblos y naciones.

Tres son los principios primordiales que rigen el mundo político de todas las épocas:

El de la evolución;

El de la selección;

Y el de progreso;

Todo cambio en las sociedades, para que sea estable y duradero, necesita cumplir con la *evolución* ó sea, la gestación tranquila de lo que se hace; la maduración lenta del fruto que se quiere cosechar.

Toda modificación violenta en instituciones y gobierno, casi siempre fracasa ó produce reacciones tremendas.

Búsquese la comprobación de lo que digo en la historia de todos los pueblos, al través de todas las edades.

Casi no conozco excepción á la regla de que, *todo cambio trascendental en la sociedad política, debe ser el resultado de una evolución.*

Por lo mismo que la *relatividad* es el fondo de todo acto humano, requiere en su producción *la transición.*

He creído siempre que las guerras civiles que han asolado y victiman á los pueblos de la América Española, es debido á que pasaron de la servidumbre colonial á la Independencia, ó sea, del estado de despotismo al de libertad, sin transiciones ni evoluciones que los preparasen y madurasen.

La *selección* es otra ley del desenvolvimiento humano.

Esta ley, que la encontramos entre los seres irracionales, se vigoriza más entre los miembros de la especie humana.

La desigualdad que entre hombres y naciones establecen la fuerza, el trabajo, la riqueza, la inteligencia, la instrucción y el clima, es indiscutible, y nadie podrá borrarla en el mundo. *Es un hecho*, y los hechos subsisten, mal que pese á los teóricos y á los ideólogos.

Luego en la vida política y en el Gobierno, se debe reconocer esta ley que se impone con la irresistible fuerza de la verdad, de la lógica y de los hechos.

El *Progreso*, como ley de desenvolvimiento, reflejo de la instintiva idea de perfectibilidad que tiene todo hombre, se expone y no se demuestra á seres inteligentes.

Estúdiense un segundo cada cual á sí mismo, y encontrará su instinto hácia la perfección y el progreso,

Lo *experimental*, *oportunismo*, *influencia del mundo físico en los actos humanos*, *la evolución*, *la selección* y el *progreso*:— he aquí la clave de la política científica.

Una política que desconozca todo esto, no es ciencia; es empirismo.

Ha sido y será materia de obras extensas que he publicado ó publicaré el desarrollo comprobatorio de lo que dejo insinuado en este artículo.

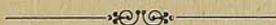
Cuando se tratan cuestiones tan interesantes como las que he tocado al pasar, quisiera pedir al condor sus alas poderosas, para perderme en los dilatados espacios donde vive el pensamiento humano, separado de las miserias de los *politiciens*, y de la injusticia de los que tienen risas de Mefistófeles para la política considerada como la más noble de las ciencias.

JULIO BAÑADOS ESPINOSA

Chileno



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS



El movimiento literario despertado hace poco en la República de San Salvador es cada día más creciente. Allí se publican libros y revistas de sumo interés, desde el punto de vista literario.

El joven escritor salvadoreño, Arturo A. Ambrogi, director de la revista *La Pluma* y autor de dos opúsculos literarios, *Bibelots* y *Cobres*, tiene en prensa dos folletos intitulados *Dos Siluetas Sombrías* uno y *Trilogía* el otro.

Alberto Masferrer, otro joven salvadoreño de esperanzas, publicará muy en breve un libro con el nombre elocuente de *Patria*.

Mr. Aquiles Millien, literato francés y miembro correspondiente de la Real Academia Española y de otras sociedades, prepara un libro de sumo interés que publicará en poco tiempo más. Es una antología de poetas españoles é hispano-americanos del siglo XIX. Millien se propone traducir al

francés las mejores composiciones del parnaso castellano contemporáneo, á fin de darlas á conocer en su patria.

Son numerosas las obras que Millien ha publicado hasta hoy, entre las cuales podemos citar *La Moisson, Chants Agrestes, Les Poèmes de la Nuit, Poèmes et Sonnets, Chants Populaires de la Grece, de la Serbie et du Montenegro, Fleures de la Poesie Etrangère* y muchas más.

Les Poèmes de la Nuit fueron premiados en 1864 por la Academia Francesa.

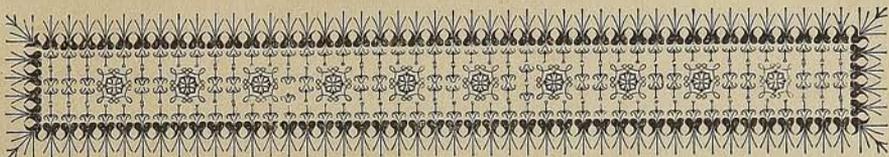
No es, pues, Millien un desconocido, sino un viejo literato.

Recientemente ha publicado un librito en verso intitulado *Simon Bolívar Le Libertateur*.

Como se ve, el distinguido literato tiene cariño por América. Es de esperar, pues, que el éxito corone los loables esfuerzos de Mr. Millien en su obra antológica de la poesía hispano-americana.

Con el título de *Literatura Extranjera* verá próximamente la luz en París, por la casa editora de Garnier, un libro del señor D. Enrique Gómez Carrillo, distinguido literato guatemalteco. El señor Gómez Carrillo es casi un niño y no obstante, posee ya un nombre literario bien acentuado en América y Europa. Ha publicado dos libros *Esquisses* y *Sensaciones de Arte* que le han valido juicios honrosos de parte de eminencias literarias, como *Clarín* (D. Leopoldo Alas), tan parco por lo demás en elogios, sobre todo cuando se trata de autores americanos.

El señor Gómez Carrillo ha tenido la amabilidad de enviarnos uno de los artículos inéditos de su nuevo libro, el cual aparece en este número de la Revista.



LA CRÍTICA

EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA (1)



I

Vosotros me conocéis y yo os conozco. Huelga, al comenzar este discurso, encarecer vuestra bondad y aquilatar mis escasos merecimientos.

La honra que me habéis dispensado es abrumadora: me habéis elegido para ocupar en esta docta casa un puesto que tiene escritos en su historia los nombres gloriosos de Hartzenbusch, Bretón de los Herreros y Campoamor.

¡Cómo corresponder á una distinción tan alta y halagadora! Sólo por el justo temor de no lograrlo, podréis explicar mi tardanza en cumplir obligaciones aceptadas voluntariamente.

(1) Estudio leído por el autor, como primer secretario de la sección de literatura del *Ateneo* de Madrid, en la sesión inaugural del curso de 1893.

Yo deseaba, en la medida de mis fuerzas, hablar, señores, como estimo que debiera hablarse del tema que habéis escogido para vuestras discusiones en el presente año. Miré de nuevo y de cerca la magnitud del asunto, palpé las dificultades que existen para exponer y encerrar en un trabajo de esta índole el concepto general de *La Crítica en la literatura contemporánea*; y os confieso que hubiera cejado en mi empeño á no obligarme el recuerdo de vuestra benevolencia, porque esa Crítica es campo abierto á todo linaje de especulaciones intelectuales.

Lo mismo aquel género, severo y profundo, que está más vecino de la ciencia que ningún otro género literario, por las estrechas relaciones que con las ciencias históricas y filológicas tiene, que aquella facultad movible, sagaz é investigadora que recoge y refleja la impresión artística del día: lo mismo la crítica que desentierra lo pasado que la que examina lo presente, han adquirido en nuestra época su mayor extensión é importancia. Al desarrollo de una, contribuye el creciente adelanto de las ciencias en que se funda; al esplendor de la otra, el amplio criterio que la inspira: y es que la verdadera crítica, cualquiera que sea la forma que revista, conviene admirablemente á la humanidad de hoy, tan sabia y culta como curiosa y refinada.

La crítica que en la historia de las letras esclarece y reanima lo pasado, busca y desentierra los fragmentos por los cuales reconstruye y clasifica las obras de otras edades, la que cuenta entre sus maestros é iniciadores á aquellos hombres del siglo XVI, suma y compendio del humanismo de entonces, que se llamaron Casaubon, Lipsio y Escalígero, tiene al presente su centro intelectual en Alemania.

El otro género de crítica, el genuinamente literario, del que por este concepto hablaré primero y con más extensión,

tiene hoy en Francia su principal asiento, si bien no es allí sólo donde cuenta con insignes representantes.

*
* *

Quizá en esta manifestación de las letras es donde puede estudiarse mejor que en ninguna otra el influjo recíproco del escritor y del público, clave de muchos fenómenos literarios.

No cabe duda en que el público que lee hoy, no está formado del mismo modo que el que leía en otros tiempos (1).

A poco que se examine, hay que convencerse de que en los últimos siglos leía tan sólo el clero en sus largos ocios, y la nobleza y la milicia, cuando el amor, la guerra ó el galanteo les dejaban vagar para ello.

Hoy todos leemos, por fortuna, y todos escribimos, por desgracia; por donde que en las letras estén representados el vulgo, la burguesía y la aristocracia intelectual.

Se me dirá que en todo tiempo hubo escritores buenos, escritores mediocres y escritores malos. Pero no es ese mi pensamiento. Obsérvese que los autores de antaño tenían dentro de su escuela análogas tendencias, como que escribían para un sólo público; hoy cada cual escribe para sus lectores.

Me explicaré, con un ejemplo tomado de la literatura francesa, para que no se ofenda nadie. Plebe literaria: Montepin.—Burguesía: Ohnet.—Aristocracia. Flaubert. Creo que me habréis comprendido, y paso adelante.

Dentro de estas tres clases literarias, que al fin y al cabo el crítico es ó debe ser literario, existen tres clases de crítica.

(1) Página 11. Véase TAINE, *Les origines de la France contemporaine*, t. I (*L'ancien régime*), París, 1876: Capítulo I del libro segundo, II y III del libro cuarto, y III del quinto.

Al género inferior, á esa literatura folletinesca y de obras teatrales, chabacanas y efectistas, corresponde la crítica anónima que reparte *bombos* y *palos de ciego*.

En la segunda clase de escritores, esos que *trabajan* para el público burgués, que siente á medias y á medias piensa, entra la crítica de frases hechas y consagradas por el uso, de moral casera y de enseñanzas pesadas; que se cree infalible, que pide á la obra artística tendencia docente y que imagina que en el teatro y en la novela deben resolverse problemas sociales. ¡Como si un desenlace pudiera ser una solución!

Esta crítica, ya afectando una seriedad campanuda, se sube á la tribuna para decir con frase hueca vulgaridades de todos conocidas; ya fingiendo un espíritu burlón y desdeñoso, ejerce lo que alguien llamó la pedantería de la frivolidad, y que consiste, á mi juicio, en creer que para hablar de todo es necesario no saber de nada. Sus sermones y sus disciplinas son indispensables para los públicos cultivados á medias. Los necesitan y las aplauden. Ella les da los juicios hechos, esperan sus determinaciones para saber á qué atenerse respecto á tal ó cual autor, y así pueden juzgarlo sin haberlo leído, evitándose el trabajo de pensar, arduo para ellos, é inefable delicia para otros espíritus.

Correspondiendo al público de refinados por educación intelectual y por aptitudes psicológicas, público que se entiende directamente con los autores, que no busca quien le administre las ideas y que, por fortuna, en los pueblos verdaderamente cultos no es tan poco numeroso como algunos se imaginan, existe otra crítica que interpreta los diversos sentimientos que agitan el alma moderna: "sus turbaciones, sus ironías, sus dudas y sus esperanzas". Pone en sus juicios algo personal que está en íntima consonancia con la obra que lo sugiere; porque descendiendo á lo más secreto de su sér, en-

cuentra en él infinitas relaciones con las obras que juzga. Por eso se propone con Bourget «mostrar en sus matices los ejemplos de sensibilidad que los escritores célebres de nuestros días ofrecen á la imaginación de los que quieren conocerse á sí mismos á través de los libros». Por eso cuenta con France «las aventuras de su alma en medio de las obras maestras» (2).

Si se me pidiese la representación iconográfica de esas tres clases críticas, á ninguna asignaría la de la figura que pesa en la balanza homérica los destinos de Aquiles y de Héctor.

Permitidme que os lo diga en confianza. Yo creo que á la crítica anónima y plebeya debiera representársela por una fregona que llevara en una mano un *sable* y en la otra un incensario. Y pienso que estaría bien figurada la crítica burguesa por una mujer con aires de patrona y dejos de Polimia, que tuviera por atributos una palmeta, un diccionario y un compendio de moral.

En cuanto á la otra, á la buena, á la verdadera, imaginadla como queráis; yo concibo su estatua, de líneas helénicas, conmovedora en su olímpica serenidad, levantando con la diestra una antorcha y esparciendo con la siniestra lauros y espigas.

II

De semejante crítica es de la que voy á hablar. Ejercida en diversas formas: filosófica en Taine, sentimental en Renan, psicológica en Massón y en Bourget, ecléctica en Bran-

(1) Página 14. No es exacto que France haya dispuesto dogmáticamente que la crítica que él ejerce es la *única* buena. El párrafo á que me refiero (pág. III del t. I de *La Vie littéraire*) claramente dice: *Telle que je l'entends et que vous me laissez faire, la critique est, est, etc..*»

des, subjetiva en France y en Capuana, impresionista en Lemaitre, en Arnold y Desjardins; experimental en Spronck y Tellier; manifestándose, en fin, según el temperamento y educación literaria de cada escritor, tiene, sin embargo, caracteres que la unifican.

Ante todo, no es dogmática. Sus obras podrían llevar por epígrafe estas palabras de Montaigne:

«Aquí están mi temperamento y mis opiniones; son mis creencias; yo las doy como tales, no como cosa que debe creerse. No quiero más que mostrarme á mí mismo, y quién sabe, por ventura, si mañana un nuevo aprendizaje me hará cambiar. No tengo autoridad para que se me crea; es más, no la deseo: estoy muy poco instruído para enseñar á nadie.»

Estos renglones condensan el espíritu de la crítica francesa contemporánea. Quizás peque de escéptica; pero ninguna es ni ha sido más amplia en sus miras ni menos extremada en sus conclusiones.

No con el aplomo que da la autoridad, sino con la certeza que proporciona el conocimiento, hago esta afirmación, que está en desacuerdo con la que no há mucho hacía el señor Balart, imaginando á la crítica francesa «harto preocupada de sus reglas, demasiada estrecha en sus miras y sobrado intransigente en sus conclusiones.»

Oíd á los críticos franceses, y decidme después si estoy en lo justo.

Renán cree que «el dogmatismo es presuntuoso, porque si entre los más sabios de los hombres que pensaron una vez y otra poseer la verdad, no ha habido uno solo que haya tenido completamente razón, ¿por qué hemos de esperar ser más afortunados que ellos?»

Taine habla de crítica, y dice: «No tratéis al público como á un chiquillo: á los treinta años se está muy viejo para vol-

ver á la escuela. Queremos juzgar por nosotros mismos, y no nos agrada oír decir magistralmente que tal cosa es bella.»

Bourget lo confirma, diciendo: «Pasó la época en que un artículo que llevara al pie una firma conocida, consagraba inmortal al que era ignorado la víspera.»

France, acentuando la tendencia, opina que «los grados conferidos al genio en las facultades de gramáticos, y en las universidades de retóricos, serán ventajosos para el buen orden y regularidad de la gloria; pero desgraciadamente pierden mucho de su valor por las contradicciones humanas, y estos doctorados y estas licenciaturas no tienen autoridad sino para aquéllos que las confieren.»

Y ahora bien: ¿podrá tildarse á los que así piensan, de preocupados por las reglas, estrechos en las miras é intransigentes en las conclusiones?

Creo que no. Pero, por si hay alguien que necesite otra prueba, oigamos á Lemaître; él cerrará brillantemente esta serie de citas, que de otro modo se haría interminable:

«Cambiamos y contemplamos un mundo que cambia, dice, y hasta cuando el objeto observado tiene ya una forma definitiva, basta que el espíritu donde se refleja sea mudable y diverso para que no podamos responder de otra cosa que de nuestra impresión del momento.

«¿Cómo entonces constituir en doctrina la crítica literaria? Las obras desfilan delante del espejo de nuestro espíritu; pero como el desfile es largo, el espejo se modifica en el intervalo, y cuando, por azar, la misma obra vuelve no proyecta la misma imagen.»

Es cierto.

Razón tiene Lemaître; pero hay algo más; el espejo de nuestro espíritu no refleja toda la realidad; la imagen reflejada es siempre subjetiva; el paisaje que copia, el libro que

juzga, se proyectan con diversas formas en temperamentos diversos.

Todo lo que nos rodea tiene muchas faces por las que puede ser visto ó juzgado, y la parte que tomamos artísticamente de lo que miramos ó sentimos es la que está en consonancia con nuestra personalidad interna.

En los mismos parajes compusieron sus odas Horacio y sus elegías Virgilio. Las mismas playas que parecen guardar el canto á Cloe, vibran con los ecos de las quejas de Mopso.

La época y el sitio en que se inspiraban eran los mismos; pero los ojos de Horacio se volvían al Tirreno que desplegaba sus ondas azules de visos verdes: bajo un cielo claro, sobre unas arenas de oro, linitadas por las fajas de esmeralda de las campiñas de Isquia, del Miseno y del Posílippo, donde las vides, asidas por los brazos, danzaban al uso de los salios en gigantesca danza; miraban las orlas de espuma de aquellas olas mansas que aun no reflejaban el fulgor intermitente del Vesubio, antorcha amenazadora que hace pensar en lo fugaz de los goces y lo incierto del mañana. ¿Qué de extraño tiene que sobre aquel fondo en que flotan las velas de escarlata y brillan las barras de oro de las barcas de Poseidonia, se destaque la figura del poeta que apura el céculo que hierve en la taza de oro y que canta los besos que hacen daño? El dolor no existe para él sino en lo físico, y aun ése lo alivia con exprimir en la crátera el zumo del apio.

¿Qué es el dolor para Virgilio, que en el mismo sitio, de espaldas á la riente playa, sólo ve del mundo el bosque de cipreses y laureles verdes oscuros, sobre el fondo plomizo del lago Averno, limitado por las colinas grises que encierran á la hija de Ceres? El dolor es todo; amor, desaliento, tristeza y consuelo. ¡Dejadlo que cante sus eternas elegías!...

El arte y la vida, lo mismo entonces que en los tiempos de

los vates helenos que imitaban Horacio y Virgilio; lo mismo hoy que mañana, serán risueños para el alegre, dolientes para el triste y verdaderos para todos.

III

Claro es que, si por aquellas condiciones de subjetivismo inherentes á toda apreciación en materias de arte, la sana crítica no admite la infalibilidad de los doctos, menos puede admitir la de quienes no lo son. Por lo mismo no acepta como *inapelable* el tan zarandeado *fallo del público*, del público contemporáneo se entiende; porque el juicio de la posteridad lo forma, como dice Gounod, la huella que dejan las opiniones de las minorías ilustradas. El sufragio universal y el jurado del pueblo en materias artísticas no podrán establecerse nunca. Medrados andaríamos si el tribunal que debiera conocer el valor é importancia de una obra pictórica se formara á la manera del jurado que entiende de la comisión de un robo.

La honradez y el sentido común bastan en muchos casos; pero no sirven en todos. Debemos ser iguales ante la ley; pero no podemos serlo ante la ciencia, ni lo somos frente al arte.

Necesario es tener temperamento, y tenerlo educado, para apreciar la emoción estética y medir la intensidad de sus matices.

¿Quién puede suponer que la misma obra literaria impresione de igual modo á una muchedumbre en la que no existe homogeneidad de temperamento y de educación? ¿Cómo esperar que un libro nuevo, arrojado en medio de un público heterogéneo, conmueva á la clase social, á quien la lucha por la existencia no le ha dejado tiempo de luchar por la idea, in-

terese á la burguesía utilitaria é impresione al círculo de los elegidos, no de la cuna y de la riqueza, sino de algo superior, del pensamiento! Imposible... Razón tienen los que, no pudiendo escribir para todos, escriben para sí mismos. Entre estos hombres cuéntanse Stendhal, Flaubert, Gautier, Goncourt y Baudelaire. Como ellos piensan Taine, Renan, France, Spronck, Bourget y Tellier, y sus ideas, como dice muy bien uno de estos últimos, no son las paradojas de hombres, "que se creen desconocidos, ó los *dandismos* de un amor propio refinado que quiere disgustar como otros quieren complacer, por deseo de singularizarse." No. Son el resultado de una reflexión profunda y el signo de una doctrina. "Llevando á la más alta expresión los sentimientos más íntimos, se llega á ser el jefe intelectual de un gran número de hombres."

Y no se crea que este desdén para con el sufragio directo de las multitudes indoctas, que puede dar á un escritor fama de un día, pero que nunca será árbitro del verdadero triunfo, ha sido tan sólo peculiar de los grandes escritores de nuestra época. Ya Quevedo decía con desenfadada frase: "Libro que es para todos guárdele; que el autor, sea quien fuere, confiesa que es obra vulgar y bazofia; porque universalmente, para encarecer el primor de una cosa buena, se dice que no es para todos; y por la misma razón, siendo para todos, es bodegón y olla de mondongo. Guarde su libro, que yo quiero cosa que sea para pocos porque las tales son muchos menos los que las saben hacer." Recordad que siglos antes, y en el diálogo de *El banquete*, Agathon le dice á Sócrates: "No creas que de tal modo me embriagan los aplausos del teatro, que ignore que, para el hombre de seso, debe ser mucho más temible el juicio de un corto número de sabios que el de una muchedumbre de locos." Y recordad también que Séneca refiere que

«cuando le preguntaron á Hecatón por qué se entregaba con tanto empeño á un arte que comprendían tan pocos, contestó: «Me basta con algunos, me basta con uno sólo y me basta con nadie.» Sí, señores; siempre ha habido espíritus independientes que no se dobleguen á los dogmatismos de los aristarcos ni á las imposiciones de las turbas.

IV

La crítica contemporánea no admite la infalibilidad del público ni la infalibilidad del crítico. Pero en asuntos de forma quiere, y quiere con justicia, que el escritor conozca su arte. Si es cierto que la belleza no se puede encerrar en fórmulas como pretendieron los retóricos, no lo es menos que en la obra literaria no todo se fía al azar y á la adivinación como suponían los románticos.

El autor que presente, que concibe é inventa sólo por instinto, parece en su obra total noche oscura y tempestuosa en el trópico. En ella, el mismo contraste de la luz y la zozobra, la misma rapidez con que en cada relámpago el paisaje surge y desaparece ante los ojos, aumentan nuestro asombro; los árboles adquieren un relieve increíble, y las quiebras del camino son más hondas, y los horizontes lejanos más vagos y misteriosos.

El autor consciente, tal y como lo comprendemos ahora, el que además de creador es sabio en los misterios de la vida y en los secretos del arte; el que puede encauzar el río de sus ideas ó desbordar el torrente de sus entusiasmos; ése es claro sol y reparte su luz en el mundo que ha creado; dispone de tonos y matices, y tiene, hasta en el ocaso, cúpulas que dorar, cimas en que pretender un jirón de luz y nubes que se tiñan con el último de sus reflejos.

Ese autor conocerá, no sólo los vulgares preceptos de composición, que no pueden desecharse, siempre que sean filosóficos y no convencionales, sino que, si es artista y es poeta, encontrará en sí y para sí la relación íntima de la melodía de las ideas con la música de las palabras; sabrá cuáles de éstas son sugestivas y tienen, además del valor que les es propio, el que les presta el ritmo y el canto interior.

Sabrá que existen palabras que tienen un valor artístico como elemento de composición poética, valor que se conoce ó se siente, pero que no se puede encerrar en reglas fijas; que, por ejemplo, hay palabras que tienen solidez y consistencia, como hay otras que son tenues y vaporosas, y las usará y aplicará en armonía con el alma de lo que pretende expresar.

Porque yo creo, señores, y perdonadme, si no me explico con la claridad que desearía y sólo alcanzo á esbozar mi pensamiento; yo creo en esa relación íntima de que antes hablé, entre la melodía de las ideas y de la música de las palabras, y que el valor musical de éstas, como materia poética, puede llegar hasta las mismas letras, que hay algo así como guturales que gimen en la garganta, y labiales que besan en la boca; y no se me juzgue por eso atacado de una enfermedad literaria que pudiera diagnosticarse entre alguna de las que padecen los poetas *decadentes* en Francia, porque me parece á mí que la onomatopeya es tan antigua como todas las lenguas, y que fué factor importantísimo en la formación del lenguaje.

Poseedor de los secretos que su temperamento exquisito le revela, el escritor artista conoce todo el influjo de la cadencia en la prosa, todo el poder evocador de un consonante hermoso en el verso, no porque lo busque, sino porque lo acepta en la elaboración de la obra literaria, pues la idea, el ritmo

y la rima, surgen simultáneamente en el cerebro del verdadero artista.

V

¿Querrá decir todo esto que el único crítico en el arte que cultiva sea el artista mismo? De ningún modo. Se oponen á ello hasta en los corazones sanos los prejuicios de escuela, y en los demás, la envidia, esa enfermedad del ánimo que lleva su rabia secreta á los asuntos de crítica ejercida por los mismos artistas. Razón tenía Voltaire cuando dijo: «Los artistas son jueces competentes en arte, es verdad, pero son jueces corrompidos y venales.»

Decidme con entera sinceridad si en las intimidades literarias, no habéis oído á la mayor parte de los escritores juzgarse con más crueldad é injusticia que lo hiciera crítico alguno. Hablad con los vivos, leed las correspondencias y memorias de los que han muerto, y pensad que las excepciones no destruyen las reglas generales.

Rabelais insultado por Ronsard; Corneille, prefiriendo las obras de Boursaut á las de Racine; Cervantes y Alarcón menospreciados ó burlados por los que más debieron comprenderlos; Moratín, entendiendo al revés á Shakspeare, y no entendiendo de ningún modo á los dramáticos españoles del siglo de oro; Lamartine, desdeñando á Lafontaine y Víctor Hugo, juzgando mal á todos los clásicos franceses, excepto á Boileau, serían ejemplos suficientes para comprobar la verdad de mi aserto, si al estudiar la parte que en la crítica contemporánea han tomado á veces los más ilustres poetas y novelistas de nuestro tiempo no se confirmara plenamente lo que llevo dicho.

Ninguna crítica más estrecha y autoritaria; ninguna estéti-

ca más descabellada que la de estos últimos. Yo he recorrido con interés esas páginas cuando las escriben los Goncourt, por lo que tienen de autobiográficas, y cuando son de Flaubert, por aquello en que retratan el espíritu del gran escritor; me he entusiasmado ó reído con las de Zola, porque la pasión es contagiosa, y por el goce malsano de la murmuración literaria, y he releído las de Baudelaire, Campoamor, Stecchetti, por el deslumbramiento de las brillantes paradojas, los *donaires* de las frases y las sutilezas del ingenio.

Pero ¿cómo juzgar seriamente á Flaubert cuando nos dice: «Si alguna vez tomo yo parte activa en el mundo, será como desmoralizador», y á Baudelaire cuando asegura que «la reproducción es un vicio del amor, y que por eso los ángeles son hermafroditas y estériles?» Yo río cuando leo en su «Elogio de la pintura en el rostro de la mujer» que «no debe ésta usarla con el fin vulgar de imitar una naturaleza hermosa y rivalizar con la juventud», que «el negro artificial que circunda los ojos representa la vida, una vida sobrenatural y excesiva»; «ese marco negro hace la mirada más profunda y más singular; da á los ojos una apariencia más decidida de ventana abierta sobre lo infinito.» «El *maquillage* no debe ocultarse, agrega, ni evitar que se adivine; puede, por el contrario, mostrarse, si no con afectación, al menos con una especie de candor.»

Candor se necesitaría para tomar en serio semejante estética.

Casi tanto como para creer á Campoamor cuando afirma «que los peores versos valen más que la mejor de las prosas», y á Stecchetti cuando asegura «que no ha habido un católico que haya podido ensartar un soneto legible.»

En los prólogos de los Goncourt, ¿qué hay, aparte del ropaje literario, sino una exhibición vanidosa? Una megalom-

manía cómica, á fuerza de ser altanera, que les hace imaginarse que todo el siglo se compendia y que á su alrededor no hay ni crítica, ni ciencias, ni novela, ni nada que valga.

¡Y cómo salen de su «Diario» los comensales de Magny! ¡Cómo nos presentan á Taine; cómo pintan á Renan; qué severidad para Sainte-Beuve, y qué crueldad para con Berthelot!

Parece que Saint-Beuve presentía que iba á ser víctima de esta clase de crítica cuando, al censurar la de Pontmartin, decía: «Los antiguos, honradas gentes, tenían un principio religioso: todo lo que se decía en la mesa entre los comensales era sagrado, y debía quedar en secreto todo lo que se decía *bajo las rosas*» (*sub-rosa*: alusión á la costumbre antigua de coronarse con rosas en los festines). Claro es que los Goncourt, que son modernistas y odian lo clásico tanto como Perrault, aunque lo conocen menos que el autor del *Paralelo entre los antiguos y los modernos*, no han de saber los deberes y obligaciones que imponía Júpiter Hospitalario.

Razón tenía Sainte-Beuve en rechazar este género de crítica; pero no la tenía al suspirar por tiempos clásicos. Ningún vicio es nuevo; los Pontmartin y los Goncourt no debían escasear tampoco entre aquellas honradas gentes, como él las llama, y alguna razón debió tener Plutarco cuando pedía á los dioses huéspedes de mala memoria.

Todo lo que va dicho no significa que con las salidas de tono de estos escritores, no anden revueltas observaciones atinadísimas, ni mucho menos que no haya habido un Goethe y que no haya poetas y novelistas que, en su esfera, al ejercer la crítica, lo hagan como lo hicieron Quintana y Hartzbusch en España, como Dante Gabriel Rossetti (1) en

(1) No quiere decir esto que yo tenga por modelo de críticas las de

Inglaterra, como Carducci en Italia, como Banville, Daudet y Maupassant en Francia.

Además, el crítico *eunuco*, aquel que no engendraba, y que, según la frase de Gautier, podía ensañarse sin miedo en la obra agena, como el cura que enamora á la mujer del seglar seguro de que éste no puede tomar el desquite, ese crítico no existe ya. Renan y Taine eran ilustres historiadores y filósofos. Bourget, France y Lemaître, son los novelistas psicólogos de *Le disciple*, *Le crime de Silvestre Bonnard* y *Serenus*. Tellier da á *La cité interieure* vida y movimiento y Le Goffic al *Amour breton* toda la poesía de las costas de Bretaña. Manifiéstase el *verismo* italiano en todo su vigor en *La Giacinta* de Capuana; y Panzzachi es el poeta del *Vicchio ideale*. Yo cito estos nombres con cariño y no puedo dejar de incluir entre ellos el de un crítico inglés, el de Arnold. ¡Al escribir *New Poems* se asocian en mi cerebro tan exquisitas ideas y tan dulce música de recuerdos!

La poesía y la novela deben á los críticos españoles más de lo que quieren confesar algunos rencorosos. El autor de *Pepita Jiménez* es un crítico; Balart escribe versos que se quedan vibrando en el alma con ritmo de sollozos; *Clartn* con el mismo acierto con que traza un cuadro rústico, conmovedor en su sencillez, sigue un difícil proceso psicológico; estudia *Fray Candil* estados pasionales que retrata y analiza en prosa vibrante y sugestiva, y Jacinto Picón escribe la novela que, no en balde, se llama *Dulce y sabrosa*.

Rossetti, ni que esté de acuerdo en todo con sus ideas estéticas; me refiero únicamente á la amplitud de criterio artístico con que juzgó, en ocasiones, hasta á aquellos poetas que estaban más alejados de él en teorías y procedimiento. Véase, si no, el artículo que publicó en *The Cronicle* acerca de Walt Whitman.

VI

Esta parte activa que en la obra literaria de nuestros tiempos han tomado los críticos, contribuye, y no poco, en mi sentir, al cambio que se observa en las corrientes del género que estoy examinando.

Los escritores que, además de saber apreciar las obras extrañas, pueden dar vida á las propias, por lo general están curados de la manía docente. Han aprendido, por experiencia, que el fin *inmediato* del arte es producir la emoción estética, en cualquiera de sus múltiples formas, y sólo buscan que esto se realice en la obra artística.

Se me dirá que frente á esa opinión de la crítica, no faltan, entre los primeros de los actuales novelistas y autores dramáticos, quienes, en prólogos y manifiestos, se declaren propagandistas del arte utilitario.

Yo no me explicaría esta tendencia de utilitarismo miope, que es capaz de poner una lámpara en la mano á la mejor estatua griega, PARA QUE SIRVA DE ALGO; yo no me la explicaría, en espíritus como el de Tolstoy, como el de Ibsen, como el de Zola y Dumas hijo, si no tuviera presente dos móviles opuestos que, por inusitado modo, se complementan, dándonos la solución del problema. Es el primero, y el que tiene que entrar por mucho al juzgar á desequilibrados como Tolstoy é Ibsen, el imaginarse, como se imagina cada uno de ellos, apóstol, profeta y redentor de un pueblo, con la fe de alucinado que dictó á Carlyle sus conceptos del *Héroe como poeta*. Es el segundo móvil menos alto y mucho más práctico. La gran masa del público, que no sabe ni puede estimar las bellezas literarias porque no tiene bastante sensibilidad estética, busca y aplaude lo que le conmueve é interesa utili-

tariamente, y hay quien quiere complacerla con vislumbres de enseñanzas, á fin de que no se llame á engaño después de haber leído un libro ó visto un drama.

Lo curioso es que la moral de esos literatos misioneros es muy difícil de distinguir de lo que, dentro de nuestras costumbres, se entiende por inmoralidad, y sus teorías sociales y políticas, si las lleváramos al terreno de la práctica, nos harían pasar la vida filosofando en los presidios. Pero, sea lo que fuere, y pese á todas las lucubraciones médico-sociales de Zola, á todo el trascendentalismo de los prólogos de Dumas, á todos los capítulos nihilistas de Tolstoy, y á todo el pesimismo dialogado de las escenas de Ibsen, la belleza que por tan diversos medios han realizado en sus obras, es independiente de las tendencias que envuelve y de las ideas contradictorias que la inspiran, y la belleza, aunque se sienta de diversos modos en temperamentos diversos, es lo duradero en las obras artísticas consideradas como tales; todo lo demás pasa y se va con las épocas, con las sociedades y las costumbres.

La belleza, la religión y la moral, aunque otra cosa piense un célebre crítico español, pueden andar y andan separadas y hasta reñidas con las bellas letras.

La religión y la moral que inspiraron las obras artísticas de otras edades, son diversas de las que hoy tenemos por norma; lo que ayer se tuvo por bueno, hoy no se tiene por tal; lo que fué virtud en Oriente ó entre griegos y latinos, es vicio entre nosotros; y, sin embargo, las verdaderas obras de arte, inspiradas en aquellos dogmas y en aquellas costumbres, tienen en sí mismas una belleza *sustantiva*.

Además, y vosotros lo sabéis lo mismo que yo: desde el Prometeo de Esquilo que insulta á Zeus hasta el Prometeo de Schelley que considera "el Universo como una gran sin-

fonía pacífica que sólo turban las feroces disonancias de los adoradores de algún dios; desde Lucrecio, el materialista latino, hasta Goethe, el panteísta alemán; desde Anacreonte, Safo y Stratón; desde Horacio, Catulo y Ovidio, hasta Víctor Hugo, Baudelaire, Carducci y Verlaine, en los labios del poeta, es bello lo casto como lo sensual, y hermosa la plegaria como la blasfemia.

Sí, señores, la diosa de los ojos claros odia la deformidad; pero sabe, como dice Renan, que hay poesía hasta en el Strymón helado y en la embriaguez del tracio.

No se colija, de lo dicho, que pretendo defender aquí lo inmoral y lo religioso en las letras; yo hago constar un hecho y nada más. Dentro de un criterio de relativismo sé distinguir lo que es bueno de lo que es bello, y no confundo la hermosura con la virtud. He visto, como vosotros, tomar cuerpo á estas ideas, y permitidme que os refiera cómo y de qué manera las ví por modo plástico.

Fué en París, en los días del premio de virtud de la Academia Francesa, que es una fiesta divertida, aun cuando no tanto como la del gran premio de las carreras de Longchamp.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Mejicano

(Continuará)





LIBROS NUEVOS

- CIENCIAS Y LETRAS.—Revista, Caracas.
- CALCAÑO (José A.)—*El Paso Doble*, Caracas.
- AMBROGI (Arturo A.)—*La Pluma*, revista quincenal, San Salvador.
- COSMÓPOLIS, revista mensual, Caracas.
- LAVARDE AMAYA (I.)—*La Revista Literaria*, Bogotá.
- LA ESPAÑA MODERNA, revista mensual, Madrid.
- LA REVISTA INTERNACIONAL, revista mensual, Madrid.
- PRADO UGARTECHE (Javier).—*Estado Social del Perú durante la dominación española*, Lima. †
- AMUNÁTEGUI REYES (M. L.)—*Borrnes gramaticales*, Santiago de Chile.
- ROSALES (J. A.)—*Manuel Rodríguez*, Santiago de Chile.
- CELENIO—*Política Peruana*, Santiago de Chile.
- LATORRE (Enrique C.)—*Revista Forense chilena*, Concepción.
- PUGA BORNE (F.)—*Revista Chilena de Higiene*, Santiago de Chile.
- BARRA (Eduardo de la).—*Problemas de Fonética*, Buenos Aires.
- ASSIS BRASIL.—*Democracia Representativa* (Traducción de B. Mitre y Vedia), Buenos Aires.
- BARROS MÉNDEZ (L.)—*Expansiones*, Santiago de Chile.
- PALLARES.—*La Revista Ecuatoriana*, Quito.
- FIGUEROA (Pedro P.)—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos*, Santiago de Chile.
- FIGUEROA (Pedro P.)—*Biblioteca Re-*
publicana, revista quincenal, Santiago de Chile.
- BAÑADOS ESPINOSA (J.)—*Balmaceda*, 2 tomos, París.
- BARRA (Eduardo de la).—*Hoja perdida*, Buenos Aires.
- ICAZA, (F. A. de).—*Examen de críticos*, Madrid.
- SANDEMAR (B. de).—*La Inconstancia*, Santiago de Chile.
- CONCHA (Malaquías).—*Programa de la Democracia*, Santiago de Chile.
- GASTELBONDO.—*Lectura para todos*, revista, Cartagena (Colombia).
- ECHAURREN VALERO (Victor).—*Bosquejos de Arte*, París.
- VÁSQUEZ GUARDA (E.)—*Heineanas*, Santiago de Chile.
- BARRA (Eduardo de la).—*Cuestión filológica*, Buenos Aires.
- SARRATEA PINTO (Mariano).—*Rivales*, Buenos Aires.
- REVISTA AZUL, de Barranquilla (Colombia).
- BOLET PERAZA (N.)—*Las tres Américas*, revista mensual de Nueva York.
- MERCHÁN (Rafael M.)—*Varietades*, Tomo I, Bogotá.
- MARSELLA, Juan (Ricardo Cruz Cocke).—*Güelfos y Gibelinos*, Santiago de Chile.
- FIGUEROA (Pedro P.)—*Vida del general Gana*, Santiago de Chile.
- ECHEVERRÍA REYES (A.)—*Bibliografía de la guerra civil*, Santiago de Chile.
- PONCE DE LEÓN (Néstor).—*Revista Ilustrada de Nueva York*, Nueva York.
-



ESTADO ACTUAL

DE LA

LITERATURA EN VENEZUELA



(*Conclusión*)

De Miguel Sánchez Pesquera bastaría la preciosa *Melodía hebraica*, que tiene el sabor del *Cantar de los Cantares*, para que su nombre no pereciese, si no tuviera él asimismo melodiosas poesías ya en el tono plañidero de la elegía, ya en el filosófico y sombrío de los bardos alemanes, ora en el caballeresco de nuestro antiguo romancero. Hoy atiende, más que en sus principios, á la plástica de la estrofa y á la corrección del verso, y en su traducción de *El Velado Profeta del Korasán*, cuidadosamente vertida en verso blanco, parece inclinarse al clasicismo, lo que no es de censurársele porque todo cabe en estos tiempos, y la belleza no tiene patria, estilo ni forma especial.

Diego Jugo Ramírez gusta generalmente de la manera de

versificar de los Moratines; pero atiende más al fondo que á la forma. Inclinado á las disquisiciones filosóficas y morales, sus tendencias místicas imprimen con frecuencia á sus poesías carácter de platonismo. Encuéntrase en ellas corrección, disposición, soltura y estilo, y en general la espontaneidad y superabundancia se revelan más que el primor, el fuego y la suavidad. Con todos sus méritos de versificador, dado el carácter literario que nos manifiestan sus mejores composiciones, Jugo Ramírez no alcanzaría á presentarnos uno de esos pequeños trofeos que obtienen en lenta labor algunos de nuestros poetas. Tiene poesías de mucho mérito literario, y entre ellas merecen parar la consideración *Piar*, *Último canto de Safo*, *Nostalgia*, *Alfa y Omega*, *Violetas* y otras más.

Aunque la poesía épica no es de estos tiempos de análisis y problemas y de rápidas evoluciones, no nos falta quienes busquen en la trompa los tonos de la epopeya. Hanla embocado Felipe Tejera y Fernando Morales Marcano para cantar en octavas reales á Bolívar y á Colón, y se dice que el doctor José Núñez de Cáceres tiene algunos poemas inéditos, de los cuales sólo conozco fragmentos del género burlesco y epigramático.

Tejera, dado más á la erudición clásica que á los libres arrebatos de la imaginación, gusta de amoldarse á los antiguos poetas castellanos, buscando en ellos dechado para sus inspiraciones. Con esto está dicho que se precia de la forma, el estilo y el lenguaje, que dan vida á composiciones suyas de relevante mérito, como *El Poder de la Idea*, *La Gloria*, *El Otoño* y otras más, bellos testimonios de su ingenio poético. Literato tan entendido como él, y como él alumno de las musas clásicas, es Fernando Morales Marcano, que deleitó un día á las gentes con cantos tan hermosos como su *Oda Alegórica*; pero á quien quiero censurar, con la más sana in-

tención y el cariño más fraternal, su excesivo apego al estilo antiguo, y los discreteos y retruécanos en que hoy á las veces incurre.

Por los caracteres generales de su musa, Manuel María Fernández es actualmente el más calificado de nuestros poetas satíricos y epigramáticos. Discípulo aprovechado de Bretón de los Herreros, campea casi sólo en el género, pues los demás, ó no lo han cultivado sino por rareza, ó manifiestan más la malevolencia y la incorrección que el ingenio y el arte, excepción hecha de Manuel María Bermúdez, que ha publicado composiciones de buena escuela, si bien es descuidado á las veces en la factura, y nada vigoroso en el estilo.

Tan contadas son las composiciones poéticas que ha sacado á luz Marco Antonio Saluzzo, orador académico y varón de vastos conocimientos literarios, que sería aventurado que me lanzase á expresar juicio ninguno acerca de sus facultades artísticas; solo puedo decir que á la unidad y corrección del estilo reúne el vigor de la frase y la robustez de la entonación propias en un ardiente republicano que, como él, delira con los tiempos de Grecia y de Roma.

Imposible sería que en escrito de esta naturaleza, y contra mi propósito ya demasiado extenso, manifestase las cualidades literarias de todos los que como Monasterios Velásquez y Félix Soublette, Simón, Francisco de Paula y Carlos Calcaño, Pablo José Arocha é Ildefonso Vásquez, Santiago González Guinán y José María Reina, los Estelleres y Octavio Hernández, y otros más que pertenecen á esta época y grupo, se han distinguido con brillo en el cultivo de la poesía, estampando obras de tanto mérito como *Las Bodas de Oro de León XIII*, de Monasterios Velásquez; *La Anémona*, de Arocha; *La Mañana en el campo*, de Francisco Calcaño; *La Gloria de Páez*, de Soublette; y *El Gallo*, de Reina; y tanto

más imposible sería el intento cuanto que tengo que contraerme á la nueva generación que entra en escena, ya con caracteres diversos, y peligrosos en algunos para el bienestar social.

Imagínome en ocasiones que las personas inteligentes, más no versadas en los secretos del arte, han de creer con sorpresa, cuando contemplan ciertas manifestaciones del ingenio en estos últimos años, que el agenjo ó el éter, la morfina ó el láudano, tienen señalada influencia en su gestación, si no creyeren que las postrimerías del siglo arrojan un viento de locura en cerebros preparados para recibirlo: pero nada estaría más lejos de la verdad, como que el tal fenómeno no es más que el resultado de los caminos que han venido abriendo la filosofía y la política, y las grandes cuestiones por ellas engendradas, en consorcio con las escuelas literarias que, como expresión de las aspiraciones y de las aberraciones del ingenio extraviado por aquellas doctrinas, dispútanse el predominio en la conciencia pública.

Como consecuencia de la lucha filosófica y de las conmociones sociales que produjeron en el campo de las letras la duda y el descreimiento, la exageración romántica, y el combate entre las antiguas escuelas, tenía que venir la anarquía en las producciones del ingenio, la ausencia de ideal bien definido y la determinación de una época de transición, así llamada, porque es como un paréntesis entre las doctrinas del pasado y las que han de imperar en el porvenir, algo como un caos del cual se espera ver brotar la luz, ya que tan grave anomalía, contraria á la razón, la belleza y la verdad, no puede ser estable.

Á estas causas generales, únense en nuestro país el prurito de imitación que ya he indicado y otras eventuales, para determinar los rumbos que algunos espíritus de la nueva generación quieren abrir á las letras.

El aparecimiento de éstos en la escena pública, se relacionan con graves sucesos de orden político.

Acababa de abandonar el poder Guzmán Blanco, quien había tenido la franqueza de proclamar desde lo alto de la tribuna que no había sido ni estaba en su carácter ser otra cosa que un Dictador; que había surgido de la guerra, y que antes que todo era un soldado y un hombre de Estado con grandes responsabilidades para con la República y el partido á que debía su elevación. Tantos años de mando en un país desorganizado por las guerras civiles y en que todos los resortes de gobierno se encontraban relajados, no podían menos que engendrar el odio de los vencidos, la venganza de las ambiciones contrariadas y la emulación de los poderosos.

Á la salida de Guzmán Blanco, los hombres verdaderamente patriotas esperaban del tiempo y de la paz y prosperidad públicas el encarrilamiento legal de la Nación; pero Guzmán Blanco había forjado él mismo, sin deliberada intención, la palanca que iba á conmover y trastornar el orden social.

Por una de esas aberraciones tan comunes en nuestros gobiernos, protegióse y encumbróse á un extranjero, si respetable por sus costumbres, materialista en sumo grado é imbuido en las antiguas doctrinas revividas y explanadas por Darwin. No era él superior en ningún ramo del saber á otros hombres de ciencia naturales del país, ó al menos no había dado testimonio de ello; pero tal encumbramiento y las facilidades que se le brindaron, pusiéronle en aptitud de dirigir los estudios de gran parte de la juventud, y diéronle autoridad como profesor. De aquellas aulas, extraviados por doctrinas exclusivas y disociadoras que tienen por fundamento ideas especulativas, tan perniciosas como el fanatismo religioso, salieron los luchadores principales que fueron á constituir la

bohemia literaria de Caracas, reforzada al fin por algunos hombres viejos, cuya ilustración parecía consistir en la lectura de Comte y de Renán, de Flaubert y de Zola, noveladores estos últimos que han proscrito del arte á los caracteres elevados, preconizado á los perversos, y exagerado los crímenes más abominables.

Manuel María Fernández, alma sencilla y crédula, fué acaso el primero que en el periódico *Diario de Avisos* habló de la existencia de una bohemia en Caracas, intentando así imitar á Enrique Murger cuando en un prólogo publicado en mayo de 1850 (1) reveló la de la bohemia literaria de París; cuyo primer período de vida, alegre y hechicero, describió más tarde en primoroso relato.

De aquel círculo salieron extraños partos de literatura naturalista, rasgos singulares, libelos incendiarios, y la chispa de la revolución.

Existía á la sazón un grupo de liberales descontentos, ansiosos de poder, y persuadidos de que eran grandes personajes postergados, por lo que no escaseaban esfuerzo en el camino de sus aspiraciones; un grupo de conservadores exaltados, saturados de odio y de venganza, y dispuestos á aceptarlo todo por satisfacer sus pasiones; y grupos de conservadores y de liberales llenos de esperanzas patrióticas y bien intencionados, pero desengañados, desconfiados y por lo mismo inactivos. Ni los unos ni los otros soñaban con lanzar la Nación á la guerra, temerosos de los desastres pasados, del poder del pueblo y del prestigio que á la mayoría imperante había dado la transformación del país, á pesar de errores y de abusos inevitables en épocas de continuas conmociones

(1) E. CARO. *El Fin de la Bohemia. Influencias literarias de la "Com-mune"*.

y de prolongado mando; y ni unos ni otros dieron en los principios importancia ninguna á las manifestaciones literarias de la llamada bohemia, ni á sus alardes de patriotismo é independencia, ni á los desórdenes que con diversos pretextos procuraban, viéndolos como entretenimientos de espíritus jóvenes; pero las ideas que proclamaban propósitos de progreso y moralidad, iban infiltrándose aun en espíritus sanos y desprevenidos.

Individuos positivistas como ellos, y como muchos de ellos ateos, é individuos espiritualistas y realmente virtuosos, cándidos unos, y dominados los otros por antiguos rencores, se les incorporaron y se dieron á la conspiración, que acontecimientos y abusos engendrados por la situación política robustecieron al fin y transformaron en verdadera revolución.

Con el pretexto de combatir el ascendiente de un hombre, ya alejado del poder y á millares de leguas de la República y de América, emprendióse el desprestigio de todo lo que valía en la Nación y la honraba; aun el de los Cuerpos literarios y el de las personas más señaladas por sus talentos y saber ó por sus virtudes y desprendimiento, atacando el honor con la calumnia, el hogar con la infamia, la vida con la alevosía.

La voz salía ronca y destemplada de los garitos y de las casas de prostitución; pero invocaba el patriotismo, la honradez, las virtudes de los abuelos; y se introducía cautelosamente en los corazones, perturbando el juicio de los más rectos varones. Era la explosión de la envidia y de la ambición, que se disfrazaban para engañar á los pueblos.

¡El sudor del pueblo! ¡la soberanía del pueblo! ¡la moral! ¡la honradez! ¡la libertad y la alternabilidad! Palabras sacramentales de todas las aspiraciones demagógicas, y con las cuales se ha hecho siempre un mártir de las clases trabajadoras im-

pulsándolas al desorden y al crimen. ¿Qué importa á la demagogia la sangre del pueblo, las lágrimas de viudas y de huérfanos, el transtorno social? ¿Qué la personalidad de los jefes con tal de que ellos los ayuden á la destrucción y la venganza? Jamás se vió empresa de origen más inmoral: con el sombrero estropeado, grasienta la levita y los zapatos rotos, amasando en el alma el odio de la vagancia con la ambición impotente y errante, aquellos desheredados de la fortuna, aquellos hijos del materialismo, tomaron al fin por lo serio lo que había dado comienzo como un juego ó un desahogo de sus aspiraciones; é influyendo en no pequeña parte de la juventud sana, engrosaron sus filas y estuvieron á punto de establecer en Caracas una nueva comuna.

Hubieran triunfado, si el mismo magistrado que al romper sus compromisos políticos intentó rodearse de ellos, no hubiese tenido en sus manos prueba incontestable de sus propósitos y retrocedido espantado hasta poner todo ahinco en diseminarlos y abatir su influencia.

Pero el humor maligno quedó inoculado en la literatura nacional. ¡Qué ensayos de crítica y de novela! Las doctrinas positivistas y materialistas y la lectura de las malsanas novelas y poesías de la escuela naturalista, extraviaron á algunos jóvenes de verdadero talento y aun de ingenio y pasión por las letras. No me ocuparán tales partos que por su crudeza, desaliño y precipitación, no pueden ser considerados como de bella literatura; pero no dejaré de indicar á los autores que desgraciadamente y con verdaderos méritos literarios se han dejado contaminar por los frutos enfermos de la moderna literatura francesa, incorporándose por tal modo en el grupo ó secta de bohemios decadentes.

Desde que Teófilo Gautier, poeta realmente artístico, exclamó: ¡color, color y más color! comenzaron sus admiradores

á regalarnos poesías y escritos en prosa pintorreados y vacíos de sentido. El color ó colorido envuelve en el arte dos conceptos que tienen legítimo enlace: es la cualidad singular que patentiza individual ó localmente el estilo del autor, y es asimismo un elemento de la descripción encaminado á dar artística vitalidad á los objetos, de modo que se nos representen con la mayor perfección, y en este sentido pertenece tanto á la expresión material de la frase cuanto á figuras de pensamiento, tales como la etopeya, la prosopografía y otras más que por ello han recibido el calificativo de pintorescas. El color es parte esencial de la forma, y no es posible arrebatar á la concepción artística ninguno de los elementos de parte tan importante, porque la forma es la imagen real del pensamiento, lo que hace visible á éste y manifiesta su claridad y su belleza. Por lo mismo es absurdo abusar del color prodigándolo sin arte y sin conciencia como acostumbra la mayor parte de los imitadores de la escuela decadente, sobre que lo que ellos han interpretado no ha podido abrigarse en la mente de un hombre de letras como Teófilo Gautier.

El mundo azul, el manto de púrpura de la primavera, violetas de plata, claveles de cristal, sinfonía en gris mayor, que leo en escritos de tal escuela; todo eso es falso, impropio y rebuscado, y justifica por sí sólo el calificativo de decadente, aun sin tener cuenta del pesimismo, de la vaciedad de la obra, ni del intento de hacer del arte una cosa extraña al orden social. La escuela del decadentismo, cuanto á filosofía, tiene de todo: místicos, naturalistas, pesimistas, materialistas y espiritualistas. Su carácter está en su estética, superficial, incompleta y pintoresca, con tonos de naturalismo y con tendencia viva á abusar de la ornamentación y á excitar en todos sentidos los nervios y la sensualidad; lo que explica que Veraine casi vivo en los hospitales, y que Augusto de Armas y

Julián del Casal hayan muerto en la flor de la juventud, miserable el uno y abandonado, y el otro devorado por el hastío.

Acaso no haya entre los poetas venezolanos de la generación actual quienes escriban versos tan artísticos, tan correctos, pulidos y armoniosos, como Gonzalo Picón Febres, Manuel Fombona Palacio, Gabriel E. Muñoz y Ezequiel Bujanda. Los cuatro parecen competir en la belleza de la forma, como si aspirasen á alcanzar la perfección plástica de Gautier y de Núñez de Arce.

Pero Picón Febres, que empezó su carrera literaria con bellas poesías, delicadas y sentimentales, seducido por la moderna poesía francesa y el naturalismo de Flaubert y de Zola, parece inclinarse hoy á la escuela decadente, más que á la parnasiana, pues se muestra más preocupado de la forma y del color que del fondo de la composición, y aun presenta cuadros crudos en la misma expresión, y vocablos nada poéticos que alardean de naturales.

Sus estrofas son esculturales; sus versos cincelados primorosamente, salvo raras excepciones; mas, ¡cuanto lujo de adornos en algunas composiciones! ¡cuánta cascada de pedrería y de flores! ¡cuánto derroche del colorido! ¡qué profusión de adjetivos!

Entre encajes de nieblas color de oro
y explosiones de lumbre color de grana,
vaporosa, risueña, casta, divina,
de improviso aparece la visión blanca.

Viste cendal de gasa como la espuma
diamantinos fulgores son sus miradas
y el cabello desciende cual negra tromba
por la rósea blancura de sus espaldas.

Sobre finos brocados sus pies caminan
con majestad espléndida y soberana,
y en sus manos espiran ricos perfumes
dos triunfales manojos de rosas blancas.

Y aquí, la aurora arroja de sí, deslumbradora, *la mariposa azul de la mañana*; allá, cuando el sol ya ha *arrebolado* las cumbres, es *la hora blanca*; acullá, viste la niña *enagua azul marino*, y bajo el *sombrero gris* se ve su rostro *albo como el semblante de un lucero*.

Sabe hacer versos preciosos, y yo se los envidio; pero los lunares de escuela le arrebatan legítimas coronas. Por lo mismo, *El Tazón roto*, composición con cuyo argumento tiene el castellano la preciosa poesía *El Cántaro roto*, es demasiado cruda por la manera y tendencias de la escuela decadente y naturalista. ¡Qué modelos! ¡qué asuntos! Paul Verlaine, uno de los principales apóstoles de la secta, entregado á la corrupción y la crápula, tiene arrebatos místicos en que va hasta el sacrilegio al hablar del amor á María. Augusto de Armas ensalza el amor bestial con el cadáver de la mujer amada, ¡Proh pudor! ¡Infamia temporis!

Quiero á Picón Febres casi tanto como á mis hijos, y por lo mismo lamento con mayor energía su extravío imitativo; y porque admiro sus talentos é ingenio poético, espero que para gloria suya y de la patria tome rumbos en los cuales pueda trabajar para la prosperidad, y no para estos días pasajeros en que privan el materialismo y la corrupción.

Fombona Palacio, literato muy instruído, tiende en sus versos, admirablemente hechos, á la perfección clásica, pero en ellos se ve, junto con aficiones románticas, el anhelo de ostentar erudición, como de quien gusta más mostrar lo que sabe que deslumbrar ó conmover. El mérito principal de su poesía estriba en la belleza y corrección del verso.

Ensalza un retrato y dice:

No con mayor grandeza
viera Cecropia en el propíleo muro,
ostentar á Nausica su belleza
del rodio artista al inmortal conjuro.

Ni en la región preclara
do el fresco Tíber su raudal enfrena,
al evocar de Ludio se mostrara
más rica en dones la oriental Helena.

En Gabriel E. Muñoz hay un sentimiento delicado y una idea viva que realzan la forma; y sobre la belleza del estilo se cierne ese espíritu misterioso, ese no sé qué de la poesía, que hechiza al corazón.

De Muñoz transcribo dos estrofas de la composición intitulada *El Canto del Cisne*. Hélas aquí:

Yo canto cuando suave
riente primavera
otorga ricos dones
al monte y la pradera,
y de la noche, Febo,
el negro tul desgarrar,
y zumban las abejas
y canta la cigarra.....

Yo soy Anacreonte,
el vate de las dulces
canciones voluptuosas.....
¡Con mirto ornad mi plectro!
¡Ceñid mi sien de rosas!

¿Qué á mí de la fortuna
las locas veleidades,
ni del dolor austero
las sordas tempestades,
si para ahogar las iras

de mi cr el destino
 tengo las rubias ondas
 del espumante vino?
 Yo soy Anacreonte,
 el vate de las dulces
 canciones voluptuosas.....
  Con mirto ornad mi plectro!
  Ce id mi sien de rosas!

Bujanda ha dado igualmente testimonios de la espontaneidad de su poesía y de lo exquisito de su gusto.  Cu nta belleza en *El Traje Blanco*!  Qu  delicadeza de expresión!

.....

Así te quiero ver. Blancura suma,
 siempre blancura, en tus brillantes galas;
 blancas son de los  ngeles las alas,
 Venus es hija de la blanca espuma.
 Un traje blanco lleno de brocados
 que vela un seno mórbido y turgente,
 es neblina flotando transparente
 sobre un bosque de nardos perfumados.
 Todo junto   lo blanco se embellece:
 lo alegre, lo risueño, lo sombrío.....
 y por eso más cándido el rocío
 en el cáliz del lirio nos parece.

.....

Bujanda posee además originalidad en la idea, como lo comprueban *La Sortija*, *Los Jazmines*, *Crucificado*, y otras composiciones suyas.

Saludo, *Elegía   la muerte de Enriqueta de los Ríos*, *Oración*, *Fantast a*, *Presentimiento*, y otras poesías de Eugenio Méndez y Mendoza, son testimonio del carácter ecléctico de este poeta, que   un espíritu romántico une la admiración por la poesía clásica y trata de imitar su forma y sus giros, si bien sin exageración. Nada de esto se le entiende   Pedro Fortoult

Hurtado, cuya musa subjetiva, nerviosa y un tanto descreída, se inclina á los sentimientos intensos, á las ideas pesimistas y voluptuosidades de la época, cuidándose más de herir la imaginación y lastimar con el fondo que de encantar con la plástica.

El problema de la duda es lo que más atormenta á la musa de Fortoul Hurtado:

Por ella dudo: es ella la que zumba
cual violento huracán en torno mío,
vuelca el altar, los ídolos derrumba,
y deja el templo de mi fe vacío.

Y al verme en sombras de impiedad sumido,
muerta la fe, la duda vencedora,
cual llorara Luzbel arrepentido
se estremece de horror, blasfema y llora.

Aunque no tan desconsolador como Fortoul Hurtado, Isaías E. Muñoz, sea porque así lo sienta, sea por rendir culto á la moda, deja escapar asimismo notas sombrías:

No hay que esperar: con su postrera lumbre
la estrella de mi fe rodó al ocaso,
y al beso de las sombras que me cercan
medroso el corazón tiembla de espanto.

Isaías E. Muñoz no halla en la vida sino desengaños; pero no lo expresa con el terrible acento que en ocasiones toma Fortoul Hurtado.

Si después de estos dos poetas se lee á Maximiliano Iturbe ó á Francisco Pimentel, el alma se siente consolada: entrambos, si no muestran vuelo ni vigor, son tiernos, dulces y apacibles, y fundan en estas calidades y en la corrección del verso todas sus aspiraciones de gloria. Pimentel canta pocas veces; gusta más de la filología y otros estudios análogos.

En la flor de la edad, cuando comenzaba su carrera literaria, pasó á mejor vida Paulo Emilio Romero, en quien perdió la patria un cantor ingenioso, fácil, lleno de originalidad y sentimiento. Sus lágrimas son sinceras, como que el infortunio le asedió desde la cuna:

Ronca es la voz del pavoroso trueno,
ronco es el grito que mi pecho exhala.....
La henchida nube se deshace en lluvia
y mi alma, opresa, se deshace en lágrimas.

Como esparce el viento de otoño las hojas de los árboles ó el mar las rosadas conchuelas, su musa esparcía pequeños poemas que él intitulaba *pétalos sueltos*, y entre los cuales hay no pocos tiernos y delicados:

AL TOQUE DE ANGELUS

Cuando en su rojo lecho de occidente
reclina el sol la frente;
cuando extiende su fúnebre sudario
la sombra por la aldea,
y la lengua del tosco campanario
pausada y tristemente clamorea.....
¡Feliz quien tiene la conciencia en calma!
¡Feliz quien en el alma
no lleva el dardo de la duda impía,
y en plácida ternura
al Hacedor del universo envía
de sencilla oración el alma pura!

NUESTRO AMOR

Lo engendró dulcemente una mirada,
nació en los labios al calor de un beso
y murió sofocado en una lágrima.....
¡Qué triste amor el nuestro!

Imposible sería expresar juicio, por breve que fuera, acerca de cada uno de los poetas de la presente generación, por lo que me limito á agregar que, á más de los indicados, señálanse entre otros, Víctor Antonio Zerpa, A. Barazarte Jugo, José Parra Pineda, César Zumeta, José Gil Fortoult, Sisoés Finol, Jacinto Martel, Luis Churión, Carlos Borges, Miguel Eduardo Pardo, Miguel Luis García, Rafael Linares Bernal, Manuel Pimentel Coronel, Pedro Montesinos, Carlos Betancourt Figueredo, Udón A. Pérez, Pablo A. Vilchez, Abraham Ramírez, L. Torres Abandero, A. Avelado, Esteban D. González, Alejandro Romanace, Eduardo Díaz Lecuna, Daniel Villasmil, Francisco Hurtado Ayala, Antonio Herrera Toro, T. I. Potentini, David Curiel Abenatar, Delfín Aurelio Aguilera, Carlos Fernández, Sebastián A. Robles, Eduardo Beltrán Díez, Samuel Darío Maldonado, Andrés A. Mata, Carlos L. Marín, J. A. Pérez Calvo, M. M. Fernández (hijo), Ismael Pereira Álvarez, Eduardo Gallegos Celis, Horacio Castro, E. García Flores, José Manuel Rojas y Pedro Aníbal Domínici, entre los cuales hay verdaderos poetas que se señalan por el ingenio y el gusto, é indudablemente alcanzarán envidiable nombradía, y literatos entendidos que pueden contribuir con sus luces á la depuración y adelantamiento del arte. Hoy, nuestras hermosas mujeres están ya abandonando su temor á exhibirse como literatas y poetisas, y los nombres de Ana é Inés Yépez, María Navarrete, Polita de Lima, Concepción de Tailhardat, María Tinoco, Trinidad Benítez y otras, se mencionan con aplauso.

En las demás manifestaciones de la bella literatura no cuenta Venezuela con tantos representantes, ni llegan ellas entre nosotros á la altura que la lírica, y los motivos se comprenden sin esfuerzo. Privados de todo apoyo, pues por una parte parece que nuestros gobiernos no han comprendido

nunca la influencia y entidad de las letras, y por la otra no hay ni puede haber editores donde el número de los que leen es escaso, los autores venezolanos se limitan generalmente á trabajos ligeros, ó á meros ensayos en tal ó cual género. Así y sin el estímulo del aplauso público, de admirarse es que contemos con piezas dramáticas dignas de atención. De los autores pertenecientes al primer grupo indicado en este escrito, son las más notables: *Güelfos y Gibelinos*, *Parisina* y *Fabricar sobre Arena*, entre las numerosas de Guardia; *Nicolás Rienzi*, de Escobar; *Cristina*, de José Antonio Calcaño; *Cada cual según sus obras* y *Por el camino del mal*, de Félix Soubllette; *De una vía dos mandados*, de Juan V. Camacho; *La Cruz de la honra*, *La pena en la culpa*, *Las máximas de Felipe* y *El terremoto de 1812*, de Francisco de P. Calcaño; *¡Mátala! El Filántropo*, *El Problema social*, *El Divorcio*, entre otras más de José María Manrique; *La Honra de la mujer*, de Aníbal Domínici; *À falta de pan buenas son tortas* y *Luchas del hogar*, de Nicanor Bolet Peraza; *El Collar de ámbar*, de R. Hernández Gutiérrez; *El Criminal inocente*, de Alfredo Rey; *La Pena del Talión*, *Quiero ser Ministro*, *La Escuela de los muchachos* y *Don Bruno el Literato*, de M. M. Bermúdez; *Luchar para vencer*, de Felipe Esteves; *El toque de Ave María*, de Julio Guadalajara; *Patria y Honra* y *El diente de don Raimundo*, de Luis Poleo Gonell; *La Casa vacía*, de Domingo S. Ramos; *Eso no mas nos faltaba*, de Rafael Domínguez; *Zapatero á tus zapatos*, de M. M. Fernández; *Lionfort*, de Eduardo Blanco; *Triunfar con la Patria*, de Felipe Tejera; *Achaques de Amor*, de Elías C. Pompa; *Los bastardos Reales*, *Pasión y Sacrificio*, *Amor y Gloria hacen locos*, *¿Somos actores?* y *Antonio de Guzmán*, entre muchas de Vicente Micolao y Sierra; *La Prometida* y *Don Luis el Inconstante*, de José Antonio Maitín; *Un drama*

de Echegaray, de Casto R. López; *Drama social* y *Un Hijo de Apolo*, de Paulo Emilio Romero; *María*, de Lina López; *Eulalia Buroz*, de José Bernardo Gómez; *El Tirano Aguirre*, de A. Briceño Picón; *Castigo de una coqueta*, de José Antonio Arvelo; *El Amor de un libertino* y *El Poder de un relicario*, de Juan José Brecca; *La Ley social*, de Alfredo y Benito Esteller; *La Política en el Hogar*, de F. Tosta García; *Miolina*, de Luis Urdaneta Hernández; varias de García de Quevedo; *Francisca de Rímmini*, traducida en verso por Luis Camilo Calcaño; y *Severo Torelli*, vertida en prosa por Marco Antonio Saluzzo. Por de contado que todas estas obras dramáticas, con ser las mejores del repertorio venezolano, no son por igual modo merecedoras de encomio, pues algunas adolecen de grandes defectos; pero, así y todo, manifiestan aptitudes de los autores para el género, y son la base de nuestra dramática.

De la generación actual, salvo las piezas *Drama social* y *Un Hijo de Apolo*, de Paulo Emilio Romero, y *A tal culpa tal castigo*, de Miguel Eduardo Pardo, las cuales no he logrado obtener, sólo conozco dos dramas que se hayan representado con aplausos; es el uno *Lo irreparable*, de P. A. Vílchez, ensayo bien versificado, con escenas dramáticas é interesantes, pero con algunos defectos, y arraigado en la más desconsoladora parte de la escuela naturalista: el adulterio y el incesto. El otro es el intitulado *En el Borde del abismo*, de Manuel A. Marín, el cual revela en él disposiciones naturales para la dramática. Tiene la obra escenas felices y bien dialogadas, y la versificación es fácil y generalmente correcta. Sus defectos están en el argumento y en los caracteres, pasiones y resorte de que se vale el autor. El argumento es del todo semejante al de *Francesca de Rimini*, y á pesar de tan notable modelo, decae en el desarrollo. Dolores casi cede, y si no

cede, es porque sus relaciones se descubren, muy á los principios, como era inevitable. El recurso de la carta, sobre rebuscado y poco justificable, desluce la obra y la pasión del drama. Estos rebuscamientos, las conmociones que hablan á los sentidos más que al alma, el sobreponer las sensaciones al sentimiento, lo inesperado é incomprensible en la lógica del corazón humano, son defectos del romanticismo exagerado de Bouchardy, y quitan todo valor literario á las obras del espíritu. Á pesar de ello, el amor de los sentidos, con inverosimilitudes y coincidencias extrañas, fuera de efecto, y aun pasable para el crítico, si los caracteres y las pasiones fuesen verdaderos. Cuando se trata del honor de la familia, el carácter paternal debe sobreponerse, en el teatro como en la vida real, á todo otro sentimiento y dominarlo; y tal carácter en el drama de Marín no tiene ni grandeza ni firmeza, como debiera cuando se trata, como en *El Cid* de Corneille, de presentar de resalte el amor paternal en lucha con el sentimiento del honor. La virtud del amor conyugal, en que estriba principalmente esta obra, tampoco está á la altura de la dramática. En el teatro, la virtud conyugal se llama Pantea ó Lucrecia. Hasta ahora no ha habido autor original ó imitador, clásico ó romántico ó ecléctico, que haya osado alterar en la escena la grandeza de tal carácter. Verdad es que Mlle. de Scudery supuso en Lucrecia y contra la verdad histórica, secreta inclinación hacia Bruto antes de que fuese esposa de Colatino, pero precisamente no tuvo otro objeto que el de dar mayor energía y relieve á la virtud conyugal de la ilustre romana. Es este un ejemplo que ha debido tener presente el autor, porque el honor conyugal debe ser inviolable de hecho y de palabra. De no, queda destruído.

La novela, que dió comienzo un día con traducciones de noveladores franceses, con las preciosas narraciones de Toro

y las novelitas de García de Quevedo, tiene hoy entusiastas cultivadores como Juan Alfonso, Eduardo Blanco, José María Manrique, y Gonzalo Picón Febres; no obstante, lo más notable en el género, son las narraciones cortas, los cuentos, leyendas y novelitas, lo más de estilo francés, como *El hijo del Generalísimo*, de Celestino Martínez; *Anaida*, de José Ramón Yépez; *El Número III*, de Eduardo Blanco; *La Castellana de Rocafort*, de Alfredo Esteller; *Juana la Lavandera*, de Aníbal Domínici; *Débora*, de Tomás Michelena; *En el cielo*, de Blanca y Margot; las *Leyendas bíblicas*, de Manuel M. Silva; y los cuentos, que á imitación de Julio Verne, escribió Vicente Marcano.

De mayor mérito que los enumerados son su originalidad, corrección, brillantez de forma, y demás calidades artísticas, no pocos de los trabajos de tal linaje que la firma del distinguido dramático y orador José María Manrique, ó la de César Zumeta, que ha principiado por donde otros acaban. De Manrique, siempre se leerán con placer *Venganza de una Amante*, *Una Catástrofe*, *Idilio*, *El Cristo de la montaña*, *Crueldad infantil*, *Decapitada*, *En el Mar*; de Zumeta, *Una Cicatriz*, *Sela*, *Ivan*, *Noche de bodas*, *Lurte*. Otros más han publicado estos autores tan bien escritos como los citados y que manifiestan su competencia para el cultivo de género tan popular hoy, y que ha sido elevado de tal modo por el arte, que las plumas más famosas se aplacen en cultivarlo, y, como acontece con el soneto, pocas son sus manifestaciones perfectas por el fondo y por la forma. No son ya los cuentos de las *Mil y una noches*, maravillosos por el tesoro de imaginación y fantasía en ellos esparcido; ni los preciosos persas, reducidos al relato de los amores de los Sultanes con las favoritas, los que sirven de pauta á los noveladores modernos. El cuento ha venido invadiendo todos los campos y aquilatando la

forma y el estilo. Hoy ha llegado á ser uno como camafeo ó miniatura que no teme competir con la novela. En tal obra han venido trabajando celebridades como Wieland, Hoffman y Chamisso, Sabadin y Menucio de Salerno, Andersen y Dickens, Tourgenef y Tolstoy, Trueba y Alarcón; y Belzac, Merimée, Daudet, Maupassant, y una legión más, la mayor parte franceses; porque Francia, que en tal género tuvo narradores de la talla de Perreault, Dumas y Balzac, es la que en esta época ha contribuído más, con su espíritu fino y artístico, á elevar el cuento á la categoría de joya literaria. Hoy comienzan en Venezuela á ensayarse también como narradores Rafael Cabrera Malo, Carlos B. Figueredo, y algunos más de la nueva generación.

En formas de prosa, como elegías, mesenianas, idilios, cantos de batalla, y otros escritos de índole literaria, después de Toro, Baralt, González, Aranda y Ponte y otros, tenemos autores distinguidos como Cecilio Acosta, Felipe Tejera, Eduardo Calcaño, Marco-Antonio Saluzzo, Víctor Antonio Zerpa, Eduardo Blanco, B. Quenza, Aníbal Domínicí, César Zumeta, José María Manrique, José Gil Fortoult, Félix Soublotte, Ángel F. Barberii, Rafael Hernández Gutiérrez, Luis López Méndez, Marco Antonio Silva Gandolphi, Ramón Montilla Troanes, R. O. Limardo, Teodardo González, Lisandro Alvarado, Julio Febres Cordero, Jesús M. Portillo, casi todos los cuales manejan el idioma con pureza ó con brillantez.

Señaláronse un tiempo como escritores de costumbres, Daniel Mendoza, Jesús María Sistiaga, Federico Núñez de Aguiar, que han pasado ya á mejor vida, y Ermelindo Rivo-dó y José María Rojas, que aun viven y parece han abandonado el género. Hoy sólo lo cultivan Francisco de Sales Pérez, Manuel Vicente Romero García, Nicanor Bolet Perez, Francisco Tosta García y Andrés Antonio Silva. Pérez es

chistoso y satírico, abunda en gracia y soltura, y rinde culto á la verdad; mas gusta de hablar de sí, sus personajes suelen ser figurones, y tiende más á ridiculizar y hacer reír con sus dotes de satírico, que á demostrar la maestría del reformador. En los libros que ha publicado no se encuentra la bella forma, el estilo castigado y la corrección propias de tales trabajos, y que tanto brillan en Larra y en Mesonero Romanos; pero ya hoy cuida de la corrección y tiene el propósito de publicar una colección esmerada en punto tan importante.

Romero García, que para esta labor gusta más de la forma de la novela, posee como Pérez, un gran talento y sobra de intención; es más correcto, su estilo es bello, aunque precipitado, y maneja el diálogo con facilidad; pero desgraciadamente malea sus lucubraciones un naturalismo exagerado y desconsolador.

Bolet Peraza, rico de talento, ingenioso y jovial, aunque no es un hablista y peca á las veces por cierta rudeza en la expresión, contornea admirablemente las figuras, describe con precisión, abunda en gracia y en imágenes, no carece de donosura y da á sus cuadros el colorido convenientemente. Á las veces disminuye la verosimilitud con la exageración, pero lo compensa todo con lo acertado de la sátira ó lo cómico de la sal. Es tal vez el que tiene dotes más singulares para el género.

Chistoso y satírico, abundante, claro y suelto es Tosta García cuando maneja la pluma del escritor de costumbres; pero peca de incorrecto y acre. Silva no tiene la sal ni la sátira de Tosta García, y si su estilo es algo desmazalado y carece de adorno y amenidad, es más cuidado que el de aquél en la corrección del lenguaje. Verdad es que el poeta epigramático Juan José Breca y algún otro escritor han dibujado cuadros de costumbres, pero lo han hecho á modo de ensayo y sin pretensiones.

Al mencionar la crítica literaria revolotean en la imaginación á la manera de brillantes mariposas los nombres de Scherer y Macaulay, de Saint Beuve y Taine, de los creadores de la crítica moderna, pensadora y profunda, investigadora y analítica; y lamentamos con honda tristeza que la osadía filosófica y revolucionaria de tales analizadores no haya despertado la emulación de nuestros viejos escritores aficionados á la crítica, pues los que más gustan de cultivarla, Ermelindo Rivodó, Felipe Tejera, Pedro Arismendy Brito, Ricardo Ovidio Limardo y Domingo Santos Ramos, permanecen afeerrados á la antigua escuela española, que sólo les permite ostentar su vasta erudición, con lo que muy poco sirven al adelantamiento de las letras. Otros escritores de ilustración como Pedro Ezequiel Rojas, que redactó el periódico *Figaro*, Fulgencio M. Carías, y Eugenio Méndez y Mendoza, que pertenece á los nuevos combatientes, han ejercido el mismo oficio, es cierto; más sólo para elogiar, como si temiesen perder simpatías ó ser mal interpretados. Con tal sistema se propende, aunque involuntariamente, al extravío y desmedro del arte.

Mayor audacia muestra la mayoría de los jóvenes de la nueva generación; pero, salvo Víctor Antonio Zerpa, los demás, José Gil Fortoul, César Zumeta y Gonzalo Picón Febres, cuando ejercen de críticos aparecen como dominados por exclusivismos de escuela. Este defecto desaparecerá indudablemente con la práctica y la experiencia, y las letras cosecharán provechoso fruto. Zerpa, Zumeta, Gil Fortoul, Fombona Palacio, Picón Febres, Tomás Mármol, Marco Antonio Silva Gandolphy, Lisandro Alvarado, son los prosadores de la nueva generación llamados á ejercer la crítica literaria moderna que entra en el corazón de la obra é investiga el vigor de las facultades, su importancia psicológica, las

pasiones y la vida de la obra y su relación con el autor, el tiempo y el medio en que vive, en suma, la crítica trascendental que más que un arte es una ciencia. Escritores entendidos y apasionados por las letras, deben darle á la patria lo que tiene derecho á exigirles, ya que sus aptitudes y sus aficiones propenden á tal obra.

Si bien la didáctica, que lleva por mira la instrucción ó la utilidad, no tiene cabida en este trabajo, que versa acerca del estado actual de la bella literatura en Venezuela, diré que después de Baralt, Yanes, Austria, Guzmán y Larrazábal, si no contamos á Ramón de la Plaza que escribió la importante *Historia del Arte Musical en Venezuela*, no hemos tenido historiadores, sino compendiadores, historiógrafos, traductores y biógrafos, entre todos los cuales son los más notables el sabio Juan Vicente González por el carácter serio y las brillantes calidades de sus escritos; Arístides Rojas por su paciente investigación, miras elevadas y constante laboriosidad; y por los diversos méritos de sus libros, los Tejeras, José Manuel de los Ríos, Jacinto Regino Pachano, Laureano Villanueva y Ramón Azpurúa.

Sentaré asimismo que la oratoria, tan propia de nuestro estado social y organización política, no alcanza hoy el desarrollo que era de esperarse, lo que se debe á la defectuosa rutina de nuestro procedimiento jurídico, á la escasa inclinación al ejercicio del sacerdocio, y á la abusiva práctica que de antiguo impera en las elecciones populares. No tenemos oradores forenses, los sagrados son dos ó tres, cuatro ó cinco los académicos, y si abundan los tribunicios ó parlamentarios, son en su mayor parte declamadores, amigos de frases de relumbrón y lugares comunes, y entre ellos hay pocos que con su carácter den autoridad á la palabra. *Vir bonus dicendi peritus.*

Dedúcese de este escrito que la literatura venezolana, como la de las Repúblicas hermanas, es desgraciadamente un tanto imitadora de las literaturas extranjeras, y que hoy priva en alguno de sus escritores la enfermiza literatura naturalista que está produciendo ya desastrosos resultados sociales. Así y todo, cuenta con poetas y prosistas de mérito, pero que no son bien conocidos ni pueden ser bien juzgados y estimados, porque, sobre no poder recopilar los trabajos publicados en los periódicos, conservan inéditas numerosas obras. Débese tan lastimoso estado de cosas al escaso apoyo de los gobiernos, á la predilección que alcanzan los libros extranjeros por inferiores que sean, lo que explica en parte la inclinación al arte imitativo; y por último, á la insistencia con que parte de la prensa hostiga á los hombres de letras más señalados, propendiendo en todos sentidos á su descrédito; labor ésta de pasiones bajas y odiosas que no respetan ni las más puras virtudes, y así calumnian y tratan de humillar al ciudadano, como arrojan sobre las heridas de la nación, no el bálsamo que las sana, y vierte el amor patrio, sino el sulfato corrosivo de su venenosa pluma. Testimonio incontestable de atraso social, que, unido á las desventuras públicas, nos hace dudar á las veces si hemos ganado ó perdido con la independencia de la patria y el establecimiento de la República; porque ahondando en este torbellino de pasiones desapoderadas, y estudiándolas friamente, se ve que no sólo influyen en ellas las rivalidades políticas, que de antiguo trabajan y medran, y el incontestable atraso intelectual y la decadencia moral de los tiempos, sino también las exageraciones de una democracia mal comprendida y practicada que todo lo quiere nivelar y en nada quiere reconocer superioridad; por donde cualquiera que alcanza á llenar de rasgos y garrapatos un papel, se cree tan digno de ser considerado hombre de letras como el más

entendido y talentoso escritor, y todos son figuras culminantes en todos los ramos, ó aspiran á que por tales se les tenga, máxime si el favor, las circunstancias ó la casualidad, los colocaron, siquiera por instante, en puesto de espectación pública, que entonces ya nadie llega á su presunción y soberbia.

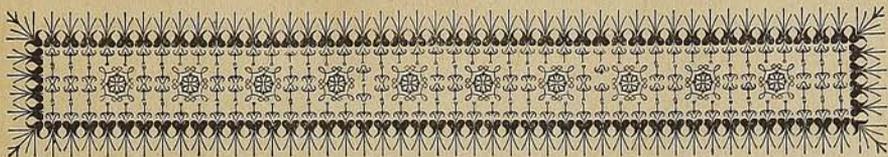
Sólo una virtud no es discutida y obtiene el respeto que á todas se debe: la del mendigo; acaso porque el infeliz se recoge en su desamparo y miseria, y á nadie hace sombra.

En esta vía dolorosa de la época, y sin protección y arrimo, sin respeto ni estímulo, nada de extraño tiene que los talentos vayan haciéndose superficiales, y que, cuando desaparezcan de la escena los varones que aun mantienen el fuego sagrado, se presente una generación completamente decadente, vacía y frívola, y no se halle en ella un talento vigoroso y sabio, un Bello, un Toro, un González ó un Larrazábal, capaz de reformar las letras y guiarlas á más elevados destinos.

¡Plegue á Dios que me engañe, y sean sólo el pesimismo y la amargura de las horas presentes, las que me manifiestan el cuadro del porvenir con tan temerosa visión y colores tan sombríos!

JULIO CALCAÑO
Venezolano





LA HISTÉRICA

Á MI AMIGO MANUEL RODRÍGUEZ MENDOZA



—Buenos días, dijo Luis, entrando en la pieza de consulta del Doctor Clement.

—¡Hombre! ¿V. por aquí? ¿Qué le trae? Supongo que V. no está enfermo ...

—¿Yo? no, dijo Luis; pero Clotilde ...

—¡Vaya con su Clotilde! dijo el Doctor: desde que V. salió de la Universidad, se ha echado V. esta querida y V. sigue con ella, como si les hubieran puesto las bendiciones.

—Y ¿qué quiere V. que haga?

—Pues, hombre. cualquiera cosa; casarse, por ejemplo, y no estarse matando con esa muchacha que es hermosa; pero que tiene mal carácter y que ya le ha dado á V. bastante que hacer.

—Ya me lo ha dicho V. en varias ocasiones; en la estrecha amistad que nos une, V. ha tenido la bondad de darme algu-

nos consejos, que yo le agradezco con toda el alma; pero no tengo la fuerza necesaria para seguirlos; no me hable V. de dejar á Clotilde, no puedo...

Por ahora es preciso curarla, está muy enferma y yo espero que V. irá á verla hoy mismo; le quedaré por ello muy agradecido.

—¿V. estará en su casa?

—Todo el día, respondió Luis:

—Entonces, hasta luego.

—Hasta luego, dijo Luis, estrechando la mano del Doctor Clement.

Después de su consulta, el Doctor fué á casa de la enferma, donde halló á Luis bastante preocupado con la enfermedad de su amada.

Era Clotilde una mujer de 25 años, de estatura mediana, pálida, delgada, de ojos negros y cabellos castaños; su frente era estrecha, su nariz recta y sus labios rojos circunscribían una boca pequeña y graciosa, con unos dientes, como perlas. Su expresión era dulce, aunque un poco tiesa y su seno, ancho y bien formado, reposaba sobre la doble escotadura de su corsé, siempre perfumado.

Esta mujer, que podría llamarse hermosa, tenía un defecto que sólo se notaba, mirándola de perfil; este defecto se traducía por un hundimiento de la parte posterior del cráneo; de modo que todas la facultades afectivas que los frenólogos colocan en la parte posterior de la cabeza, como el amor, la inclinación á adherirse á otra persona, el amor de la prole, el amor al hogar, etc., parecían *atrofiadas* en aquella cabeza singular.

Cuando se la miraba de perfil, la parte posterior de la cabeza aparecía cortada á pico desde la coronilla hasta el cuello; si llevaba moño y mantilla se veía hermosísima; pero de

trenzas, tenía un aspecto que no solo no agradaba, sino que causaba horror.

El Doctor Clement había asistido, en otras ocasiones, á Clotilde y sabía que era muy nerviosa y de mal carácter.

—¿Como está V.? dijo al entrar.

—¡Ah! Doctor, respondió Clotilde, estoy muy mal; V. no ha querido creerme; yo le he dicho muchas veces que mi debilidad iría muy lejos, que era preciso mandarme á Limache... V. no ha querido creerme...

—Pero, vamos, observó el Doctor ¿qué tiene V.? ¿qué siente V.?

—Siento, dijo Clotilde, una gran debilidad; no como, no duermo, tengo sudores por la noche, toso mucho y ayer he echado sangre por la boca.

—Eso de la sangre lo he visto yo, dijo Luis, que hasta entonces no había despegado sus labios.

—¿Tiene V. puesto su corsé? preguntó el Doctor.

—Sí, dijo Clotilde; pero puedo quitármelo, sí, me lo quito ahora mismo. Cierra la puerta, Luis, no me vaya á resfriar.

Clotilde entró en la pieza vecina y volvió sin corsé.

—Póngase V. de pie, dijo el Doctor y se puso á examinar á su enferma.

La *percutió, auscultó*, la hizo toser, la hizo sentarse, la puso en diferentes posiciones, en una palabra, le hizo un examen completo del pecho y la espalda, sin encontrar lesión apreciable.

—No encuentro nada, dijo el Doctor; los pulmones respiran perfectamente, el corazón funciona con regularidad.

—Pero eso no puede ser, Doctor, dijo Clotilde; ¿por qué, toso? ¿por qué echo sangre por la boca? ...

En este momento la enferma tuvo un acceso de tos y manifestó el deseo de escupir.

Luis se precipitó sobre la escupidera.

Clotilde escupió una sangre restilante, aereada.

El Doctor miró á la enferma y después de un instante, pregunto á Clotilde.

—¿V. ha tenido en su familia a!gún enfermo del pecho?

—Mi padre tosía mucho; pero murió de enfermedad del corazón, dijo Clotilde,

—Está bien, murmuró el Doctor, yo volveré. Por ahora coma V. bien y no tome ningún remedio

El Doctor se despidió, prometiendo volver; Luis lo acompañó hasta el carruaje, para preguntarle por el estado de Clotilde.

—¿Qué le parece á V., Doctor? dijo Luis, con aire entristecido.

—¿Qué puedo decirle á V.? Esta mujer es histérica y con estas mujeres uno está siempre en presencia de lo desconocido, dijo el Doctor; volveré y estudiaremos el caso.

Ya en otra ocasión la he visto con ataques histéricos de forma bastante rara; hay histéricas que echan sangre por la boca; pero estos casos son raros. Los pulmones y el corazón funcionan bien. Yo volveré.

—Confío en V., Doctor Clement, dijo Luis.

—Hasta luego, dijo el Doctor:

Cuando Luis volvió al lado de Clotilde, ésta estaba recostada en una poltrona.

Luis la besó, diciéndola:

—El Doctor espera que eso pasará pronto; pero es preciso estudiar el caso; como la medicina es tan oscura...

—Sí; pero si ya en otras ocasiones Limache me ha hecho bien ¿para qué me traes al Doctor? Mándame á Limache y volveré sana, con estar allá una ó dos semanas.

Luis guardó silencio:

El Doctor se había retirado de la casa de Clotilde un poco caviloso con la clase de tos que tenía la enferma y con la sangre que había arrojado en su presencia. Aquella no era la forma en que se presentaban los primeros accidentes de la tisis; había allí algo de anómalo, de raro. Es cierto que el hecho estaba allí, claro, evidente; pero era una histérica; era preciso dudar de todo.

Luis vió que la fisonomía de Clotilde tomaba un aspecto de profunda tristeza.

—¿Qué tienes? preguntó Luis:

—Me voy á morir, dijo Clotilde, y tú no quieres decírmelo; y las lágrimas se agolparon á sus ojos.

—Nó, hijita, no se trata de eso, muy pronto vas á restablecerte.

Y Luis se acercó á ella y la tomó las manos con cariño.

—Mira, le dijo, no te pongas nerviosa ¿quieres que te ayude á ponerte en cama? Estás pálida, tus manos están calientes...

—Quiero hablar contigo.

—Aquí me tienes.

—Sí; pero cierra la puerta, tengo miedo... de...

—Acuéstate, hijita; dijo Luis, después de cerrar la puerta, y rodeando con sus brazos el tronco escultural de Clotilde.

—Ayúdame, dijo ella, con voz muy baja.

Luis arrastró á Clotilde hasta el lecho.

Estaba hermosísima; el corsé, que había vuelto á ponerse, tenía flojos los cordones y dejaba exhalar el aroma caliente, con que ella tenía costumbre de perfumarlo. En uno de esos movimientos intencionales que las mujeres saben hacer oportunamente, los broches del corsé se desengancharon y el ancho y perfumado seno se mostró á Luis en toda su esplendorosa magnificencia.

Él la besó y ella entreabrió sus labios, como para dejar una respiración más honda.

—Quiéreme, dijo á Luis, teniéndole abrazado el cuello con las manos, y si he de morirme, que sea en tus brazos, no me abandones...

Luis estaba fascinado por los ojos de aquella mujer, que lo atraía, que lo arrastraba irresistiblemente, y no pudiendo luchar con ella, la besó en la boca con pasión y hundió su rostro pálido en aquel seno de inmortal belleza.

—Vamos á Limache, decía á Luis, á quien tenía todavía entre los brazos y á quien embriagaba con el perfume tibio de su seno y con los tentadores movimientos de su voluptuosidad.

—Eso lo veremos, contestó Luis, veremos qué dice el Doctor Clement. Por otra parte, yo no puedo ir; sería preciso que fueras á casa de tu familia y...

Luis se desprendía de los brazos de Clotilde y ella le dejaba ir, quedándose medio desnuda sobre la colcha azul de su lecho perfumado.

De repente, Clotilde hizo un movimiento brusco y empezó á suspirar precipitadamente: su cuerpo se arqueaba hacia atrás, y hacía sobresalir su hermoso seno como una satánica tentación.

Luis se acercó.

Clotilde tenía los labios entreabiertos por una sonrisa y los ojos empapados en lágrimas.

Al día siguiente volvió el Doctor Clement y fué recibido por la sirvienta; la señora había salido.

—¿La señora no está en casa? preguntó el Doctor.

—Nó, señor, dijo la sirvienta.

—¿Cómo? después de haber estado ayer tan enferma...

—La señora es así; ella dice que está muy enferma; pero come y duerme muy bien y, cuando tiene que salir á paseo, se acaban las enfermedades.

—¡Hola! se dijo para sus adentros el Doctor, ¿con que la sirvienta tiene mucho pico? pues que hable; y luego observó:

—No dejan de tener importancia estos datos que me das; porque un médico, si ha de curar á su enfermo, necesita saberlo todo...

—Como al confesor, pues, señor, nada se le puede ocultar, decirle la verdad; yo creo que es aprensión lo que tiene la señora, y también mucho regalo; cuando el *patrón* se queda en la casa, lo incomoda toda la noche tosiendo y los dos pasan en vela. ¿Cómo no tose cuando está sola? ¿cómo duerme á hilo toda la noche cuando él no se queda?

La única cosa que me llama la atención en ella y que algunas veces me hace creer que debe estar enferma, es el *mal genio*. Hay veces en que está insufrible la pobre señora.

—Sí, dijo el Doctor, eso se observa en algunos enfermos, lo mismo que la mentira; hay enfermos que se ponen mentirosos.

—No me diga nada, señor; hasta ahora estoy arrepentida de lo que le dije á usted en la otra enfermedad que tuvo la señora.

—¿Qué dijo usted? preguntó el Doctor.

—Señor, se me cae la cara de vergüenza; pero como la señora manda y luego la sirvienta tiene que obedecer y callarse...

—Pero, ¿qué me dijo? insistió el Doctor Clement.

—¡Ah! señor, si la señora llegara á saberlo, me mataría.

—¿Pero también, si tú me ocultas las cosas, podrías tú ser la causa de la muerte de tu señora... .

—Eso mismo digo yo, pues, señor; si no le han de decir la

verdad al médico ¿para qué lo llaman? y después dicen que el doctor no tiene *buenos aciertos!*...

—Pero ¿qué me dijiste la vez pasada?

—Vea, pues, señor, yo le diré: pero que no vaya á saber nada la señora, porque sería capaz de mandarme á la cárcel. En vez pasada lo llamó á usted la señora y era para esta misma enfermedad, pero no echaba sangre; la señora ha tenido siempre muy buen apetito y un sueño inmejorable y ella me dijo que le comunicara á V. que ni comía ni dormía, y cuando yo le pregunté por qué le iba á decir eso, cuando no era cierto, me contestó que los médicos eran muy indolentes y que era preciso aumentar un poco los males para que tomaran más interés por el enfermo. Yo pues, señor, tenía que obedecer y se lo dije á V. con mucha vergüenza.

—No será mucho, dijo el Doctor, que en uno de estos días vuelva á pedirte que me digas lo mismo.

—Así es pues, señor. Si ella me lo pide, yo obedeceré; pero V. ya sabe que eso no es cierto y que la señora come y duerme de más. Ahora le ha entrado el delirio con Limache; yo no sé para qué quiere ir á Limache; aquí está muy bien; el *patrón* la quiere mucho y le da gusto en todo: y la quiere de veras; viera V. cómo se pone el *patrón* cuando ella se enferma; se pone triste como una noche y yo lo he visto llorar como un niño; ella lo tiene hechizado, lo dirige, lo manda y como es aguda, bonita y ladina... don Luis no sabe resistir y ella hace su voluntad. No será mucho que ahora la lleve á Limache, aunque la vez pasada tuvieron una desavenencia que yo creí que era la última, por el mismo viaje á Limache, que se hizo; pero que dió por resultado una de Dios es Cristo.

—Pobre don Luis! tiene mucho que sufrir; yo supe eso que me cuentas del viaje á Limache, del año pasado. Pero parece que Clotilde no vendrá tan pronto; yo volveré para

verla más detenidamente: es preciso curar á esta niña, aunque no sea más que para la tranquilidad de Luis.

—Buenos días, dijo el Doctor Clement, y salió de la casa, muy contento de su entrevista con la sirvienta.

Mientras el Doctor volvía á su casa, meditaba sobre la enfermedad de Clotilde y se convencía más y más de que se trataba de un histerismo confirmado: ya el mismo Doctor Clement, en otras ocasiones, había podido comprobar la existencia de perturbaciones de la sensibilidad que se traducían por disminución ó exageración en ciertos puntos de la piel.

En otras veces se habían presentado neuralgias que producían gritos repentinos; perturbaciones de las funciones sensoriales, sensibilidad exagerada de la columna vertebral, palpitaciones del corazón, etc.

La misma vida de Clotilde señalaba las causas de su afección histérica; en el principio había tenido mucho que sufrir y la muerte de su padre le había causado una pena profunda. Se sabe que estos grandes choques del sistema nervioso producen á menudo la histeria. Clotilde tenía casi todos los *estigmas* del histerismo. En cuanto á las perturbaciones del carácter, eso era bien conocido en ella.

El Doctor sabía muy bien que el histerismo puede producir desde la risa convulsiva hasta los sudores de sangre; pero no ignoraba que una histérica puede simular muchos síntomas y que los simula muy á menudo.

Delante de una histérica toda precaución es poca, y cuando el médico no es muy listo, puede ser fácilmente engañado. Era preciso examinar con mucho cuidado á Clotilde y tener mucha cautela, cuando hubiera de creérsela bajo su palabra de honor, tanto más, cuanto que ya había tratado de engañarlo en otra ocasión, como acababa de saberlo por las declaraciones de su propia sirvienta.

El Doctor Clement no hacía sino acentuar hoy su modo de pensar, pues ya en otras ocasiones había asistido á Clotilde en varias enfermedades y sabía que en todas ellas los síntomas se dibujaban sobre el fondo movable del histerismo. Este fondo, sobre el cual se destacan todas las dolencias de la mujer histérica, es la expresión de la naturaleza misma de la enferma, es una tendencia á la impresionabilidad exagerada en todo, lo mismo en la salud que en la enfermedad, en el arte como en la vida real.

Nuestra época, por consecuencia del refinamiento de las costumbres y el abandono irreflexivo de los sencillos hábitos de nuestros mayores, produce este tipo de la mujer delicada, nerviosa, impresionable; verdadera enferma, que toma *fierro*, que se precipita sobre todos los nuevos remedios, que anda siempre buscando un clima que le convenga, que no puede estarse tranquila en su casa, que persigue remedios imaginarios, que no puede criar á sus hijos, que es un condensador eléctrico siempre cargado.

Es evidente que en el número de las causas de esta *neurosis*, la educación tiene un papel de primera importancia; á lo menos de tanta importancia como el alcohol, el tabaco y otros venenos. Parece probable que el histerismo, observado hoy más frecuentemente en el hombre, tiene su origen en el *tabaquismo* y el *alcoholismo*, que constituyen las dos grandes pestes de nuestra época.

Sea de ello lo que se quiera, el Doctor volvió á casa de Clotilde, dos días después de la entrevista con la sirvienta, casual entrevista que le había proporcionado tan interesantes datos sobre la enferma.

Esta vez el Doctor Clement fué más feliz que en la visita anterior; esta vez Clotilde estaba en casa.

El Doctor bajó de su carruaje y entró en la casa de su enferma con la confianza de siempre.

—¿Se puede?... dijo, tocando la puerta de la habitación de la enferma.

—Adentro, Doctor, dijo Clotilde, que había sentido el ruido del carruaje.

—Buenos días; V. debe estar mejor; he estado aquí y V. había salido...

—Sí, dijo Clotilde, como V. me dice siempre que haga ejercicio y que me distraiga, salí un rato ese día; estaba mal, nerviosa, triste.....

—Y ahora ¿cómo se siente V.?

—Tal vez un poco mejor; pero la sangre, Doctor, la sangre. Yo no quiero morirme, yo tengo miedo...

—¡Bah! V. no se morirá por eso, todo eso se pasará en poco tiempo; pero es preciso que V. me ayude un poco; la voluntad del enfermo, en estos casos, es la mitad de la curación.

—Yo tengo voluntad, Doctor, pero veo que eso no basta y á Luis se le ha puesto en la cabeza que me he de quedar en Santiago: no quiere que vaya á Limache...

—Pero, Clotilde, V. sabe lo que pasó el año pasado. ¿Quiere V. volver á las andadas? Su marido tiene razón, yo en su lugar haría lo mismo.

—¿También tendría V. celos infundados? ¡Qué horror! Un hombre así está de antemano derrotado: ha perdido la confianza en sí mismo.

—Ó en ustedes, observó el Doctor.

—En todo caso, es cosa bastante singular que se sacrifique la vida de la mujer amada á las sugerencias del miedo ó de la locura.

—V. no puede decir eso de un hombre como Luis, que la quiere, que la complace en todo y que siente profundamente sus enfermedades:

—Más parece V. abogado de Luis que médico mío, dijo Clotilde con aire de reproche.

—No soy sino un juez accidental en esta cuestión y creo ser un juez íntegro; por lo demás, este es un asunto que interesa medianamente á V.; yo no creo mucho en Limache como temperamento para las enfermedades crónicas del pecho y luego yo no sé si V. tiene una afección de esa naturaleza. Yo quedé de volver justamente para hacerle un examen detenido, porque no tengo seguridad de que V. sea *tísica*.

El Doctor, lanzó la palabra *tísica*, para ver el efecto que producía en Clotilde.

La enferma permaneció perfectamente tranquila.

—En consecuencia, dijo el Doctor, si V. quisiera quitarse su corsé, podríamos proceder á un examen completo.

La enferma entró en la pieza vecina y salió al poco rato.

—Estoy lista, dijo Clotilde:

El Doctor empezó su examen con la mayor tranquilidad.

Después de haberla examinado durante mucho rato, de haber estudiado la respiración y sus caracteres, la resonancia de la voz, etc., etc., el Doctor dijo:

—Le puedo asegurar á V. que no tiene nada en el pecho.

Clotilde tosió y echó un pocó de sangre roja y aereada.

—Veamos, dijo el Doctor, acérquese á la ventana, quiero examinarle la garganta. Y el Doctor Clement examinó la cavidad bucal con el mayor detenimiento.

Sobre los lados de la mandíbula superior, el Doctor observó siete ú ocho puntos rojos que le llamaron mucho la atención; comprimiéndolos lateralmente daban sangre, casi no había duda: aquellos puntos rojos eran alfilerazos que la en-

ferma se había dado para simular la *hemoptisis* (sangre de los pulmones).

De modo, dijo para sí, el Doctor Clement, que en esta enferma la falta de apetito no es verdad; el insomnio es fingido; la tos es una superchería; y la sangre por la boca, es sangre de las encías, que esta mujer se saca á fuerza de alfilerazos!! ¡Y este pobre hombre que llora como un niño, porque Clotilde va á morirse tísica! Lo que yo he dicho, es una histérica, en la más amplia expresión de la palabra.

Después del examen, hecho concienzudamente y con mucho detenimiento, el doctor tomó su determinación en su doble carácter de caballero y de médico que conoce á fondo los deberes que le impone su profesión.

—Pues, señora, dijo el Doctor, V. no tiene nada en los pulmones, no tiene ninguna enfermedad del pecho; debe ser para V. una gran satisfacción esta noticia.

Pero debo advertirle por otra parte que, siendo amigo de Luis, tengo deberes hacia él.

—¿Qué quiere decir V., Doctor?

—Que tengo necesidad de hacerle saber mi opinión.

Como V. continuaría en el mismo estado, yo me vería obligado á probarle que mi opinión es la pura verdad, y en esta prueba, V. quedaría mal parada.

—No le entiendo á V., Doctor.

—Yo lo sé todo, Clotilde, y es preciso que V. me dé el permiso de hablarle con entera franqueza.

—¿Quiere V. estar solo conmigo?...

Á lo menos dijo el doctor, desearía que nadie más que V. oyera mis palabras ¿Quién cose en la máquina en el cuarto vecino?

—Es una sirvienta, dijo Clotilde, poniéndose de pie, voy á despedirla.

La máquina cesó de meter ruido y los dos interlocutores quedaron solos.

—Yo le he oído decir á V. en otra ocasión, dijo el Doctor Clement, que V. sería muy desdichada si fuera abandonada por Luis, que es un hombre rico, que la quiere y que la complace en todo.

—Eso es cierto, dijo Clotilde.

—Pues bien, continuó el Doctor, creo que V. hace muy bien en desear conservarle el mayor tiempo posible; pero es necesario que V. no lo atormente sin motivo; el pobre se pone fuera de sí por la menor indisposición que V. tiene y no es posible disgustarlo así.

V. no está enferma del pecho y yo espero que en ocho días V. comerá, dormirá, no echará sangre por la boca y no pretenderá ir á Limache.

—Me extraña mucho, Doctor, la manera cómo V. me trata; yo no entiendo lo que V. quiere decirme.

—Es mui sencillo, Clotilde; si V. sigue mis consejos y se pone buena en una semana, yo no tengo para qué decir nada á Luis y V. sigue viviendo, como si yo no hubiera venido; pero de otro modo, yo me vería obligado á decírselo todo á Luis.

—¿Qué es todo? dijo Clotilde.

—Habría sido mejor que V. hubiera querido entenderme desde el primer momento; pero V. lo ha querido. . . Todo, es que V. no tiene falta de apetito, ni insomnio, sino que V. come y duerme perfectamente; que V. no tiene tos, sino cuando quiere; que V. no echa sangre por la boca, sino cuando V. se pincha las encías con un alfiler y, en fin, que V. quiere ir á Limache, no porque esto le haga ningún bien á su salud, sino porque. . .

Clotilde se había ido levantando de su asiento con el sem-

blante rojo de cólera y sin dejar que el Doctor terminara la frase.

—Eso no es cierto, dijo; esas son invenciones de personas que me odian.

—No me quiere V. comprender, señora; yo no vengo á acusarla, vengo á defenderla; porque tengo un vivo interés por la felicidad de Luis y por la propia ventura de V. Yo sé lo que estoy diciendo, como lo sabe V. misma ¿á qué estar-nos ocultando lo que los dos sabemos?

El medio que yo me propongo es el más propio para terminar esta situación, penosa para Luis y difícil para V. Así queda todo arreglado y V. no tiene el peligro de perder el afecto de un hombre, que tiene por V. muchísimo cariño.

Clotilde comprendió que su situación era difícil delante de aquel hombre, que parecía bien informado de los más íntimos detalles de su fingida enfermedad. Pero lo que más le extrañaba era que el doctor estuviera tan al cabo de sus asuntos de Limache y tentó sondear al doctor, que guardaba silencio.

—Nó, Doctor, dijo Clotilde, esos son chismes de gente que me odia; porque yo no tengo amparo y tratan de ponerme mal con Luis.

—Clotilde, dijo el Doctor, con la más perfecta serenidad; V. no tiene razón, V. no quiere comprender que yo vengo aquí animado del mejor espíritu, que tengo por ustedes verdadero afecto y que si hay alguna persona capaz de sacrificarse por ustedes, esa persona soy yo.

Clotilde se echó á llorar á mares y el Doctor temió que tuviera un ataque; y se acercó á ella y le dijo:

—Clotilde, cálmese V., no tenga cuidado y siga mis consejos; Luis no sabrá nada.

—¿Y V. cree que no me abandonará? . . .

—¿Por qué? Si V. es prudente y sabe manejarse, para no molestarlo ¿por qué quiere V. que la deje?

Clotilde se echó en brazos del Doctor, sollozando.

—Cálmese V., decía el Doctor, en un momento más estará Luis aquí y va á encontrarla llorando ¿qué quiere V. que diga?...

—¿También va á tener celos de V.? dijo Clotilde.

—Nó, replicó el Doctor; yo soy incapaz de hacer traición á un amigo.

Clotilde empezaba á reír cuando todavía tenía las lágrimas en los ojos; esto podía ser una forma en que ella prestaba su asentimiento al convenio presentado por el Doctor Clement; pero esta risa, cuando no se habían secado las lágrimas, como sucede en los niños, podía también ser un síntoma de excitación nerviosa.

El Doctor la separó un poco de su lado y á pesar de esto, ella tenía tendencia á quedarse cerca del Doctor. Un instante después empezó á llorar; luego se presentaron movimientos convulsivos y fué necesario sostenerla: el ataque llegaba sin la menor duda; el Doctor tocó la campanilla, vino la criada y el ataque se presentó con todos sus caracteres.

En este momento paró un coche á la puerta; era Luis que llegaba.

—¿Qué dice V., Doctor? dijo Luis, muy conmovido.

—Lo que le dije á V. antes: todos esos síntomas que parecían graves van á disiparse: es una histérica.

—¿Y este ataque, Doctor?

—Lo de siempre, pasajero; ya sabe V. el remedio: aplicar en la cara y la nuca, con un sifón...

—¿Qué cosa, Doctor?

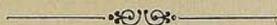
—Un chorro de agua de Seltz.



LA CRÍTICA DE LA HORMIGA

FÁBULA LITERARIA

Á RAFAEL M. MERCHÁN



—¡¡Cuantos llegan elogian esa estatua,
dijo una Hormiga,—y eso me encocora.

 Á recorrerla entera
 voy por mí misma ahora,
y á dar fe del prodigio, . . . si tal fuera!

Resuelta ya, sin vacilar, emprende
su artística excursión: va la industriosa
en su vista confiada, pues no entiende
del grande arte de Fidias mayor cosa.

Recorre el pedestal, husmea, mira,
ágil va y viene, luego se encarama
sobre los dedos de la estatua, gira,
sube más, y no bien el pie traspone
de blanco mármol y exquisita forma,
cuando, torciendo el gesto,

tobillo arriba caminando, exclama:
 —"¿Y es esto lo divino?... ¿Es esto, es esto
 lo que del arte dan por luz y norma?
 ¡Vaya con los censores complacientes!
 ¡Encontrar esto bueno, . . . pobres gentes!

"Falta el aseo; el polvo
 obstruye el paso y el contorno afea;
 y luego, aquí descubro por presea,
 una mancha amarilla de los años.
 ¡Qué miseria! . . . qué críticos! . . . qué engaños!

"Acá otra peca más. . . allá una falla,
 un rasguño, una grieta. . . ¡Calla! ¡calla! . . .
 ¡Ya descubren mis ojos diligentes
 lo que jamás han visto ojos humanos!
 ¡un grano negro entre los blancos granos!

"¿Y eres tú la sin par, la inmaculada,
 la blanca piedra tanto celebrada?
 ¡Aquí no hay arte! . . . La verdad me obliga
 á declararlo así. . . "*Amicus Plato*. . ."
 Y agregó que los hombres no ven nada;
 crítico que no tenga ojo de hormiga
 es un ciego infeliz, un mentecato."

Siguió andando la tal y vió lindezas:
 por todas partes fallas y asperezas
 la piedra deslucían: ella atenta
 las examina, las repasa y cuenta,
 ufana de haber visto y descubierto
 lo que no vió jamás ni el más experto.

En tanto, leve, en el mármóreo seno
de la estatua famosa,
gloria del arte heleno,
una Abeja gentil posó ligera.
Delicada, graciosa,
nacida y criada entre las flores, era
una de aquellas que cantó Anacreonte,
de esas que en el Himeto labran cera
y el dulce néctar grato á los mortales;
ó allá en el verde siciliano monte
para colmar los híblicos panales,
hurtan la rubia miel, en rojos labios;
de aquellas que, allá en Chipre, en los rosales
de encendidos colores,
hirieron, sin temor á sus agravios,
al poderoso dios de los amores.

Oyó la alada Abeja
desde su trono excelso,
la crítica sin alas de la Hormiga,
y dijola, zumbando suavemente:
—"Tu crítica no es seria, cara amiga.
Vieron mucho tus ojos en materia
que al arte afecta poco. Donde el numen
como un divino sol, luce y fulgura,
vanamente se apura
tras un granillo negro tu cacumen.

"Busca en la obra el idéal del arte:
busca en el Sol la luz que el alma adora;
no por hallar la maculilla obscura
te ciegues en la luz deslumbradora,

en esa luz que amiga
 pinta las flores y las mieses dora,
 tu paso alumbra y tu granero abriga.»

—«¿Qué estás hablando?». . . replicó la Hormiga,
 «yo, todos los defectos
 señalé de esta piedra tan loada». . .

—«Pero, no viste nada;
 no sentiste del arte los efectos;
 has sido ciega para el *quid* divino! . . .»

—«¡Eso es una bobada!
 ¡Eso es un desatino!

La piedra examiné; mas, ¡por mi vida!
 que arte allí no encontré, ni se percibe.»

—«¿Y no has visto con estro concebida,
 con estro realizada,

la diosa más gentil que en mármol vive?»

—«¡Sueñas, zumbona Abeja!
 ¡Qué diosa, ni qué nada! . . ¡no hay tal cosa! . .

«Sólo hay una gran masa dispareja,
 manchada y defectuosa.»

—«¡Porque tú no ves más, mi buena amiga!
 Tú ves el grano negro, yo el prodigio;
 Yo veo; . . . mas, cortemos el litigio
 que á malquistarnos nadie nos obliga.»

—«¿Qué ves tú, intrusa, en este bloque? Dilol!»

—«¡Veo la Venus inmortal de Milo!»



EL TEQUENDAMA

CAPRICHIO PRIMAVERAL

A ENRIQUE DEL CAMPO

Contradicciones humanas.—Vida vegetativa.—Pensamientos azules.—*El Regreso*.—*El Nirvana*.—En busca de un artículo.—Todo primavera.—Plegaria.—Las orquídeas.—Una mata de yerba.—Principia la reyerta.—Dualidad humana.—El yo y la bestia.—Excursión.—Arrecia la batalla.—El divorcio.—La Luna.—En Tiaguanaco.—Mitología Americana.—El Tequendama.

Me has ganado la porfía, Enrique. Ingenuamente te confieso que al leer tu carta temí reventar de risa, que no es poco decir, ya que de tres años á esta parte, sólo de llorar tengo ganas. Pero pedirme un artículo para tu interesante REVISTA, á mí que vivo en perpetua riña con las letras, francamente me pareció extraño... casi un despropósito.

¡Y en qué momentos! ¡Cuando todo á nuestro alrededor se derrumba y un reciente pasado sólo trae á nuestra memoria, como en doloroso desfile, odios y rencores no extinguidos, heridas que aun manan sangre; y el porvenir, aterrador pro-

blema, se nos presenta cargado de sombras, lleno de zozobras é incertidumbres!

Sólo canta el marinero en las plácidas y bonancibles horas, en que el mar arrulla su bajel y viento suave sus oídos; pero, si advierte que el horizonte se oscurece, que las olas se amontonan y que sordos rumores despide el cielo, acude al timón, al remo, á las velas y de salvar su barco se preocupa.

Así, el que al cultivo del arte se consagra ha menester de benignos y apacibles tiempos. La quietud del corazón, la serenidad del espíritu, son el medio ambiente en que el verbo literario se hace carne. El amor con sus transportes, la amistad con sus más delicados afectos, el patriotismo con sus ardorosos ímpetus; todos los generosos anhelos del alma por dilatar el horizonte de la vida, mediante el cultivo del sentimiento estético, se asfixian y mueren dentro de la turbulenta y envenenada atmósfera que las guerras civiles engendran.

*
* *

Estas reflexiones golpeaban mis sienes al leer tu candorosa invitación. Mi desahucio fué instantáneo, formal, irrevocable.....

¡Y así y con todo me has ganado la partida! Golpeaste la dura roca y has hecho brotar un manantial de agua..... viva ó muerta, no lo sé.

¿Cómo realizaste el milagro? ¿Quién vino en tu auxilio, selló la burlona risa en mis labios y me sentó en el banquillo, que no otro nombre puedo dar al en que ahora, á guisa de literato, me acomodo?

Déjame contártelo; pero que no se te oculte al leer este artículo, que va un otro entre líneas que debe agregarse al voluminoso libro, aún no escrito, de las contradicciones humanas.

*
* *

Existo, pero no vivo, desde hace tres días, refugiado en uno de esos encantadores rincones de la zona central que abre el Aconcagua y cierra el Teno con su tortuosa corriente, faja de tierra incomparable por la fertilidad y los primores de sus campos.

Una de esas confortables viviendas en que nuestros ricos estancieros de hoy han convertido las conventuales moradas de antaño me da grato y silencioso asilo. Por vez primera después de cuatro años de forzadas odiseas, de trajines incómodos, experimento el placer de estar á plomo, en un perfecto equilibrio y solo, sin negocios que me muelan, amigos que me traicionen, visitas que me importunen, libros ni diarios que me distraigan ó me fastidien.

Vivo á mis anchas, como desearía vivir siempre sin esas mortales contrariedades y contradicciones que son nuestro pan de cada día, distribuyendo al paladar mis horas, mi sueño, mi comida.....

Esta vida vegetativa guarda una armonía indecible con todo lo que me rodea. Soy una planta más entre las innumerables que embellecen esta regia mansión. Como ellas rijo mis funciones naturales por el sol. ¿Hay sombra, obscuridad? Mis párpados se cierran y me duermo. ¿Vuelve la luz? Pues con ella me despierto. El único ruido que se me alcanza es el de la primaveral orquesta que forman los pájaros, los árboles, las vacadas y el vecino estero.

*
* *

Por una de esas incorregibles voluntariedades que forman el tejido de nuestra vida, quebranté anoche la serena con-

signa del médico que me impusiera este, si obligado, dulce retiro. La fruta prohibida estaba allí al alcance de mi mano. Tomé del velador las poesías de Heine, las favoritas de mi juventud. Abrí el libro al acaso y al llegar á aquellos dulcísimos versos de *El Regreso: un océano de pensamientos azules inunda mi corazón...* me quedé dormido.

*
* *

¡Noche sin insomnios, sin sobresaltos, sin esas visiones de cárceles, de destierro, de sangre, que desde hace tres años son el obligado cortejo de nuestros sueños! Los pensamientos azules, las imágenes color de rosa de que nos habla el infortunado poeta, acariciaban mi adormido cerebro.

*
* *

Al despertar, suspendí ligeramente la cabeza sobre mi almohada; reconcentré mis confusas ideas, hice cabal escrutinio de mis sensaciones, miré en el fondo de mi alma y.....
¡quam mutatus ab illo!

Las alas de murciélago que cerníanse habitualmente en las profundidades de mi espíritu, tomaban ese tinte alegre, carmesí de las mariposas. Sentía removerse en mi interior esas vagas palpitations, poesía indefinible, que anuncian el albor de una nueva juventud.

Poblábase mi memoria de risueñas imágenes, de recuerdos de otra edad y volvían al corazón sus anhelos de gloria; su fe en el amor, en la amistad, en la virtud; su entusiasmo por todo lo noble, lo bello, lo ideal. El placer de vivir se despertaba en mí con toda la amplitud é intensidad de los primaverales días.

Oh! *El Regreso!*



Los primeros rayos del sol penetraban á mi habitación coloreando de rosa el transparente de la ventana. En el centro de éste proyectábase la sombra de los helechos y de las lilas que, rasguñando los vidrios, crecen en una terraza exterior. Mi cabeza inmóvil mantenía como enclavados los ojos en las ondulaciones, más ó menos intensas, que agrandaban ó disminuían en la pared al par del rítmico balanceo de las ramas que las cernían.

Subtraída mi alma al mundo exterior, se absorbía toda entera en esa dulce contemplación, especie de *quietismo*, que, cuando la divinidad lo objetiva, es como el prelude de las alegrías celestes.

¿En qué pensaba entonces? Imposible explicarlo. Sólo recuerdo que me sentía feliz en aquel estado y que el despertar de este segundo sueño me produjo una indecible tristeza.

¿Cuánto tiempo dormité así? También lo ignoro. El éxtasis es la concentración en sólo un punto de toda una vida de venturas. En estos arrobamientos del alma, la noción del tiempo desaparece, que sólo el dolor es siempre avaro de las horas y de los minutos. . . .

La entrada de Samuel, que colocaba sobre mi velador el acostumbrado desayuno, me arrancó de aquel dulce *nirvana* que habría envidiado un sacerdote de Buhda, y me trajo de golpe á la prosa de la vida.



Incorporéme sobre el lecho y alargué el perezoso brazo para tomar mi té. Abierto aún sobre el velador, estaba el libro

de Heine y tu carta, Enrique, doblada entre sus páginas como señalando el término de mi nocturna lectura.

Volví á leerla y ya esta vez tu insinuación me hizo una dulce violencia que se tradujo luego en imperioso mandato. Procuraba engañarme á mí mismo. Lo que realmente había de irresistible, era el anhelo de mi alma que, curada de su habitual escepticismo, sentía la necesidad de esparcirse y que íntimamente te agradecía ahora la oportunidad que tú le brindabas al ofrecerle las páginas de tu *Revista*.

El terreno quedaba de esta suerte admirablemente preparado. Faltaba sólo el germen, esto es, el tema, que no era poco faltar.

¿Dónde y cómo encontrarlo?

*
* *

Me vestí precipitadamente y bajé por la escalera que comunicaba mi habitación con el jardín. Desprendí á mi paso algunas florecillas celestes que encimaban la balaustrada de mármol, las que, á modo de *boutonnier*, suspendí al ojal de mi *vestón*, y me detuve en el último tramo, protegido por la sombra de un alto macetero de bronce cincelado que remataba la escala.

¡Qué panorama tan soberbio se ofreció entonces á mi vista! ¡Un marco inmenso de verdura cerraba en contorno el primer plano del horizonte, y más allá, en segundo término, las cumbres de los montes enrojecidas por los fuegos de la mañana!

Al frente las montañas de Huemul con sus cortadas pendientes, sus profundas quebradas, pobladas de arrayanes y canelos; las colinas del Sauce que se creería redondeadas á cincel; los llanos de la Quinta, sembrados de trigales que en ondas de verdura venían á estrellarse hasta en las verjas mismas del

Parque. Á mi derecha, el bosque de Chimbarongo, los cerrillos de Teno, antes temible madriguera, y hoy coronados de trébol rosado, de mantos de lino en flor, cuyo azul celeste herido por el sol, despedía á la distancia reflejos metálicos. Á mi izquierda extensas arboledas, huertos de limoneros y naranjos que dan nombre y fama al lugar, alfalfaes cortados en cuadros por interminables alamedas que se eslabonan hasta el pie de las montañas. Á mi espalda el opulento castillo de arquitectura medio eval, con sus calados, sus ventanas ojivales y sus macizos y conventuales muros. Y á mi inmediato al rededor, convidándome á descender, el pintoresco Parque con sus tortuosas avenidas, sus grupos de árboles, su caprichoso lago y sus prados de azaleas, de verbenas, de pensamientos y primaveras, agotando con sus variados matices toda la escala de colores. Y todavía realzando este soberbio cuadro, el sol, suspendido algunas brazadas sobre los Andes, como una inmensa lámpara nupcial dando luz, movimiento y vida á aquel magnífico concierto de la naturaleza.



Largo rato permanecí absorto, fijas mis miradas en el lumínar inmenso que tanto amé en mi juventud y al que aún ahora, á pesar de mis cabellos grises, rindo supersticioso culto.

Si el espiritualismo cristiano no impregnara todo mi sér, sería mi alma profundamente Heliólatra. De todas las personificaciones de la naturaleza que exaltó el hombre á sus altares, ninguna más conforme con la idea de la divinidad que el Sol. El Júpiter de Homero, irritable, falso, incestuoso, no sedujo jamás mi espíritu. Cuando la poesía nos lo presenta en la amplitud de su majestad y poderío, estremeciendo el Olimpo al movimiento de su entrecejo, ó sustentando el

universo de su diestra poderosa, me admira y subyuga; pero cuando nos lo describe recostado con Ganimedes en las veladas cumbres del Ida, ó descendiendo á la tierra transformado en toro ó cisne para alcanzar de Europa y Leda los últimos favores, despierta tan sólo mi buen humor, cuando no mi desprecio.

La divinidad incásica no amenguó nunca su grandeza con tan groseras voluptuosidades. Cual ninguna reflejó ella los grandes atributos del primero de los seres. Su unidad, su inmensidad, su pureza. ¿Quién más puro que la luz? Su bondad, ya que con su calor todo lo vivifica y fecunda; su misericordia, pues luce indistintamente sobre los buenos como sobre los malvados.

Estas reflexiones afluían involuntariamente á mi espíritu, al contemplar en aquel incomparable día de Diciembre, el sol en su vuelo ascendente por el azul purísimo de los cielos.

*
* *

Terminada esta matinal plegaria, bajé al Parque, enderezando por una avenida de corpulentos magnolios, orillada de rosales y de unos pequeños arbustos, cubiertos de una flor azul, listonada de anaranjado, que el menor soplo desprendía y que vibraban al caer como alas de colibrí.

Remataba esta avenida un rústico cenador formado de plantas trepadoras, yedra, multiflor, y de una enredadera (vulgo, flor de pluma) que á modo de vistoso encaje la cubría toda entera con sus racimos celestes. Sin sospechar que dentro de poco había de librarse en su interior una descomunal batalla, no penetré en él y doblando ahora á la derecha, continué mi paseo á la sombra de una larga hilera de árboles fru-

tales, fronterizos entre el Parque y la arboleda de guindos inmensos, á cuyas altas ramas difícil habría sido trepar á la juguetona musa de Guido Spano; de frondosos granados, con sus flores carnosas, encartuchadas como las del *copihue*, que no habrían desdeñado las alondras que en el jardín de los Capulletes preludiaban á Julieta la venida de la aurora; de manzanos, almendros y luego de árboles de hoja perenne, que se estrechaban en el fondo como para servir de magnífica portada al invernáculo de las Orquídeas que se anunciaba desde lejos por el reflejo de sus cristales.



Me detuve embargado ante este bellissimo templo de Flora, circundado de gigantescos helechos, en cuyo interior, las reinas del aire, las orquídeas, ostentaban su galanura é inagotables primores.

Una selecta colección, la más numerosa y rica que entre nosotros se conserva, perfectamente clasificada, formaba amplio ruedo en torno de un grupo de plantas tropicales. Ciento cincuenta variedades de la aristocrática familia rivalizaban allí en donaire y colorido, sobresaliendo por sus aéreas formas dos raros ejemplares de *Catleyas* y *hollias purpurata* que habrían causado la desesperación de la reina de Rumania, esta fanática sacerdotisa de las orquídeas.

En la escala de los seres, son las orquídeas como el anillo de oro entre los insectos alados y las flores. Como éstos, parecen participar de la vida sensitiva. La mano, al cogerlas, avanza con cautela, recelando que la flor se escape como una mariposa.

¡Cuánto dicen estas misteriosas plantas al que sabe amarlas y comprenderlas!

*
* *

Dí mi sentido adiós á las *milfontas*, las *aérides* y *renanthera* y penetré por la verdosa obscuridad de un estrecho sendero que se abría á mi derecha. Largo rato estuve caracolando á tientas por aquel intricado laberinto, en el que ni la menor vislumbre penetraba. Propiamente, el sentido de la vista se había trasladado á mis manos, que, extendidas adelante, apartaban las ramas que embarazaban el camino. Yo pensaba en retroceder, cuando una incierta claridad, que en parecido trance, habría juzgado el poeta Florentino, los resplandores de su divinal Beatriz, me anunció la proximidad de la salida. Seguí avanzando y á poco trecho, á la vuelta de un recodo de mirtos, me encontré en plena luz, suspendido sobre un pequeño muelle que se internaba en la laguna.

Fatigado de mi excursión, me dejé caer sobre un asiento, formado con listones de acacia, colocado en su extremo, como balanceándose sobre el cristal del agua, y otra vez..... á soñar!

*
* *

Aproximábase el sol hacia el cenit y sus rayos casi á plomo herían la superficie del lago que los retornaba en movibles y acerados resplandores. Empezaba ese instante de dulce somnolencia que precede á estivales horas. Ninguna nube en el cielo, ningún canto en la enramada; los árboles inmóviles proyectando sobre la hierba sus sombras de encaje y las palmas que orillaban la laguna, sus calados abanicos sobre el borde del agua.

Mi espíritu parecía participar de esa especie de mesmerismo en que se sumergía la naturaleza toda. Ni la brillantez

del cielo, ni la imponente majestad del paisaje atraían mis miradas. Apoyada la cabeza sobre mis manos, concentraba mi atención en una mata de hierba que se columpiaba á mis pies, rozando ligeramente con sus ramas el agua. Como hipnotizado, seguía con mi vista el leve estremecimiento de sus hojas, las apenas perceptibles vibraciones de su tallo y un enjambre de pequeños insectos que, á su sombra, se agitaban en estrechos círculos, para ocultarse luego en las raíces de la planta.

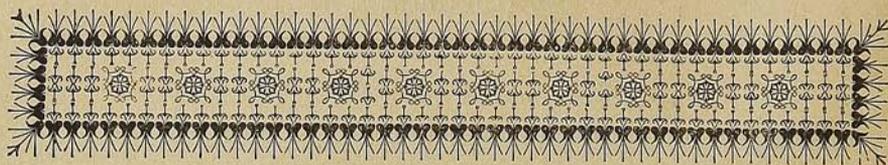
Dos horas antes se extasiaba mi alma en la contemplación de cuanto hay de más grande en la naturaleza, y por un decidior contraste, descendía ahora al mundo de los infusorios, penetraba en ese pequeño universo de lo infinitísimo, y al circular allí la vida como en el nuestro, se sumergía en melancólica meditación.

Dentro de lo creado, ¿dónde está el principio de lo grande? ¿dónde su fin? Si determinamos á cordel la importancia y magnitud de cuanto respira y vive, el elefante nos lleva ventaja. Aquellos diminutos insectos han sido los grandes arquitectos de la creación, y las capas primitivas de nuestro globo acusan en su formación y estructura haber sido el inmenso osario de estos imperceptibles seres.

.

En tan extrañas reflexiones se engolfaba mi imaginación, cuando sentí á mi espalda la sigilosa pisada de un hombre que temeroso de molestar anda en puntillas. Era Samuel, ese importuno matador de mis sueños, que al acercármese, con voz queda, como de quien ruega, murmuró: Patrón... el almuerzo.

(Continuará.)



¿POR QUÉ . . . ?



En nítidos vapores del mar el agua sube,
inunda los espacios con iris al cruzar,
el sol la transfigura, condénsase en la nube,
y en lluvia destilada vuelve otra vez al mar.

Pero en sus varias sendas, entre la mar y el cielo
¡qué múltiples trabajos en cada evolución!
Las aves en el aire, las flores en el suelo. . .
Por ella no se muere de sed la creación.

Las tiernas ilusiones, los íntimos dolores
esos anhelos vagos de un algo más allá,
las dulces esperanzas, los sueños, los amores,
la fe, las simpatías, . . . todo eso que se va;

¿no serán por ventura fermentos misteriosos
que en nubes de otra esfera se van á germinar

y luego, condensados en centros poderosos,
en otras almas vuelan los mundos á poblar?

Si en la materia nunca perece la existencia,
variando eternamente sus formas al nacer,
¿por qué lo que del alma se exhala en pura esencia,
por qué en la nada eterna se habría de perder?

LUIS RODRÍGUEZ VELASCO

Chileno



CANTOS DE CALIXTO OYUELA



SEÑOR DON CALIXTO OYUELA

Distinguido señor y amigo:

Con verdadera satisfacción é íntimo deleite he saboreado el hermoso libro de poesías que usted se ha servido enviarme, por conducto de nuestro común amigo, el señor García Velloso. Ya de antemano conocía en usted al prosador correctísimo, elegante y ameno, cuyo lenguaje, limpio de afectación y exento de arcaísmos pretenciosos, recuerda á los mejores maestros del habla castellana en nuestros días; y más de una vez, en compañía de mi ilustre paisano y queridísimo amigo, el poeta Concha Castillo, habíamos tenido ocasión de admirar y aplaudir con entusiasmo el valor, la resolución y energía con que usted ha sabido defender los fueros de la verdad y la pureza del gusto en el revuelto campo literario de nuestra joven América.

Érame usted, sobre todo, simpático, en razón de una cualidad que le enaltece mucho á mis ojos, y que, á más de sus

propios merecimientos, le distingue entre todos los críticos del continente hispano-americano: su voluntario alejamiento del vulgo, la aversión instintiva que usted profesa á todo lo bajo, vil y grosero, á todo aquello que pueda significar adulación ó miramiento siquiera á las innobles muchedumbres. Lo que usted piensa, lo dice en voz alta, y lo que dice es con gracia, urbanidad, sencillez y perfecto conocimiento de la materia que juzga ó del libro que analiza.

Tampoco se ha contagiado usted de ese prurito de admiración que voluntariamente cierra los ojos para no ver más que las obras de un hombre, de un país, ó de una época determinada, sin comprender que el dominio del arte es inmenso como infinita la variedad de sus manifestaciones. Usted sabe que el firmamento de la gloria artística, lo propio que el cielo extendido sobre nuestras cabezas, no tiene límites conocidos hasta ahora; por manera que en él hallan cabida todos los astros y todas las magnitudes imaginables: desde el sol que nos deslumbra con sus rayos de fuego hasta esos puntos luminosos, casi imperceptibles, que tardan miles y millares de años en acercar su luz á nuestras pupilas; desde los astros llamados de primera magnitud hasta el humilde planeta que, careciendo de luz propia, como los genios de imitación, se viste de luz refleja; desde el raudo cometa que traza órbita de siglos y arrastra séquito de luces, hasta el pobre aerolito que cruza por un instante la atmósfera celeste para caer súbitamente desvanecido en la profunda obscuridad y el silencio de la noche: símbolo del artista que sacrifica á la moda, vive un momento lo que ella vive y se desvanece después en las hondas é impenetrables tinieblas del olvido.

Por tal manera aleccionado, el criterio de usted es amplio, generoso, capaz de todos los entusiasmos y libre de rencores, como cumple que sean los modernos paladines de la belleza

ideal. Sin que se note en sus *Estudios* la dura intemperancia que afecta ciertos escritos del ingenioso cuanto agudísimo *Clarín*, ni mucho menos el sectarismo científico y religioso al que hubo de pagar tributo, como todos los hombres de su generación, el malogrado Revilla, se ve que á usted, como á ellos, no le asustan los nombres retumbantes ni le arrastran las exigencias de la moda. Á todos los juzga de la propia manera y con igual medida, y si del juicio que usted se forma, resulta que *Torquemada* es un monstruoso desatino, que *Hernani* es un insulto á la verdad histórica y *Mar sin orillas* un insulto más grave todavía á la verdad moral, usted no se lo calla sino que lo dice, lo afirma y lo sostiene, á pesar del nombre y la inmensa reputación de Víctor Hugo ó de don José Echegaray.

Ese respeto de la propia dignidad, con que usted mira y ejerce la noble profesión literaria y aquel amor de lo puro, limpio y delicado que es norma inapelable de todos sus juicios, resplandece también con idéntica hermosura en los *Cantos* que acaba de publicar. Mal que les pese á nuestros *dóricos cantores* y á ciertos líricos plebeyos de quienes dijo admirablemente López de Ayala:

No quiera Dios que en rimas insolentes
al mundo dé de mi pesar indicios,
inuitando á esos genios impudentes
que alzan la voz para cantar sus vicios:
yo busco, retirado de las gentes,
de la amistad los dulces beneficios.
No hay causa ni razón que me convenza
de que es genio la falta de vergüenza,

la verdad es que el *odí profanum* será siempre la divisa de todo artista verdadero, razón por la cual usted la ostenta con

legítimo orgullo, así en sus *Cantos* como en sus bellos *Estudios de crítica literaria*.

Demasiado discreto para lanzar á los cuatro vientos de la publicidad sus propias emociones de hombre, los padecimientos reales de su vida, las hondas perturbaciones que necesariamente ha debido sufrir un alma como la suya enamorada, por natural instinto, de lo bello, usted no ha querido afiliarse en la categoría de los poetas meramente subjetivos que tanto abundan, para desgracia nuestra, en la América española. ¡Qué calamidad son estos líricos sentimentales que andan empeñados en hacer confidencias al público de todo cuanto les pasa en la vida! Éste nos refiere sus amoríos, aquél sus desventuras y el de más allá nos detiene misteriosamente en la calle para decirnos con suma gravedad alguna tontería que le pasa.

Otros hay que se exhiben en toda la horripilante desnudez de sus miserias morales, convirtiendo en asunto de poesía las propias llagas de su espíritu enfermo y de su sangre envenenada. Este mal funestísimo que ha inficionado casi toda la poesía y la novela contemporánea, trae su origen de Juan Jacobo, en cuyo libro famoso de las *Confesiones* se han inspirado, á mi entender, los primeros bohemios de nuestro siglo. ¡Cuántas inteligencias privilegiadas que se han perdido únicamente por este raro y vergonzoso capricho de alimentar con sangre de su corazón la indiscreta y fría curiosidad de los lectores! ¡Combustión espantosa del alma y de los sentidos donde el estro de Musset quemó sus alas juveniles y el gran poeta del romanticismo español, el desdichado Espronceda, vió devorarse estérilmente sus portentosas facultades líricas!

Nada de esto le sucede á usted. Ni la confusa gritería de las pasiones, ni las brumas enervadoras del *hatchis* byroniano, ni el irritante olor de la taberna germánica, llegan á en-

turbiar la serena atmósfera en que se cierne dulcemente su noble musa inspiradora. Su canto *A Fray Luis de León*, colocado como una insignia de combate en la primera página del libro, es una hermosa profesión de fe literaria, á la vez que una doble protesta contra el sentido moral extraviado y el gusto pervertido de las nuevas generaciones. Dejando á otros los vuelos quintanescos y las visiones apocalípticas al estilo de Hugo en su *Leyenda de los Siglos*, usted se va lentamente por la ribera del Tormes, con la vista fija en los cielos y el pensamiento absorto en la contemplación de los altos y eternos ideales. Su musa es casta y espiritual, como la del grande agustino; melancólica y altiva, como la inspiración de Leopardi. De ella podríamos decir lo que usted mismo, en bellísimas estrofas, nos ha dicho del cantor de la *Noche Serena*:

Tu voz, sin pompa vana
adulación sonora del sentido,
se lanza dulce y llana
en el alma, sin ruido,
cual ave amante en el oculto nido. . .

Con excepción de Valera, en su *Fuego divino*, yo no conozco ningún poeta español ni americano que haya acertado á imitar con tanta pureza y fidelidad el estilo poético de Fray Luis, pues no solamente ha conseguido usted reproducir lo accidental y externo de la forma, cuanto el sentido íntimo, la *forma esencial* de esta poesía tan llana en su profundidad, tan sencilla en su elevación, tan candorosa en su atrevido vuelo, que no permite ser confundida con ninguna otra. Yo sé muy bien que esta manera de poetizar no anda conforme con los gustos é inclinaciones de la sociedad en que vivimos, acaso porque su misma ingenuidad y el sentimiento religioso que la inspira, resulten demasiado insípidos á nuestro paladar extragado por

el abuso de las especierías y condimentos malsanos de la moderna literatura francesa. Pero, ¿qué importa ese desvío de los contemporáneos al que trabaja, como usted, obedeciendo tan sólo á una imperiosa necesidad del alma? ¿Qué significa, después de todo, que á usted no le aplaudan ni le admiren, si no es aplauso ni admiración lo que usted busca? ¡Ni qué halagos puede tener el vocerío de la indocta plebe, para el que escucha en el templo interior de su alma la noble y severa armonía de estos versos:

Rompió en un nuevo Oriente
la hermosa lumbre de la edad pagana
y aquel ritmo potente,
aquella gracia arcana
se derramó en tu mente soberana,
mas la antigua hermosura
en tu sublime fe, en tu ardiente celo
fundió su esencia pura,
y con místico anhelo
voló, serena y encendida, al cielo,
cual urna primorosa,
de nítido alabastro construída,
se ostenta más hermosa
con más luciente vida,
si de eterno fulgor brilla encendida.
Tu numen vivifica
naturaleza toda y la levanta,
de nuevas gracias rica,
á ser la lira santa
donde el Eterno sus grandezas canta. . .
Como aquel que vagando
por hondo valle, más amigas siente
las voces con que hablando
está perennemente
naturaleza en su callado ambiente;
y la vista tendiendo
á la imperial dominadora cumbre,
volar quiere, venciendo

la mortal pesadumbre,
allá donde entrevé ríos de lumbre;
tú así, en ansia constante,
por arrancarte á la terrena arcilla,
ardes por la distante
esfera sin mancilla,
donde la patria de las almas brilla. . . !

Después de León, el lírico moderno que ha ejercido mayor influencia en la formación de su genio poético, si no me engaño, es Leopardi: Por graves que sean los errores filosóficos y religiosos en que cayera el infortunado poeta de la *desilusión*, yo debo confesar á usted que, en el sentido de la mera impresión estética, el pesimismo de Leopardi comunica á sus versos un no sé qué de grande y peregrino que los reviste de soberana hermosura. Nada más bello ni de efecto más poderoso en el alma que ese contraste obligado entre la amarga ironía del pensamiento y la exquisita gracia de la forma, que constituye el fondo de la poesía leopardiana. Como en la Níobe de Praxíteles, el dolor humano se transfigura y parece que sonrío al misterioso influjo del arte y el trágico estoicismo de la doctrina se cubre graciosamente con los magníficos cendales de la musa helénica. Á los ojos del sabio, del filósofo, las fuerzas naturales de este universo que habitamos son ciegas, absurdas y destructoras; pero todo aparece hermoso una vez que le anima el ósculo purísimo del artista. La muerte misma, que á los ojos del vulgo es todavía el hórrido esqueleto de las leyendas medio-evaes, se aparece al poeta en la figura de una joven llena de encanto y celestial hermosura que, en compañía del amor, va recorriendo las sendas de la vida y admirando al mundo y á los astros con su belleza.

Es claro para mí, señor Oyuela, que un hombre de sus condiciones y de la fe que usted tiene en los altos destinos del alma humana; un joven ya ilustre en la república literaria que

ha visto su frente acariciada por los tempranos rayos de la gloria; un hombre que conoce las vivas é inefables emociones del amor satisfecho y las santas alegrías de un hogar cristiano, embellecido por la triple corona de la virtud, el ingenio y la hermosura; que usted, en una palabra, no ha podido asimilarse las tristes negaciones del infortunado cantor de *La Ginestra*. Ciertamente no sería usted quien dijera con razón lo que el pastor errante del Asia:

Forse in qual forma, in quale
stato che sia, dentro covile o cuna,
é funesto a chi nasce il dí natale.

y mucho menos se atrevería usted á calificar de *brutto poter che ascoso a comun danno impera*, á esa adorable Providencia que nos lleva por misteriosos y ásperos caminos al puerto de la salud y del descanso inmortal. Con el instinto seguro de la abeja, usted ha sabido desentenderse del acíbar pesimista, para coger únicamente la miel de la inspiración poética, y por la miel entiendo yo la pulcritud, la elegancia, la nitidez que resplandecen en los cantos de Leopardi como en ninguna otra poesía moderna. Sin temor de equivocarme, podría asegurar que el largo y asiduo trato en que usted ha vivido con este insigne maestro, le ha revelado el secreto de la forma, sin la cual, á juicio de usted y al mío propio, no hay obra de arte verdadera ni digna de atraer la admiración de la posteridad.

No menos honda y quizás decisiva en la vocación literaria de usted ha sido la influencia de don Marcelino Menéndez Pelayo, alumno póstumo de Horacio, adorador, como Leopardi y como usted, de las formas helénicas, y más que todo, ingenio extraordinario sapientísimo por quien reviven con nueva juventud y lozanía, y con asombro del mundo entero, las grandes tradiciones del arte y de la filosofía española. No

sería yo, ciertamente, quien pudiera escatimar elogios al ilustre historiador de *Las ideas estéticas en España*, ni soy tampoco de los que niegan á Menéndez Pelayo sus condiciones de poeta lírico, por aquella vulgarísima idea de que la ciencia y la inspiración, el erudito y el poeta, son entidades incompatibles. Para demostrar hasta la evidencia lo contrario, me bastaría recordar los nombres gloriosos del Dante, Gœthe y del propio Leopardi, cuyos trabajos filológicos llenaron de asombro y admiración á los eruditos de su tiempo. Yo debo, no obstante, manifestar á usted, con la franqueza que me inspira, que no puedo aceptar sin algunas reservas la doctrina que informa la poesía de Menéndez Pelayo y, en cierto modo, la de Valera, en cuya prosa inimitable encuentro cien veces más inspiración y más arte verdadero que en todos sus versos juntos.

Está bien que vaciemos *vino añejo en odres nuevos*, como dice hermosamente el autor de la *Epístola á Horacio*; pero no tanto que renunciemos á nuestro sér moderno, espiritualista y cristiano, para embriagarnos con vino de Chipre en los banquetes de Alcibíades y suspirar de amores en el pórtico de la hermosa Aspasia. Bella es, sin duda, la antigüedad con su coro de ninfas y de driadas, de faunos y de sátiros; bella es la Grecia, madre inmortal; maravillosa es su historia, sublimes sus poetas, incomparables sus monumentos, y eternamente sagrado su suelo; pero es necesario confesar que esta belleza no es más que la manifestación sensible de un mundo que fué y que ya no existe. Esas graciosas figuras de la Mitología, esos tipos artísticos, que tanto admiramos de la Grecia antigua, son inseparables del sér moral que les dió vida, calor y realidad pintoresca en la imaginación del pueblo helénico.

De ahí que yo no pueda participar enteramente de su en-

tusiasmo por Hugo Fóscolo y Andrés Chenier: admiro en ambos la exquisita pureza de la forma y el profundo sentimiento de la antigüedad que sus obras respiran; pero ninguno de ellos mueve poderosamente la fantasía, ni abre tampoco grandes horizontes á la mente. La poesía de Fóscolo es hermosa, pulquérrima y llena de gracia en sus grandes cortes lapidarios de índole monumental; pero también es fría é insensible, como el mármol de Paros en que el artista ha querido labrar sus famosos *Sepulcros*. En el autor de la *Joven Cautiva* hay siquiera una nota dulce y melancólica que llega al fondo del corazón; algo de esa tristeza indefinible que baña el rostro de Virgilio y que colora suavemente sus versos inmortales, como la luz de la alborada cristiana. Exceptuando algunos de sus sonetos y alguna que otra de sus canciones juveniles, esa cuerda generosa y simpática no vibra con fuerza en los cantos líricos de Fóscolo. Pagano por su educación y por temperamento de artista, el poeta revolucionario de *Jacobo Ortiz* consagró sus últimos años al culto de las *Gracias*, en cuyo honor compuso el más extenso y acabado, si no el más bello de sus poemas.

Fóscolo y Chenier son verdaderos ciudadanos de Grecia, compatriotas de Safo y Anacreonte, nacidos á deshora en las postrimerías del siglo XVIII; cristiano por el corazón no menos que por la ortodoxia severísima de sus doctrinas, Menéndez Pelayo es, ante todo, un hombre del Renacimiento, un hermano menor de Policiano ó de Marsilio Ficino, educado en las aulas del insigne valenciano Luis Vives.

En ciertas épocas de refinada cultura, lo propio que en ciertos individuos de erudición excesiva y gusto primoroso, se ve aparecer un género de poesía que no surge como límpido raudal de las entrañas de la madre naturaleza, sino que nace al calor del entusiasmo que despierta en los espíritus

cultivados la lectura de los grandes maestros; poesía literaria que se alimenta de recuerdos clásicos y de alusiones mitológicas; poesía refleja, en una palabra, como la luz del astro nocturno que no calienta ni deslumbra, pero bastante hermosa todavía para ser envidiada de los simples mortales. Á este linaje de poetas, cuyo más alto representante sea quizás el mismo Policiano, pertenece el autor de la *Elegía á la muerte de un amigo* y de los versos á *Epicaris* y á *Aglaya*, cantos de amor que parecen dictados bajo la influencia de la Venus Urania y en los cuales el sentimiento erótico se ha convertido en pura metafísica de lo bello.

De este modo, la poesía de Menéndez Pelayo viene á ser nada más que la flor de su inmensa erudición estética. Sus dos mejores epístolas versan sobre asuntos literarios y hasta en su bella *Elegía*, halla ocasión de recordar á Menandro, para demostrar que los griegos habían explotado el dolor como elemento poético. Es cierto que Menéndez ha cantado en hermosos versos el grandioso panorama del mar y de los montes cantábricos; pero más que las ondas del océano y el acre perfume de las algas marinas, se conoce que le atraen el polvo de las bibliotecas y el ambiente encerrado de los viejos museos.

Aparte de estas influencias que usted ha recibido, sin renunciar por ello á su propia individualidad de artista, hay todavía en sus *Cantos* una nota íntima y personal que vibra con honda ternura en los más bellos y delicados versos de todo el volumen: en *Iris*, *Al Niágara*, *Eros*, *La vuelta al campo*, etc. Antes que usted, Hartzzenbusch había tratado de pintar en un cuadro alegórico la impotencia del ingenio que lucha vanamente por alcanzar las cimas de la inspiración. Usted, á mi juicio, ha acertado á expresar la misma idea en versos tan nobles, de forma tan pura y de tan amplio y lu-

minoso vuelo que, á pesar de cierta dureza demasiado sensible en algunas estrofas, no solamente los juzgo superiores á la fantasía que escribió don Juan Eugenio, sino que aun los tengo por dignos de Shelley:

¡Oh mil veces feliz, cóndor altivo
que el vuelo tiendes con potente ardor
á bañar tu plumaje en el inmenso
piélago de oro del fecundo sol!

¡Oh mil veces feliz, tú que en la altura
sientes intenso y férvido vibrar
el beso eterno que al Creador envía
la palpitante inmensidad del mar!

¿Por qué, si me negó naturaleza
de tu vuelo imperial émulo ser,
encendió en mí estas ansias inmortales,
esta de gloria inmensa, inmensa sed?...

¡Yo te vislumbro, espléndida hermosura,
limpia y serena como el cielo azul,
y el bien y la verdad sombra imagino
cuando amanece tu radiante luz!

¿De qué me sirve el vacilante rayo
que á mi ambicioso espíritu alumbró?
No ser grande, es ser vil. ¡Rompa su lira
quien no sepa arrancarle eterno són!

Pocas veces se habrá expresado de un modo más generoso, más entusiasta y, por decirlo así, más idolátrico, el culto del artista á la belleza ideal. Quien así canta y así concibe la misión del poeta, no ha de caer, ciertamente, en la dura sentencia que usted ha dictado en la última estrofa, recordando quizás aquella otra del Venusino: *mediocribus esse poetis*, la cual no tiene aplicación oportuna en el caso de usted, puesto que

en ella se alude únicamente á los poetas vulgares. Nó, amigo Oyuela, ser grande es privilegio de pocos, es dón divino que hasta ahora solo fué concedido á unos cuantos felices mortales; pero usted no ignora que en el cielo del arte, después de los *grandes*, hay todavía lugar para los *delicados*.

Ingeniosa y de grande interés por el alcance literario del punto discutido, es la justa poética que usted celebró con su digno y esclarecido paisano, don Rafael Obligado. Baste saber el nombre de los luchadores para decir que de ambas partes se hizo gala de talento, erudición, buen gusto y habilidad en la defensa de sus respectivas doctrinas, por manera que el árbitro nombrado para fallar en la contienda, no sabiendo á qué lado inclinarse, hubo de repartir entre ambos el honroso lauro de la victoria. La sentencia de Guido Spano, escrita con mucho ingenio y donaire, me ha hecho recordar el dicho de una hermosa y discreta señora, amiga mía, la cual, oyendo en cierta ocasión á dos jovencitos que disputaban acaloradamente sobre cuál de los dos tenía mejor figura, les interrumpió diciendo: *yo seré el juez de la contienda: usted es más buen mozo, no cabe duda; y como el otro palidecía mortalmente, agregó sonriendo: ¡pero usted es más simpático!*

En otra ocasión, amigo mío, hablaremos detenidamente de sus traducciones en verso de Leopardi, Byron, Chenier, Fillicaja, y otros poetas de la edad moderna: porque ha de saber que el punto me interesa y quisiera tratarle en capítulo aparte. Por ahora, me limitaré á decir que usted ha prestado un inmenso servicio á las letras castellanas, poniendo en nuestra hermosa lengua los cantos inmortales del gran poeta que con Manzoni comparte el cetro de la lírica italiana en todo el siglo XIX.

Por vía de cariñosa advertencia, hija de la confianza y estimación muy sincera que su talento me inspira, quisiera ob-

servarle que el madrigal intitulado *Imitación* no es de Leopardi, sino de Arnault, medianísimo poeta francés, casi olvidado hoy día entre los muchos que aparecieron á fines del pasado siglo. Asimismo, le observaré de paso que el título de *Bruto Menor*, que usted ha substituído al de *Bruto Minori*, no me parece muy correcto ni conforme á la idea del original italiano. ¿No cree usted que sería más natural y, al mismo tiempo, más adecuado á la índole de nuestra lengua, haber traducido sencillamente: *Bruto el Joven*? Todo lo cual, y mucho más que se dijera, no bastaría en modo alguno para quitar á sus traducciones el mérito grande que á mi juicio les corresponde, como estudio expresivo, docto y elocuente de su admirable modelo.

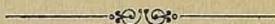
Soy de usted afectísimo amigo y O. S.

JUAN A. BARRIGA
Chileno





EN LA CASA DE LOCOS



Visitando la casa de los locos
una tarde de invierno, triste y fría,
estuve conversando con un hombre,
pálido el rostro, la razón perdida.

Tras de unas rejas de empolvado hierro
clavaba en mí su penetrante vista,
y me contaba una amorosa historia
y me nombraba una mujer querida.

Mercedes, la llamó.—Y era una ingrata,
conjunto de belleza y de mentira,
y, según el retrato que me daba,
esa mujer á tí se parecía!...

¡Quién sabe si eres tú, tú la que has muerto
de ese hombre la razón con tu perfidia!...

Yo he sentido, después que me engañaste,
el corazón marchito, el alma fría...

Hoy me miraste... y loco y aturdido,
vagué sin rumbo, sin ideas fijas...
¡Quién sabe si es tu oficio dejar hombres
pálido el rostro, la razón perdida!...

RICARDO FERNÁNDEZ MONTALVA
Chileno





MATER DOLOROSA

A MI DISTINGUIDO AMIGO ENRIQUE DEL CAMPO



I

Aquella tarde, Regina esperaba impaciente la visita del Empresario, el antipático Ermette Landini, que tanto la había perseguido para que le entregara su hija, una espléndida y robusta muchacha de diez y ocho años, para que fuera devorada por ese Minotauro de papel pintado y de fauces nunca satisfechas que se llama el teatro.

La cita era para las cinco y media; el reloj marcaba la seis y Ermette Landini no dejaba sentir á la escuálida escalera que conducía al tercer piso que Regina habitaba, el peso de su enorme cuerpo de cetáceo: un cuerpo de carnicero con cara de artista nelenudo y bien comido.

Regina le esperaba impaciente.

Era artista.

Durante veinte años pisó el plano inclinado de los escenarios, y durante esos mismos veinte años hubieron de rodar su

hermosura y su virtud por la resbaladiza pendiente de la vida artística. Al fin, llegó al abismo: llegó á la vejez, y vieja, no conservaba sino el recuerdo de su vida pasada, el afán constante del artista que no puede seguir trabajando y que no ve delante de sí, sino la miseria fría y desnuda en que jamás cree ningún artista, cuando goza de los favores del público. No comprenden que el mundo, como los señores feudales, una vez que ve inutilizado al bufón, lo mandan á la cocina á comer bazofia, ó á las escuderías á divertir á los criados.

Regina tuvo veinte años de triunfos, de ovaciones, de aplausos frenéticos á su hermosa voz de soprano, primero, y después á las buenas formas de su cuerpo de diosa; pero pasó la hermosura; no bastó un día toda el arte de Regina para cubrir las implacables arrugas que el arado del tiempo dejaba cada día en su rostro; su cuerpo, por fin, perdió la esbeltez que durante sus tres últimos años de vida artística pudo mantenerla en las tablas, sucediendo á las suaves y voluptuosas curvas de antes, las toscas prominencias que caracterizan la senectud en la mujer; su cabeza se llenó de canas, y llegó un día en que la mísera cantante no encontró quien le diera lo suficiente para no morir de hambre por mostrar al público, ebrio é insolente, de un café cantante, sus abultadas formas de quintañona.

Dejó entonces las tablas y tuvo mucho que llorar, ella, la artista siempre alegre; que ni aun cuando el papel se lo mandaba podía antes arrancar de sus hermosos ojos de gacela una lágrima, una sola que perturbara siquiera ficticiamente la felicidad de que gozaba y abusaba.

II

De toda su vida pasada, Regina solo había conservado hasta el fin un recuerdo viviente. Antonia, su hija, una mucha-

cha hermosa y de apretadas carnes que venía, hacía dos años, siendo el desvelo de los Empresarios menudos, la constante aspiración de Ermethe Landini, especie de buzo teatral que se pasaba la vida buscando perlas en el mar de la miseria, para ofrecerlas, por vil precio, á la insaciable voracidad del público de su teatrillo de tercera clase.

Antonia nació cuando su madre estaba en el apojeio de su gloria. Fué el producto inesperado de una noche de placer... Á punto estuvo de ser sacrificada en aras de la presunción materna, pues Regina no pudo de pronto conformarse con la idea de ver momentáneamente destruída su hermosura por un embarazo ímportuno que no había querido ni estaba dispuesta á querer. Cuando Antonia nació, Regina pensó en la nclusa; pero, al fin, el amor de madre pudo en ella más que todo, y Antonia se salvó, creciendo en medio de las agitaciones de la vida de su madre, y creciendo hermosa, inteligente y honrada.

Regina llegó á adorar á esa misma niña cuya madre no había querido ser, y á cuyo padre no volvió á ver jamás.

Cuando su madre abandonó el teatro, Antonia tenía quince años, y ya Regina tenía entablada ruda lucha contra Ermethe Landini, que quería, á toda costa, arrancarle á Antonia para llevarla al teatro. Regina resistió valientemente, cuando solo el tenaz empresario la atacaba; pero cuando la miseria vino á ayudar al empresario, la infeliz no pudo más, escribió á Landini que le esperaba á las cinco y media, y púsose á meditar, resuelta ya al sacrificio, en las condiciones en que había de contratar á su hija.

Antonia tenía, como decía muy bien Landini, excelentes condiciones para el teatro: era hermosa, inteligente, avispada y tenía regular voz de tiple que Regina había educado con esmero. Había, pues, que ser un poco exigente. Pensando en

el sueldo que su hija ganaría, Regina lloró amargamente. Mientras más elevaba éste, más abundantes eran sus lágrimas.

III

—Mamá, el señor Landini, gritó más que dijo Antonia, entrando bulliciosamente en la habitación.

Regina oyó cómo crujía la escalera al peso del enorme cuerpo del empresario.

Se levantó de su asiento y acercándose á su hija, la abrazó y la besó frenética, llorando sordamente.

La muchacha no pudo explicarse la causa de ese llanto.

Tal vez ni se fijó en él, porque mirando á su madre, con aire de súplica, le dijo tiernamente:

—Ahora sí que consentirás ¿verdad, mamá? Me gustaria tanto ser artista como tú!

Los pasos de Landini se acercaban.

Regina apartó dulcemente de sí á su hija y la hizo salir de la habitación.

Antes de salir, Antonia, la dió un abrazo y al oído, casi mordiéndola la oreja, le dijo:

—Consiente, mamá, yo quiero ser artista.

Ermette Landini entró, saludando cortésmente, con sonrisa de hombre que sabe que ha de vencer.

—Buenas tardes, Landini, creí que no venía usted hoy.

—¡Oh! ¡cara Regina! He tenido algo que hacer y por eso me he retrasado; pero ya estoy aquí. Y vengo de prisa—añadió, como para indicar á Regina que debía ser dócil y complaciente si no quería aburrirle.

Se sentaron.

—He pensado bien, dijo Regina, y convengo en que An-

tonia cante en su teatro. Convengo en que se haga *artista*. Y Regina acentuó de tan extraño modo la palabra *artista*, que Landini no pudo menos de sonreír picarescamente.

—Aquí traigo la escritura, replicó el Empresario, sacando de un bolsillo de su gabán, un rollo de papeles.

—¿Cuánto? preguntó Regina tímidamente.

—Trescientos pesos mensuales, por quincenas adelantadas. Y luego, viendo que Regina vacilaba, añadió:—Esto será por el primer mes, luego, según el éxito, veremos.

Los contratos venían firmados por Landini y los testigos, sólo faltaba la firma de Regina.

Ésta se alzó pesadamente de su sillón, tomó un contrato de manos de Landini, se acercó á la ventana, para aprovechar las últimas luces del sol poniente, y leyó la escritura.

Al principio quiso protestar.

Trescientos pesos era muy poco valor por su hija; pero vió la cara resuelta de Landini, una cara en que se leía la firme resolución de aprovechar la debilidad de su víctima, y ahogando un sollozo dijo:

—Está bien.

Y firmó ambos ejemplares del contrato.

—Mañana deberá Antonia asistir á los ensayos—dijo Landini; con voz clara.

—¿Cómo mañana?

—Sí, es indispensable. Antonia debutará el sábado.

Regina comprendió que era inútil discutir con ese hombre. Recibió temblando el manojó de billetes que Landini le alargaba y cayó más que se sentó en su asiento.

El empresario saludó amablemente, dió un ejemplar del contrato á Regina y se retiró.

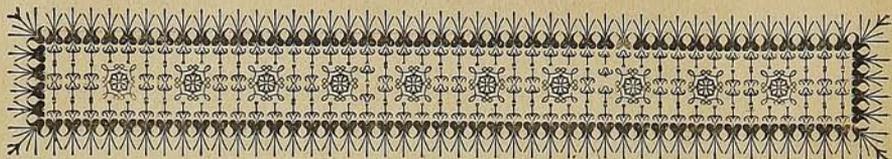
El sol acababa de ponerse. La habitación estaba casi á obscuras, sólo alumbrada por la débil luz crepuscular que entraba

por la ventana. Regina sintió que el llanto rebalsaba de sus ojos y lloró lágrimas de sangre, mientras Antonia, que había bajado á despedir á Landini, subía la escalera tarareando unos *couplets* de una opereta en boga.

E. G. HURTADO y ARIAS

Peruano





MANUEL DEL PALACIO



¡No hay primavera!... exclama con su quejoso acento de poeta un periodista inconforme. ¡No hay primavera!, repite, al ver como pasa semejante á un fantasma la estación, fría y lluviosa azotándonos los cuerpos y entumeciéndonos las almas. Parece que una sombra de muerte flota sobre Madrid, como si Madrid hubiera reemplazado su cielo azul por un toldo negro hecho con girones de una sotana y el vecindario anda á darse penas por las calles, envuelto en capas, en mantones, en pañuelos, en bufandas, tapado todo el mundo, como si todo el mundo *tuviera que tapar alguna cosa*. «Diríase que ha pasado por aquí, aleteando tristemente, un cuervo gigantesco, á caballo, en el trabuco del cura Santa Cruz!...»

Pero á falta de primavera, á falta de flores olientes, de atmósfera azulada, de vegetación exuberante, con frescos retoños y árboles nuevos, ufánase la coronada villa y corte de los líricos rumores que acaban de brotar del plectro siempre sonoro de Manuel del Palacio, cuya recepción de Académico

se ha verificado ayer, en el nuevo edificio, con todos los caracteres de gran solemnidad.

El chispeante y popularísimo bardo viene á ocupar, con gloria bien ganada, el sillón que dejó vacante Fernández Guerra, «el galán con los galanes, y galanteador con las damas á pesar de los años»; viene, no por influencias políticas ó personales, como muchos que en ella están sin derecho; viene por sus méritos indiscutibles á despecho de *Clarín*; viene rompiendo moldes sin ajustarse á la pauta impuesta por los hombres del *Areópago*. No hay, pues, temor, como creen muchos, de que al *enclaustrado* se le mueran las ideas: el ruiseñor continúa con la garganta hinchada de gorjeos y cantará maravillas á través de los alambres de su jaula.

Manuel del Palacio no nació como Núñez de Arce á la vida literaria con la mirada puesta sobre la poltrona augusta; perteneció á la bohemia aquella de arranques revolucionarios, á la célebre bohemia cuya voz cantante era Alarcón y coro prestigioso Fernández González y Eusebio Blasco y Moreno Nieto; la bohemia del célebre periódico *Gil Blas*, donde están ya amarillas de viejas, pero inmortales, las protestas que contra la Academia lanzaron los insignes combatientes... El teatro, el periodismo, la tribuna, las alegrías de la pobreza y los deleites de las vigiliás, todo hecho regocijo entonces. Para el lenguaje que ellos gastaron, no hubo grillos ni mordazas de retórica exigente; sus frases salían pidiendo aire y luz porque se ahogaban; sus vocablos no se estancaron como ahora acontece, y los giros atrevidos, que tuvieron en Moreno Nieto notas épicas, y en Alarcón joviales ímpetus, son acaso los que hoy necesita el idioma para remozarse y para dar impulsos á la literatura española, que se muere. De aquella bohemia quedan dos ó tres: unos murieron, tristes y desengañados; otros lucharon cuerpo á cuerpo con la in-

mortalidad... y cayeron al fin cansados. Manuel del Palacio se levanta hecho nube hasta la altura,... ya canoso; pero con versos que huelen á primavera. Va al lado de Campoamor, el eximio; muy lejos de los sabios, pero muy cerca de los amados. Va á recordar sus buenos tiempos; va á resucitar la memoria de sus compañeros cuando él escribía de esta suerte:

VERSOS DE JUVENTUD

La ví en el templo de hinojos;
no la he vuelto á ver después:
¡qué grandes eran sus ojos,
y qué pequeños sus piés!

Corazón, no me demandes,
si es que vuelvo á ver en sueños
aquellos ojos tan grandes
y aquellos pies tan pequeños.

EPIGRAMA

Igualdad, oigo gritar
al jorobado Torroba,
y me suelo preguntar:
¿Querrá verse sin joroba,
ó nos querrá jorobar?

CANTARES

El hombre, cuando se embarca
debe rezar una vez;
dos, cuando se va á la guerra,
y cuando se casa, tres.

Una mujer y una liebre
apostaron á correr,
y como el premio era un hombre,
se lo llevó la mujer.

Te tengo comparada,
 por buena moza,
 á la torre inclinada
 de Zaragoza.
 Como ella, atraes;
 y como ella te inclinas...
 y no te caes.

CHISPA

Cazador que á caza vas
 de mujer ó de león.
 ¡Ay de tí! si no le das
 en mitad del corazón.

ESTROFA

Á mi hija

.....
 De cuanto amé y creí con loco empeño,
 sólo dos cosas en mi mente abrigo:
 mi amor al bien, que fué mi primer sueño;
 mi amor á tí, que morirá conmigo.

*
 * * *

No era para desperdiciada esta lujosa fiesta de las letras españolas y aproveché la invitación, cosa que hago muy pocas veces cuando de académicos se trata. Por otra parte, de temprano me noticiaron la asistencia del bello sexo, y esto aumentó mi interés... La marquesa X; la duquesa Z... la señorita M... la bella E... la hermosa señora de don S... y la mejor de las obras de Jacinto Octavio Picón, una hija de diez y seis años, arrogante y rubia... nada más que rubia. Después Menéndez Pelayo, Federico Baralt, Núñez de Arce, Campoamor, Zorrilla de San Martín, etc., etc. Y en la tribuna,

nosotros los del menudo: Mariano de Cavia, Royo Villanueva, Zahonero, Bonafoux, Taboada, Lustonó, López Ballesteros y hasta Eusebio Blasco, Blasco que vale tanto como el más eminente de los inmortales españoles; pero como hay injusticias sociales, injusticias políticas, injusticias de todo género, Blasco no será académico en España como no lo es Zola en Francia, Zola que es el escritor más grande, el escritor inmenso del siglo XIX.

Pero volvamos á la recepción. Manuel del Palacio se puso de pie y empezó un discurso que fluía de sus labios como un raudal de poesía, cuyo era el tema escogido para su brillante debut. Fué un discurso ameno, juguetón, un discurso alegre y melancólico al par, que se reía á veces y á veces se apenaba, ligeramente; bien hablado y bien quisto con la sencillez. ¡Qué sinceridad, qué buen humor, qué pinceladas las de los últimos párrafos! Para testificar lo escrito, voy á copiar algunos:

«Traspasaría los linderos de mi propósito, y no me juzgo con brillos proporcionados á tamañas empresas, acometiendo la de resumir en un discurso la historia de la poesía, que no contentándose con copiar los cuerpos, pone al descubierto las almas; asunto además tan manejado ya por propios y extraños, que sería imposible aportar á él una idea nueva. Intentaré sólo, y aun eso con la indecisión del que por primera vez viene aquí á oficiar de maestro, de mostraros hasta qué punto el idioma poético está identificado en nuestra patria con el idioma vulgar, y cuáles y cuántos son, por consiguiente, sus condiciones de vitalidad y de grandeza.

«La poesía brota de nuestro lenguaje tan espontánea y natural, que es en él esencia más que accidente, lo que no sucede en todas partes; no es un vano artificio retórico sujeto á reglas determinadas, sino la adaptación á una idea ó un sentimiento de frases originariamente rítmicas y de metáforas y

locuciones que, aun sin la vestidura del verso, se distinguen por su elegancia y brillantez.»

Luego trae el poeta preciosos ejemplares para apoyar su tesis, y recordando los días en que estuvo ausente de la patria, allá en la Argentina, dice:

*
* *

«Una noche, para huir de la atmósfera sofocante de las habitaciones, ó acaso para meditar más á mis anchas en la soledad y en el silencio, se me ocurrió subir á la torre que coronaba la azotea del hotel. Era ya muy tarde, y no se escuchaban otros rumores que el cadencioso de los remos de alguna barca al atracar al muelle, ó el que producían, rompiéndose, las olas del majestuoso río de la Plata. Instintivamente y como en acción de gracias al Creador por la magnificencia de su obra, mis ojos se elevaron al cielo, aquel cielo de los trópicos, cuyas estrellas alumbran como otros tantos soles, y sentí que el desencanto y la tristeza se apoderaban de mí sér. Del cielo que yo buscaba, sólo percibía la claridad. Los hilos telefónicos, cruzándose en todas direcciones, formaban en el espacio malla tan tupida y espesa, que apenas pude ver, y eso al horizonte, y velado por la bruma, algún girón de la bóveda azulada. ¡Oh desilusión! ¡La prosa encadenando una vez más á la poesía! ¡Lo material en lucha siempre con la idea!

«De pronto, rompiendo bruscamente la calma y la serenidad de la noche, se oyó cercano el silbido precursor del pampero; estremeciéronse, vibrando juntos, todos aquellos hilos y una invisible y arrobadora música, producida por millares de arpas eólicas, descendió del cielo á la tierra, mientras las

brumas se deshacían en el horizonte, del mismo modo que al soplo de la fe se deshacen las inquietudes y las dudas del alma.

«Y yo sentí la mía agitarse vibrando también con emoción intensa, y vi no solamente el cielo que antes buscara en vano, sino ese otro cielo con que sueñan los desterrados y los ausentes, cuando las estrellas les recuerdan las chispas del hogar, y envidian á la nave que se aleja, al viento que pasa y á la luna que puede conseguir lo que á ellos les está vedado: besar á través de la distancia, la frente de sus hijos.

«Era que pasaba sobre mí el aliento de la poesía vigorizando mi espíritu, y afirmándome en la creencia de que nada resiste á su imperio, porque, emanación directa de la Divinidad, está, como ella, en el fondo de todas las cosas.»

La hermosa lectura de don Manuel fué coronada por atonadores aplausos, como también la contestación que al recipiendario diera en nombre de la augusta Corporación, el Excmo. señor don Vicente Barrantes.

Y de la Academia salimos muchos, á prisa, á comer, para llegar con el último trago de café al Ateneo, donde Eusebio Blasco celebró una conferencia que hará época, á no dudar, en los anales histórico-literarios del simpático Instituto. Con los aplausos que nos arrancó el discurso del *Inmortal* debutante y con los que se prodigaron á la conferencia del más ameno de los literatos españoles, hoy por hoy, excuso decir á ustedes cómo nos quedarían las manos de hinchadas.

¡Qué día de regocijos espirituales el de ayer!

Yo, francamente, deseo que alguno de nuestros más distinguidos cronistas se encuentre en Madrid, para que escriba algo parecido, cuando narren los periódicos de la corte,

sobre poco más ó menos lo siguiente: "Ayer á las tres de la tarde se verificó el *ya esperado* ingreso en la Real Academia Española del señor don Miguel Eduardo Pardo, cuyo discurso se limitó á probarnos que los académicos *de acá*, como los *de allá*, con muy raras excepciones, eran unos adoquines *mayormente...*"

Y basta por hoy.

MIGUEL EDUARDO PARDO

Venezolano





LA CRÍTICA

EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA



(Continuación)

Me acuerdo como si hubiese sido ayer. Era una tarde gris de fines de noviembre. Los pisos estaban llenos de barro y los aires de bruma. Cuando llegué al muelle Conti, la cúpula del Instituto se dibujaba borrosa sobre un cielo de plomo.

Afuera los coches, con la caja deslustrada por la lluvia, se apiñaban en extensas filas esperando su turno para detenerse frente á las puertas que acababan de abrir; adentro, en el vasto hemiciclo iluminado á medias por la luz tamizada en las altas ventanas, se aglomeraba el público. Oíanse cuchicheos y risas ahogadas, y se veía en la penumbra el mariposeo de los abanicos.

En el fondo de la gran sala estaban los *inmortales*, y allí se fijaban todos los ojos.

Años atrás habían ensalzado la virtud y hecho la relación

de la vida de aquellos que merecieran el premio, Sardou, Dumas, Pailleron y Halévy, ¡los autores de *Divorçons*, *Homme-femme*, *Age ingrat* y *La famille Cardinal*!

¿Á quién le tocaba el discurso de aquel año? No lo sabía ni pude distinguir al orador en aquellos momentos. Delante de mí y ocultándomelo á intervalos con su cuerpo, que, al levantarse para ver y oír mejor, se delineaba en la sombra con perfiles de luz, estaba una mujer alta y airosa. Durante algunos minutos sólo pude mirar ya la cabeza inclinándose sobre el cuello, donde se arremolinaban los ricillos rubios; ya la silueta del talle, de curvas tembladoras, inclinándose muellemente á un lado ó á otro.

Terminado el discurso oficial, y cuando el presidente hacía el resumen y entregaba los premios, abriéndose paso en la tribuna llegó hasta mi lado el orador á quien no había podido ver antes. Debía de ser un académico de elección reciente, porque el frac de las palmas verdes estaba muy nuevo. Mi vecina, que sin duda le esperaba, le felicitó tendiéndole familiar y cariñosamente la mano izquierda. Por una indiscreción involuntaria no pudieron ocultárseme estas palabras:—¡Cómo! ¿Después de lectura tan edificante vuelve usted á lo mismo? —Siempre, señora,—contestó cortesmente el académico.

Terminaba la ceremonia, la dama, ó lo que fuera, se puso en pie y la luz artificial que comenzaba á encenderse la iluminó por completo. Todo era artístico en ella; el cabello peinado á la griega con ondulaciones clásicas; los ojos verdes como los de Pallas, en los que la mirada era caricia, y los labios de Juno, en los que la sonrisa era promesa; hasta el remate del pie, calzado en cabritilla, desde el cual, ya no clásico, sino moderno, muy moderno, subía el traje de seda tornasol obscuro, pegándose á la maciza cadera con reflejos metálicos de ala de coleóptero.

Salimos: á las puertas se arremolinaba la gente para ver á los premiados. En medio de la muchedumbre, y como avergonzada de tal publicidad y de tanta luz, iba una viejecilla apergaminada y de color cetrino, arrastrando penosamente una pierna paralítica. Toda una historia de abnegación y de heroísmo se nos había referido de ella. ¡Cuántos años de angustias y de hambres sufridas, amparando á unos infelices á quienes, no las leyes de la naturaleza, sino los caprichos del acaso, pusieron bajo su desdichada protección! ¡Qué buena era! ¡Para serlo no necesitaba ser hermosa! Quizá la belleza hubiera torcido su camino. . .

Dejando una atmósfera de iris y de heliotropo, pasaba entonces cerca de mí la dama que antes tuve al lado; y cuando, ya en el cupé, sobre el fondo de raso, como joya en estuche, detrás de los cristales empañados por la niebla, y al arrancar los nerviosos caballos ingleses, vi su cabeza rubia, pensé como Shakespeare que la honestidad no tiene tratos con la hermosura las más veces.

VII

El arte, como la vida, obedece á una ley de acciones y reacciones. La historia literaria nos lo muestra: á una gran conmoción, á un gran despilfarro de fuerzas imaginativas, sucede un cansancio moral, una necesidad imperiosa de ver, como decía el poeta, menos lejos, pero más claro.

Hoy, como ayer, siguen enlazándose los eslabones de esa cadena de anhelos y desencantos, de sueños y realidades.

Tras de los libros de caballería hubo de venir el Quijote; á las aventuras literarias en que se arriesgaba el clasicismo francés de 1600 á 1660, sucedió la tendencia realista de que son vivas manifestaciones Molière, Boileau, Labruyère y

Le-Sage; á la degeneración de aquella escuela, á la literatura esparcida por el mundo á fines del pasado siglo y principios del presente, literatura de tesis y de fría corrección académica; á la dramática moralizadora, de personajes que razonaban largo y tendido, y que, teniendo la obligación de probar algo, se arrastraban penosamente por la escena, abrumados con el peso de sus teorías, de sus sistemas y de su dialéctica, debía suceder un arte libérrimo, y de ahí la gran revolución romántica con todas sus locuras y todos sus esplendores. Pero después de aquel nuevo viaje á lo ideal, después de Víctor Hugo, necesario era Zola: la ley de las reacciones tenía que cumplirse; había que dejar las nubes y pisar de nuevo la tierra.

¿Acaso en vosotros mismos, señores, no sentís esas fluctuaciones de la idea que nos hacen pensar en lo movedido y multiforme de nuestra personalidad? ¿Acaso no hay días en que el optimismo os sonrío con ilusiones y esperanzas, y miráis los cielos brumosos llenos de luz, hasta que la realidad se impone de nuevo y sentís en vuestra carne los grillos del dolor humano? ¿No sois á veces pesimistas sin motivo y os quejáis hoy para reír mañana? Pues hay dentro de la vida del arte mucho como esas variaciones de nuestra vida interna.

La escuela está más en los espíritus que en las obras. Mirad la época que precedió á nuestra época de análisis: la época de las grandes síntesis, de las aventuradas empresas del pensamiento.

El romanticismo no estaba en los libros, estaba en las almas. Los poetas eran héroes, no porque el crítico los considerase como tales, sino porque morían en el Missolonghi. Eran aquellos los tiempos en que el poeta escribía: «es necesario hacer para el mundo algo más que los libros»; eran aquellos los tiempos en que el crítico podía decir del poeta:

«es una inteligencia de soldado encontrada al azar en las letras y devorada del apetito inglés de la acción y del heroísmo.»

Y así como hoy existe quien cree que en la escuela romántica fué todo literatura, y literatura inverosímil, hubo quien lo creyera y lo dijera entonces.

Y fué Auger, uno de los campeones rezagados del clasicismo, el batallador más incansable y el propagandista más ferviente de las ideas clásicas. Á su entrada en la Academia Francesa, removi6 añejos odios y envolvió al Cuerpo entero en su hostilidad hacia el movimiento romántico. El discurso que, en calidad de Director y Presidente de la reunión pública de las cuatro Academias, pronunció el 24 de Abril de 1824, y el que leyó en la recepción de Soumet, han quedado como muestras de intemperancia crítica.

Pero el romanticismo, como antes dije, estaba en las almas y no en los libros, y aquel espíritu clásico que se creía refractario á toda idea romántica, no pudo substraerse á su influjo, y ¡de qué manera!

El mal de Werther emponzoñaba la atmósfera en todas partes, y si hería, hería lo mismo á temperamentos innovadores como el de Larra, que á espíritus rutinarios como el de Auger. Este hombre, campeón de las reglas, caballero andante y desfacedor de agravios á la moral rígida y á la razón inflexible, quitóse la vida por amor, como los héroes ficticios de las novelas que juzgaba imposibles. Su cuerpo, arrastrado por el Sena desde Pont-des-Arts hasta Meulan, donde fué descubierto, hablaba del arte que Auger había combatido con briososa palabra y enérgicos ademanes desde la silla del académico, y, mudo y rígido, hablaba con más verdad y más conmovedora elocuencia.

Es imposible sustraernos á la atmósfera que nos rodea. En pleno *terror* romántico, Auger murió como Werther. En

nuestra época de análisis y experimentación, el contagio moral se manifiesta de modo menos trágico: un crítico como Brunetière, que no opina con Haeckel ni con Darwin, escribe un libro sobre la evolución de los géneros en la historia de la literatura, en el que pretende seguir en las letras el sistema científico de aquellos ilustres naturalistas.

Aunque el dogmatismo de Brunetière es un dogmatismo vergonzante, es el caso que desde la muerte de Caro y de Barbey, se le tiene por el campeón de la crítica que enseña y corrige; y así como así, creyendo que el evolucionismo es una moda, que "será despojada de su popularidad de momento, por otra doctrina ó por otra hipótesis", quiere examinar si en literatura y en crítica se puede explotar, como se ha explotado en la historia natural, en la historia y en la filosofía. Yo no veo entre este excepticismo de quien edifica sobre una base que considera deleznable, y su defensa de la *crítica-juicio*, relación muy ordenada; pero encuentro definida una tendencia general que se impone, aunque superficialmente, al temperamento literario del escritor.

VIII

En aquel *Barrio Latino*, que vió cruzar por sus calles á Francisco Villon, á Teófilo de Viau, á Bergerac y á todos los tipos extravagantes de aventureros literarios que la pluma-pincel de Gautier retrató magistralmente en los grotescos; en aquel Barrio Latino, que presenció las aventuras de Réstif de la Bretonne, un Casanova grafomano, existen hoy tipos no menos curiosos.

Los *grotescos* de hoy son los *delincuentes*. Yo no acabo de convencerme de que son de mi tiempo: ¡se parecen tanto á los de otra época! La policía ha adelantado; ya no pueden

dar cuchilladas como Bergerac; pero en cambio no se mueren de hambre como Villon.

Estos escritores tienen su escuela literaria, la *decadente*, y tienen sus críticos.

Los críticos *decadentes* son á la vez poetas ó novelistas y de ahí que, más que críticos, sean propagandistas entusiastas del arte *nuevo*; ya canten sus excelencias ó declaren la guerra á las otras escuelas, en manifiestos como los de Moreas y Plessys; ya fijen su estética especialísima con Morice, ó pretendan determinar sus reglas y preceptos como Vanor y Bajo.

El único que ha escrito en *Les poètes maudits*, y en *Les hommes d'aujourd'hui* algo que más se asemeje á lo que entendemos por crítica, es el padre y maestro de la nueva escuela, Verlaine. Verlaine, ese degenerado á quien de tiempo en tiempo redime la musa de las tristezas. Ese criminal que hizo en la cárcel, de la estrecha ventana de la celda, una lira de luz con cuerdas de hierro.

Pero Paul Verlaine no es en la prosa lo que en verso, ni mucho menos; sus críticas resultan incomprensibles ó inocentes. Es algo así como un Gracián moderno, traducido al francés. Dígalo si no este párrafo en el que juzga cierta poesía de Rimbaud: «Goya luminoso exasperado, blanco sobre blanco con *los efectos* rosas y azules y este toque singular hasta lo fantástico.» ¿Qué querrá decir eso? se pregunta cualquiera, á pesar de entender las palabras; que ni propios ni extraños pueden comprender la trascendencia de semejante *culteranismo*. Tales enigmas y logogrifos no parecen sino inspirados por las ideas del mismo Gracián, cuando opinaba que en las letras como en todo, «la verdad cuanto más difícil es más agradable: y el conocimiento que cuesta, es más estimado.»

Para explicar la extraña estética y crítica *decadentes*, aunque es tan difícil como arriesgado hacer generalizaciones que tengan en arte un valor, siquiera sea relativo, expongo esta opinión.

En la historia de todas las literaturas pueden considerarse tres épocas, como en la historia general de las letras: en la primera, las sensaciones buscadas por el autor son simples, como para auditorios sencillos; en la segunda, se hace uso del contraste para sorprender á inteligencias menos fáciles de interesar; y en la tercera, en busca siempre de lo nuevo, para conmover, se da en lo artificial. De aquí las tendencias clásicas con líneas sencillas y definidas, las románticas con bruscos contrastes y su explosión de pasiones contradictorias, y las *decadentes* con sus complejidades monstruosas, su *sadismo* y demás medios artificiales de emoción, como los que usa el mismo escritor para inspirarse; la morfina, el hachís..., los *Paraisos artificiales* de Baudelaire.

*
* *

Tan moderna como la crítica *decadente*, es la crítica científica iniciada por Hennequin. Y parécenos un verdadero dilate. Sabido es que en todo cálculo ó experimentación científica hay que descontar la ecuación personal, y la ecuación personal es todo ó casi todo en asuntos de crítica literaria. ¡Qué ciencia puede edificarse con semejante base!

La mayoría de las verdades científicas de Hennequin son tan verdades y tan científicas como las de cualquier crítico *decadente*. No hay mas que ver, para convencerse de esto, que asegura que todavía en los tiempos de gloria de Lamartine y Víctor Hugo y cuando escribían éstos la continuación de *Childe Harold* y *Amy Robsart*; Shakespeare, Byron y

Walter Scott, no eran en Francia mas que vagos nombres de venerables desconocidos.

*
* *

Antes de pasar adelante, y para señalar la transformación que ha experimentado la crítica francesa, que tanto ha influído en la evolución de la crítica en general; apuntaré su genealogía ya que no me es dable hacer aquí su historia.

Este género literario fué en Francia gramatical y apologético, desde Du Bellay y Ronsard hasta Malherbe y Boileau; y fué con estos últimos y durante todo el período pseudo-clásico que termina en Laharpe y Marmontel, género retórico y preceptista. Desde la época en que se inició el romanticismo, muchas han sido sus evoluciones: Madame Staël y Chateaubriand le traen contingentes nuevos enseñando ó recordando que había habido en el mundo algo más que griegos y latinos; Villemain introduce los elementos histórico-filosóficos de Guizot y de Cousin; y por último, Sainte-Beuve acepta el principio psicológico y el fisiológico, y abre el nuevo ciclo de la crítica literaria.

La crítica contemporánea tal y como se comprende hoy, aun por aquellos que no son sus partidarios, nace y arranca de este maravilloso maestro. Justo es consignarlo así, sin negar que tuvo en Montaigne y en Bayle ilustres predecesores.

IX

La crítica en Italia, al salir de la época retórica, siguió relegada mucho tiempo, como lo estuvo antes, en manos de Tiraboschi, á ser almacén de documentos y colección de datos y sólo adquiere importancia en las obras de los críticos mo-

ernos. Celesia estudia las letras italianas en los siglos bárbaros; Bartoli á los líricos precursores del Dante; d'Ancona los orígenes del teatro en Italia, y lo que era cuerpo anémico se inyecta con nueva sangre y adquiere nueva vida. Lungo y Gnoli esclarecen dos épocas literarias al analizar á Dino Compagni y á Belli; y Ambrosoli, en sus trabajos sobre la literatura griega, hace una obra hermosa, aunque fragmentaria, á la que pone digno remate la excelente introducción de Grosso.

La renovación literaria que en esta crítica sabia se patentiza, realizase también en los otros géneros críticos; ya en los *Nuovi profili letterari* de Camerini, en los estudios de Massarani, los hay tan notables como el de Heine; pero los *Ritratti letterari* de Rondani, las críticas impresionistas de Capuana y Panzachi y los discursos y polémicas de Carducci aventájanlos por lo menos en *cosmopolitismo* y amplitud de criterio.

X

El espíritu literario de la Inglaterra de hoy, refléjase en Arnold, y sus opiniones, justificadas en parte, acerca de los críticos ingleses, demuestran que en la Gran Bretaña ha habido también la evolución que examino.

Para Arnold, Addison barniza con su prosa impecable lugares comunes sin trascendencia; Jeffrey carece de extensión y profundidad de talento; de las tres dimensiones de los cuerpos sólidos no les concede Arnold más que la de la longitud. Con Macaulay no tiene más piedad ni respeto: antójasele el apóstol de la burguesía utilitaria; júzgalo demasiado retórico, preocupado por completo por las ideas y las tendencias de su público, al que quería complacer y de hecho dejó complacido; pero duda de que haya en sus obras la parte de verdad artística necesaria para prestarles larga vida.

En cambio, su admiración por la crítica y los estudios filosóficos que á ellas se refieren, inspirados en otras ideas, á juzgar por las citas que frecuentemente hace, es la misma que hemos visto en los escritores franceses é italianos, y es tan honda como sincera.

Si es cierto, como dicen Bourget y Lemaître, que el alma del escritor está como formada por partículas de las almas de sus autores favoritos, el alma de Arnold está integrada por partículas de las de Goethe, Spinoza, Jouvett, Heine, Sainte-Beuve y Renan. Á ellos, extraños, les concede todo el aplauso que niega á los propios.

De tendencias muy diversas á las que tuvo Arnold, es David Masson. Como crítico escocés, es más partidario del juicio que del sentimiento; en él vibra intensamente la nota psicológica. Los estudios comparativos del demonio de Lutero, el Luzbel de Milton y el Mefistófeles de Goethe son nuevos y hermosos; y el análisis que hace de la melancolía y la tristeza de Shakespeare, á quien hasta ahora se había representado como exento de pasiones á fuerza de conocerlas todas; es tan sagaz como de difícil realización, pues ningún artista es más impersonal para los que no saben bucear en las profundidades del alma, que el sublime creador de Hamlet.

Para comprender verdaderamente la evolución de la crítica en Inglaterra, habría que formar un paralelo entre Johnson y Arnold; entre el dogmatismo del primero y la tolerancia del último; aunque, á decir verdad, éste no es tolerante sino para con aquellos que lo son á su vez.

El público de hoy no se manifiesta propicio á las dictaduras literarias, ni son éstos los tiempos en que unas frases escritas ó pronunciadas en una taberna de las que frecuentaba Johnson, pueden dar ó quitar reputaciones literarias; no desco-

nozco yo el mérito histórico del autor del primer diccionario inglés, que aunque sea más bien una colección de sátiras que un diccionario, al fin y al cabo es el primero; pero nadie consideraría hoy *héroe*, como lo hizo Carlyle, á ese leproso de alma y de cuerpo.

XI

Es la Alemania de nuestro siglo el cerebro de la humanidad en materias científicas. Necesario era que allí tuviese su centro la crítica que investiga los orígenes literarios, basada en la filología, la compulsión de los documentos históricos y el estudio directo y profundo de los clásicos.

El sueño de los eruditos alemanes, como ellos mismos dicen, «es hacer fuera de toda tradición, y con documentos antiguos una ciencia nueva». De acuerdo con esta teoría, la crítica alemana rehace la historia literaria del mundo clásico.

Cierto es que este sistema ha traído grandes errores por la mezcla extraña que se observa en aquellos espíritus, del atrevimiento y la desconfianza. El atrevimiento para reconstruir hechos, obras y costumbres por un detalle cualquiera que parece nuevo y original, y la desconfianza para admitir juicios, no sólo consagrados por la tradición, sino comprobados por textos enteros; y, sin embargo, ¿quién puede negar el valor de esta ciencia crítica en manos de los eruditos alemanes?

La serie de sus trabajos é investigaciones es tan larga como interesante.

Cuando Wolf negó en su *Prolegomena* la existencia de Homero y le substituyó por una turba desconocida de poetas anónimos, haciendo de la *Iliada* y de la *Odisea* lo que es *El Romancero del Cid*, se escandalizó de pronto aquel pueblo nutrido con las tradiciones clásicas, y acostumbrado á venerar,

lo mismo que griegos y latinos, al semidiós poeta. Pero esa tendencia que derriba para edificar, hubo de generalizarse porque está de acuerdo con la crítica individual, enemiga de rutinas, que caracteriza á los intelectos alemanes. Otfried Müller reconstruye con este método la historia de la literatura griega, y Niebuhr, al poner en claro los errores de Tito Livio, nos muestra la historia de la antigua Roma como una colección de cuentos inverosímiles.

Para examinar sus observaciones era necesario uno de los Grimm, porque para criticar á estos hombres es indispensable saber, por lo menos, tanto como ellos.

Yo me explico á Wolf juzgando á Casaubon; á Niebuhr esclareciendo los estudios de Fabricio, y á los Grimm rebatiendo á su vez á Niebuhr; pero no podría imaginarme á quien no fuese de esa talla dando su opinión acerca de tales asuntos.

Sí, señores; en el umbral de esta escuela crítica el profano debe descubrirse y callar. Que hablen los maestros.

Cuando los Grimm entran en el análisis de los orígenes germanos ó en la interpretación de los antiguos textos, natural es que los sigan ó se aparten de ellos los Schmeller, Ast, Becker y Massmann. Bien está que si en aquel recinto suena una voz extraña, sea la de un historiador, y que hablen, en hermosos capítulos, del arte helénico Curtius y Droysen, ó del arte romano Mommsen y Karl Peter, su adversario. Justo es que en el debate tercié un extranjero, si el que va á aplaudir ó á refutar á Creuzer ó á Müller, se llama Lenormant, se llama Burnouf ó se llama Renan. Que ilustre al mismo Schömann, Grote, y que departan con ellos Lewis y Donaldson. Colóquese al lado de estos últimos propagandistas del helénismo alemán en Inglaterra, uno de los filólogos que más han contribuído en nuestros días al conocimiento de las literaturas orientales, Harlez, el maestro belga.

Yo les oigo discutir y me adhiero por simpatía á la opinión de alguno de ellos; pero sin razonarla por completo. ¿Qué voy á saber de esas disonancias, que en algunos versos de Homero perciben Wolf y sus discípulos? ¿Qué voy á decir de la versión y comentarios del *Yacna* hechos por Harlez? La crítica de una obra de esta categoría se hace como hizo Burnouf la de la traducción de Anquetil: demostrando que no estaba hecha directamente del zenda, y probando también que en la primera versión se habían mezclado las glosas, escritas en otro idioma (en pelhvi), con el cuerpo del libro que se pretendía traducir. Y ¿hay muchos que puedan hacer semejante trabajo?

De uno de los fundadores de esta crítica decía Galusky en un interesantísimo estudio: «Sin dejar de ser de su siglo, era de otras edades.» «Sin despojarse de su nacionalidad alemana adquirió derecho de ciudadanía en todas las ciudades de la Grecia y de la Italia. Conoció sus costumbres, habló su lengua y no le engañaron los extranjeros aunque llevaran con piedad el traje del país: los distinguía por el acento.»

Este retrato os dará el tipo de los sabios que ejercen la ciencia de la crítica en la Alemania de nuestros tiempos.

Y no es sólo en esta especie del género literario, donde el cerebro germano ejercita su sagacidad y su método. En la tierra de Goethe y de Schiller, la estirpe de Lessing y los Schlegel no podía quedar sin sucesores; y desde la época del *Júpiter de Weimar* hasta nuestros días, eslabónase la cadena con nombres, que en diversas escalas, despiertan por sí solos en los espíritus cultos, todo un orden de ideas.

Gervinus, Ulrici, Schack, Elze Bodenstedt, y con ellos Brandes, el crítico noruego que ha hecho en Alemania sus mejores campañas, expedicionan por el mundo de las letras. Críticos y viajeros á la par, ya iluminando las penumbras de

las literaturas orientales y las lobregueces del genio eslavo; ó ya iluminados á su vez por el esplendor de las letras castellanas del siglo de oro, ó de las letras inglesas de los tiempos de gloria, han escrito páginas definitivas en que la mente se solaza y recrea.

XII

Si la crítica en Alemania se manifiesta como acabamos de ver, no sólo griega sino cosmopolita, las letras americanas se inspiran en el mismo "sentido de humanismo amplio, sensible á todas las manifestaciones espirituales de la especie."

Por desgracia, hablar en Inglaterra de la crítica norteamericana, ó en Portugal de la literatura del Brasil, es menos difícil que hablar aquí de las letras hispano-americanas.

El público inglés conoce la literatura de los Estados Unidos. Nadie en Inglaterra hubiera dicho, como la señora Pardo dijo en esta misma cátedra, que aquel "pueblo, mancebo aún, pero ya musculoso como un atleta, lo ha conseguido todo, excepto que brote en su vasto y fértil territorio la flor de la belleza en las letras". Y nadie lo hubiera dicho porque la crítica inglesa ve en el "pueblo mancebo" algo más que los músculos; sigue la evolución del cerebro, mide la sensibilidad de los nervios y cuenta las palpitations del corazón. No ya el nombre de Poe, ni los de Longfellow, Bryant, Holmes, Whittier y Hawthorne, le son familiares, sino también los de aquellos poetas, noveladores y humoristas que, como Lowell, George Washington Cable y Joel Chandler Harris, escriben en dialecto.

Nada sería de notar que en Inglaterra se conociese á aquellos escritores de los Estados Unidos que tienen una fama universal. Á Poe, por ejemplo, se le ha estudiado en todas

partes: ejerce una especie de influencia hipnótica sobre las modernas literaturas europeas, y larga es la lista de los críticos que intentaron hacer la disección de su temperamento complejo; de «su alma tenebrosa, enferma y retorcida»; de su estética sutil y sabia, y de sus procedimientos conscientes y seguros: ha vivido en medio de románticos, naturalistas y decadentes, siempre moderno y siempre obedecido, inspirando gran parte de esa literatura rusa por la que siente la señora Pardo un entusiasmo reflejo, y siendo de igual modo maestro de Gautier, modelo de Baudelaire é ídolo de Barbey d'Aurevilly, Verlaine y Mallarmé. En Inglaterra, y esto si es de notarse, al público selecto le interesa, además del examen de los autores consagrados ya, el de una literatura menos cosmopolita, netamente americana y nueva por lo mismo, y se entusiasma sin reservas ante algo más *yankee* aún que las narraciones de Bret Harte: el humorismo de Mark Twain, verbigracia.

Los ejemplares novelescos de esa literatura que, por referencias, se le antoja á la señora Pardo Bazán, «orquesta muy cencerril y gatuna como música de *zíngaros* rascatripas», tienen para uno de los más autorizados críticos ingleses «un encanto primitivo; una honda sencillez conmovedora de la que no se puede dar sino idea muy imperfecta.» Y el estilo y el lenguaje en que están escritas esas obras, que la propia señora Pardo clasifica como «prolongación de la literatura inglesa y nada más», merecen estos conceptos á otro crítico famoso: «Lo que es intraducible, sobre todo, dice, y forma su principal mérito, son las mismas extravagancias del estilo original y mordente: el giro *idiomático*, el neologismo extraño y á menudo pintoresco. El inglés es la lengua madre fundamental en estas producciones; pero hay casos en que parece nodriza envejecida; sus senos se agotan á menudo; no puede

expresar más que la civilización de Europa, y se encuentra pobre frente á la superabundancia de ideas, de invenciones y descubrimientos con que se enorgullece América. Para designar las cosas nuevas se necesitan palabras nuevas, y al acervo antiguo se han llevado poco á poco numerosos contingentes más ó menos desfigurados, más ó menos corrompidos, tomados de los dialectos varios con que los emigrantes venidos de todos los puntos del globo han dotado á su patria adoptiva.»

Dado este medio social, en el país en que Dante Gabriel Rossetti, el orfebre del verso inglés, fué el primero en defender los atrevimientos rítmicos del gran Walt Whitman; allí donde la prensa literaria enluta sus columnas á la muerte de Whittier, y donde la misma reina da por telégrafo el pésame oficial al Gobierno de los Estados Unidos por la pérdida de Lowell; natural parece que sea admirado Emerson, leído Griswold y famoso Stedman, y fácil resulta exponer una opinión personal acerca del romanticismo crítico del primero, la influencia retórica del segundo en sus libros de *Poetas y Pro-sistas de América* y el eclecticismo *sentimental* del último, del celebrado autor de *Poets of America* y de *Victorian Poets*.

En Portugal, la crítica que investiga con Latino Coelho los orígenes del arte y la filosofía en Grecia y que penetra con Oliveira Martins en el alma de la lírica moderna al analizar la obra poética de Quental, recoge y reúne por mano de Braga las poesías escritas en portugués de uno y otro lado del océano: estudia con él, no sólo la lírica moderna del Brasil, sino sus tradiciones y sus cantos populares, y explica la evolución del lenguaje, lo que el vulgo ilustrado llama corrupciones que no son, muchas veces, sino fenómenos naturales en todas las lenguas vivas. Braga examina en ese sentido las modificaciones que el idioma portugués ha experi-

mentado en América, en la acentuación fonética y en las construcciones gramaticales. Su antología es mejor que las que se han hecho hasta ahora de poesía americana escrita en español, superior aún á la de Menéndez y Pelayo; que si esta tiene un valor histórico, no representa en conjunto la obra poética de aquellas literaturas por haber excluído de ella á los escritores vivos, lo que no sucede en la de Braga. Semejante condición de actualidad hace que el libro de este último no sea una obra arqueológica y de archivo, sino algo que vive, que se mira á diario y que acostumbra á los lectores portugueses á ver los nombres de Azevedo, Gonçalvez, Díaz y Abreu al lado de los de Herculano, Almeida Garret y Quental.

¿Pasa aquí con las obras escritas en español en América, algo semejante á lo que sucede en Inglaterra y en Portugal con las obras literarias de los Estados Unidos y del Brasil? Responda por mí un crítico tan ilustrado como sincero, don Federico Balart, que decía ayer mismo: «Con escasas excepciones (en cuyo número por desgracia no puedo contarme), los que en España prestamos tal cual atención al movimiento intelectual de nuestro siglo, conocemos bastante la literatura francesa, algo la inglesa, poco la alemana, menos la italiana y (¡vergüenza da el decirlo!) poquísimo la portuguesa y nada ó casi nada la hispano-americana.»

Esta declaración no puede ser sospechosa de parcialidad ó de ignorancia; es cierto, en España se sabe poco de las letras americanas y no mucho de la historia y de la geografía de América.»

Al tratar de algo que se relacione con aquel continente incurren casi siempre en incomprensibles equivocaciones, no ya los novelistas (desde los que emborronan *entregas* hasta alguno de los más ilustres maestros, hablo de Pereda), sino también los mismos historiadores; don Justo Zaragoza, por

ejemplo, que es, y me complazco en decirlo, de los que más saben de cosas de América, escribe al hablar de la muerte de Moctezuma: «Los mejicanos eligieron entonces rey á Cuiclahuatzín llamado *Guatimoztín* por los españoles, lo que equivale, dice con razón mi compatriota don Agustín Rivera, á que escribiendo historia de España se dijese: subió al trono Carlos V, conocido también con el nombre de *Felipe II*.

Hasta la propia señora Pardo, que no es muy afecta á confesar deficiencias, en el artículo que escribió acerca de don Manuel Cañete, decía: «la literatura americana, casi ignorada entre nosotros...»

Con tales antecedentes, no he de ser yo quien pretenda formular un juicio crítico, de cuyos fundamentos, por lo general, no podrían darse cuenta aquéllos á quienes me dirijo; ni mucho menos quien intente dar á conocer á nadie, porque para esto último necesitaría tener una autoridad que no pretendo, y además el tiempo necesario para demostrar mis opiniones con una labor de análisis comprobado muy diversa de la índole sintética de mi estudio.

Lo que sí, haré, será apuntar algunas consideraciones que no conviene dejar inadvertidas.

(Continuará)



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS



De Buenos Aires han llegado recientemente dos libros de interés; *Retratos y recuerdos* por el General don Lucio V. Mansilla y *Contra la marea* por don Alberto del Solar.

El libro del General Mansilla contiene estudios rápidos de personajes políticos argentinos. Son fotografías ligeras, pero hechas con colores vivos que reflejan la fisonomía de los hombres que en el libro figuran.

El General Mansilla es uno de los escritores más originales de América, por su estilo vibrante, por la observación oportuna y, sobre todo, por su *personalismo*, para revelarse en todos sus libros con una independencia de juicio bien sostenida. Podrá quizás reprochársele algo de afrancesamiento en sus giros y algún descuido en el lenguaje; pero el estilo es siempre vivo, interesante, con ciertos golpes atrevidos, que á veces son botonazos de florete, que dejan la señal en el pecho del adversario, pero que no lo lastiman.

La obra del señor del Solar es una novela que demuestra los progresos que ha alcanzado el autor de *Rastaguore* en el

cultivo de arte tan difícil, en estos tiempos en que al novelista se le exigen condiciones múltiples para alcanzar á ser leído.

Uno de los colaboradores de LA AMÉRICA MODERNA se ha encargado de hacer un estudio crítico de la obra del señor del Solar; motivo por el cual no avanzamos nada acerca de los detalles sino de la obra en general, que es amena y escrita con una corrección de estilo no general en América.

El literato venezolano señor Fortoul Hurtado prepara desde tiempo acá un libro que verá la luz pública en poco tiempo más. Consistirá él en un diccionario de escritores españoles, portugueses y americanos. La empresa, como se ve, es de gran aliento; y de que ha de darle cima felizmente el señor Fortoul Hurtado nos lo garantizan sus excelentes condiciones de crítico y de prosador elegante y castizo.

Á lo que parece, el señor Fortoul Hurtado cuenta desde luego con la ayuda de algunos gobiernos americanos, que se han suscrito á la obra.

Traerá ésta un prólogo de un eminente escritor peninsular.

El libro recientemente publicado, *Copos de espuma* de J. M. Vargas Vila, literato colombiano, contiene cuentos ligeros. vaciados en el molde de los franceses, pero con sello americano. Hay en él imaginación ardiente, observación psicológica y lenguaje orlado de colorido y vivacidad.

El eminente poeta don Eduardo de la Barra, consagrado desde tres años á esta parte á estudios filológicos, según lo prueban diversos libros que sobre la materia ha publicado con aplauso de todos cuantos hablan el castellano, tiene algunos trabajos inéditos de sumo interés.

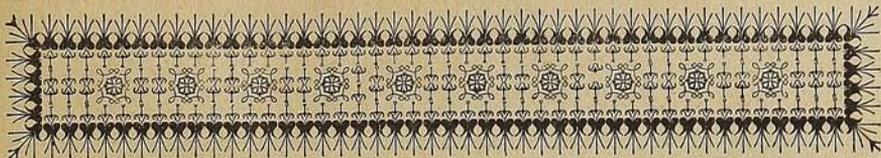
Accediendo á nuestra invitación, nos entregará para la publicación en LA AMÉRICA MODERNA algunos de éstos, entre ellos un estudio acerca del endecasílabo dactílico. En este trabajo el señor de la Barra impugnará ideas de algunos críticos españoles tan conocidos como *Clarín* y Menéndez Pelayo.

Con esto sólo, queda demostrado que la obra del señor de la Barra es de profunda erudición, que revela su conocimiento del idioma castellano.



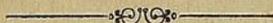
LIBROS NUEVOS

- FACIO (Justo A.)—*Mis versos*, Sn. José de Costa-Rica
- VÁSQUEZ (L.)—Cuestiones prácticas de derecho penal-procesal, Montevideo.
- ACEVEDO DÍAZ (Eduardo)—*Ismael*, Montevideo.
- YACONELA (José I.)—*Gólgota y Flora*, poemas, Cochabamba.
- DIEZ DE MEDINA (A.)—*¡Huérfanal!*, Sucre.
- ACEVEDO DÍAZ (Eduardo)—*Nativa*, Montevideo.
- SEGOVIA (Lisandro)—*El Código Civil Argentino*, Buenos Aires.
- ACEVEDO DÍAZ (Eduardo)—*Soledad*, Montevideo.
- BOLIVIA LITERARIA.—Revista quinzenal, Sucre.
- ACEVEDO DÍAZ (Eduardo)—*Grito de gloria*, Montevideo.
- VALDÉS VERGARA (Francisco)—*Cuestiones económicas*, Valparaíso.
- ACEVEDO DÍAZ (Eduardo)—*Brenda*, Montevideo.
- POBLETE GARÍN (M.)—*Oda à Balma-ceda*, Santiago de Chile.
- ESPINOSA (E.)—*Geografía de Chile*, Santiago de Chile.
- VERGARA ANTÚNEZ (R.)—*Poesías*, Santiago de Chile.
- VARGAS VILA (J. M.)—*Copos de Espuma*, Nueva York
- AMUNÁTEGUI RIVERA (J. D.)—*Estudios administrativos*, Santiago de Chile.
- FERNÁNDEZ Y MEDINA (B.)—*Campe-ras y Serranas*, Montevideo.
- VÁSQUEZ (Antonio).—*Manual del No-tario*, Montevideo.
- TORRES (Carlos A.)—*A los escritores colombianos del fin del siglo*, Bogotá.
- FLORES (Julio).—*Horas*, Bogotá.
- SELVA (Carlos).—*Artículos Políticos*, Granada de Nicaragua.
- FERNÁNDEZ Y MEDINA (B.)—*Antolo-gía uruguaya*, Montevideo.
- SELVA (Carlos).—*Un viaje por fuerza à Sud-América y Europa*, Granada de Nicaragua.
- PONCE DE LEÓN (Luis).—*Versos*, Montevideo.
- SOLAR (Alberto del).—*Contra la ma-rea*, Buenos Aires
- OLIVEIRA CEZAR (F. de).—*Las inva-siones inglesas*, Buenos Aires.
- WALKER MARTÍNEZ (Carlos).—*Poe-sias*, Santiago de Chile.
- MARTÍNEZ LAVÍN (Manuel).—*Biogra-fia de D. Juan Martínez de Rozas*, Santiago de Chile.
- BADIÈRE.—*Fuego del billar*, Lima.
- SOLAR (Alberto del).—*Valbuenismos y Valbuenadas*, Buenos Aires.
- BARRA (Eduardo de la).—*Primores de la lira antigua*, Buenos Aires.
- BARRA (Eduardo de la).—*Examen y refutación de un folleto sobre gramá-tica antigua del profesor Hansen*, Ro-sario de Santa Fe.
- SANFUENTES (Enrique S.)—*La Con-versión metálica*, Santiago de Chile.
- CORDOVEZ CORDOVEZ (Victoria).—*Elementos de historia sagrada*, Santia-go de Chile.
- ROSS (Agustín).—*La Conversión metá-lica*, Santiago de Chile.
- HERNÁNDEZ MIYARES (E.)—*La Ha-bana elegante*, Habana.
- CLAVERO (J. G.)—*Revelaciones Histó-ricas*, Lima.
- LÓPEZ PENHA (Abraham).—*La Revis-ta Azul*, Barranquilla.
- MANSILLA (Lucio V.)—*Retratos y Re-cuerdos*, Buenos Aires.
- PRIETO VALDÉS (Casimiro).—*Almana-que Sud-Americano para el año 1895*, Buenos Aires.
- ZULEMA (Sara María García Salas de Arias).—*Poesías*, Santiago de Chile.
- CORREA BRAVO (Agustín).—*Los ex-tranjeros ante de la ley chilena*, Santia-go de Chile.
- BLANLOT HOLLEY (Anselmo).—*Revo-lución*, Buenos Aires.



EL VOTO PÚBLICO,

EL VOTO SECRETO Y EL VOTO OBLIGATORIO



La preocupación ingenua de cambiar las costumbres, por medio de reglamentos, ha hecho considerar como de gran importancia la cuestión de ser el voto público ó secreto.

Los partidarios del voto público dicen que con él quieren levantar la moral del elector, permitiendo á los independientes la satisfacción de afirmar alto y resueltamente la idea que sufragan, obligando á los tímidos á tener el valor de sus opiniones y á los falsarios y venales á hacer confesión pública de la fea acción que practicaren.

Pretenden los amigos del voto secreto que con este procedimiento se obtiene más verdad en el resultado electoral, pudiendo cada ciudadano en conciencia hacer su cédula y evitando á los caracteres débiles, pero incapaces de bajezas,

la violencia de exhibir públicamente su voto, que podría desagradar á poderosas influencias.

No veo que unos y otros puedan tener mucha esperanza de conseguir sus fines confesados, por medio de las medidas que proponen. Antes de ellas, sería necesario descubrir medios de corregir, ó mejor, de transformar del todo la naturaleza humana. Dicen, por ejemplo, que el voto á las claras afirma el carácter; para mí, sin negar que en algunos casos pueda aproximarse á ese efecto, creo que en muchos otros y en mayor número ha de agravar el cinismo del individuo que tuviera que exhibir con descaro una opinión que públicamente no fuere la suya. En cuanto á la libertad que se pretende favorecer con el voto reservado, no veo que haya evitado el espectáculo, que todos conocemos, del reclutamiento de rebaños electorales, desfilando públicamente delante del jefe ó de su lugarteniente, de quien reciben la ración de opinión que tienen que llevar á la urna.

Soy amigo de la libertad en todo aquello en que no ofenda otra libertad: la cuestión material de dar el voto, se la dejo enteramente al arbitrio de cada votante, apenas con las cautelas que la ley debe establecer para regularizar la depuración y reconocer la identidad del sufragante y del sufragio. Pienso que se puede exigir que el voto sea escrito, pero que debe dejarse á la entera voluntad del elector hacerlo en su casa ó en el local de la elección; escribirlo con su mano ó hacerlo escribir; dar ó nó lectura de él en alta voz; firmar la boleta ó depositarla anónima, abierta ó cerrada, manuscrita ó impresa y en el papel del color y de la forma que fuesen de su gusto. Este es el precepto más liberal, sin peligro alguno para la regularidad del proceso electoral, y con la rara virtud de no ofender la idiosincrasia de nadie.

Las observaciones que acaban de leerse pueden inducir al

lector á prever como pienso con relación al voto obligatorio ó libre. En la esencia de las innumerables disertaciones que he leído en favor del voto obligatorio, veo que se invocan estos dos fundamentos: 1.º el voto es un deber social y, siendo así, el ciudadano puede ser compelido á cumplirlo, como está obligado á tomar las armas para la defensa nacional; 2.º es necesario evitar las grandes abstenciones electorales, que enervan el cuerpo social y hacen aparecer en las urnas una falsa opinión pública.

Estoy muy lejos de considerar el voto un deber de cualquier especie, en el sentido jurídico de la palabra *deber*. La materia del voto es un acto voluntario, una cuestión de opinión. Si el ciudadano vota *por quien quiere*, es lógico concluir que también vote *si quiere*. Acostúmbrase decir que es un deber correr á las urnas, y yo puedo convenir en que lo sea, por la gran utilidad pública que me parece provenir de la participación de todos los ciudadanos en el trabajo de elegir los representantes. Pero es necesario no confundir este lenguaje familiar, que llama deber á lo que se debería llamar conveniencia, con el lenguaje jurídico, que autoriza la sanción de la fuerza donde hay un deber que cumplir. Á todo deber jurídico debe corresponder un derecho—*just et obligatio sunt correlata*.—¿Quién es el titular del derecho sobre mi acción de votar? Se dirá que la sociedad. Pero aquí es donde hay evidente confusión. La sociedad tiene interés ó utilidad en que yo vote, esto es, en que yo elija representante, del mismo modo que es útil á la sociedad que yo escoja mujer y me case; sin embargo, como el objeto de una y otra de esas elecciones pertenece á mi exclusiva deliberación, soy soberano respecto de ellas, y, por más inconveniente que sea mi abstención, tengo el derecho de conservarme en ella. No es la utilidad,

por más evidente que sea, motivo bastante para hacer exigibles los actos en que consiste.

El caso de tomar las armas para defender la nación, no tiene analogía con el de votar. Allí trátase de hacer una cosa determinada, en que nadie puede tener opción, pues no se concibe el derecho de ir contra la patria, crimen que todas las legislaciones califican de alta traición, al paso que celébrase como virtud cívica la libre preferencia por una de las muchas opiniones que concurren al favor de las urnas.

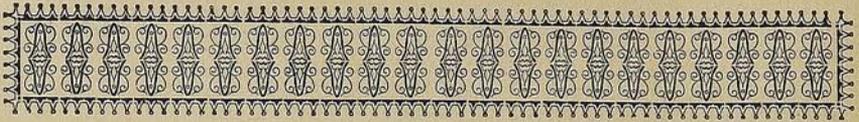
Todo hombre razonable y experimentado conviene en que por más abstractamente útil, y aun legítima, que sea una medida legislativa, no debe ser tomada, si hay certeza de que no hay medio de hacerla cumplir. Entre los legisladores es ésta una idea corriente, que hace parte de las más rudimentarias nociones del oficio. Las leyes en esas condiciones son las que en el lenguaje del derecho se llaman leyes ineptas. Ahora bien, concediendo hasta que fuese explicable la idea del voto obligatorio, ¿quién podría evitar que el ciudadano arrastrado á votar por cualquier medio coercitivo votase en blanco? Si se pretende contestarme con que también se le obligaría á mostrar su voto ó á emitirlo oralmente, yo responderé que el pobre mártir de esa violencia tendría aún el recurso de votar por un testaferró. Para ser lógicos y escapar á la inepticia, los amigos del voto forzado serían conducidos, de obligación en obligación, hasta la necesidad de suministrar al votante constreñido, un candidato obligatorio.

En cuanto á la necesidad de hacer cesar la abstención en masa, si ella es un mal, dejemos ese mal aislado; no lo agravemos con el de una obligación vejatoria y contraproducente. Demostraré en otro capítulo que lo que más provoca la abstención es la falta de confianza que tiene el pueblo en la verdad y en la eficacia de la elección, así como que el mejor

remedio está en conseguir que el pueblo comprenda que no perderá su tiempo acudiendo á las urnas. Veremos entonces que una de las primeras condiciones para obtener tal resultado, consiste en el establecimiento y observancia de una ley de elecciones bien diferente de todo lo que hemos tenido hasta hoy.

J. F. DE ASSIS BRASIL
Brasilero





EL VASO ROTO

(De Sully Prudhomme)

Para EMMA



Este vaso en que expiran las verbenas,
á un golpe de abanico se trizó;
debió el golpe sutil tocarlo apenas,
pues el ruido más leve se sintió.

Mas, aquella ligera quebradura,
cundiendo día á día, fué fatal:
con marcha imperceptible, si segura,
muy lentamente circundó el cristal.

Salió el agua por ella gota á gota,
y, sin jugo, las flores mueren ya;
nadie el daño impalpable, nadie nota.
¡Mirad; no lo toquéis, que roto está!

Así suele la mano más amada
con leve toque el corazón trizar,
y el corazón se parte, y marchitada
ve la verbena de su amor pasar.

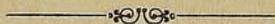
Júzgalo intacto el mundo, y él, en tanto,
la herida fría y honda que no veis,
siente que crece destilando llanto.
¡Mirad, que roto está, no lo toquéis!

EDUARDO DE LA BARRA
Chileno.





NICANOR BOLET PERAZA



Sin que nos sea dable por el momento escribir una biografía tan extensa como debiera ser, para poner en relieve los preclaros méritos y la inmensa labor del diplomático, del estadista y del soldado, cuyo nombre acabamos de escribir, nos limitaremos á hacer un ligero esbozo del insigne literato.

Bolet Peraza es un *grande de España* en la literatura americana; es decir, lo más culminante, lo más encumbrado y enaltecido de cuantos cultivan el género literario que él cultiva.

Quizá nos expresamos mal al limitar su labor á un género literario, cuando de su pluma, como de inagotable raudal, han fluido los más varios, los más diversos y opuestos trabajos intelectuales. Nadie como él puede presentar al lado del drama innovador y de grandes resortes escénicos, el artículo periodístico de controversia patriótica y sociológica; y luego, al lado del lindo cuento simbólico, que es como una golosina que devoramos, sin adivinar toda la dosis de filosofía y moral que ella contiene, hallamos el discurso tribunicio, trascen-

dental, con todos los refinamientos de la diplomacia y todas las bellezas y recursos de la oratoria; y por fin, al lado del escritor de costumbres, con su sátira aguda, punzante, que hiere y cura á la vez, se encuentra la lucubración del pensador, del sociólogo, del filósofo.

Naturaleza múltiple y dúctil, ha sabido adaptarse con la superioridad propia de las especialidades, á todos los géneros literarios que su caprichosa fantasía ha querido cultivar.

Una faz sola es inalterable y continua en toda su labor intelectual: la nobleza de sus sentimientos y la benevolencia de su carácter. En sus trabajos literarios, en sus artículos políticos, en sus discursos diplomáticos, en sus críticas bibliográficas, se siente, antes que todo, el calor de un corazón generoso, benévolo, altruísta, donde no germina la simiente del odio, y donde jamás silbaron las víboras de la envidia.

Su labor diplomática, más que venezolana, ha sido americana, y la idea nobilísima de la confraternidad de estos pueblos de América arde en su alma en ignición perpetua.

Bolet Peraza pertenece á esa categoría de hombres que no miden el precio ni el alcance de su trabajo, si él puede beneficiar á su patria ó á la América; ignora la aritmética con que en tales casos la abnegación y el sacrificio suelen convertirse en monedas de oro.

Tal puede juzgársele, en sus labores, ya sean diplomáticas, periodísticas ó políticas, en las que bien claramente se transparenta al americano de grandes ideales.

Nicanor Bolet Peraza nació en Caracas, patria de Bello, de Baralt, y tierra simpática para todos los que conocemos la historia de nuestra América.

Muy joven aún, y sin duda con el propósito de conquistarse por medio del trabajo la autonomía é independencia del hombre libre, abandonó las aulas estudiantiles y fué á colo-

carse en la dirección de un establecimiento tipográfico de Barcelona, donde residía su padre, el ilustre doctor don Nicanor Bolet.

No era el trabajo sistemado y metódico de un establecimiento de tipografía el que podía encadenar la actividad febril y fantástica del joven Nicanor; y bien pronto sus miradas convirtiéronse hacia la patria ausente, hacia esta América, que tantas promesas debió hacerle, puesto que tan alto lo ha levantado.

Enrolóse en la revolución federal de 1859, y allí, después de cinco años de lucha, y ganando uno á uno los ascensos militares, llegó hasta el grado de general de división, en que hoy figura en el escalafón de su patria.

Su reputación literaria data de 1864; fué entonces cuando, movido por invencible inclinación, fundó un periódico ilustrado, donde dió á luz sus festivos y espirituales artículos de costumbres.

Con la amenidad de Selgas, con el aticismo de Larra, con la afilada sátira de Pierre Verón, hizo la fotografía de las incorrecciones y lunares que su observadora mirada descubría, y sin duda debió alcanzar la corrección de aquello que él censuraba.

Nadie hubiera podido predecir entonces que aquel escritor lleno de gracejo, de chiste y donairoso decir, había de tomar, llegada la ocasión, las proporciones de un titán, que no otro nombre merece, el impertérrito y temible combatiente de Guzmán Blanco.

La Tribuna, verdadera tribuna, desde donde fulminaba sus rayos, fué el periódico fundado con este fin; en sus columnas, que él redactaba casi por completo, defendía la autonomía del pueblo é increpaba al Dictador sus demasías.

El destierro, esa segunda cicuta destinada á llevar el si-

lencio y la muerte al espíritu de los defensores del derecho, fué para él supremo recurso de la situación en que se hallara colocado.

Es que de la lucha periodística había pasado á la lucha en los campos de batalla, combatiendo la restauración de la dictadura de Guzmán Blanco.

La suerte fué adversa para su partido, y después de diez días de combate sin tregua ni descanso, no tuvieron otro arbitrio que el de la capitulación, obligándose á partir presto al destierro.

Después de haber sido el adalid esforzado y temible, ora con su pluma como periodista, ora con su palabra como orador parlamentario, ó bien con su espada, como militar, no podía Bolet Peraza, en presencia del temible Dictador, tomar otro camino que el del ostracismo.

Como Víctor Hugo, Bolet Peraza hubiera podido volver á su patria, después de su largo destierro, seguro de recibir las ovaciones de sus compatriotas, que verían en él al audaz é infatigable defensor de los derechos del pueblo; y entonces él, como el poeta francés, hubiera visto que la acción de la justicia popular había hecho añicos y hundido en el fango las estatuas levantadas al hombre que él había combatido con la espada y con la pluma.

Pero el gran publicista y hombre de Estado halló en Nueva York un centro de actividad, que cuadraba admirablemente á sus aspiraciones americanistas y á sus propósitos literarios.

Lejos, pues, de caer en el abatimiento del ostracismo, cobró nuevos bríos; y, olvidando sus resentimientos, desplegó sus anchas alas de poeta y publicista, y se hizo oír y aplaudir en toda la América hispana.

¿Quién no conoce hoy la *Revista Ilustrada* de Nueva York,

y quién ignora que fué la pluma, que fué el verbo, el ingenio admirable de Bolet Peraza, los que hicieron de esa publicación, la primera entre las primeras que se han publicado en América?

La *Revista Ilustrada* vive hoy y vivirá largo tiempo, pues que el primer impulso dado á una publicación determina su larga ó corta vida; y mientras ella viva, mientras ella se agrande y fructifique, el señor Bolet Peraza, debe guardar la íntima convicción de que su labor talentosa ha quedado allí, como la base granítica de un monumento.

Hoy es fundador y redactor de *Las Tres Américas*, periódico amenísimo y de fraternales y levantadas miras del más puro americanismo. Como en *La Tribuna* y *La Revista*, este nuevo periódico está, en su casi totalidad, redactado por Bolet Peraza.

Bajo este punto de vista, es asombrosa su fecundidad intelectual, tanto más admirable, cuanto que casi siempre del tema más fútil y baladí, saca un delicioso y bellissimo artículo.

Cuando leí aquella frase de Castelar en que dice, que si al talento le dan una cacerola hace con ella la luna, mientras la estolidez, convierte á la luna misma en cacerola, apliqué esta figura al gran publicista venezolano.

Nadie como él tiene la magia, el hechizo, para hacernos admirar hasta una cacerola que él abrillanta y embellece con su lujoso léxico.

No se crea por esto que tras el mago colorista, que sabe fascinarnos y presentarnos una piedra con todas las facetas de un diamante, no se adivine al erudito y al pensador, nó: ni el uno ni el otro han sido, como con frecuencia sucede, el voraz parásito que, en el estilista, devora los brotes viriles y lozanos del pensamiento, y en el pensador las flores más bellas de la fantasía.

En Bolet Peraza predomina la idea primordial, destacándose como en los grandes cuadros pictóricos, para ser ella embellecida con todos los recursos del arte.

Su imaginación, antes que literaria, es artística; es así que en todas sus producciones, ya sea burilando la idea filosófica, literaria ó poética, siempre en su estilo vibra el sentimiento de lo bello, en el cual, como en el prisma, se quiebran y cabrillean sus ideas, tomando los colores del iris.

Al terminar estas cortas páginas, dejándonos mucho que decir acerca del diplomático, del publicista y aun del padre amorosísimo, queremos justificar nuestra admiración, apoyándonos en la opinión de un notable escritor como Adriano Páez; el cual dice:

«Son extraordinarias las dotes de Bolet Peraza como periodista, como escritor y como poeta. En Venezuela, cuando luchaba contra la dictadura de Guzmán Blanco, desplegó en *La Tribuna* las fuerzas de un titán. Merecía el triunfo, pues batallaba por la libertad y por la patria, y el destino ingrato le obsequió con el destierro, y á su compañero Cecilio Acosta con la muerte... Pero Bolet Peraza es de raza de gigantes, y apenas tocó el suelo americano y se sintió en una atmósfera de hombres libres, y no miró seres degradados arrodillados ante el éxito triunfante, recobró el vigor del antiguo Anteo y tomó de nuevo la pluma, que en sus manos es clara y poderosa, contra todos los tiranos y todas las tiranías. Asombran la fecundidad, facilidad, elocuencia y poesía que despliega Bolet en esa tribuna que ha levantado en Nueva York, para hacer oír su voz en la América Latina. Todos los números de la *Revista* están llenos de sus escritos, y prodiga la poesía y la gracia hasta en el asunto más trivial.»

En el año de 1888 hizo un viaje á Europa, y envió una serie de capítulos que hemos leído con deleite, después de



EL TEQUENDAMA



CAPRICO PRIMAVERAL

Á ENRIQUE DEL CAMPO

Contradicciones humanas.—Vida vegetativa.—Pensamientos azules.—*El Regreso*.—*El Nirvana*.—En busca de un artículo.—Todo primavera.—Plegaria.—Las orquídeas.—Una mata de hierba.—Principia la reyerta.—Dualidad humana.—El yo y la bestia.—Excursión.—Arrecia la batalla.—El divorcio.—La Luna.—En Tiguanao.—Mitología Americana.—El Tequendama

(Continuación)

Original tipo el de Samuel. Alto, enjuto de carnes como el legendario manchego, ojos vivaces, pequeños y renegridos como los granos del *maqui*; nariz y barba afiladas, á tal punto avcindadas en sus extremos que apenas si dejan paso á un par de labios acuchillados, tirados á cordel. Frente larga, deprimida en sus costados y orejas avispadas como prontas á escaparse de sus asientos, completan el original conjunto de nuestro rústico personaje.

Rústico, pero sólo de apariencias pues, en lo amanerado y culto, á ninguno entre los mozos del lugar le fué Samuel en

zaga. Al través de su agreste fisonomía, descúbrese en él un dejo de bondad que lo hizo siempre estimable. Su ingénita virtud es el silencio; nunca le ví mover los labios; pero con tal presteza acudía á sus frecuentes llamados un diablillito, vestido de mezclilla azul, especie de *suplementero* campestre, que llegué á sospechar que Samuel fuese ventrílocuo.

*
* * *

El almuerzo nada dejó que desear. Servido el té, retiróse Samuel, dejándome á solas con esa loca de la casa, como alguien ha llamado á la imaginación.

Una languidez invencible, un descoyuntamiento general, se apoderó en aquel instante de mis miembros, cuyas extremidades todas parecían adormirse al contacto de un creciente hormigueo. Mis párpados doblábanse involuntariamente sobre las turbias pupilas de los ojos que instintivamente se volvían con una mirada sin vista á un ancho canapé del lado que convidaba á la tradicional siesta de los campos.

Me dirigía bamboleante hacia él, cuando una voz salida de mi interior, como el eco de un remordimiento, me gritó:—¿Y el artículo?

Quedéme un instante suspenso, perplejo entre la mesa y el canapé, cuando otra voz nacida de más baja región, gruñó:—¿Qué artículo?... ¡Á dormir!...

—*La América Moderna*, replicó la primera; tienes un deber que llenar...

—Vivir primero y filosofar después, contestó con diabólico tono la segunda.

La reyerta empezaba. Sentía partirse en dos mi personalidad. La *bestia* y *el otro*, como tan espiritualmente los llamó De Maistre, se ponían frente á frente en actitud amenazante.

Algunas horas más y el principio revolucionario que todos llevamos en germen debía estallar en colosales proporciones. Los eternos rivales iban á luchar á brazo partido y á poner de manifiesto esas dos fuerzas contrarias que agitan nuestro sér desde la cuna hasta el sepulcro y que constituyen el insondable misterio de la dualidad humana.

*
* *

Incurrió alguien en el inconcebible error de confundir la dualidad con la duplicidad humana. Fenómeno psicológico el primero, menguado vicio de carácter el segundo, nada hay de común entre ellos, nada que los aproxime.

El gran Bolívar tenía por inveterada costumbre saludar en plural á todo habitante de la andina región á que diera su nombre. Cuando alguno de aquéllos llegaba á su despacho, después de la ceremoniosa acogida, le decía aquél:—Sentaos, caballeros.

No pudo disimular la extrañeza que este plural le causaba un renombrado coronel, y se aventuró á preguntar al héroe el por qué de esta mortificante expresión.

—Porque en cada uno de vosotros, contestó airado el Libertador, hay dos personas distintas: una que se ve y otra que no se ve.

De esta suerte caracterizaba el vencedor de Junín la *duplicidad* de toda una raza por tantos otros títulos estimable.

Cuentan del Mariscal Turena, que al entrar en batalla, como sintiese que su humanidad toda se estremecía de un involuntario terror, se dirigía á sí mismo este significativo cuanto militar apóstrofe:—¿Ya tiemblas, canalla? Si supieras a dónde pienso llevarte!

He ahí la dualidad.

Acaso el cantor de la Araucana presintió esta verdad y padecía también de tan humano achaque, á juzgar por aquel compendioso dístico:

El miedo es natural en el prudente;
el saberlo vencer es ser valiente.

Pero nadie como los escolásticos para soltar dificultades psicológicas. Tenían al respecto de que nos ocupamos, una ingeniosísima teoría que explica el fenómeno en cuestión... hasta donde es posible explicarlo.

Á la vez que afirmaban la unidad del alma, reconocían, no obstante, en ella una especie de trilogía, esto es, tres almas, una racional, sensitiva la otra y vegetativa la tercera. La oposición es entre ellas formidable; viven en perpetua rebelión. El equilibrio, la perfectibilidad del ser, la virtud, la constituye el sojuzgamiento de las almas sensitiva y vegetativa á la racional. Cuando abandonamos estas sombrías riberas, sólo la última es la superviviente, manteniéndose las otras sólo en potencia.

Traducida la tesis metafísica en vulgar romance, tendremos que las almas sensitiva y vegetativa, suman *la bestia*; la racional *el otro, el yo*.

Sospecho que no era menester de tan pedantesca disertación para llegar á definir los dos contendientes que dejamos á punto de irse á las manos, entre la mesa y el canapé, porfiando el uno por dormir, ganoso el otro de entregarse á más noble y útil tarea.

*
* *

¿Por qué no confesarlo? Triunfó esta vez *la bestia*. Manteniase indecisa la contienda cuando en el vecino campanario sonó la hora del meridiano.

No fué menester más. Al oír aquélla los acompasados y soñolientos toques, pareció cobrar nuevos é inusitados bríos y, arrastrando á su porfiado contendor á la entreabierta ventana:—Ya ves, le dijo, con satánica ironía, mira en aquella distante falda que el hierro cruza y fertiliza cómo hasta los bueyes se detienen en la mitad del surco, clava el campesino el arado, apoya sobre el yugo la *picana* y... todos á descansar. ¿No descubres aquel punto blanco, inmóvil á la sombra de una palmera? Es el cisne de la laguna que oculta bajo el ala el enarcado cuello y se entrega como todos al universal reposo. ¿Divisas algún pájaro en el cielo? ¿Sientes el menor viento en la arboleda? Todos duermen, los primeros en sus nidos, el otro en la oculta madriguera que nadie aún ha descubierto. Pero ¿qué más? Allí tienes á tu buen criado, participando del general contagio, y entregado también al dulce sueño.

Y efectivamente me señalaba al pobre Samuel, rendido á media jornada, y sentado al pie de la escala sobre una piedra á medio tallar, como vigilando aun en sus sueños el señorial castillo á su confianza encomendado.

No dijo más y con una violencia casi grosera, arrastrándome consigo, dejóse caer á plomo sobre el canapé y... nos quedamos dormidos.

*
* *

Sueño de piedra sin consoladoras visiones, sin azules imágenes, que no deja al despertar sino pesantez en el cuerpo, embotamiento en el espíritu y ese vago remordimiento del tiempo perdido. . . .

Sacudióme de aquel profundo letargo un extraño ruido que, maltratando horriblemente mis nervios, me puso instantánea-

mente de pie. Encontréme cara á cara con Samuel, quien, poseído de espanto, lívido el rostro, caídos los brazos y crispadas las manos, me miraba con angustia indefinible.

¿Qué había pasado? Me aflige el recordarlo. Él, el hombre del silencio, el sirviente monosilábico, el de los pies de corcho, que para evitar todo ruido andaba como quien pisa sobre alfileres, al renovar el servicio y colocar sobre la mesa frutas para mi regalo, había cometido el enorme delito... de dejar escapar un plato de sus manos.

Tranquilocé con blandas palabras; le pedí me preparara un baño y me alistara un caballo para hacer mi excursión de la tarde. Repuesto el pobre Samuel, giró sobre sus talones de goma y tomó la puerta. Quedéme pensativo y entregado á bien amargas reflexiones. Aquel hombre había experimentado uno de los grandes rubores de la vida, por haber quebrado un plato, cuando tantos en los tristísimos tiempos que alcanzamos se pasean impudentes después de haber arruinado á su patria!

*
* *

Apenas si conservo un vago recuerdo de lo que fué de mí aquella tarde. Un caballo zaino, duro á las riendas, pronto á la espuela, ganoso de libertad, me llevó sin rumbo fijo á todos los puntos del compás. Vi desfilar interminables alamedas, subí á la colina, me embosqué en la montaña, bebí agua del arroyo en la cavidad de la mano, me asomé á un línfo sin experimentar los enamoramientos de Narciso, grité en las quebradas para sorprenderme con el lejano eco de mi voz, y más de una vez, sujeto de la brida mi caballo, subí al eminente peñascal para medir la mirada en las últimas líneas del horizonte...

La postrera luz de la tarde daba á la naturaleza toda ese

tinte dulce y melancólico que tanto se armoniza con el dolor, cuando me detuve á la puerta del parque. Allí esperábame Samuel, quien al verme tomó las riendas del caballo, y á la antigua usanza, me sujetó el estribo como invitándome á descender. En ese mismo instante sonó el toque de la oración, el *Angelus*, la hora de los espíritus alados, de la conciencia y del pensar profundo. Sin abandonar la brida, soltó Samuel el estribo, descubrióse respetuosamente, y dobló la cabeza murmurando una plegaria. Imitélo en su noble y religiosa sencillez, alcé la desnuda frente y en tanto mi vista interior penetraba en las regiones de lo infinito, descubrían mis ojos, al través del ramaje de los árboles, la primera estrella en el azul ya renegrido del cielo.

*
* *

Con la última campanada nos separamos. Samuel llevóse al acostumbrado pesebre el fatigado animal, y yo penetré por uno de los tortuosos senderos del parque que á poco me condujo hasta el borde de la laguna.

Una infinita tristeza se había apoderado de mi espíritu. El misterioso encanto de la soledad y de la noche traía á mi memoria, como un delicado perfume, unos de otros en pos, esos vagos recuerdos de más venturosos días, de seres que al partir se llevaron consigo la más querida porción de nuestra existencial!

No fué larga mi meditación, pues á corto rato percibí entre los árboles el farolillo lacre que Samuel volvía en todas direcciones, procurando descubrir mi paradero. No le fué difícil encontrarme, pues yo fuí hacia él y, ya juntos, nos dirigimos al sitio en que el buen criado había improvisado el comedor. Bien pronto pude reconocerlo, que desde lejos percibí ilumi-

nado el kiosko situado en el vértice de las avenidas de magnolios y granados que recorriera en mi matinal excursión.

*
* *

De sencilla construcción, el arquitecto campestre había apoyado su obra en el viejo tronco de un alto jacarandá, dejando libre el ramaje superior del árbol que, como un penacho de verdura, caía sobre el kiosko, acreciendo el espesor de su enramada techumbre. Dióle forma octógona, vistiendo sus paredes de plantas trepadoras que ápenas si dejaban entrever dos opuestas ventanas que miraban al parque y á la arboleda. Una mesa circular fija, con los despojos del árbol trabajada, que rodeaba el tronco, una silla de mimbres y una piel de vicuña, que en parte cubría el piso, sumaban todo el mobiliario de la rústica mansión. Sobre la mesa, á medio mantel, el necesario servicio, algunas botellas en dispersión y la lámpara del festín con su azul reverbero que proyectaba una fantástica vislumbre sobre el verde de las hojas y los tupidos racimos de multiflor que á modo de estalactitas pendían del techo.

Queda descrito el campo de batalla.

*
* *

Apacible fué en su comienzo el nocturno banquete, que bien merece este nombre la comida que esta vez con tan exquisito arte Samuel me preparara y sirviera. Cinco platos sucediéronse, á los que acudí con el correspondiente riego de generoso vino. Un perfecto equilibrio aunaba todo mi sér y una mutua y dulce correspondencia entre mi *yo y la bestia*, me procuraba un bienestar indefinible. ¡Oh dulce moderación,

generadora siempre de puros gozes, madre de la paz, de las alegrías inefables y que tan grata y dulce compensación ofrezcas á los que se acogen á tu blando imperio! Si fiel á tí no hubiese turbado en aquella tranquila noche las benignas leyes que nos impones, un escándalo menos registrarían los anales de mi vida, y no llevaría aún en mi interior el roedor gusano que todavía me atormenta. Mía no fué del todo la culpa, sino de *esa bestia* indómita, soberbia, que no reconoce freno, y que vive en mí, que es una porción de mi personalidad y que tantas veces me arrastró, á pesar mío, por vedados senderos, que nunca recorriera si el completo imperio de mi sér sólo al *yo*, al *otro* fuese acordado.

No pequeña responsabilidad cupo también al inocente Samuel, pues fué él quien de propia voluntad, por conquistarse tal vez una nueva palma en el servicio, fué el portador de la fatal discordia.

*
* *

Aproximábase la hora de los postres, cuando apareció nuestro buen criado, trayendo entre sus manos, con aire de triunfo, un canastillo oblongo, juguete al parecer; pero que contenía en su siniestra cavidad una polvorienta botella, de sucia etiqueta, recostada sobre su lecho de fina y calada paja, como si estuviese enferma. Vacióla el infeliz hasta desbordar el vaso, sin miramientos, sin recordar que el néctar delicioso que de esta suerte derrochaba, había sido objeto de veinte años de cuidados, de prolijos afanes, que mayores no los mereciera la más pintada muchacha del lugar.

No se dejó esperar el primer efecto del añoso licor. Un tinte suave coloreó de rosa las mejillas de *la bestia*, vívido fulgor asomó á sus pupilas, y la lengua, como fuera de madre, desatóse en un hablar incontenible.

Uno de esos originales tipos que viven con un pie en el café y el otro en la taberna, con no poca espiritualidad trazaba un día cuatro paralelos equidistantes al derredor de una botella. Según su gráfico y pintoresco lenguaje, correspondían ellos á los cuatro períodos en que dividía los efectos de la embriaguez: el del loro, del mono, del león y del...

Mi *bestia* alcanzaba ya el primer período. Lanzóse por el atajo, agotando toda la escala de esos obligados cuanto vulgares temas que forman el caudal de una conversación de sobremesa. Enbarcóse á poco en la crítica literaria, y demás estará decir que el género canalla absorbió sus vinosos encomios. Oh! *La Bestia humana*, *El vientre de París*, del maestro Zola, le parecían el colmo del ingenio, y todas esas producciones impudentes que envenenan hoy hasta el ambiente que respiramos y que preparan esa juventud enfermiza, neurótica, excéptica, amago que no esperanza del porvenir, agotaron sus elogios.

Dejélo explayarse sin contradicción, temeroso de que una temprana protesta de mi parte acreciese la empezada discordia, cuyo desenlace recelaba, y quería de todos modos esquivar.

Táctica inútil. Sin preocuparse de mi prudente tolerancia, alargando la mano hacia la oreja del canastillo, sacudió, con no menos largueza que Samuel, la vetusta *enferma*, y apuró hasta el fondo el desbordado vaso.

El ligero tinte de sus mejillas empezó á tornarse en rojo subido, casi amoratado; sus ojos revolvíanse en sus órbitas con no acostumbrada ligereza y su cabeza y sus miembros todos excitados por nerviosa contracción, perdían ya su aplomo y removíanse en todas direcciones con creciente animación. Ya no se estaba tranquilo sobre el asiento, y por lo común de pie, espetaba sus discursos á modo de brindis, acompañán-

doles de contorsiones y muecas que me habrían hecho reír si lástima no me causaran. Estaba en el período del mono.

*
* *

Me sobresalté de verlo en aquel estado y ya estimé oportuno jugar toda mi gruesa artillería. Recogí todas mis fuerzas, hice un supremo llamamiento á las energías que la repugnante escena despertaba en mi interior, y con voz imperiosa le dije:—Vamos, ya es tiempo de retirarnos.

Dióme una mirada de fingida sorpresa, y con sumisa voz é hipócrita semblante me contestó:

—¿Adónde y á estas horas?

—Á recorrer el parque, á buscar un aire menos sofocante que el que nos afixia, á recrearnos en la tranquila belleza de esta noche. . .

—¿Á contar las estrellas? me interrumpió con aire de burla. . . Pero si ya el trabajo está hecho.

—Mejor te estaría contarlas de nuevo, que no ofrecer el bochornoso espectáculo que me procuras.

Picóse no poco de mi invectiva y con tono entre insolente y burlón repuso:

—¡Ya apareció el romántico!

—Sabes que no me precio de tal. Pero es fuerza retirarnos. El fresco de la noche, la contemplación del cielo. . .

—Ya salió aquello. Me regalarás con seguridad con un sabroso recitado clásico como la noche anterior; el de la *via láctea*, por ejemplo. Enamorado Júpiter de su esposa y hermana Juno, le avino el erótico deseo de morderla. Prefirió el pecho izquierdo; gritó la Diosa; el lácteo jugo inundó toda la extensión del Olimpo; alborotáronse los inmortales, y desde aquella noche se enriqueció la geografía del cielo con esa

mancha polvorosa, blanquecina, que para recordar su origen llamamos *vía láctea* ó, lo que da lo mismo, *camino de leche*. ¡Oh, qué donosa literatural! ¿Y para renovarme estas gracias me convidas? Pues esta vez, pierdes tu tiempo. Entre el *camino de la leche*, cuya contemplación te emboba, y el *camino del vino*, que me emboba á mí, éste me indigestará menos.

Y sin más decir, creyéndome ya vencido, humillado, aplastado por su picaresca sátira, se fué sobre la botella y en menos tiempo del que en refe irlo gasto, se vació el tercio que restaba.

La batalla iba á ensangrentarse. De seguro que las provocaciones de *la bestia* iban á seguir en geométrica proporción. Sin embargo, yo estaba dispuesto á no dejarme avasallar y me preparé á la resistencia. Pero, caso singular, aquel resto de licor lejos de enardecerlo, de exasperarlo más, efectuó en él un súbito cambio. Pareció recogerse sobre sí mismo, y afectando maneras graves, con reposada voz, como la que corresponde á un superior respecto de su subordinado, me dijo:

—No riñamos más. Buen muchacho eres y de ello sobradas pruebas tienes dadas; pero te falta mundo, no comprendes el espíritu de la época, eres un ignorante en las prácticas recibidas. Esta dulce disipación, este placer de la sobremesa que te alarma y subleva tus escrúpulos, es uno de los más poderosos encantos de la vida moderna, resultado natural de nuestra creciente cultura y del refinamiento de la civilización. *Corta y buena*, dijo Epicuro y corroboró el gran Aristipo. Todo lo que en contra se arguye es resabio de una rancia filosofía, añejeces que el progreso humano ya no consiente. Pero tú has dado en enfrascarte en esas dos malhadadas aficiones que ningún provecho positivo te reportan y que te llevarán por mal camino: la literatura y la política. Te conducirá la primera á ridículos extremos, y á un total desprestigio la se-

gunda. ¡Y qué literatura la tuya, la de la vieja escuela! Clásicos y románticos hicieron ya su época y bien se están en sus olvidadas tumbas. ¡Literato! ¿Sabes tú lo que es hoy ser literato? Un ente estrafalario, monomaniaco, que solo sirve para la pública diversión; la pobreza es su obligada herencia, su único lote el desprestigio, su término final el hospital ó el manicomio. Cuando más, como suprema compensación, allá después de muerto, un trasnochado orador dirá lindezas sobre su tumba, le discernirá la gloria póstuma, y un travieso cronista del lugar pondrá punto final á su memoria con el correspondiente párrafo de defunción. ¿Y para alcanzar todo esto sudas y trabajas?

Pero así y con todo, ésta es la más inocente de tus manías. No te duela mi rudeza; tú no has nacido para la política. Franco, leal, honrado, generoso, tienes todas las cualidades negativas de la profesión. El artero disfraz, la perfidia sistemada, el fraude impudente, la desvergonzada especulación, hé ahí los usuales resortes de la ciencia del gobierno. Maquiavelo se quedó corto para los actuales tiempos. Mira (aquí puso un conocido nombre), ese sí que la entiende. Seis meses de ministro le han procurado una fortuna que tú no alcanzarás en vida. Aquel otro (nueva designación) era un abogado sin pleitos, aborrecido, desdeñado, y hoy levanta su palacio en la Alameda, lo corona de torreones y va camino de mayor opulencia. Pero tú, con tu habitual quijotería, con tus escrúpulos inverosímiles, con ese necio corazón que se te desborda, soñando en ideales, con resucitar la probidad de mejores tiempos, que crees en el honor, en la buena fe y hasta en los apretones de manos, ¿qué puedes esperar?

ANGEL C. VICUÑA,
Chileno.

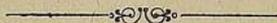
(Continuará)





PEQUEÑECES

(EL PADRE LUIS COLOMA)



Tal vez no existe escritor contemporáneo que haya movido en España la opinión y la prensa con más calor que el Padre Coloma. Mientras para unos es un gigante, uno de los talentos más extraordinarios, resulta para otros una medianía aceptable ó cuando más un afortunado principiante, de quien puede esperarse más de algo. Á tales contradicciones, hijas algunas del sectarismo literario ó de la intolerancia religiosa, ha dado margen su última novela *Pequeñeces*.

Han crujido las prensas españolas en los últimos tiempos, imprimiendo folletos, libelos y estudios acerca del célebre jesuíta. Sus denostadores hacen examen minucioso de su novela, y prueban por *a* más *b*, que no conoce el idioma, ni la sociedad que ha pintado, que ni siquiera puede alegar en su abono la buena fé, pues que su propósito ha sido encaminado á objetos ocultos en bien de la orden á que pertenece; en

tanto que sus admiradores, entre los cuales se cuenta, y en primer término, la señora Pardo Bazán, sostienen á pie juntillas que el Padre Coloma es un portento, la octava maravilla del mundo, un fenómeno, un ternero de cinco patas, que diría Julio Lemaître.

Si Currita Albornoz, tomando la pluma del insigne Valera, refuta al Padre sus ideas acerca de la sociedad madrileña y del modo de ser de sus damas, en un folleto chispeante de ingenio, de gracia y de humorismo, en cambio los padres Muñoz Sáenz, Restituto del Valle y otros, descargan mandobles sobre el público, porque éste se niega á encontrar perfecta y acabada la novela del Padre.

El espíritu ascético ha influido en la autora de la *Cuestión Palpitante* con tanta intensidad, que no ha vacilado en hacer del Padre una biografía apologética, en la cual es de admirar el gasto de talento con que quiere endiosar al biografiado.

La señora Pardo Bazán no se ha limitado á esto sencillamente, sino que ha usado una manera que no se gasta sino con los genios, con los grandes héroes. El folleto consagrado al Padre, habla de lo que ha sido, ha hecho y probablemente hará más tarde, y entra en detalles minuciosos sobre esto, lo otro y lo de más allá; sobre si Coloma se sentó en el estudio de Fernán Caballero y dedicó uno de sus trabajos á Tula Avellaneda; sobre si en el claustro se encuentra contento y no le aquejan males, etc.

No han hecho otro tanto, después de tres siglos de admiración, por Cervantes, sus compatriotas; pues, mientras no hay género de dudas de que el Padre Coloma nació en Jerez, la patria del oro fundido en las copas, que dice el propio sujeto en el *Certamen Nacional*, los cervantistas no se ponen de acuerdo aún sobre si el autor de *Don Quijote* abrió los ojos á la vida en Alcalá de Henares.

Ante opiniones tan encontradas, es menester que la serenidad presida los dictados de la crítica y que se explique si hay motivos bastantes para la algarada producida con la publicación de *Pequeñeces*.

En puridad de verdad, creo que no hay causas bastantes que justifiquen su resonancia. Y lo prueba mejor que nada, el hecho de que los críticos, aun los admiradores más incondicionales del Padre, hallan que á *Pequeñeces*, con ser una novela de mérito, le falta algo. Y ese algo es para unos la parte tendenciosa, que propiamente no falta, sino que sobra; para otros, cierto desconocimiento del mundo social. Y así va todo. Imagino que lo que más poderosamente ha influido en la opinión ha sido la circunstancia de que el autor es un ministro de la Iglesia. ¡Como si fuera cosa nunca vista que los religiosos escribieran novelas! Todo el mundo se ha maravillado al ver salir ante el público á un jesuíta con una novela, en que, usando un lenguaje desenfadado, atrevido, dice que copia sus personajes del medio en que éstos representan.

No es para menos. ¡Ya temblarían, al anunciarse la publicación de una novela, los pecadores que días antes habían acudido al tribunal de la penitencia, administrado por el autor! ¡Qué de sustos y de vacilaciones antes de desintonsar las todavía húmedas hojas del libro! Ante todo, ¿podría confiarse absolutamente en la discreción del confesor? ¿O el autor olvidaría su ministerio para entrar á saco en el arsenal de pecados ajenos que guardaba el confesor en la memoria? ¿Haría el Padre Coloma lo que dicen que hizo en un pueblo del sur cierto cura de almas que, al explicar con ejemplos á sus feligreses las penitencias y castigos del Purgatorio y del Infierno, les decía:—Así, hermanos míos, Fulana de Tal (y designaba el nombre), por deslenguada, quiera que no quiera, habrá de irse al infierno, etc?

Pero la personalidad del Padre Coloma ofrece otro incentivo á la curiosidad: es su calidad de hombre de mundo, cuya vida anterior á la del claustro, fué, si hemos de creer á la señora Pardo Bazán, tormentosa, de devaneos y de ambiciones de diverso orden, como que no solamente alternaba en los salones de la galantería, sino que luchaba en la prensa con entusiasmo por la restauración alfonsina, en pos de la cual quizás divisaba el lleno de grandes ambiciones.

Ocurrió, pues, al autor de *Pequeñeces* lo propio que antes de su beatitud ocurriera á hembras y varones tenidos hoy en olor de santidad, como María Magdalena y San Agustín, Santa Pelagia y San Pablo.

Cuando la decepción tocó á sus puertas, cuando sus pretensiones vió burladas, quiso la suerte, para bien de la Compañía, que el galanteador de los salones y vehemente periodista y abogado trocara el frac y la capa por la capucha y el hábito regular, no sin que antes casi pusiera fin á sus días una bala; lo que, según la ilustre gallega, fué un acto casual y providencial por donde vino á operarse la conversión del pecador á la vida mística. No sé por qué, pero es lo cierto que el público se impresiona cuando ve estas mudanzas repentinas. Tan cierto es que el rasgo que más despierta la curiosidad en la persona de Carlos V, es el haberse metido y encerrado en el monasterio de Yuste. Hé ahí que el Padre Coloma viene á ser, con tales antecedentes, una individualidad digna de la novela, para las personas de imaginación ardiente.

Aun los hombres de letras, los críticos de sereno criterio, no han podido sustraerse á esta influencia mágica de la personalidad del jesuíta. Si no ¿cómo se explica el cisco tan tremendo que se ha armado á su alrededor, cuando todos convienen en que *Pequeñeces* no es una obra que siquiera se

acerque á lo perfecto, no siendo tampoco el primer fruto de un talento antes ignoto?

Los biógrafos del Padre nos dicen que ya antes había escrito mucho, que había publicado interesantes monografías, estudios de costumbres, novelas de corto aliento, lecturas recreativas, como *La Gorriona*, *Por un Piojo* y otras más.

Pequeñeces no tenía, de consiguiente, el atractivo del estremo.

No se explica este entusiasmo desmedido por el Padre Coloma, sino como consecuencia de los factores en que me he ocupado. Á no ser así, la injusticia de la crítica sería más honda para con literatos de reconocido mérito que escriben y publican libros cada año en España. No quiero referirme á Galdós, ni á Pereda, ni á Valera, considerados los primeros novelistas españoles contemporáneos, sino á ingenios más jóvenes y casi tan poderosos como ellos. ¿Cómo puede compararse al Padre Coloma con Palacio Valdés, Picón, Leopoldo Alas, la Pardo Bazán, sin que se lastimen los merecimientos de éstos? Para mí es claro que *Pequeñeces* no es superior ni á *La Regenta*, ni á *Los Pazos de Ulloa*, como estudio y observación.

Pequeñeces puede ser un dechado de perfecciones para el Padre Blanco García ó el Padre Muínoz, que miran con menosprecio *La Sonata de Kreutzer* de Tolstoy, y declaran que, á no existir Pereda, el Padre Coloma sería el primer novelista español; pero no para los que prescinden del sectarismo religioso y se rinden á la verdad.

Hay otros elementos que, según algunos, perjudican y según otros, avaloran los méritos de *Pequeñeces*: uno de ellos es la parte tendenciosa y otro la clave de la novela: es decir, el sectarismo religioso y el escándalo social.

Hablemos en primer término del escándalo. No obstante

ias aclaraciones que el Padre hace á cada paso de que no señala á nadie en sus personajes, la crítica, especialmente la de los salones aristocráticos de Madrid, ha descubierto en cada uno de aquéllos á personalidades pertenecientes al partido restaurador alfonsino. Y es de ver, según lo han observado personas que á éstas trataron, el procedimiento mistificador que ha servido de guía al Padre en el retrato de aquéllas, pues los afea, exornándolos con vicios que no tenían y colocándoles en la picota de lo ridículo. Tal sucede con el Marqués de Butrón, cuyo físcico *mutatis mutandi* corresponde á un conocido literato y hombre público de altas prendas, que desempeñó en la política el mismo papel que el Padre le asigna en su libro al de Butrón, aunque no de la manera torpe y ridícula que éste quiere.

Siendo así, ¿puede ser creído bajo su palabra el Padre, cuando dice que no ha querido retratar á nadie? Ciertamente que no. El Marqués de Butrón es el Marqués de Molins, ni más ni menos.

No soy de los que creen que nuestros contemporáneos deben hallarse fuera del alcance de la novela. Antes bien, páreceme que, dentro del procedimiento realista, la base de aquélla debe descansar en la observación viva del *documento humano*. Mas, es también cierto que el novelador, cuando se trata de personajes de cierta importancia histórica, no tiene el derecho de falsear la verdad.

Daudet, á quien se ha acusado de haber retratado á algunas personalidades de los últimos tiempos en más de una de sus novelas, como *Los Reyes en el Destierro*, *Numa Roumestan* y *El Nabab*, se ha defendido de una manera sinceramente honrada. No niega el hecho, pero aduce en su favor la fidelidad histórica del retrato; y á los que le han hecho cargos de ingratitude hacia el Duque de Morny, que figura en *El Nabab* con el nombre de Duque de Mora, les ha contestado que él

copió del natural el retrato, y que, en cuanto le fué posible, lo embelleció, dándole cualidades que él había descubierto en el ministro de Napoleón III, mediante su trato íntimo con él. Pero si Daudet, por razones de historia, no se creyó autorizado á falsear el modo de ser del Duque de Morny, no tenía por qué someterse al mismo patrón, al fotografiar á los demás personajes de sus novelas, á quienes era fuerza ponerles aditamentos artificiales para darles importancia. Que Tartarín existe aún en Tarascón, nadie lo duda; pero en la novela aparece, sin duda, caricaturado extremosamente. Igual cosa acontece con Jansoulet, el improvisado de la fortuna, que vivió y murió en París, si bien no correspondía en puntos y líneas á la figura del Jansoulet de *El Nabab*.

Los que no buscamos en la novela únicamente un entretenimiento deleitoso, sino una fuente histórica que nos exhiba el estado social de una época, con sus costumbres y el modo de ser personal del individuo, encontramos justicia á los noveladores que se inspiran en el medio ambiente y en la verdad fielmente observada. De ahí que, en los casos concretos del Duque de Mora y del Marqués de Butrón, prefiramos el procedimiento de Daudet al del Padre Coloma.

Todavía, si no temiese que se me dijera que me iba por los cerros de Úbeda, y que no es á la crítica permitido juzgar intenciones, podría tomar pie de las opiniones primitivas del Padre Coloma, intensamente alfonsinas, y avanzar el concepto de que al perfilar al Marqués de Butrón no siguió á pie juntillas el Evangelio: quizás entró como parte de composición el descalabro de pretensiones que tal vez tuvo en el pecho el periodista de la restauración de don Alfonso XII. ¿Se explicaría de otro modo la mutación tan radical de alfonsista en carlista devoto? Pero todo esto sería entrar á un campo vedado hasta cierto punto.

Cuanto á los demás personajes de *Pequeñeces*, es sabido que, después de la publicación de la novela, ha circulado en España de mano en mano una clave, en la cual se le dice al lector, que el marqués y la duquesa tales, corresponden á Fulano y Zutano. Tiene el Padre Coloma, indudablemente, derecho á copiar los tipos que le convengan; pero á su turno los deudos de éstos tienen el suyo para volver por la honra de ellos y para pedir cuenta estrecha al que los haya calumniado. No sé si alguien se haya acercado al Padre con este objeto; pero es casi seguro que, en tal caso, él ha podido excusarse con el hábito y con aquello de que, como dice al lector en el prólogo de *Pequeñeces*, «aunque novelista parezco, soy sólo misionero.» Ó lo que es lo mismo, el Padre Coloma quiere sustituir en el libro al Padre Mon, que vapuleaba á la aristocracia española desde el púlpito con una crudeza tal, que puso en alarma á la sociedad madrileña, lo cual le acarreó el destierro.

Si el aliciente mayor que *Pequeñeces* tuvo para el público desde el principio, fué lo que de escándalo hay en el libro, ello mismo demuestra que en la novela no se iba á buscar estudios sociales, ni observaciones psicológicas, ni primores del idioma, ni nada de lo que tanto nos seduce en la novela moderna de los Flaubert, Goncourt, Zola, Bourget, Tolstoy, Dostoyevski, Galdós, Valera, y de otros escritores de alto coturno. Y no es que falten las monografías y los estudios en *Pequeñeces*, sino que ellos se encuentran en proporción muy pequeña con el resto.

No es de suponer que alegue la vanidad del Padre Coloma, para explicar el éxito de su libro la circunstancia de haber vendido muchos ejemplares y hecho varias ediciones de su novela, si sus lectores no hacen sino celebrar ó censurar á los personajes conocidos que aparecen disfrazados con otros nom-

bres. Triunfos así los conquista hoy cualquier libelo infamatorio.

Es cosa corriente y aceptada que los jesuitas nada hacen sin segunda intención, y que obedecen á la Orden con una sumisión increíble; que sus cualidades son puestas á prueba, después de la cual se les destina á aquello en que más pueden sobresalir. Partiendo de esta base, parece indudable que la Orden encontró en el Padre Coloma disposiciones espléndidas de novelista y que le ordenó dedicarse al oficio, en bien general de aquélla. De aquí arranca la parte tendenciosa de *Pequeñeces*. Hoy por hoy, el Padre Coloma se ocupa menos de las homilías, jaculatorias y trisagios que de la novela y de los cuentos cortos.

Hace notar la señora Pardo Bazán la indulgencia que, según ella, ha manifestado el Padre Coloma con las clase inferiores y el pesimismo respecto de las linajudas y conservadoras, en muchas de sus novelas cortas, como *El primer baile*, *La maledicencia* y *Polvos y lodos*, en que salen mal parados los nobles.

Mas, después de leer á *Pequeñeces*, se ve que no hay tal pesimismo ni indulgencia. Al contrario, se divisa en sus páginas una sonrisa irónica, despreciativa, hacia la clase democrática. Si fustiga á las de abolengo, no es por ser nobles, sino porque no son de su agrado. Léase, si no, la manera cómo ridiculiza á la señora de Martínez, cuyo marido, á quien apoda el *Buey Apis*, no tiene otro defecto que el de llevar unos pies muy grandes que el Padre califica de pezuñas ó patazas. Y el único motivo para la burla del Padre es el de no tener Martínez ejecutorias de nobleza y de no ser bastante fino y experto en frases de etiqueta. En tanto la de Villasis y la de Sabadell son la quinta esencia de lo bueno, á pesar de ser ricas y de empingorotada ascendencia.

Creo, pues, que la ilustre gallega va muy errada en esto; porque el Padre Coloma no lleva propósito más alto que el de crear alrededor de la Compañía una atmósfera de benevolencia y simpatía; en lo cual, á decir verdad, obra lógicamente, pues esa es su Orden y por orden de ella trabaja... El gasto de todo debe hacerlo forzosamente el liberalismo ó, si se quiere la masonería, y así sucede, en efecto. Los masones, por ende, constituyen la parte sombría de la novela.

¿Por qué no se ha de decir? El episodio del asesinato del Marqués de Sabadell interesa bastante al lector, por lo misterioso y terrorífico. Parece que se están leyendo los delirios de Ana Ratclif ó los funambulismos de Ponson du Terrail ó del Vizconde de Arlincourt. Véanse ahí las sombras fatídicas, el puñal aguzado; óyese el silbido convenido; siéntese el diestro golpe sobre la víctima y la sangre correr humeante por el suelo...

Cuando parecía que la novela, en general, había dejado de la mano los recursos que explotaran y explotan los novelistas de folletín ó de entregas, el Padre Coloma llega, y de un golpe los remoja y los pone en escena, naturalmente, para mover á horror en contra de los masones. Va siendo ya tiempo de que entendimientos tan privilegiados y educados como el del Padre dejen de explotar la credulidad de los ignorantes y de los imbéciles.

La masonería no es una sociedad que vaya tras los asesinatos. Ni celebra tampoco aquellarres en que sus miembros se comen crudos á los niños... Bueno está todo esto para los necios y para los que, contra toda buena fe, hacen campaña en contra de ella; mas no para las personas ilustradas que saben perfectamente que el fin principal de tal sociedad es la beneficencia. Esto lo comprende el Padre Coloma, pero no entra en su plan decirlo, sino extender un manto de odio hacia el

liberalismo, que ve confundido con la masonería. Mientras por una parte muestra despreciativa sonrisa hacia los símbolos de los masones, como la escuadra, el compás y la rama de acacia, por otra, manifiesta su odio en forma de miedo hacia ellos, haciendo intervenir á la masonería en hechos punibles.

Del asesinato del General Prím hace responsables á los masones, entre ellos al Marques de Sabadell. Y para deducir esto, parte del principio de que el Conde de Reus era masón. ¡Lógica original! ¿Y por qué no habrían sido mejor sus asesinos los jesuitas, que eran sus enemigos á muerte? Si Ravaiillac fué armado con el puñal jesuíta para herir á Enrique IV en medio de una calle de París, ¿por qué no podía suceder también que ese mismo puñal sirviese á los incógnitos asesinos de Prím en la calle del Turco?

Después de todo, el lector no sabe por qué los masones enviaron desde Italia un par de asesinos á Madrid para dar muerte al Marqués de Sabadell. En la novela no se ve qué delito haya cometido éste, pues el haber roto unos sellos masónicos no creo que baste á atenuar en algo el crimen del asesinato, aun suponiendo que los masones sean gentes que no viven sino de carne humana. ¿O será que así se estila en la Orden jesuíta?

En materia de asesinatos, dice el distinguido profesor de la Universidad Central de Madrid, don Narciso Campillo, con motivo de *Pequeñeces*, un prudente silencio es lo que conviene á la Compañía de Jesús. Á seguir el Padre Coloma tan sabia advertencia, habría evitado apreciaciones y reminiscencias que nada favorecen á la Orden fundada por San Ignacio de Loyola.

El procedimiento empleado por el Padre, al tratarse de los masones, lo ha usado al revés, al pintarnos á los jesuitas. Éstos sí que son para él la humildad, la bondad y el desprendi-

miento andando. Viven apartados de todo el mundo, consagrando su tiempo únicamente á la devoción... Pero ¿qué clase de jesuítas son el Padre Cifuentes y el Padre Fernández?

El Padre Cifuentes es un religioso que dispone a su arbitrio de la sociedad conyugal de los Téllez. Si el Padre Cifuentes no quiere, la Marquesa no se junta con su esposo. Y lo curioso es que este Padre, sindicado de ser uno de los más hábiles de la Orden, no sabe en la novela sino sacar á cada instante su pañuelo de hierbas á cuadros y sonarse. Al parecer, anda con romadizo constante.

El Padre Fernández, á quien no vemos en la novela, sino á través del recado que envía á Currita, ó no es jesuíta ó es un padre muy mal criado. Harto sabemos que no hay tales Padres Fernández, jesuítas además, que se pongan de punta con personas que tienen en sus manos poderosos elementos que el jesuitismo puede explotar. En realidad, creo que si Currita no entró al convento á visitarlo, no fué porque se lo impidiese el Padre Fernández, sino porque ella no quiso. ¡Qué había de oponerse el Padre Fernández, dejando á la puerta á una gran dama que podía hacer grandes beneficios á la Orden! Insisto en que, si fué verdad el hecho del rechazo, el provincial no era jesuíta ni español; porque ante todo, los españoles son atentos y caballerosos y no injurian tan groseramente á una gran dama, pregonándole en su cara sus faltas. Sobre todo, no había de ser Currita la única hembra pecaminosa que pisara el convento.

Al estudiar el plan de *Pequeñeces* encuentran algunos críticos que carece de él y que la novela puede considerarse únicamente como una galería de cuadros de costumbres aristocráticas. Prescindo de las apreciaciones que en este respecto se hagan. Me basta considerar que hay relación entre sus

personajes é interés en el desarrollo de los acontecimientos. La parte vulnerable en *Pequeñeces* es el detalle, ese pequeño detalle que en las obras de arte da realce al conjunto y al que me he referido ya en las líneas que llevo escritas.

En materia de verdad, por lo que respecta á la sociedad matritense, muchos son los cargos que se le han enderezado al Padre, diciéndosele, por ejemplo, que ha faltado á ella en la pintura de la aristocracia. Los más atendibles son ciertamente los que se refieren á la heroína de la novela, *Currita Albornoz*, expresados por medio del ilustre autor de *Pepita Jiménez*.

Nos extenderíamos demasiado, si reprodujésemos las razones con que Currita prueba que la sociedad madrileña en que ella ha vivido hasta hoy, no es como quiere el Padre Coloma; pero se nos ocurre también que casi no hay necesidad de copiar las palabras de Valera. El caso de *Pequeñeces*, por lo que en esto se respecta, es como aquellos que, según enseña la filosofía metafísica, pueden demostrarse por el absurdo. No es creible un grado tal de corrupción en la sociedad española.

Lo curioso es que las mujeres buenas no aparecen en *Pequeñeces* sino por referencias ó tras de bastidores. El lector no las ve. No se diga de la marquesa de Villasis y de la de Sabadell; porque casi, casi vale no ser buena de la manera que éstas lo son. Aquella es una mujer llena de amor propio, que se permite despreciar á la sociedad, creyéndose la mejor de las hembras; que comete la avilantez de invitar en sus esquelas á su casa sólo á las mujeres honradas, creyendo de este modo patentizar su propia virtud; que dispone á su antojo del lecho conyugal de los Sabadell, pues marchando de consuno con el Padre Cifuentes, manda en la voluntad de la Marquesa. La de Sabadell, no necesito decirlo, es un ente, que no tiene voluntad propia.

Pues si las mujeres buenas se hallan en tan poca abun-

dancia como el pan bendito, y las que se sientan en los salones de la sociedad española son por el corte de Currita, la de Valdivieso, la de Tagle y tantas más, que hacen gala de desenfreno, tendríamos que habría vuelto aquella edad que Jovellanos pintaba diciendo:

Ya la notoriedad es el más noble
atributo del vicio y nuestras Julias,
más que ser malas, quieren parecerlo.

Ni más ni menos, porque en su lenguaje alardean las damas del Padre Coloma, de expresiones y conceptos groseros. El Madrid del Padre nos trae á la memoria aquella casa de huéspedes de *Pot-Bouille*, especie de casa de lenocinio, en que no alterna ningún hombre ni mujer honrada, y en que casi todos llevan lacras desvergonzadas en el rostro y en el alma. Del purgatorio de *Pequeñeces* no salvan sino las señoras que van á misa ó se confiesan, es decir, la de Villasis y la de Sabadell.

En quien se ha ensañado más el Padre, ha sido en Currita Albornoz, la protagonista, puede decirse, de la novela. Ha conseguido acumular en la persona de ella cualidades de diversa índole: por un lado de alta prosapia, inteligente, distinguida, de delicado gusto; y por otro depravada, falta de las más primordiales nociones de moral, ambiciosa, y sedienta siempre de sensaciones, de escándalo y de notoriedad. Es una mezcla extraña de arcilla y de jaspe. Para mayor complejidad, vense en ella en armonioso maridaje las exquisiteces y distinciones del buen gusto, que constituyen, en suma, á la mujer simpática y atrayente, con un rostro de dudosa hermosura, ajado por los comésticos, sembrado de pecas y coronado por una cabellera roja. Y, no obstante su calidad de pecadora contumaz, de su desvergüenza, de su liviandad, de

sus infamias, Currita no se hace aborrecible en absoluto al lector. Estudiándola, Balart cree que el vicio predominante en ella es la soberbia, mientras la señora Pardo Bazán está por la vanidad. Como quiera que sea, sobre el hacinamiento de malas pasiones que en el pecho lleva Currita, es lo cierto que sale incólume su prodigioso talento de buen gusto y de distinción. Es una naturaleza esencialmente española en ciertos respectos, y le ocurre que, como á don Félix de Montemar,

hasta en sus crímenes mismos,
 en su impiedad y fiereza
 pone un sello de grandeza.

Se la puede censurar como mala esposa, mala madre, como mala mujer, en suma; pero no se la puede aborrecer. Y es que reconocemos que no hay dentro de ella todo lo que el Padre Coloma quiere que haya. Hay exageración en la pintura, hay recargo en el claro oscuro. Todo cuanto yo pudiera decir aquí, tiénelo ya dicho á este propósito la propia Currita, al defenderse patrocinada por Valera. El colmo de los horrores y ruindades que amontona el Padre en Currita, es ya hacerla ladrona; cargo de que se defiende ella victoriosamente, basada en las mismas cualidades que por otra parte aquél reconoce en ella.

Al inquirir la señora Pardo Bazán la razón de esta superioridad de Currita, á pesar de las faltas que comete, cree encontrarla en las causas porque la moda de los salones concede la primacía á los que sobresalen en el gusto del traje, en la distinción de las maneras y en las modas; y halla afinidades estrechas entre Currita y Jorge Brummel, el *dandy* por excelencia, que nos ha pintado tan diestramente Barbey d'Aurevilly. Currita, dice, es un Brummel femenino. Pero la ilustre escritora olvida que el autor de *El Cabecilla* considera

el *dandysmo* como una genialidad exclusivamente inglesa; de modo que el que ella atribuye á Currita, sería un exotismo y, por ende, un *dandysmo* anodino y convencional. No hay, pues, que buscar en esto el motivo de la superioridad de Currita, sino en la propia exageración que de su carácter hace el Padre.

Recargado también de sombra resulta Fernandito, hombre grosero, si los hay, cuyo epicurismo gastronómico no le deja tiempo para otra cosa que para recordar en su conversación el cubierto de oro que le regaló su padrino Fernando VII. Se conciben Fernandos que sean bobalicones, ignorantes, estúpidos pero, sin ser idiota, es inadmisibile que, á sabiendas de todos los gatuperios de su mujer, esté persuadido, no obstante, de su bondad y hasta de su fidelidad conyugal. . . ¿Cómo se explica que el Padre Coloma olvide que Fernandito ha estado en posesión de billetes amorosos de su mujer, que pregonan su minotaurismo?

Ese saco de imbecilidad, que ante la sociedad aparece con ciertas formas de persona, no es un tipo posible en la vida ordinaria. Los habrá más imbéciles, pero se dan cuenta de ciertas imbecilidades y viven felices desde que se resuelven á pasar por todo

El sectarismo estrecho del Padre Coloma, transparentado en la pintura de algunos de sus personajes, que hemos señalado, se exhibe también al presentarnos la figura de Diógenes, pecador empedernido, corrompido hasta la medula de los huesos, que siempre, después de una blasfemia inmundada, vuelve sus ojos al alma, donde halla un poquillo de fe.

Pues á este hombre asqueroso, repugnante, le ocurre lo que ocurre en todas las novenas de los santos: que, por un accidente providencial, producido en la práctica del mismo vicio, cae enfermo en circunstancias en que anda por ahí

cerca de él... ¿quién había de ser?... la beata Marquesa de Villasis.

Pero esto no bastaba para la conversión del impío: el Padre Coloma necesitaba algo más, y presenta entonces en la escena a un ángel de pocos años, á Monina, que, en su jerga de informe lenguaje, catequiza en un periquete al empedernido pecador. Y así muere Diógenes poco menos que en olor de santidad. *Polaina!* habrá exclamado, repitiendo su juramento habitual, al penetrar, por obra del Padre Coloma, en el vestíbulo del Paraiso.

¡Y qué bien puesta queda con todo eso la moral!

Juanito Velarde, víctima del apetito de escándalo de Currita, joven de buenas prendas, que amaba extraordinariamente á su madre y que quizás no cometió mayor delito que dejarse seducir por los diabólicos encantos de la de Albornoz, de fijo que se va al infierno, al morir atravesado por la bala de su adversario, mientras Diógenes se refocila en el cielo, repitiendo su juramento favorito: *Polaina!*

¿Qué decir de la vocación precoz de la hijita de Currita para profesar de religiosa?

No hay novela tendenciosa que no contenga este elemento de la inocencia impelida intuitivamente hacia el misticismo.

El Padre Coloma, que debe ser hombre de vehemencias, no sabe refrenar sus espasmos de odio, cuando se halla en frente de los liberales. Allí están, como ejemplo, los masones, á quienes les señala el papel del traidor de las comedias antiguas; y ahí está el calificativo de *viejo mamarracho* que pone á uno de los héroes de la unidad italiana, á Garibaldi.

Siguiendo las huellas de los novelistas morales, el Padre Coloma nos hace asistir á la caída de Currita desde la altura de sus triunfos é influencias. Nada en realidad motiva suficientemente tal caída, pues Currita no es al final de la novela

peor que al principio, ni la sociedad en que actúa ha sufrido una modificación tan radical que la haya hecho revolverse en contra de aquella á quien siempre aduló y concedió en todo la preferencia.

Con deducciones de esta laya, no se moraliza á nadie. La Villasis, triunfando de Currita, en sus bailes, á donde seguramente nadie va de descote, porque lo prohíbe el billete de invitación, con seguridad, es como el cristiano de los antiguos romances que, después de feroz lucha, hacía confesar al sarraceno, su adversario, que el único Dios aceptable era el del cristianismo y que el de las demás religiones, incluso el del islamismo, no servía para nada.

Este final no responde á la realidad de la vida, ni al concepto que, al parecer, debía haberse formado el Padre Coloma de la novela moderna, ya que el realismo es la nota más acentuada de *Pequeñeces*.

La escena de los niños, en que después de un episodio horrible se ahogan, es algo de lo más inverosímil, espeluznante, si bien tiene en lo grandioso algo de Echegaray. ¿Qué clase de niño es aquel que, como un criminal avezado, prepara su horrenda acción á sangre fría? Niños así no andan por esos mundos de Dios. Son monstruos que no pueden ser siquiera atenuados por un sentimiento exagerado de pundonor que no ha podido brotar en el alma á tan temprana edad.

Esto podrá ser bello como creación romántica, todavía como expresión dramática, pero no como copia de lo real. Los que se entusiasman con todo lo que el Padre Coloma escribe, comparen la figura de *Luján* con la de *Jack* de Daudet, que respira verdad por todos sus poros, ó con aquel *Chucho* de Palacio Valdés, bosquejo inimitable como sencillez, como ternura, como sentimiento. ¡Cuánta diferencia entre uno y otros! Y el nombre del autor de *Chucho*, en tanto, en su propia patria

no ha alcanzado la resonancia del Padre Coloma! Mas no debe esta injusticia maravillarnos cuando hay aún en España quienes, como el Padre Muíñoz al hablar de *Pequeñeces* en la revista agustiniana *La Ciudad de Dios*, declaman contra el *realismo galdosiano* y sostienen que Pérez Galdós, es un novelista de tres al cuarto, una mediocridad tolerable, que no conoce el idioma y que lo único que ha escrito en castellano es el prólogo estampado en *El Sabor de la Tierruca* de Pereda. Juicio tan estrecho no se concilia sino con la intransigencia de los escritores místicos para con los liberales. Adviértase que el Padre Muíñoz dice aquello, alabando la forma y el lenguaje de *Pequeñeces*, en circunstancias en que muchos de los admiradores del Padre Coloma concuerdan en que en la novela de éste hay mucho galicismo y no pocos descuidos prosódicos y sintáxicos. Pero no solamente hay esto, que sería cosa de poco momento, si *Pequeñeces* resultara una obra extraordinaria, sino también desconocimiento de la significación propia de las palabras del idioma. Léase, sino, la página 234 de la segunda edición: Dice ahí: "Las varias imágenes que ocupaban las hornacinas parecían tener esa *palidez lívida*, que indica en los hombres el supremo espanto." Ábrase el Diccionario de la Lengua, en la página correspondiente á la palabra *lívida*, y se verá que ésta significa *amoratamiento*. No puede, pues, darse un disparate más grande que aunar las ideas de *palidez* y *amoratamiento*.

La dualidad de novelista y misionero de la personalidad del Padre Coloma, hace que una y otra calidad se enerven recíprocamente. De ahí resulta que el novelista es menos misionero cuanto más novelista es y vice-versa.

Original es el empeño del Padre en el prólogo de su libro de hacerse pasar por misionero; porque resulta un misionero

sui generis, que se da el gusto de crear el pecado para anatematizarlo en seguida.

Yo creo que la dualidad del Padre podría conciliarse de una manera, y esa sería que escribiese una novela sobre hechos reales ó posibles y que, por vía de apéndice, escribiera también una homilía que la complementase, y en la cuál podría cumplir su propósito de decir "verdades claras y necesarias que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo." Ahora, si tomamos como misionero al Padre Coloma en *Pequeñeces*, ¿con qué derecho se burla de los personajes y proyecta sobre ellos á manos llenas lo ridículo? ¿Es dado al misionero burlarse del penitente que llega á sus pies en busca de consejo ó de perdón? Seguramente que no. Su papel debe ser de suave reprension, como que el creyente busca en el confesor su consuelo, cuando se halla atribulado. Mas el Padre Coloma, una vez que deja la sátira y la mordacidad sangrientas, se va al otro extremo, sobre todo cuando pinta algo que le alborota la bilis, y se convierte en un energúmeno- contra el pecador. Aquí se ve un poquito al misionero, pero á un misionero demasiado acre y duro.

No se diga que el Padre no desciende muchas veces á lo burdo, cuando corta por el atajo de la sátira ó tira para el retruécano. En tales casos revela vulgaridad y mal gusto. Eso de que Paco pinte un retrato de brocha gorda de su padre y que lo exorne inconscientemente con dos cuernos en la cabeza, y lo otro de que Fernandito, al entrar al oratorio en circunstancias en que Currita quemaba unos restos de cabelleras de sus antepasados, encuentre olor á cuerno quemado, son dos detalles de muy dudoso gusto. Gracias de este jaez se oyen todos los días en los cafées, y no deben correr en las páginas de un libro que aspira á la celebridad. Ni siquiera las

del Padre son originales, pues lo del olor á cuerno quemado no es sino la repetición de un epigrama muy sabido:

Ardiendo don Braulio en celos,
muy furioso se arrancó
un gran puñado de pelos
y en el brasero lo echó.

La mujer, cuando hubo olido,
urgó con sumo cuidado,
diciendo: ¿Qué habrá caído,
que huele á cuerno quemado?

Esta tendencia á la burla es algo inseparable de la idiosincrasia del Padre, lo mismo que el empleo de vocablos mal sonantes y de símiles subidos de color.

Apenas se toma el libro en las manos y se le comienza á leer, se comprende que el Padre no se ha de detener en tiquis miquis. Como que toma por norte de la novela la frase de Hamlet: "Hay en Dinamarca algo que huele á podrido."

Á ser la sociedad española como la pinta el Padre Coloma, Hamlet, viviendo en nuestros días y refiriéndose á ella, se habría quedado corto y encontrado habría que lo podrido infestaba la atmósfera. La podredumbre le habría atrofiado la pítuita.

Como expresión típica del cinismo, no cabe encontrar nada que se acerque á Currita en aquel pasaje en que ésta dice á la Valdivieso, al ver que llegaban dos cortesanas de oficio á una manifestación anti-amadeísta, y al observar que muchas de las damas presentes se retiraban indignadas de la presencia de tales gentes:

"¿Por qué se van? Que haya otras dos más ¿qué importa?"

Vil parodia de un verso del *Diablo Mundo*, que no la haría ninguna mujer de cierta educación, que conservase un átomo

de delicadeza, aunque fuese tan pervertida como la Marquesa de Villamelón.

La afición del Padre á la frase ó al concepto crudo se manifiesta á cada paso en sus descripciones y símiles. El lector topa aquí y allá con el «vaho hediondo», la «fetidez» y otras expresiones mal olientes y mal sonantes. Puede observarse, al propio tiempo, que esta afición arrastra al Padre hasta hacer rebuscadas y traídas de los cabellos las comparaciones. Describiendo, por ejemplo, una mañana de Madrid, dice en una parte de *Pequeñeces*: «Al día siguiente Madrid amaneció con el suelo emporcado y el cielo radiante, como una meretriz coronada de flores y sentada en un charco.»

No sienta en boca de un misionero comparación tan escabrosa; ni en la de un literato de fuste la bajeza del concepto comparado.

Y no es que creamos que rigurosamente haya términos nobles ó plebeyos, pues todo depende de las dificultades que tenga el escritor para expresar el concepto. Considerando el estilo como lo consideran los Goncourt, como expresión que tenga novedad, como toques de pincel, lo feo también ha menester palabras que lo presenten con verdad. En realidad, cuando se expresa exactamente la idea, de modo que ella hiera nuestros sentidos, y nos dé, como quieren los discípulos del creador de los Rougon Macquart, hasta el color y el olor de ella, no hay encanallamiento de las voces del idioma. Pero cuando de éstas se sirven los autores, sólo por el prurito de revolver lo inmundo y no por necesidades de aquél, no se cumple con las mismas leyes del realismo preconizado, antes que por Zola, por Flaubert.

Al rechazar este procedimiento no me mueve una circunspección afectada. Tan libre estoy de ese horror á la *frase brutal*, cuando ella retrata un sentimiento ó un acto, como

del arte mojigato, que consiste en una moralidad estudiada y manida.

Por eso censuro en el Padre Coloma esas salidas de pseudo-naturalismo, no precisamente en la idea, sino en la expresión. Parece que el Padre quisiera rebuscar la manera más cruda de revestir el pensamiento.

Hay que reconocer que *Pequeñeces* se caracteriza especialmente por la destreza en el estudio y descripción de los detalles.

Uno de éstos, la muerte de Diógenes, del cínico vejete que se arrepiente á última hora, mediante los oficios de la Marquesa de Villasis y la dialéctica de Monina, es acabado como descripción clínica.

Al leer esa página nos parece ver con nuestros ojos cómo el frío de la muerte va apoderándose del cuerpo del pecador arrepentido, la cianosis de sus extremidades, el último resplandor de vida, brillando en su mirada vidriosa.

Nadie podrá negar que esta parte de la novela del Padre manifiesta fuerza descriptiva y clara comprensión de lo verdadero.

Mas, con tener *Pequeñeces* bellezas muchas, es menester que los admiradores entusiastas del autor contengan un poco sus bríos y no se anticipen al veredicto de la posteridad que, ciertamente, no ha de asignar al Padre Coloma lugar más alto que á Galdós, Pereda, Valera, Palacios Valdés y Alas, cualquiera que sea la escuela á que ellos pertenezcan.

Á no ser que el Padre Coloma, después de *Pequeñeces*, nos dé algo superior, de donde veamos desterrados sus aspavientos convencionales de misionero, sus sentencias de sectario y sus exajeraciones de satírico.

Porque es bueno repetir que el Padre Coloma es ante todo satírico.

¡Qué diría Macaulay, si viviera y viese á un sacerdote usando de aquel espíritu zumbón que tanto reprochaba él en Federico de Prusia y en Voltaire!

EFRAIM VÁSQUEZ GUARDA

Chileno





POLICARPA SALAVARRIETA

MONÓLOGO EN VERSO



El teatro representa la capilla de un condenado á muerte. Calabozo. Ventana á la izquierda. Altar con un crucifijo. Noche.

Aparece POLICARPA de pie jntto al altar, vestida de blanco, con el cabello suelto y medio desgreñado. Fija la vista con altivez, pero sin soberbia, en un monje franciscano que, al alzarse el telón, se dirige lentamente y con los brazos cruzados sobre el pecho, á la puerta de salida que está en el fondo. Del lado exterior de la puerta se pasean, en sentido inverso, dos centinelas españoles.

Después que el sacerdote ha desaparecido:

No, padre, no es delito
romper el yugo que á la patria oprime;
no me arrepiento, no, con él escrito
aquí en mi frente honrada
iré serena á Dios, que ya me espera,
y ante cuya justicia indeficiente
lo que en la tierra es mancha que degrada,
se transforma en estrella refulgente.

No me arrepiento, no; honor, conciencia,
justicia, libertad, derechos, gloria,
conmigo van camino del cadalso;
dejando sólo escoria,
miseria y abyección, crimen, ruína,
como cortejo ascoso
del verdugo crüel que me asesina!
Hoy triunfa sobre mí; mas aunque opresa,
del condenado la cadena arrastro. . .
su victoria es baldón, mi mancha es astro.

Sangre, sí, sangre quise, sangre quiero
que lave de la patria la deshonra:
la sangre del tirano victimario
no corroe la mano que la vierte:
la ennoblece y la honra!
No hay redención sin sangre, me lo advierte
la pura y santa que tiñó el Calvario.

Así hoy la mía en holocausto ofrezco;
apenas luzca el alba,
mi corazón exhausto
quedará de la sangre que lo anima:
fuente de redención y de bautismo:
Jordán que á un tiempo mismo
mi vida absuelve y á la patria salva!

¡Déspotas sanguinarios!
no deis paz al verdugo, inmolad niños,
y mujeres y ancianos; los sicarios
que os obedecen, lleven á la muerte
ciencia, virtud, varones de alma fuerte,

criaturas temblorosas. . . No haya modo
de saciar vuestra rabia, el exterminio
por doquiera sembrad, venga el infierno
en vuestra ayuda, devastadlo todo:
robles, arbustos, hierba, musgo, flores. . .
Que al fin cuando os deleite la alegría
de haber llenado el mundo de dolores,
cuando os finja la loca fantasía
que habéis hecho el desierto y las tinieblas,
radiante de hermosura y resplandores
veréis brotar de la ceniza fría
á la América libre, independiente,
sin yugo, sin esclavos, sin señores!

No dejéis la cuchilla; más vencemos
con su siega feroz, que con la espada
que blanden nuestros héroes inmortales.
Cada cabeza que el verdugo dobla
pone enhiestas mil frentes varoniles;
cada gota de sangre que se enfría
del patíbulo al pie, de fiebre llena
las arterias de mil heroicos pechos
que, ardiendo en lava hirviente,
no ya vulgares hechos,
milagros obran, pasmo del presente
y admiración de la futura gente!

Vuestra ferocidad inextinguible
engendra nuestras fúlgidas victorias;
vuestra maldad fecunda nuestras glorias
y con nuestros triunfos se complica:
de la saña de Boves nace Urica,

Maturín, la Victoria y San Mateo;
de la sangre inocente, excelsa, ilustre
con que Morillo nuestras plazas llena,
brota el sol inmortal de Cartagena.
Antoñanzas, Cerveris y Rosete,
con crímenes sin nombre,
nos deparan el lauro del Portete;
y porque no os asombre
la realidad futura que anteveo,

(Viendo al cielo como quien contempla una visión.)

gozosa os profetizo
lo que en el seno de los tiempos leo:
con los tormentos, lágrimas, dolores
de dos generaciones parecidas;
con los martirios, quejas y lamentos
de huérfanas y madres conmovidas;
con la horca de Rivas, con las llamas
y el humo en que voló Ricaurte al cielo;
con el siniestro golpe
que en Bárbula se oyó cuando en su suelo
cayó postrado Girardot,—mi hermano;
con mis carnes que Sámano devora
cual famélico lobo,—
comienza el justo Dios desde esta hora
á elaborar,—lo miro con arrobol—
la victoria final de Carabobo! . . .

(Pausa.)

Voy á morir,—el alba ya despierta;

(Comienza á clarear.)

ya vendrán los verdugos! . . .
¡Cuál su furor si me encontrasen muerta! . . .
¡Nada teman! No atento yo á mi vida.
Anhelo igual nos mueve:
mi muerte ante las turbas exhibida.
Ellos, al fin de su crueldad aleve:
yo, para que el dolor de mi martirio
como campana lúgubre
en las entrañas de los pueblos vibre,
y llevando su horror hasta el delirio
alcen inmenso grito de venganza
que cumpla mi esperanza
de dar al mundo un hemisferio libre.

Morir como cobarde por mi mano
en calabozo obscuro, es villanía;
mas si yo lo quisiera lo podría,
que oculta aquí en el traje
llevo un arma homicida;

(Abrese la ropa y deja ver un puñal.)

mas no contra mi vida:
¡contra la vida ajena que me ultraje!

No soy mujer, si serlo significa
temblar ante la muerte y el destino:—
absuelvo al victimario de la mancha
de arrastrarme al patíbulo,—viriles
son mis obras, mi esfuerzo y mi osadía;
mi corazón, cerrado á la flaqueza,
¡sólo respira encono y rebeldía!

(Transición.)

¡Ay! No es verdad. En la conciencia oculto
llevo un dolor secreto que me oprime;
nublan mis ojos lágrimas de duelo
y mi alma triste y desolada gime.
Sí, soy mujer: lo dice la ternura
en que mi pobre corazón se anega,
y esta flaqueza llena de amargura
que en el trance final fuerzas me niega.

¡Sabaraín! Yo ¡te amaba y te he perdido!
Yo te arrastré á la lucha; quise ¡incauta!
verte triunfante de laurel ceñido. . .
¡y sólo acerté á darte las cadenas
con que te tiene el déspota oprimido!
Si vieras en el fondo de mi alma
este remordimiento, esta tortura,
tormenta de dolor y de agonías
que ruge aquí, bajo aparente calma,—

(Mostrando el pecho.)

por nuestro casto amor y la locura
de nuestras esperanzas y promesas,
tú me perdonarías. . .

¿En dónde estás ahora que no vienes
como en mejores días
á sentarte á mi lado, estremecido
de emoción santa y pura, á relatarme
tu acostumbrado sueño misterioso
en que á orillas del Guaduas nos miraban
recorrer sus balsámicas praderas

al rayo de la luna, en santo lazo
 eternamente presos, con tu brazo
 rodeando mi cintura,—embebecidos
 en los dulces deleites inefables
 que á par nos ofrecían
 naturaleza y el amor unidos?
 ¡Oh memorias amargas! ¡Triste suerte! . . .

¿Y he de ir á la muerte
 con el temblor de este recuerdo horrible?
 ¿Y daré á los malvados
 el placer indecible
 de traducir por emoción cobarde
 lo que es amor que en mis entrañas arde? . . .
 Mas ¿dónde hallaré fuerzas que sostengan
 mi valor en la eterna despedida,
 si queda él en la tierra y, separados,
 no viviremos ya la misma vida?

(Con resolución)

No me verán temblar! . . . Bramen de rabia
 al hallar sólo mi cadáver yerto.
 Darse la muerte en aras del orgullo
 no es acción miserable, es noble empresa
 que deja al fin la dignidad ilesa!
 Rasguen mi corazón mis propias manos
 burlando á los tiranos. . .

(Saca con ademán violento el puñal que tiene oculto, á tiempo que se oye fuera un redoble de tambor y murmullos de multitud. Contiénese, y volviendo la vista á la ventana, dice:)

¡Ah! ¡Ya vienen
 aullando los lebreles por su presa!

UNA VOZ DENTRO.

Rogad á Dios perdone los pecados
de Alejo Sabaraín y Policarpa,
que juntos van á ser ajusticiados.

POLICARPA (*con alegría.*)

¡Qué oigo! Juntos, gran Dios! ¡Suprema dicha!
¿No me engañan sonidos ilusorios? . . .
¡Y los llamé enemigos, cuando adunan
el honor y la muerte á que nos unan
en nobles y solemnes desposorios!

(*Arroja el puñal*)

¡Fuera, instrumento vil que traicionabas
la más pura alegría de mi vida!
Si me hubieras herido, aniquilabas
mis dichas y mi gloria,
dejando á mi memoria
el odioso renombre de suicida.

Venga, venga la muerte!
Mi patíbulo es tálamo glorioso;
la venda del verdugo,
mi corona feliz de desposada;
la mortaja, mi velo,
y las detonaciones que me postren,
las fiestas y alegrías
que al pueblo anuncian mi ascensión al Cielo!

(*Durante este trozo han debido continuar los rumores de la multitud, con bastante intensidad para ser advertidos del público, pero en tal grado que no ahoguen la voz de la actriz.—Nuevo redoble de tambor. POLICARPA se dirige á la ventana, de donde se supone que se ve la plaza.*)

Yo también me impaciente! . . . Mas ¿qué miro?

(Con extrañeza.)

¡Cubre la plaza el batallón Numancia
que americanos forman!—¡Tres mil hombres
en cuya redención mi alma se obstina!

(Con amargura.)

¿Es ese el batallón que me asesina?

(Gritando hacia afuera.)

¡Viles americanos
que torpes traicionáis honor y patria!
¿Á América no veis que esclava gime?
Volved, volved las armas
contra el cruel tirano que la oprime!

(Entra de improviso á la escena, acompañado de guardias, un oficial que, con ademán insolente, ordena á POLICARPA que salga. Aparece con él el monje franciscano que ha de acompañarla al cadalso. Momento de silencio. POLICARPA, indignada, mira fijamente al oficial, y por fin se adelanta hacia la puerta, pero muy lentamente y con marcha interrumpida. Esta escena muda queda encomendada al talento de la actriz. Continúa el silencio hasta que, exasperado el oficial por la lentitud de POLICARPA y la provocación de su mirada, va á tomarla por el brazo con ánimo de arrastrarla hacia afuera. No lo consiente POLICARPA, quien, con rápido y violento esfuerzo, lo empuja por el pecho, haciéndole caer recostado, pero en pie sobre la pared del calabozo. Trata el oficial de abalanzarse á ella en son de venganza, pero el sacerdote se interpone y lo contiene.)

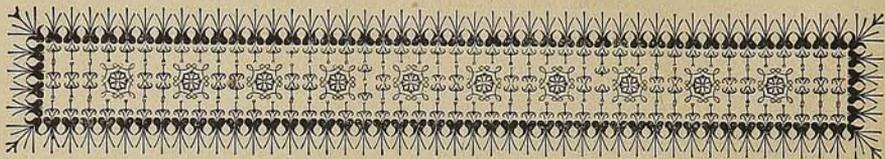
Aparta, miserable, que me manchas!
No llega la raposa
al nido de las águilas; no empañes
la veste inmaculada de la idea;
que yo soy la razón,—tú eres el hecho,
como eres la opresión, y yo, el derecho!

Soy la voz de mi raza
que indignada os maldice y os desprecia.
Ya me pondrá el cadalso la mordaza;
mas, mientras el aire entre mis labios vibre,
me oiréis gritar: ¡Viva Colombia libre!

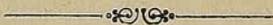
(Sale con denuedo, y los demás la siguen.)

CAE EL TELÓN

JULIO CALCAÑO
Venezolano



NUEVOS RECUERDOS DE ANTAÑO



Mi lamentado amigo, el redactor de *El Correo de las Aldeas*, me preguntaba en cierta ocasión si yo había sido testigo ocular de las escenas que refería en los bocetos que con el título de *Especies extinguidas* publicaba en el mismo periódico. De muchas de ellas lo fuí siendo niño; le contesté, á lo menos de las que tuvieron lugar en la Calle del Comercio, entonces *Calle Real*; y eso por la circunstancia de que mi familia vivía en la antigua casa llamada hoy *Bazar Veracruz*, que tenía un largo y pesado balcón, pintado de verde, como casi todos los de esa época, de que aun quedan algunos restos en la ciudad, haciendo desagradable contraste con la elegancia de las casas nuevas.

Permítaseme que hable un poco más de la tal casa, donde vi la primera luz, el día mismo que Morillo fusiló al ilustre prócer García Rovira, y tal vez á la hora en que sonaban las descargas homicidas. Á un setentón, como yo, bien se le puede perdonar la impertinencia de recordar las cosas de su

tiempo, no para escribir autobiografía, cosa que no valdría la pena, sino porque, teniendo alguno de esos recuerdos algo de histórico, conviene que queden consignados en alguna parte.

En el balcón de que he hablado, como en todos los demás de la misma calle, se veían incrustadas en la pared, de trecho en trecho, gruesas argollas de hierro que servían para asegurar en ellas las cuerdas que sujetaban las grandes lonas con que se entoldaban las tres Calles Reales para la procesión del Corpus, de manera que se formaba un inmenso salón, adornado con cuadros al óleo, láminas, cortinas, etc., por donde pasaba la procesión á cubierto del sol y de la lluvia.

De ese mismo balcón (y es el recuerdo que más me interesa) descendí de cabeza á la calle en un aciago día, que no recuerdo, porque apenas tenía dos años de edad. Mi grande afición á la música, desde pequeño, me hizo volar á ver pasar la banda de milicias con que se mudaba la guardia de Palacio; pero la sirvienta que me cuidaba no pudo correr tanto como yo, y cuando llegó al balcón, sólo fué para presenciar el fatal descenso. Tres días estuve sin dar señales de vida, pero al fin me salvé. Decían las viejas que para algo me tendría Dios reservado en este mundo; pero hasta ahora no he sabido para qué, y temo que no lo sepa nunca.

La casa, como he dicho, estaba muy lejos de ser hermosa ni elegante: ésa era la fisonomía especial de las construcciones, de lo que hoy reputamos mal gusto; pero tenía una espaciosa huerta y en ella varios árboles frutales; ¡Y qué cerezas tan exquisitas!, como no las he vuelto á comer; tal vez alguna semilla extranjera que al fin se perdió. Y sobre todo, ¡qué higos y qué brevas tan deliciosas! Sin duda eran de las que Bretón de los Herreros suponía que habían hecho pecar á nuestra madre Eva:

Si Adán perdió el paraíso,
fué por Eva,
que probar vedada quiso
no sé si manzana ó breva.

Más alto honor no se le puede hacer á esta fruta.

Ya he tenido ocasión de decir, hace algún tiempo, en un escrito oficial (*Informe sobre el Museo de Bogotá*) publicado en los *Anales de la Instrucción pública*, que para abonar la tierra en que estaba una de esas enormes higueras, se había hecho una profunda excavación, y que allí se encontró un hueso colosal de animal desconocido, formado por la tibia y la rótula, ó choquezuela, de una pierna, y que, según mis débiles recuerdos, mediría como ochenta centímetros de largo.

Si yo hubiera tenido entonces la malicia que tengo hoy, habría sospechado que era hueso de la pierna de un mastodonte, de los muchos que hay sepultados en nuestro país, en el suelo mismo y alrededores de la capital, restos, según dicen los geólogos, de esa gigantesca especie extinguida hace muchos siglos. Pero el hortelano que hacía la excavación, al sacar aquel hueso inverosímil, dijo con magistral laconismo: ¡es hueso de un gigante! (Siquiera dijo algo.) Y como no había allí por entonces más autoridad geológica, no hubo contradicción, y por hueso de gigante se tuvo el tal fósil, con espanto de todos los circunstantes.

Hoy daría yo algunos pesos por ese hueso que, aunque no tenía mucho que roer, habría sido de bastante substancia para algunos curiosos y amantes de estas cosas. De seguro que yo no diría: á otro perro con ese hueso, sino que lo tendría guardado cuidadosamente ó lo habría regalado á algún museo digno de él.

Volvamos, con la venia del lector, á nuestro balcón, fósil como el dicho hueso, y casi antediluviano.

Un día había en la casa cierta desazón y tristeza, como la que se experimenta cuando algún acontecimiento público desagradable afecta á toda la población. Se habían oído en la mañana varias descargas de fusilería en la plaza de La Catedral, y en casi todas las casas se oraba por los infelices ajusticiados, que al fin eran cristianos y prisioneros de guerra.

El día anterior se había dirigido al cuartel en que estaban presos, y que era la casa conocida después con el nombre de *Jockey Club* y actualmente con el de *Hotel Sucre*, la comunidad de los Hermanos Terciarios y algunos religiosos franciscanos, conduciendo el *Cristo de los ajusticiados*, que se anunciaba con el fatídico clamor de una campana. Todo este aparato fúnebre había predispuesto los ánimos á la tristeza.

Mi madre se había encerrado con mis dos hermanas y oraban en silencio agrupadas al pie de su altarcito, como en aquellos días de tempestad en que las personas de la familia se reúnen sobrecogidas á cada descarga eléctrica. Las gentes que circulaban por las calles andaban cabizbajas ó se detenían cada vez que oían una detonación de la pólvora. Aun los enemigos de los españoles sentían una impresión desagradable á la vista de este espectáculo. Impulsada por la curiosidad, la misma sirvienta esclava que me tenía á su cuidado, á quien generosamente dió mi madre su libertad pocos años después, se fué conmigo al consabido balcón y allí veíamos pasar uno tras otro los cadáveres de los pobres fusilados, unos en miserables ataúdes, otros en camillas improvisadas, pero todos descubiertos y ensangrentados. Eran los de los treinta y ocho prisioneros de Boyacá, entre ellos doce americanos, que el Gobierno juzgó necesario sacrificar por razones de política que la historia refiere y con que parece que quedó bien justificado el hecho: Barreiro, jefe del ejército español, Jiménez, Plá, Echeagaray, Abreu, y otros jefes y oficiales.

El coronel Barreiro era un joven de gallardísima presencia; tenía su mujer en España; era masón de alto grado, por lo cual envió sus insignias y diploma al Vicepresidente Santander, esperando que serían un talismán para su salvación; pero nada le valió. El Virrey Sámano parece que no tenía gran confianza en su pericia y trató de reemplazarlo por otro más experimentado; pero al rechazar Barreiro esta resolución, exclamó la víspera de la batalla: «¡Ni Dios me quita la victoria!» ¡Lo que es una balandronada á tiempo! Parece que el hombrecito era de los del alma atravesada y escupía por el colmillo. Pero Dios le quitó, no sólo la victoria, sino también la vida pocos días después. ¡Pobre! en el día infausto de los patíbulos ya se habría arrependido de su blasfemia y de su presuntuosa tontería, y habría tenido más de un triste desengaño.

Espectáculo tan horroroso y repugnante dejó en mi ánimo, aunque niño, honda impresión, que no pudo borrarse en mucho tiempo.

Por aquella misma calle habían desfilado tres años antes, en 1816, aunque en días diferentes, los cadáveres de Caldas, Camilo Torres, José Gregorio Gutiérrez, García Rovira, Leiva, Villavicencio, Lozano, y demás ilustres padres de la Patria, cuyos restos ensangrentados eran conducidos por la caridad de los frailes franciscanos á la iglesia de La Veracruz, para ser allí sepultados en una fosa común, sin que de ellos quedase inscripción ó noticia especial.

Años después de lo referido, se oyó en la calle gran bulli-cio y voces como de gentes que disputaban; era otra escena de género diverso, pero que no dejó de ir acompañada de alguna sangre. Yo, que ya no necesitaba de sirvienta que me vigilase, corrí á mi balcón y presencié una parte de ella. Era don Mariano París, hermano del benemérito don José Igna-

cio y del General don Joaquín París, caballeros de lo más distinguido y de gratísima memoria para nuestro país, que disputaba con algunos otros.

Era este sujeto de genio un poco arrebatado y quisquilloso, sobre todo en cuestiones políticas, que ya comenzaban á agriarse por aquel tiempo entre bolivianos y liberales, al primero de cuyos partidos estaba afiliado don Mariano. El otro era el francés Agustín Horment, que tan célebre papel hizo después en la conspiración del 25 de Septiembre.

La disputa se hacía cada vez más animada y el tumulto aumentaba. Últimamente París, que estaba á caballo, se desmontó y se adelantó en ademán de amenaza hacia Horment, aunque no tenía más armas que el látigo que llevaba habitualmente. Los que estaban allí trataron de impedir que se fuesen á las manos, y rodeando á París, lo empujaron para que retrocediese. En efecto, volvió á tomar la brida de su caballo, y en ese momento el francés lo hirió traidoramente con un puñal en la espalda. Por fortuna éste no penetró lo bastante para causarle herida grave, y los amigos de París lo hicieron montar de nuevo y lo condujeron á su casa.

Todos saben que Horment era un aventurero desconocido que, por cuenta suya ó ajena, venía á conspirar contra Bolívar. Era valiente, pero de carácter feroz y extremado, y fué de los designados con Carujo, Zuláivar y el mulato Lopetes para entrar á Palacio y asesinar al Libertador.

El General París solía referir la siguiente anécdota, que da á conocer qué clase de pájaro era éste. Después de preso lo habían conducido maniatado á presencia de Bolívar: tal vez lo exigió éste para satisfacer la curiosidad de conocer á este su grande enemigo. El Libertador tenía sobre su mesa, cerca de la cual estaba Horment, un par de pistolas, y en ellas se fijaban las miradas de Horment con ahinco y avidez; lo cual,

notado por Bolívar, las retiró, diciendo á Horment: "No será usted quien me mate con mis propias pistolas." Horment le contestó con sonrisa insolente: "¡Porque estoy maniatado!"...

Pocos días después fué sentenciado y ejecutado, juntamente con Silva, Galindo, López y Zuláivar, que tan desgraciadamente habían desempeñado su comisión de entrar á Palacio en la noche del 25 de Septiembre.

Horment tenía buenas relaciones de amistad con el Coronel inglés Fergusson, edecán del Libertador. Éste, al oír los tiros de fusilería en aquella noche, salió de su casa, á caballo, y se dirigió á Palacio. Á tiempo que llegaba á la puerta, salía Horment, quien, al verlo, le dirigió un tiro de pistola que le atravesó el corazón. Otros decían que no había sido Horment sino Carujo, á quien protegía Fergusson.

Á propósito del 25 de Septiembre y del General París, hay un rasgo que á éste le hace honor, atendidas las personas y la íntima amistad de éste con Bolívar. En el juicio que se seguía á uno de los jefes septembristas hubo muchos empeños para salvarlo, porque pertenecía á una de las familias principales de esta ciudad. El General París, entonces Comandante General, fué uno de los que más esfuerzos hicieron privadamente con este objeto, y al fin se logró que el Consejo que lo juzgaba, en vista de las razones que se alegaban en favor del acusado, no lo sentenciase á la pena de muerte. Bolívar, que lo supo, dijo á París:

—"General, usted es demasiado bueno. . . . para Comandante General. Podía usted dejar el puesto."

París le contestó respetuosamente:

—"Si V. E. quiere destituírme, lo dejaré; si no, nó".

Por aquel tiempo de efervescencia política tuvo lugar el tan conocido lance ocurrido entre el doctor Vicente Azuero, uno de los escritores antibolivianos más apasionados, y el Coronel

José Bolívar, llanero soez, de esos de cáscara amarga que vieron con su tocayo don Simón.

Encontráronse en una tienda de la Calle Real, y con pretexto de saludar Bolívar á Azuero, le tendió la mano, pero fué para apretársela tan bárbaramente que por poco le rompe los dedos.

Pocos días después hubo un encuentro semejante entre el mismo Bolívar y Florentino González, joven ardoroso y extremado en sus opiniones, escritor liberal, como Azuero, pero mucho más valiente y sereno. Después de las primeras palabras de un frío saludo, se entabló entre los dos el siguiente diálogo.

—¿Qué hace usted por aquí, señor González?

—Poca cosa: voy para la imprenta.

—Seguramente llevará algún artículo para publicarlo.

—Precisamente: aquí llevo el borrador en el bolsillo.

—¡Cuidado! ¡que por ahí andan rompiendo dedos!

—Me alegraría de que alguno quisiese hacer la experiencia conmigo.

—¿Los tiene usted muy duros?

—Más duros que la calavera de usted.

Y al decir esto, iba sacando del bolsillo una pistola de treinta centímetros de largo, de esás que hablan poco pero bueno.

Al ver el Coronel el aire resuelto del mozo y su sonrisa despreciativa, tuvo por buen partido callarse, mientras Florentino guardaba su pistola y salía de la tienda leyendo el borrador del manuscrito que llevaba en el bolsillo.

Entre las víctimas de la infausta jornada septembrina se contaron algunas personas honorables y aun meritísimas: una de ellas, el General Padilla, hijo de Riohacha, «el grande Almirante, el Nelson colombiano,» como lo llamó alguna vez Bolívar, ¿Por qué tan injusto silencio de la historia acerca de

este heroico servidor de la patria? Su nombre, que debiera figurar en la pléyade de Sucre, Páez, Anzoátegui, Ricaurte, Córdoba, Girardot, etc., ha quedado eclipsado y su gloria y su fama poco menos que desconocidas. Con excepción del General Posada y algún otro historiador, se hace apenas mención de él en las relaciones de nuestra Ilíada. Vencedor desde sus primeros años en cien combates, por mar y por tierra, su estupenda hazaña de la toma de Maracaibo bastaría por sí sola para inmortalizar su nombre, si es que para inmortalizar el de Páez bastaría el de las *Queseras del Medio*, con la cual tiene aquella mucha semejanza, sólo que el combate de las *Queseras* fué por tierra y el otro fué naval.

De Padilla pudiéramos decir, en cierto modo, lo que Shakespeare pone en boca de Antonio cuando mostraba la túnica de Julio César: «¡Romanos! Bruto ha asesinado á mi amigo porque lo creía ambicioso; pero Bruto es un hombre de honor. ¡Sí! ¡Os lo aseguro! ¡Bruto es un hombre de honor!»

Padilla pudo ser conspirador, que no lo fué, pero era un hombre honrado, leal, incapaz de un crimen. ¡Sin embargo, fué sentenciado á muerte!

Era Padilla alto de cuerpo, fornido y de imponente figura. Se dijo de él que al llegar al patíbulo en que fué sacrificado se quitó una cachucha que llevaba puesta, y, arrojándola á lo alto, gritó con voz firme: «¡Viva la libertad!»

Por ella había lidiado sin descanso durante diez y siete años, y desde su primer juventud. . .

Otras de las víctimas interesantes del aciago drama fué Pedro Celestino Azuero, cuyo apellido era el certificado y diploma de su exagerado liberalismo. De este noble y simpático joven se cuenta, pero hoy no lo sabrán muchos, que al llegar al patíbulo sacó del bolsillo su pañuelito blanco y sacudió con él el banquillo para limpiarlo del polvo que tenía.

¿Hubo en esto alguna afectación? Si en el momento supremo de abandonar la vida puede haberla, no son pocos los casos que de ella tendrían que citarse entre nosotros.

Nariño, en los momentos de expirar, tomó su reloj en la mano para ver la hora en que dejaba de brillar la poderosa llama que lo animaba.

Rafael Cuervo, prisionero de los españoles en la *Cuchilla del Tambo*, fué quintado y le tocó la suerte de morir. Oigamos á don José María Espinosa, preso y quintado como Cuervo, y testigo ocular de lo que pasó ese día; dice así:

«Al salir Cuervo de la fila de los quintados para entrar á capilla, metió la mano al bolsillo, y con una tranquilidad increíble sacó un poco de tabaco, lo desmenuzó sobre el papel de la boleta de muerte que le había tocado, lo enrolló é hizo un cigarrillo. Sacó luego su recado de candela, lo encendió y se lo fumó, diciendo en alta voz: «¡Esta es la suerte que merecen este papel y los que me condenan á morir!»

En toda la historia de este hombre extraordinario no hay nada que revele afectación ni vanidad. En cualquiera situación era siempre el mismo.

El joven José Hilario López, después General y Presidente de la República, se hallaba allí entre los 21 prisioneros; fué quintado y le tocó la suerte de morir con Cuervo, Posse y Sabaraín, el novio de la Pola. Cuando marchaba para el suplicio, llevaba un crucifijo en una mano, y en la otra un pedazo de pan que iba comiendo tranquilamente.

Si algún curioso desea saber cómo salvaron la vida estos beneméritos patriotas, le diré que un indulto general, expedido en Quito por el Virrey Montes, llegó á tiempo para arrancarlos, literalmente, del cadalso, donde dos minutos más tarde habrían sido sacrificados.

JOSÉ CAICEDO ROJAS
Colombiano





¡MALA NOCHE!



Ricord tenía por aquel entonces una reputación universal. Sus investigaciones sobre las enfermedades secretas le habían hecho conocer en todo el mundo civilizado y su cátedra era frecuentada por médicos que iban de todos los puntos del globo á escuchar sus sabias lecciones.

Yo estaba bastante adelantado en mis estudios médicos y no había escapado al entusiasmo producido en todas las escuelas de medicina, por el famoso maestro.

Era yo *disector* de la clase de Anatomía y me inspiraban gran interés las discusiones que tenían entonces lugar sobre el contagio de estas terribles enfermedades. Puede decirse que yo sabía de memoria los discursos que habían sido pronunciados en la Academia de Medicina de París, sobre esta materia, por Ricord, Velpeau, Depaul, Melgaigne.

Me llamaban especialmente la atención las experiencias hechas por medio de las inoculaciones y, no para adelantar la esencia, cosa que no pretendía, sino para ilustrar mi propia inteligencia, me había propuesto repetir algunas de las expe-

riencias del maestro. Sin pensar en las dificultades de mi propósito, sin acordarme de que para esto se necesitaban aparatos especiales y otras cosas que yo no podía tener, entré en campaña, sin otras armas que mi curiosidad y mis buenas intenciones.

Me habían dado un perro, completamente desprovisto de pelo, de esos perros del centro de África, donde los adiestran para cazar gacelas, que los naturalistas designan con el nombre científico de *Canis familiaris africanus* y que obedecía al nombre de *Mister Prait*.

No sé por qué le habían dado este nombre, ni yo tenía para qué averiguarlo: yo recibí el perro ya bautizado y seguí llamándolo con el nombre con que llegó á mi poder.

Este pobre animal me tomó un gran cariño; pero aquél no era un cariño vulgar: era un afecto reflexivo que, lejos de incomodarme, me dejaba en completa libertad.

Jamás tropecé con *Mister Prait* por que él se pusiera en frente de mí, ni aun á pretexto de manifestarme su alegría ó su agradecimiento. Iba al hospital conmigo; pero sólo á la hora en que yo hacía la *disección*, es decir, de seis á ocho de la mañana. Á las horas en que yo tenía clase, se quedaba en mi cuarto, hasta que yo volvía. Por la noche no me abandonaba; yo no podía salir sin que *Mister Prait* me acompañara. Era inútil que lo riñera y lo amenazara con el bastón: el perro no quería abandonar á su amo y era testarudo como un aragonés.

Al fin me venció; creí que lo hacía por cariño, quizás por defenderme de un ataque nocturno, y lo dejé en libertad, imponiéndole la obligación de que se quedara en el patio de las casas adonde yo iba de visita, mientras duraba ésta. Para que cumpliera con esta obligación necesitó *Mister Prait* tres ó cuatro lecciones; después el perro se quedaba en el patio y, si llovía, en el zaguán.

Era uno de los perros más inteligentes que yo he conocido: muchas veces pensé que este animal tenía grandes inclinaciones á la vida solitaria: no le conocí un amigo, no lo ví jamás con otros perros en chacota; su sociedad era notoria, los mismos perros que se le acercaban lo miraban con cierto respeto.

Pasaba el tiempo echado al lado de la puerta de mi cuarto ó en el cuarto mismo; esto último me desagradaba profundamente: voy á decir por qué:

En aquella época vivía yo en la Universidad en un pequeño cuarto amueblado como sigue: tenía en un rincón de la pieza una cama que no pasaría de cuarenta centímetros de alto, sin contar con el colchón ; tenía además un ropero, una mesa de escribir hecha de madera blanca, sin barnizar, y un sillón de la misma madera con asiento de paja. Me servía de lavatorio un silla sin respaldo sobre la cual ponía la aljofaina, el jabón y el cepillo de dientes. No tenía espejo y peinaba mis largos cabellos al tanteo, de memoria, como suele decirse. Debajo de mi cama había una canasta bastante ancha que me servía para depositar la ropa que me quitaba y que todos los sábados se llevaba la lavandera. Al lado de esta canasta, una maleta que en mi casa me habían dado para hacer mi viaje á Santiago completaba el que apenas podía llamarse mobiliario de mi cuarto.

Ya se deja ver que con este mobiliario, metido en una pieza que tenía cuatro metros de largo por tres de ancho, apenas podía yo darme vuelta en el cuarto; pues, aunque los muebles fueran pocos, el aposento era tan pequeño, que con poca cosa se llenaba.

¿Dónde estaban mis libros y mis instrumentos?

Mis libros eran pocos y estaban en uno de los lados de la mesa, formando una pirámide egipcia cuya base era un dic-

cionario de la lengua castellana y cuya cúspide estaba representada por un pequeño formulario de medicina práctica.

En cuanto á mis instrumentos eran menos que mis libros: se reducían á una pequeña caja de *disección* con seis *escalpelos*, una *pinza*, unas tijeras, una cadeneta con tres ganchos y un insuflador de metal. Me había visto obligado á comprar una sierra, un martillo y un *forceps* para cortar las vértebras y las costillas.

En uno de los ángulos de mi pieza, justamente en el que correspondía á la cabecera de mi cama, había hecho yo una especie de estante, adoptando triángulos de madera al ángulo entrante de la pieza y en aquel lugar había puesto unos pocos instrumentos, restos de los que había necesitado comprar para seguir mi curso de Anatomía.

Dada la descripción de mi aposento, se comprende que allí no cabía más persona que yo, que todo animal racional ó irracional que viviera dentro del cuarto conmigo, era un elemento antihigiénico, que viciaba el aire; y, aunque todavía no había llegado hasta nosotros la doctrina de los *microbios*, ni se habían descubierto los poderosos *desinfectantes* de nuestra época, ya por aquel entonces la buena higiene prescribía la limpieza como una de las principales condiciones de la salud.

Míster Prait tenía costumbre de ir á tomar un rayo de sol que daba en mi cuarto y, lo que era más grande, cuando ya no tenía sol en la pieza, se metía debajo de la cama y se echaba dentro de la canasta, sobre la ropa que debía llevarse la lavandera.

Ya he dicho que mi perro era testarudo como un aragonés y con esto se comprenderá que fuera vano mi trabajo para expulsarlo de mi cuarto y sobre todo para evitar que se metiera dentro de la canasta.

Salta á la vista que yo tenía razón, más que suficiente, para mirar con malos ojos las frecuentes visitas de *Prait* á mi cuarto y sobre todo aquello de estar restregando contra mi ropa su negro y áspero pellejo.

Á pesar de todas estas molestias que me causaba *Prait*, tengo que hacer una declaración en honor de su británica personalidad. Este perro me servía para mis investigaciones y, aunque para hacer las experiencias tenía que sufrir bastante, el pobre animal se dejaba amarrar y puede decirse que era relativamente dócil, sobre todo cuando yo empecé mis investigaciones.

Ayudado por un criado que lo amarraba y le cubría la cabeza con un trapo, pude hacer algunas inoculaciones é inyecciones que me sirvieron mucho.

Á pesar de la relativa docilidad de *Prait* y de las caricias que yo le prodigaba, él sabía á qué atenerse en materia de investigaciones. Cuando yo traía algo del hospital para hacer alguna experimentación, el perro lo conocía y tomaba sus medidas.

En cuanto *Prait* veía que yo andaba en trajines en mi cuarto, trayendo y llevando vidrios de reloj, el perro se ausentaba, no ya de mi cuarto, sino de la Universidad, y esto por tres ó cuatro días. En fin, llegó un día en que *Prait* no pareció en la Universidad por más de veinte días y yo dí como perdido al pobre animal. ¿Por qué se había ido de mi lado? No lo puedo decir; ¿estaría cansado de servir á la ciencia ó más bien á su amo, tan abnegadamente? ¿Sería miedo á las inoculaciones que no dejaban de ser dolorosas, en ciertos casos? El hecho es que *Prait* dejaba á su amo y para dar este paso, que lo ponía en contradicción con la virtud principal de su raza, él debió tener muy buenas razones.

Aquel año era muy recargado de trabajo para nuestro cur-

so y yo caí enfermo á tal punto, que tuve que solicitar de mis profesores que me despacharan lo más pronto posible para ponerme en cama y curarme. Los profesores tuvieron la bondad de acceder á mi súplica, lo que me permitió dar en un par de días mis exámenes y echarme á la cama.

Estábamos en el mes de Enero y hacía un gran calor: entretanto yo sudaba en mi cama, como si estuviera en un horno.

Uno de mis amigos llegó un día á mi cuarto y me dijo:

—Vengo á llevarte á mi casa; la Universidad va á quedar sola sin más que un sirviente; tú estás enfermo, tienes que cuidarte, que tomar una alimentación conveniente, etc. . .

Mi amigo tenía razón, yo me sentía muy mal y, aunque yo no tuviera antecedentes *tuberculosos*, estaba muy flaco, sudaba mucho y tosía algo; tuve miedo y acepté el generoso ofrecimiento de mi amigo.

Pasé las vacaciones en su casa muy cuidado, tratado á cuerpo de rey, comiendo bien, teniendo un jardín donde pasearme y cuando volví á las tareas universitarias estaba completamente restablecido, aunque un poco pálido y nervioso.

Había quedado sumamente impresionable después de mi enfermedad; me asustaba por cualquiera cosa; si leía un trozo patético se me agolpaban las lágrimas á los ojos; si encontraba una chiquilla pobre y harapienta en la calle, se me oprimía el corazón y hubiera querido ser rico para transformar aquella miseria en pan abundante y seguro bienestar. En fin me hallaba en ese estado que no está en ningún cuadro de enfermedad conocida; pero que, partiendo del sistema nervioso general, haciéndolo más delicado y susceptible, pone al hombre en esa situación indecisa que media entre las pitonisas de la antigüedad y las mujeres exaltadas por el primer amor.

No se abrían todavía los cursos; de buena gana me hubiera

ido fuera de Santiago para quemarme con el aire y el sol, para fortalecerme montando á caballo y sufriendo las rudas tareas del campo.

No había tiempo; pronto se abrirían las matrículas y llegarían las inevitables tareas de la Escuela de Medicina. Y además yo era *disector*, lo que me imponía ciertos deberes. El primero de todos era el de dar ejemplo de exactitud á los alumnos. Yo no podía faltar á la apertura de las clases. Tuve que irme forzosamente á mi cuartito de la Universidad, tuve que volver á mis antiguas tareas y continuar mis estudios, á pesar de mi mala salud y de mis nervios.

Y me fuí á mi antigua residencia, donde, sentado en mi sillón de madera blanca, soñé tantas veces con las fruiciones de la celebridad y con las alegrías de un bienestar que yo fingía en mi imaginación.

Después de varios días de permanencia en mi pieza, ví llegar una noche clara como el día: el cielo azul mostraba vagamente sus estrellas apagadas por la claridad de la luna que resplandecía en la inmensidad del espacio; el céfiro arrastraba los tibios perfumes de los jardines y sahumaba la atmósfera con aromas embriagadores.

No pude resistir al deseo de salir á la Alameda de las Delicias, para abrazar con mi vista un horizonte más extenso; y al desembocar en el gran paseo de Santiago, me pareció que se me venía encima la inmensa cordillera cubierta con su manto de blanquísima plata, en el que reflejaba la luna su luz esplendorosa. Noche hermosísima que convidaba á soñar felicidades eternas y alegrías inefables, noche tibia y silenciosa en que se exhalaban todos los aromas que guarda, en su incensario de oro, la bendita tierra americana.

¿Quién duerme en esta noche?, me dije, ¿quién la dejará pasar sin escribir una cincelada estrofa á su amada, sin estre-

char entre sus brazos alguno de esos ángeles que soñó la imaginación calenturienta?

¿Quién?... El pobre estudiante que no tiene ángeles que abrazar, ni tiempo para escribir endechas á su amada; el pobre estudiante de medicina que, en una noche tan linda, se duerme para levantarse al día siguiente muy temprano y hacer una *disección* ó poner un *aparato de fractura*!

Esta contestación que vagaba en mi espíritu como una mariposa nocturna echó por tierra toda la poesía de aquella noche é hizo que me volviera tranquilamente á mi cuartito de la Universidad, *refugium peccatorum*, con todas mis juveniles tentaciones.

Al llegar á mi habitación, me senté en mi sillón de madera de álamo y me quedé pensando en aquella noche tan hermosa y en la que yo no tenía ninguna alegría. Con los ojos clavados en la pared, mirando hacia el oriente, dejaba la puerta de mi cuarto á mi espalda y ni siquiera tenía el placer de mirar la claridad de la luna, que, como una persona que nos busca, se había detenido en el umbral de la puerta.

Allí pasé algún tiempo entregado á esas vagas meditaciones en que el alma no piensa en nada concreto; pero en que suelen aparecer los grandes pensamientos como los relámpagos en medio de una noche tenebrosa.

Empezó á soplar un aire fresco y me vi obligado á cerrar mi puerta y á pensar en acostarme. No sentía frío; pero, como mi salud estaba todavía delicada, me puse en cama y traté de dormir.

Después de algún tiempo, apagué la luz y poco á poco fuí perdiendo la conciencia de mí mismo, hasta que me quedé completamente dormido. No recuerdo qué hora era cuando me dormí.

En medio de la noche sentí un ruido bastante fuerte para

despertarme; pero que no dejó en mi espíritu una sensación que me explicara su origen. Aquello no era propiamente una sensación auditiva; era más bien una vibración del sistema nervioso general que interrumpía mi sueño, que una verdadera impresión auditiva que se transmitía al cerebro. Me explicaba tanto menos este ruido, cuanto que la estrechez de mi cuarto y la colocación de mis muebles hacían que no fuera posible ni que allí pudiera ocultarse un hombre, ni que se verificara un movimiento de cualquiera de mis muebles sin un esfuerzo muy grande.

Me hallaba en presencia de un fenómeno que no podía explicarme, en frente de lo desconocido, y mientras más me convencía de que aquello no tenía explicación, más me acercaba á una interpretación que estaba fuera de las leyes naturales de la física y empezaba á sentir un ligero calofrío en la espalda: tenía miedo.

Yo no soy supersticioso, me decía; pero si esto no es una cosa natural ¿qué es?... Y el frío que produce el terror empezaba á esparcirse por mi cuerpo de una manera alarmante.

En fin, me dije, no es posible mantenerse en esta situación; yo no soy supersticioso... luego debo creer en una cosa natural. Aquí ha entrado un hombre... esto es un absurdo; pero esto es lo que debo pensar y, en consecuencia, debo prepararme para una lucha, cuerpo á cuerpo. Yo debo armarme... si yo tuviera un *revólver*... pero no lo tengo; de todos modos, yo debo armarme.

Tomé todas las precauciones necesarias para no ser atacado por la espalda y extendí la mano al estante que había hecho en la esquina de mi cuarto; después de muchos tanteos, di al fin con el martillo, que era lo que yo buscaba.

Pero ¿qué situación tomar? Si me arrodillaba en la cama, el frío podía hacerme daño y hasta producirme una grave en-

fermedad, dado el estado de mi salud; salir de mi cama para ir á buscar al hombre, era entregarme en sus brazos, puesto que el cuarto era tan pequeño; encender luz era perder las ventajas que me daba el conocimiento del terreno en el que debía tener lugar la lucha.

Me coloqué boca abajo en la cama, puse mi cara en el borde libre del colchón y extendí mi brazo derecho del lado de la pared, teniendo el martillo en la mano. En caso de un ataque, era preciso hacer dos movimientos bruscos; el primero incorporarme, retrocediendo hasta la pared, y el segundo asentar el martillazo lo mejor que se pudiera. Esto no era difícil y mi brazo izquierdo, doblado sobre el pecho, me permitía ayudar el primer movimiento y mi brazo derecho, completamente libre, me hacía realizar el segundo, sin el menor embarazo.

Está bien, me dije, ya estoy en actitud de poder defenderme; pero con todas estas determinaciones estratégicas, siempre tenía algunos vagos escalofríos á lo largo de la columna vertebral y de los miembros.

En la situación que acabo de describir, esperé los acontecimientos, no diré tranquilamente, pero á lo menos, con serena resignación. Por lo demás yo me encontraba siempre en presencia de un problema, cuya solución podía influir hondamente en el estado de mi espíritu.

Estuve muy atento al menor ruido... ¡Nada!... Yo sujetaba la respiración para que no se me escapase la menor sensación auditiva: no me movía para que el roce de la ropa de mi cama no me impidiera oír el ruido más ligero... No se oía nada... De repente sentí una especie de quegido prolongado, como si fuera una respiración muy honda y sobre mi cara la impresión de un aliento tibio: y un escalofrío estremeció todo mi cuerpo, tuve el comienzo de un síncope y un sudor helado

me cubría la cara; casi perdí el sentido...¿Qué era aquello?... Yo no lo sabía...yo no podía saberlo...me parecía que el aliento que sentía se iba haciendo cada vez más fresco y más cercano...¡Qué horrible situación!...

Cuando creí que había llegado el momento de dar el golpe, no tenía fuerzas para darlo: mi brazo izquierdo, en lugar de estar doblado sobre mi pecho, pendía fuera de la cama, cubierto de un sudor helado...

Un esfuerzo supremo, hijo de mi terrible situación, me levantó el espíritu, me sacó de mi abatimiento y se sobrepuso al terror que me oprimía el pecho; me enjuagué la cara con la sábana y volví á escuchar con atención. Era el momento preciso: el aliento fresco venía á estrellarse contra mi cara como un viento sepulcral... levanté el martillo ó más bien lo blandí en el aire, lo descargué con toda la fuerza de la desesperación. Oí un grito agudo y caí desmayado sobre el lecho.

.....

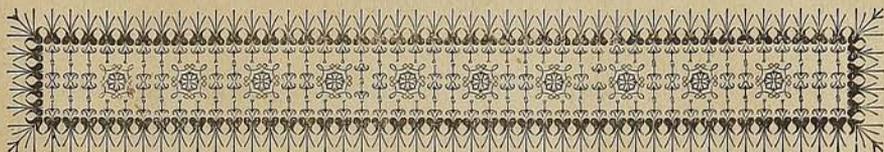
Cuando salí de mi desmayo, encontré que tenía la mano derecha manchada con un líquido algo viscoso que me pareció sangre y oí al pie de mi cama respiraciones lentas y estertorosas que parecían gemidos ahogados, que no alcanzaban á tomar su expresión fonética en las cuerdas vocales.

Amanecía y las líneas difusas del cuadro se acentuaban con los primeros albores de la mañana.

Era verdad: tenía la mano derecha salpicada de sangre; y al pie de mi cama, con el cráneo hecho pedazos, exhalaba el último suspiro el compañero de mis investigaciones científicas, el abnegado *Mister Prait*.

ADOLFO VALDERRAMA
Chileno





CANCIONES DE ESPAÑA

Á LA SEGUIDILLA



Metro mágico y rico que al alma expresas
llameantes alegrías, penas arcanas,
desde en los suaves labios de las princesas,
hasta en las bocas rojas de las gitanas.

Las armas armoniosas buscan tu encanto,
sonora rosa métrica que ardes y brillas,
y el pueblo ve en tu ritmo, siente en tu canto,
sus hembras, sus claveles, sus manzanillas.

Vibras al aire alegre como una cinta,
el músico te adula, te ama el poeta;
rueda en tí, sus divinos paisajes pinta,
con la audaz pelicromía de su paleta.

En tí el hábil orfebre cincela el marco
donde la idea-perla su oriente acusa,
ó en tu cordaje armónico formas el marco
con que lanza sus flechas la airada musa.

Á tu voz en el baile crujen las faldas,
los piececitos hacen brotar las rosas,
é hilan hebras de amores las esmeraldas
en ruelas invisibles y misteriosas.

La andaluza hechicera, paloma arisca,
por tí irradia, se agita, vibra y se quiebra,
con el lánguido gesto de la odalisca
ó las fascinaciones de la culebra.

¡Pequeña ánfora lírica de vino llena,
compuesto por la dulce Musa Alegría,
con uvas andaluzas, sal macatena,
flor y canela frescas de Andalucía!

Subes, creces, y vistes de pompas fieras:
retumbas en el ruído de las metrallas,
ondulas con el ala de las banderas,
suenas con los clarines de las batallas.

¡Tienes toda la lira! Tienes las manos
que acompañan las danzas y las canciones;
tus órganos, tus prosas, tus cantollanos
y tus llantos que parten los corazones!

¡Ramillete de dulces trinos verbales,
Javalina de Diana la cazadora,

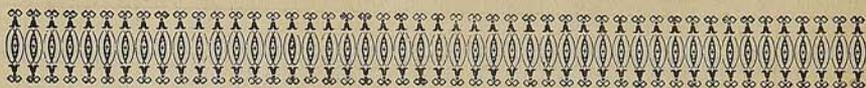
ritmo que tiene el filo de cien puñales,
que muerde y acaricia, mata y enflora!

Las Tirsis campesinas de tí están llenas,
y aman, radiosa abeja, tus bordoneos;
y así riegas tus chispas las nochebuenas,
como adornas la lira de los Orfeos.

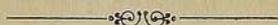
¡Que bajo el sol dorado de manzanilla
que esta azuiada concha del cielo baña,
polífona y triunfante, la seguidilla
es la flor del soberbio Pindo de España!

RUBÉN DARÍO
Nicaragiense





CLARA



Á la luz del quinqué, velado por una pantalla de color rosa, Clara López leía una esquila que su doncella, con mil temores y excusas, le acababa de entregar.

Era del señorito León.

¡Amar! ¿Qué era eso? Clara era una muchacha de diez y siete años, bien desarrollada, hermosa; y ¡cosa extraña! ¡no sabía lo que era amar!

„¡Ámeme usted! Se lo pido de rodillas!” ¡Qué frase tan dulce, tan sentida!

Aquel muchacho, aquel que ella veía todas las tardes cabalgar al lado de su carruaje en la Alameda; aquel mismo que las noches de teatro ocupaba, acompañado de una señora de bastante edad, pero hermosa aún, uno de los palcos de enfrente y que por toda la velada, no le desprendía de encima los gemelos; que los domingos, después de la misa de seis, le esperaba á la salida del templo, recostado en alguna columna del pórtico y le saludaba de una manera tan afable y suplicante. Sí. Le simpatizaba mucho. Nada más.

Y ahora ¿Qué haría con esa esquelá? ¿Cómo contestarle? Le diría lo que él deseaba; un *te amo* escrito en letras bien gruesas. ¿Y qué le diría con esto? Amor... amor... amor... ¡Sí! Julia, que acaba de casarse, le dice á cada tarde, en el paseo, en el teatro, en casa de la modista, en todas partes: «¡Me ama tanto mi Jorge!» Sí. Amor!.. Ya lo adivinaba. Amor: el beso fuerte en la roja boquilla del Bebé retozón! Amor: la caricia á Juanilla, la hermanita menor, que de bonita y delicada es una porcelana! Amor: el beso en la mejilla sonrosada del papá y la frente alba y severa de la mamá. ¡Ah! ¿Amor para este otro? Caricias y besos al señorito León que tiene una deliciosa barba rubia, como el Nazareno del altar de la capilla de la casa!...

Y abrió la puerta del *boudoir*, que daba á un corredor lleno de macetas de flores plantadas en jarrones de porcelana y que cuchicheaban en la obscuridad. Al abrir los cristales, de una jaula de canarios salió el ruido de un ligero esponjar de cuerpos menudos...

Iba donde mamá.

¿Á mostrarle la esquelá y denunciar como cómplice de León á la pobre Leré, la doncella?

Nó. Iba á darle un beso de buenas noches y en seguida á acostarse. Lo que era papá estaba en el Casino y no volvería hasta pasadas las dos ó tres de la noche.

El quinqué, velado por un pantalla color rosa, bañado de oro, diluido en polvos, la alcoba confortante y perfumada, como para ser habitada por una hada ó una virgen desterrada del cielo.

Allí se ve, en profusión, confundido y en cordial maridaje, todo lo que de más refinado el arte ha producido.

La alcoba está tapizada de tela color azul, rameado de rojo:

entre las largas cintas negras, enredan sus crenchas unas maderselvas pintadas de manera maestra. Los muebles son de palo rosa y caoba, bien flamantes. Los cortinajes de damasco azul, en concierto con el tapiz y recogidos los anchos pliegues por un cordón de oro, que amarra sus cabos en perchas que representan ramos de rosas abiertas de manera rara y asombrosa. Por todas partes, regados, sobre los veladores de laca, sobre el mármol de las mesas ovaladas, sobre el ónix de la chimenea bien provista de *coke*, multitud de chucherías sajonas y niponesas, grupos de flores de cera blanca venidas de Alemania, grupos en bronce, Galateas y Dianas de mármol albo, compradas en casa de Lordy, que siempre, por cada vapor, hace venir rico y variado surtido de ellos.

En una esquina, un negro piano Ebans muestra su teclado riente, como esperando una mano cariñosa que hiera su cordaje armonioso; y, abierta en el atril, unas solfas, un pedazo de la *Gioconda*, que Clara estudiaba cuando la doncella le interrumpió para entregarle la carta de León.

Un largo biombo hace penumbra á un delicioso rincón donde está el lecho, mullido y cálido como un nido de gorrión, como el cándido lecho de una monja, bien extendidas y compuestas las sábanas de lino fino y las frazadas color crema, franjeadas de lila, esperando un cuerpo desnudo, y guardado por grandes cortinas de rosas y girones de gasas y tules.

Por la ventana abierta, que cae al jardín, entra el olor fuerte de las verbenas, mezclado con todos los demás de aquel florilegio vivo, y se cuelan rayos débiles de luna, que á pesar de la luz del quinqué, brillan y corretean sobre la alfombra traviesamente, y se posan en los jarrones finísimos que, colocados sobre trípodes de bronce y mármol, ostentan gruesos ramos de flores, que todas las mañanas Clara hace mudar por un lacayo.

La misma puerta se abrió, y una mano blanca y pequeña aparta el *portier*.

Es Clara que entra.

Como hecha para ser celebrada por los poetas líricos, en grandes tiradas de versos, nació esta muchacha, que es insuperable en su belleza.

¿Un ligero retrato de *amateur*? Hélo aquí:

De cuerpo algo alto, no del todo desarrollado, pero de un grosor opulento, de princesita florentina. Cabellera negra que cae á grandes matas sobre las espaldas de un tallado perfecto, y sobre los hombros. Rostro oval; mejillas frescas y rosadas, como poma edenal; nariz perfecta en su estructura; ojos grandes y grises, rodeados de largas pestañas; boca menuda, de labios con un vivo clavel murciano. Senos combados; senos de virgen en plena pubertad. Cintura delgada y ondulante, libre de corsé, al ritmo de un extraño impulso. Pie pequeño calzado coquetamente, que asoma bajo los encajes de la bata marrón, como paloma tornasol, tímida y divinal.

¿En qué pensaba? ¿Qué haría?

Se sentó junto á la mesa, que sostenía la lámpara de plata biselada, y sobre la que había algunos libros ricamente empastados y algunos diarios de la tarde, tomó la pluma, la mojó en tinta y escribió sobre la primer cuartilla de un *bloc* de papel celeste, timbrado con sus iniciales entrelazadas:

"León:

"Quiere que le diga que le amo? Pues bien: ¡le amo! Se lo repetiré cuantas veces quiera.

"¿Quiere un recuerdo mío? Junto á esta carta, que le entregará mi doncella, va el listón que ata mi cuello y la gar-

denia que hoy por la mañana al atravesar el jardín para irme á misa, corté para mi corpiño.

«Va algo más. ¿Si usted pudiera seguir sobre el papel las huellas de mis besos!

Suya por siempre,

Clara»

Concluída que fué la carta, la metió en un sobre y la rotuló. Desató de su cuello el listón paja y lo dobló cuidadosamente. Levantóse y tomó de sobre su mesita de noche la gardenia que había dejado allí al cambiarse de traje y que estaba ya bastante marchita. Y tocó el timbre.

La doncella acudió y Clara le entregó la carta y la flor y el listón, suplicándole hacerlo llegar todo á manos de León, lo más pronto que le fuera posible.

Salió Leré.

Clara cerró la ventana, no antes sin quedarse allí un breve rato contemplando la mancha negra del jardín, donde sólo de cuando en cuando se veía la chispa diminuta de una oruga. Corrió el cerrojo de la puerta.

Comenzó á desvestirse.

Frente á su cama estaba una luna magnífica que copiaba el lecho todo entero. En todas las noches de su vida, Clara no había advertido nada ni se había ruborizado al ver copiadas en el cristal sus carnes virginales.

Esa noche, al volver involuntariamente la vista, vió su silueta dibujada allí y tuvo sonrojos de colegiala sorprendida en alguna travesura por la señora maestra.

¡Qué cuadro! El espejo recogía aquella silueta encantadora de Clara en camisa de dormir, preparada para lanzarse al lecho, con los pies desnudos, las pantorrillas descubiertas, el

seno tímido, de turrón, que saltaba por entre los encajes del escote...

Dió un ligero soplo á la vela y todo quedó en lo obscuro.

Arrebujada entre las sábanas, corridas las cortinas blancas, Clara esperaba que el sueño cerrara blandamente sus párpados. Pensaba en León á quien amaba ya sencillamente, con toda la fuerza del primer amor y todo el frenesí de un corazón hasta entonces despertado de su sueño inocente y cándido.

Oculto entre los pliegues de los cortinajes del lecho, los traviosos duendecillos de la noche expiaban impacientes á la muchacha, esperando que se cerrasen sus ojos para besar suavemente y con pasión los labios rojos y vírgenes, que quizá muy pronto, sentirían con voluptuosidad el ardor de los besos apasionados de León.

ARTURO A. AMBROGI

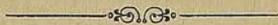
Salvadoreño





LA CRÍTICA

EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA



(Continuación)

No debe atribuírse el desconocimiento de que vengo hablando á desdén del público y de la crítica hacia las obras americanas. Es un fenómeno puramente económico. En nuestra América se publican pocos libros; muchos de los escritores de más valer no han coleccionado sus obras, que andan dispersas en periódicos y revistas, pasa con ellos lo mismo que sucede con un literato que acabo de citar, que goza de justa celebridad en España y que es poco ó nada conocido en América, con don Federico Balart.

Aquí no han llegado, aparte de algunas obras enviadas privadamente por sus autores, sino ejemplares de antologías monstruosas, á través de las cuales es conocido por unos cuantos curiosos algo de la lírica de aquellos países.

Algunas de esas antologías se llaman "Américas Litera-

rias», y vienen á ser en literatura lo que esa parte del Rastro que el pueblo de Madrid ha bautizado con el nombre de *las Américas*. Allí no hay más que trastos inservibles, vejesterios que se quieren hacer pasar por antigüedades, baratijas y mercancías de feria pregonadas á voz en cuello por charlatanes y mercachifles. Cierto es que hay quien, á fuerza de trabajo, logra encontrar en las tales *américas* alguna obra de arte; pero ¿podría juzgarse de los tesoros artísticos que posee Madrid, dedicando á los cachivaches del Rastro la atención que debieran ocupar el Museo del Prado y el Arqueológico? ¿Sería justa y razonada la opinión que de esta manera y con tales premisas se formulase, aunque fuera el mejor crítico de arte el que hubiese de darla, hallárase ó no animado de los mejores sentimientos de benevolencia?

Este conocimiento fragmentario y *sui generis*, unido á la índole especialísima del humorismo de don Juan Valera, de quien escribía con mucha gracia Campoamor, «que como á cierta amiga suya (de Campoamor), no le agradaba más que lo que era pecado mortal», es, en gran parte causa de que muchas veces, con admiración de los que conocen á los escritores americanos de cerca y al señor Valera sólo de lejos, se paseen de bracerero por las páginas de crítico tan ilustre como excéptico y bondadoso, poetas y copleros, eruditos y grafomanos, mereciendo todos sendas distinciones y alabanzas, un si es no es burlonas y desdeñosas.

*
* *

No se suponga, por lo que llevo dicho, que pretendo hacer creer á nadie que en América abundan los buenos escritores y escasean los malos; pero ¿hay alguna parte del mundo donde suceda otra cosa? Además, necesario es decirlo, la

América es más grande de lo que algunos imaginan, y el nivel intelectual en todas las naciones americanas no se halla á la misma altura: que no se escribe de igual modo en las que tienen una tradición literaria no interrumpida desde los tiempos de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza y Sor Juana Inés de la Cruz hasta nuestros días, y en aquellas en que brillaron nombres como los de Bello y Olmedo, por no citar otros, que en los países que nacen hoy á la vida de las letras.

Existen, no obstante, en el orden literario lazos que unen á esos pueblos, como en el orden social y político existen también otros muchos que estrechamente los relacionan, y es uno de los primeros el *cosmopolitismo* de que antes hablé.

*
* * *

Es la América tierra abonada para todo estirpe de ideas, como lo es para la flora de todos los climas. Si allí la historia del arte no existe escrita con monumentos que el paso de diversas civilizaciones ha dejado en Europa, si la enseñanza objetiva que esto proporciona no puede tenerla allí mismo el artista americano, si el cuadro no es más que uno y pierde en la copia algo que le es intrínseco; el libro es el mismo aquí, allá y en todas partes, que el germen de las ideas va por igual en cada ejemplar que sale de las prensas.

La educación políglota y aquella vida interior americana, tan diversa de la de Europa, permiten leer mucho, y entre todos los que leen hay quienes saben hacerlo bien y limpios de prejuicios.

Así se explica el cosmopolitismo de la crítica americana, que no por eso deja de tener carácter propio, porque esta serie de lecturas la completan la de otros libros que no pueden faltarnos: el de la naturaleza y el de la vida humana.

Lo mismo en las críticas de Varona, en las que la exquisita sensibilidad del artista guiada por el método inflexible del filósofo no sólo percibe sino avalora los matices estéticos; que en las pláticas de *Los Cerros*, en que la pluma de Riva Palacio corría libre de trabas desde una cita clásica y una investigación filológica hasta un acontecimiento del día, dándole interés á lo baladí y franco regocijo á lo más austero; lo mismo en la síntesis de Ricardo Delmonte que es un verdadero temperamento de crítico literario encarnado en un prosista impecable, que en los análisis de Ignacio Ramírez, aquel sabio descontentadizo y refinado; y de igual modo en la clásica serenidad de Miguel Antonio Caro, en la cortante oratoria de Sanguily, en las eruditas y elegantes disertaciones de Montoro, y en los serios y atinados juicios de Merchán; que en los doctos prólogos de Altamirano, en las pintorescas crónicas de Gutiérrez Nájera, en los retratos literarios de Piñeiro, justos casi siempre de líneas, en los de Manuel Puga, brillantes de color, y en los estudios y polémicas de Obligado, Rivas Groot, *Justo de Lara*, Gómez Restrepo y tantos otros que, como éstos, saben, piensan y escriben bien; hasta en aquellos mismos caracterizados por escuelas y aficionados que están más cerca de antiguos ó extraños procedimientos críticos, como Amunátegui, Pimentel y Oyuela, hay mucho de esa universal inteligencia, de esa receptividad ajena de prejuicios que al terciar en una discusión literaria le hacía decir á uno de los patriarcas de las letras sud-americanas, á Carlos Guido Spano: «la poesía de origen divino, no tiene patria ni escuela: sus dones están esparcidos en la tierra, y ¡feliz el que logre juntar en su guirnalda á las adelfas del Eurotas las flores silvestres de nuestro suelo bendecido!»

Este espíritu cosmopolita no hay que confundirlo con el enciclopedismo «que todo lo sabe y todo lo discute», el cual,

con ocasión de unas apreciaciones acerca de Montalvo, tomaba *Clarín* no se por qué, como carácter general de la literatura americana, y decía: «Recuerda aquella falta de división del trabajo que demuestra en el comercio, v. gr., una vida económica, poco adelantada y sin complicaciones; en los pueblos pequeños el que vende alpargatas, vende bacalao, escobas, clavos, chorizos y velas de sebo, bramante y cañas de pescar.»

Pienso como el señor Alas, que pasó la época de *Los Espectadores* y de los *Teatros críticos*; pero observo que revistas periódicas de semejante género no es en el Ecuador sólo donde se escriben, que muy cerca tenemos ejemplos análogos. No olvido tampoco que los extremos se tocan: en América hay pueblos pequeños y ciudades de mucha importancia, y si en las poblaciones pequeñas existen tiendas de la especie que pinta *Clarín*, en las grandes ciudades hay almacenes como los del Louvre: existen hombres que parecen abacerías de aldea; pero hay otros, y nadie mejor que el señor Alas debe conocerlos, que semejantes á esos grandes almacenes de París, de Londres y de Nueva York en que todo se encuentra, son capaces de arruinar á los que hacen *al por menor* el comercio de las ideas.

Entre la pedantería de un *erudito á la violeta* y el *dilettantismo* de Renán, ¡qué diferencia! no hay que confundir una cosa con otra. Yo no creo que el señor Alas haga esa confusión. Él, que en sus *psicologías* tantos puntos de contacto tiene con Bourget, aunque en el fondo más se parezca, á veces, á Brunetière, pensará que en la sociedad moderna «todo es múltiple, todo nos invita á hacer de nuestras almas un mosaico de sensaciones complicadas.»

*
* *

«Apenas hay libro que se escriba y se publique en América que no nos lo envíe el autor á los que en España nos dedi-

camos á escribir para el público», dice don Juan Valera. La modestia del ilustre crítico le hace tomar como regla general lo que no es sino una excepción tan honrosa como justificada. Bien está que á los escritores de su categoría, que son contados, se les envíe por el autor mismo los libros que se publiquen en España ó en América; y en América con más razón, sin duda, puesto que es poco menos que imposible conseguir en el mercado de libros de la Península los que se escriben por allá. Pero de ahí á que el autor americano envíe sus obras á «cuantos en España se dedican á escribir para el público»; hay grandísima distancia. La misma distancia que media entre don Juan Valera y la mayoría de los que aquí y fuera de aquí escriben para el público.

Tomando al pie de la letra lo dicho por el señor Valera, se explica que cierto conocido mío, que, porque escribe notas bibliográficas no sé en qué revista, imagina que no hay libro que se publique en América que no se lo remita el autor para que lo juzgue; después de hacer, como cortés salvedad, inmerecidos elogios de mis escritos, me dijera, señalando un montón de tomos: «Vea usted, vea usted, todas esas obras me las envían de América para que escriba de ellas, y le aseguro que en ninguna he encontrado las excelencias de que usted me habló alguna vez, ¿quiere usted decirme con toda confianza á qué atribuye esto?»

Á semejante pregunta, después de buscar los nombres ignotos de los autores de aquellos libros, hube de contestar con un relato del Oriente, de cuya autenticidad no respondo, ni respondería tampoco el *ensayista* inglés donde lo leí hace algunos años. Lo repito como se lo referí, lo referí tal y como me lo enseñaron, y va de cuento:

Cierto rey de Babilonia, queriendo conocer el estado del cultivo de la vid en sus dominios, prometió diez burras, diez

esclavas y diez vestidos completos á quien le presentara en aquel año las diez mejores medidas de vino. Se nombraron jueces para catar el envió de cada opositor y para dar al que lo mereciera las diez burras, las diez esclavas y los diez vestidos completos. Cuando las medidas de vino fueron presentadas al tribunal, los jueces las hicieron destapar y las probaron, y los vinos no eran malos, que eran pésimos: el de aquí despedía tal perfume que lo condenaba el simple olfato; el de allá tenía un gusto á tierra húmeda, y el de acullá estaba completamente agrio: fué necesario declarar desierto el concurso, y los jueces, no sólo aburridos, sino enfermos por haber probado tanto brebaje, presentaron su dimisión. En el nombre de Belo, dijo el rey de Babilonia, ¿cómo puede ser esto? Los sacerdotes explicaban el prodigio por la cólera del cielo. Los dioses, irritados de tanta maldad, decían, han castigado la tierra en sus cosechas. Pero el rey no se dejaba persuadir con estos discursos, porque él había bebido, y en la misma mesa de los sacerdotes de Belo, un magnífico vino de la cosecha de aquel año. ¿Cómo puede ser, repetía el monarca, que el único vino malo sea el que quiera alcanzar el premio? Un anciano filósofo, á quien se había visto sonreír desde el establecimiento de los jurados y de la recompensa que debían acordar, explicó la cosa de la manera más natural del mundo. Sí, sin duda la cosecha había sido generalmente buena y el vino delicioso; pero los propietarios de los buenos vinos seguros como estaban de venderlos á precio de oro, no se habían cuidado de mandarlos al concurso. ¿Qué iban á hacer con las diez burras, las diez esclavas y los diez vestidos completos? Disputar tal premio era bueno para los pobres diablos que no vendían su vino por un óbolo, ó que no tenían ni viña siquiera.

El cuento es apropiado, sin duda, al caso de que se trata.

No es que los escritores americanos juzguen á ciertos críticos, nacionales ó extranjeros; catadores incompetentes: sus opiniones valen más, es cierto, que las diez burras, las diez esclavas y diez trajes nuevos que ofrecía el rey de Babilonia; pero no son bastante estímulo para que aquéllos en cuyas viñas se da el aromoso vino por tantos buscado, entren en sus concursos revueltos con los pobres diablos cuyo cerebro estéril sólo ha podido producir el vino agrio y mal oliente que no hay paladar literario bien organizado que cate sin repugnancia.

XIII

Y he llegado, señores, á la parte más difícil de mi estudio: á la que tiene indispensablemente que referirse á la crítica en la literatura española contemporánea. Es trabajo escabroso en demasía, y del que, á ser posible, me hubiera eximido. Privábame de la satisfacción inmensa de hacer muchos y justificados elogios, á trueque de no hallarme en la necesidad de decir una sola cosa que disguste á alguien. Porque es común que los que ejercen la crítica, y debieran por este motivo ser los primeros en reconocer el derecho de que otros la ejerciten, se incomoden cuando hay quien, á su vez, los discute y examina.

Así y todo, comenzada la tarea, seguiré expresándome con absoluta independencia.

Por fortuna para mí, hay mucho bueno que decir de la crítica española.

Como no encuentro en esta crítica tendencias que la unifiquen, hablaré separadamente de algunos de los principales escritores que la cultivan.



Empezaré por el autor de *Pepita Jiménez*.

Ha dicho de sí mismo don Juan Valera que "su entendimiento es más complicado que claro: está lleno de contradicciones y se quiebra de puro sutil". No falta quien viendo este retrato íntimo, tan sinceramente dibujado, le juzgue más humorista que crítico. Yo opino que le bastaba haber escrito su disertación *Sobre el Quijote* y su estudio *Del Romanticismo en España*, para dejar probado que es un crítico y de los mejores. Pero no por eso dejo de creer que á quien hay que admirar en Valera, más que al crítico famoso y al novelista insignie, es al escritor mismo. Al espíritu más exquisito y culto, al erudito más ameno, y al prosista más naturalmente elegante con que cuentan hoy las letras castellanas.

Cuando leo á Valera me identifico de tal modo con él, que pienso "no es la verdad lo que me seduce, sino el esfuerzo de discurso, de sutileza y de imaginación que se emplea en descubrir la verdad aunque no se descubra", y que "una vez la verdad descubierta, bien demostrada y patente, suele dejarme frío". Por eso me es igual que hable de Leopardi ó de Mesía de la Cerda, y me importa lo mismo que juzgue el *Canto nocturno*, ó el portentoso (?) soneto á *Un cadáver*, ó el encomio al *artificio hidráulico*. Con el mismo deleite lo escucho cuando llama á los dogmas "ingeniosidades que nos entretienen y consuelan durante nuestra existencia terrestre", que cuando nos dice que "siempre que se ofende de modo grave á la religión, la legítima belleza desaparece toda avergonzada". No tomo al pie de la letra, viniendo de sus labios, esas afirmaciones contradictorias, y veo lo que tiene de verdad relativa cada una de ellas.

Ya antes que Lemaître había dicho Sainte-Beuve que el crítico sincero ha de contradecirse á su pesar, porque no se piensa igualmente, no digo en toda la vida, ni todos los días, ni á todas horas.

Bourget pinta el fondo y la forma de los juicios de don Juan Valera cuando, al hablar de un gran crítico, dice: "Las disposiciones de espíritu que la alta cultura produce ordinariamente son la multiplicidad de puntos de vista, el gusto de los matices, la desconfianza con respecto á las fórmulas absolutas y la necesidad de las soluciones complicadas."

La alta cultura del traductor del idilio de Longo lo lleva como por la mano á esas disposiciones del espíritu, á ese gusto por los tonos medios, á esa multiplicidad de puntos de vista de que habla el literato psicólogo.

*
* *

Las teorías críticas del señor don Federico Balart, pueden condensarse en estos renglones suyos. "Yo juzgo de la obra artística, como los místicos juzgan de la oración, por sus efectos. Si me infunde nobles sentimientos... por buena la tengo; si me produce los efectos contrarios, la declaro mala sin temor de equivocarme."

¿No es esto impresionismo puro? Balart es tan impresionista y tan subjetivo como Lemaître y France; la única diferencia que hay entre ellos es que Lemaître y France no se creen infalibles, piensan que el espectáculo está en el espectador, y Balart está seguro de no equivocarse. Quien tenga razón, no seré yo quien lo diga. Lo que sí puedo decir es que las obras hermosas agradan casi siempre al señor Balart, es decir, le infunden nobles sentimientos. Muchas veces los que no podemos estar iniciados en los secretos de su alma, no

imaginamos cómo una obra de arte produjo tales efectos, sino pensando en aquella máxima vieja que dice que Dios hace renglones derechos con pautas torcidas; pero es el caso que si la obra hermosa parece buena al señor Balart, ya puede estar seguro el autor de que encontró el panegirista más entusiasta. El crítico se penetrará del alma de la obra artística, apreciará la ejecución en sus detalles felices, y no escatimará elogios honda y discretísimamente dichos.

En eso de saber decir las cosas de modo plástico, haciendo una crítica entera en una sola frase, Balart no tiene, hoy por hoy, en España rival alguno.

En su estilo y en su prosa no se encontrarán las sutilezas, las argucias y las medias tintas de Valera; nunca podría decir como éste, lo que no puede decirse; no se le ocurriría llamar á la máquina que, "según afirman varones doctos, tomaron los hombres de la cigüeña" (1), "artificio hidráulico superior al de Juanelo", ni otras ingeniosidades maravillosas. En cambio, él dijo, á propósito de las vacilaciones y tanteos que percibía en una obra escénica hecha en colaboración: "por los zarzales y vericuetos del drama, se camina mal del brazo." Él escribía, con ocasión de una sencilla y conmovedora comedia, representada ante un público aristocrático y frío: "hay obras que no se pueden aplaudir con guantes." Él, para describir la gracia de un actor, decía: "hay quien la tiene en la boca, hay quien la tiene sólo en los trajes; *fulano* la tiene en lo que refleja el alma, en los ojos." Ha escrito al hablar de la alteza del retrato en la pintura, y refiriéndose á los artistas que lo han realizado, que, "como los cedros, sólo se da en las cumbres".

Á dejarme llevar de mi gusto, seguiría citando no sé cuánto

(1) Á propósito de los *versos* de Mesía "A una lavativa".

tiempo, porque acuden á mi memoria frases hermosas suyas en serie indefinida.

Balart es un crítico que goza de autoridad hasta en sus equivocaciones, porque quiere ser justo, porque es artista, porque es honrado y porque es bueno.



De tanta autoridad como don Federico Balart goza *Clarín*, no obstante ser uno de los críticos á quienes más se discute en España.

Imagino que la mayor parte de los juicios equivocados que acerca de él se formulan, depende de la confusión que existe, no sólo para el vulgo literario, sino para algunos escritores que no son vulgo, de lo que es la sátira y lo que debe ser la crítica. Una caricatura no es un retrato; juzgarla en pro ó en contra, como si fuese lo que no necesita ni pretende ser, me parece desatinado.

Muchos de los artículos de *Clarín* son análogos á la famosa *Premática* de Quevedo, *Contra los poetas güeros, chirles y hebenes*; y á todos aquellos que toman al pie de la letra sus sátiras, podría decirseles como al sacristán *poeta*: "Ya le he dicho á vuesa merced que son burlas, y que las oiga como tales."

Á semejantes burlas ha sido muy dada la crítica española, quizá por la índole misma de nuestra lengua.

Á excepción de la crítica filológica, con la cual aquí como en todas partes se inició el género literario, y de la crítica erudita que ilustraron los Durán, Fernández Guerra, Cueto y Amador de los Ríos; hallaremos que clásicos, pseudoclásicos, retóricos y modernos, dieron las más veces á sus juicios sazón de risas: Quevedo, Moratín, Hermosilla y Larra, entre

otros muchos, están ahí para probarlo. Lista mismo, el maestro insigne de quien se ha alabado con justicia la serenidad de criterio, dijo de Zorrilla cosas que bien pudieran ponerse en boca de Villergas, como aquello de que pintaba sus cuadros «no con pincel, sino con una caña rajada.»

Yo, que no estoy hablando de la sátira, no voy á dar mi opinión acerca de *Clarín* como satírico; en cuanto al crítico, téngalo por muy versado en literaturas antiguas y modernas, modernas sobre todo, por sagaz en muchas apreciaciones profundo en no pocas é ingenioso en todas.

Como no creo en la infalibilidad del crítico, no dudo que el señor Alas se haya equivocado alguna vez; pero recuerdo al mismo tiempo, con Bourget, que Boileau guardó silencio sobre Lafontaine y habló de Ronsard con entera inconsciencia, y que Planche no sospechó nunca lo que eran verdaderamente Balzac y Víctor Hugo; y no olvido, también con Brunetière, que Sainte-Beuve, uno de los espíritus más abiertos y conciliadores, no fué generalmente justo, ni con Víctor Hugo, ni con Lamartine, ni con Vigny, ni con Musset, ni con Balzac; por lo mismo, considero á *Clarín*, á pesar de todo, y de la manera que tienen que considerarle en el fondo aún aquellos que en público ó en particular le censuran, como uno de los primeros críticos españoles. Su estudio de la *Poética de Campoamor*, sus *Ensayos y Revistas*, y sus prólogos á la traducción de Carlyle, al hermoso libro que sobre Goethe escribió González Serrano, y á la *Primera Campaña*, en la que mucho ha conquistado Altamira, bastarían de sobra para probar lo dicho. Téngolo, además, por gran conocedor del lenguaje castellano, aunque no por estilista, condición que no perjudica sus juicios, pues sabido es que el que no presume de tal, se preocupa más de lo que dice que de la manera con que lo dice.



La consideración que he hecho acerca de la sátira, debe aplicarse también á los escritos satíricos de don Emilio Bobadilla.

En cuanto al género de su crítica, no tiene semejanza con el género de las que aquí se ejercen, y si se le quisiera encontrar relación con la de otra parte, habría que buscarla en la crítica fisiológica de Max Nordau en su reciente libro *La Degeneración*, ó en la crítica experimental de Spronck en *Les Artistes littéraires*. Obsérvese que he dicho relación y no filiación, puesto que estos libros han aparecido después de publicados los de *Fray Candil*.

El crítico *siente* la obra artística, como el artista la naturaleza, en lo que hiere su sensibilidad favorable ó desfavorablemente, según su temperamento. Bobadilla siente, tal vez mejor que ningún otro crítico español, esas profundas turbaciones nerviosas que corren por el arte moderno, y le pasa al pintarlas lo que hermosamente decía France de Spronck, porque ha encontrado el género de la crítica que conviene á su temperamento. Familiarizado con las investigaciones de Wundt, Sergi, Mosso, Luys y Ribot; "por sus estudios fisiológicos y patológicos de las funciones del alma, puede ejercer en esas clínicas del genio que exigen un sentido recto, un espíritu científico, una observación penetrante y unos métodos seguros."

Pero estos hombres que nacieron para la clínica son terribles, como dice el mismo France. "Aman las enfermedades. Pinel no conocía nada más hermoso que una bella fiebre tifóidea". Diagnostican con delicia las más terribles neurosis literarias, y describen con placer los síntomas más alarmantes y las lesiones orgánicas más terribles.

El andamiaje científico es hoy, más que nunca, necesario en las obras de arte. Si al pintor y al escultor se les ha exigido siempre que conozcan la anatomía artística, no veo yo por qué al novelista que pretenda ser psicólogo, no puede pedírsele que sepa algo de psicología y de patología, y no mate á un apoplético con los mismos síntomas que á un anémico ó un tísico.

Á *Fray Candil*, como á todos los críticos de su escuela, basada en observaciones recientes y controvertidas, es natural que se le discuta; pero no creo que nadie pueda negarle, hablando sinceramente, que es, no sólo un literato de los más cultos en asuntos científicos, sino un artista verdadero y original.

*
* * *

Moderno en el pensar, clásico en el decir, sencillo, justo y equilibrado: todo eso es Jacinto Octavio Picón. Ha ejercido, además de la crítica de arte, de la que no podemos hablar ahora, la del género más difícil de criticar honradamente, del género dramático, en el cual el autor no dice todo lo que quiere, sino lo que el público le permite decir. En el teatro no cabe despreciar el criterio de las multitudes; los votos de calidad no valen más que cualesquiera otros durante las representaciones teatrales.

¿Cómo juzgar durante largo tiempo las obras nuevas, sin contagiarse de la vulgaridad y convertirse en un Jeremías constante, atrabiliario, á veces con razón, como fué Cañete, ó en un Sarcey, semidiós de la crítica adocenada?

Picón ha logrado mantenerse á la altura intelectual que le corresponde. Sus artículos, muy bien hechos y muy bien pensados, no satisfarán á todos; como manifiesta sus impresiones cultamente, á muchos les parece demasiado benévolo; en cam-

bio á los autores á quienes van enderezadas sus observaciones, y que las comprenden bien, les parece demasiado rígido; pero como Picón no escribe para el teatro y no tiene que dar gusto más que á sus íntimas convicciones, dice lo que siente, y lo dice de la manera que le parece mejor.

Como escribe novelas, nunca ha querido juzgar las de otro. Este detalle retrata por completo su espíritu tan limpio como su prosa.

*
* *

No he de hablar sobre los juicios que ha hecho la señora Pardo Bazán acerca de los escritores españoles contemporáneos. Reza un refrán que á moro muerto gran lanzada. Opino que en la que dió la señora Pardo al moro de Guadix, don Pedro A. de Alarcón, y en la que acaba de dar á otro moro muerto, del cual envidiaría la guzla el mismo Jathib, á Zorri-lla, han intervenido por mucho los prejuicios de que hice mención al hablar de la crítica ejercida por los mismos artistas. Lo propio imagino de su polémica con Pereda, de sus críticas de lo que llama *figurones históricos* de Núñez de Arce y de sus frecuentes censuras á las novelas de Picón y de Armando Palacio; no insistiré en esto, no obstante, porque al fin y á la postre es una opinión personal mía en la que es posible que ande equivocado. Pero en lo que se refiere á sus libros capitales, á los de crítica extranjera, sí doy mi juicio, puesto que éste no envuelve una apreciación, sino que señala un hecho que puede comprobarse por todos.

La inteligencia humana no es siempre andrógina; hay intelectos hembras que necesitan para concebir la fecundación extraña. Los libros de la señora Pardo Bazán, aunque sean hijos suyos, tienen padre.

La señora Pardo en *La Cuestión Palpitante* vulgariza las

ideas y los juicios expresados por Zola en *Les Romanciers naturalistes* y *Le Roman expérimental*. En *San Francisco de Asís* copia todo lo que es crítica literaria de Ozanam en su obra *Les poètes franciscaines en l'Italie du XIII siècle*, y por último, en las lecturas que acerca de la Novela en Rusia dió en este Ateneo la misma señora, no sólo toma los juicios, las anécdotas y las notas de *Le Roman Russe*, del Vizconde Melchor de Vogüe, sino que traduce línea por línea las palabras; de tal manera que, cuando no cita á Vogüe, lo copia, y cuando no lo copia lo cita.

La diversidad de criterios que existe en estas obras se explica por los parecidos que tienen con sus padres; de otro modo no hay cerebro que se manifieste naturalista por la mañana, místico por la tarde é intelectualista por la noche.

Con el sistema seguido por la señora Pardo, es muy fácil ser crítico universal; tradúzcase, por ejemplo, hoy á Heinrich, mañana á Sarrazin, pasado á Bentzon y en seguida á Harlez, y muy pronto se tendrá como resultado una nueva *Historia de la literatura alemana*; otros *Poetas modernos de Inglaterra*, otros estudios de la literatura y costumbres de Norte América, y otro examen de las *Tres literaturas antiguas, persa, india y china*. Nada, que en menos de los ochenta días de la novela de marras, se le da la vuelta al mundo como crítico literario.

Pero este sistema tiene sus inconvenientes: es muy posible, como le ha pasado á la señora Pardo, citar opiniones ó juzgar obras de autores que sólo han existido en las erratas de imprenta de los libros copiados; y es muy posible también, como le ha acontecido á la propia señora, trabucar una cita de segunda mano y hacerle decir á alguien lo que nunca imaginó.

La señora Pardo, verbigracia, al traducir, sin citarla por supuesto, una página de Leroy-Beaulieu, hizo decir á Humboldt que «*la magnitud de la Rusia es superior á la* DEL DISCO

DE LA LUNA LLENA», y para suponer que la luna llena no tiene la misma magnitud que la luna en conjunción, es necesario algo más todavía que para imaginarse, como la señora Pardo se imagina, que en los CALEIDOSCOPIOS y no en los estereoscopios es donde puede mirarse el «hermoso golpe de vista que ofrece un país nevado», ó que el patio de San Juan de los Reyes de Toledo «es una perla DEL ARTE PLATERESCO (!)».

Y volviendo á las obras citadas, es evidente que el concepto que tengo formado de las ideas de Zola, Ozanam, Montalembert y Vogüé no ha de cambiar porque las mire expresadas en castellano y no en francés.

Ya he dicho lo que opino de las obras críticas de Zola; admiro artísticamente el romanticismo católico de Ozanam y Montalembert, que es al de la señora Pardo lo que los frescos del Giotto á los de Overbeek en las basílicas de Asís; aplaudo á Vogüé, á ese poeta en prosa, exquisito discípulo de Taine, tan diverso del gran maestro, pero su *Novela en Rusia* mutilada á veces y despojada de la instrumentación de su prosa, pintoresca y musical, al ser traducida al castellano por la señora Pardo, me suena á Wagner tocado en gaita.

Á pesar de todo esto, que nada tiene que ver con el mérito de otros libros de diverso género literario escritos por la señora Pardo Bazán, creo que la literatura española debe estarle agradecida hasta por sus obras de crítica, que, al fin y á la postre, ha vulgarizado gallardamente en el *San Francisco* y en *La cuestión palpitante* ideas ajenas que aquí no eran conocidas.

*
* *

El tiempo apremia y encontraréis justificado que pase á hablar en seguida del escritor más sabio en humanas letras que ha tenido España, de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Todo encomio es pequeño al juzgar al autor de las *Teorías Estéticas en España*, obra magna, en la que tenemos en nuestra lengua los tres libros que, á decir de Brunètiere, faltan á Francia: una *Historia del Humanismo*, una *Historia de la crítica* y una *Historia de la influencia de las literaturas extranjeras sobre la nacional*.

Este libro no será de los que enriquecen á un autor, pero es de los que enriquecen una literatura entera. Está escrito del único modo con que se escriben los buenos libros de crítica: con documentos originales y con observaciones directas.

No temo equivocarme al decir que está hecho, como dijo el mismo Taine que hacía los suyos, viviendo con la obra el tiempo necesario, llevándola en el cerebro por la calle, por el paseo en coche y á pie, hasta que una observación de la vida diaria, la lectura de un periódico, cualquier detalle íntimo, completan la idea y le dan forma.

Estoy seguro de que á Menéndez y Pelayo le ha de haber acontecido como á Taine, leer cuatro tomos para escribir tres líneas. Así se hacen esas grandes obras de vasta doctrina y profundas enseñanzas.

Menéndez y Pelayo ha dicho, que el que termina un libro es discípulo del que lo empieza, es cierto, las enseñanzas de sus propias obras han transformado al que en los *Heterodoxos* fué un intransigente sectario en el crítico sereno de las *Teorías estéticas*.

Menéndez y Pelayo y Valera son en la actualidad por modos muy diversos los críticos españoles que están más lejos del dogmatismo.

Menéndez y Pelayo, no es un escéptico risueño y tolerante como Valera; pero tiene, como aconsejaba Joubert, el corazón y el espíritu hospitalarios.

XIV

Voy á concluir, señores.

No imaginéis que me engañaron mis esperanzas, mostrándome como hacedero lo que es imposible: encerrar en el marco de que dispongo un cuadro completo de la crítica en este momento de la historia de las letras. Sólo he intentado señalar sus principales matices, y para darles el justo valor artístico he tenido que recurrir alguna vez á los recuerdos de las escuelas que la precedieron.

Las cosas tal vez no sean como yo las miro, pero las pinto como las veo, y con esto queda satisfecha mi sinceridad de escritor.

Y aquí, sin querer, vuelvo á una de las notas características con que dí comienzo á este trabajo: al concepto del subjetivismo crítico y de la realidad artística. No se piense que yo creo que en la crítica no hay verdades objetivas que pueden comprobarse. Nadie hasta hoy ha imaginado, por ejemplo, que un verso pueda tener nueve sílabas para un crítico y once para otro; y si existen estas verdades incontrovertibles en la forma, las hay de la misma categoría en el fondo que con ellas se asocia; pero «si se trata de apreciar si la obra de arte representa la vida, como observa Guyau, la crítica no puede apoyarse sobre nada absoluto; ninguna regla dogmática tiene en su ayuda: la vida no se comprueba, se hace sentir, amar y admirar. Habla menos á nuestro juicio que á nuestros sentimientos de simpatía y sociabilidad».

Y hablando de otro punto que con éste se relaciona, y del cual ya antes hice mención, conviéndeme decir que yo no niego al escritor el derecho de escribir obras literarias, tendenciosas ó docentes, ni dudó siquiera de que alcance de este

modo á realizar la belleza; lo que niego es que el crítico tenga derecho de exigir esas mismas tendencias en la obra artística que juzga, porque pienso con Maupassant, que aunque «el público está compuesto de grupos numerosos que gritan al escritor: consuélame; diviérteme; entristéceme; enternéceme; hazme soñar; hazme reír; hazme temblar; hazme llorar; hazme pensar», los espíritus elegidos sólo dicen al artista: «Haz algo hermoso en la forma que convenga mejor á tu temperamento».

En estas ideas, á mi juicio, debe inspirarse toda crítica, y en ella se inspira gran parte de la contemporánea, que, como habéis visto, se ha transformado, y se ha transformado radical y favorablemente. ¿Quién preferiría hoy, á pesar de méritos que no discuto, un Planche á un Taine; un Johnson á un Arnold, ó un Hermosilla á un Menéndez y Pelayo? Y á pesar de esto, hay quien la da por muerta; no me extraña.

Á cada evolución de un género artístico se ha llorado la muerte del arte, y éste, eterno é impasible, sigue su carrera, dejando ahí el Partenón y la clásica serenidad del verso griego; aquí la Alhambra y la policroma poesía de las kásidas; allá los templos góticos con sus naves sombrías, en las que resaltan los amplios ventanales, donde parece que la luz se descompone y cuaja en santos de colores; allá la poesía de la Edad media con sus leyendas y sus Cristos, que desde los nichos de piedra y á la luz parpadeante de las lamparillas, sorprenden lo mismo besos que cuchilladas. ¡Y quién sabe si mañana en esos enormes puentes que la moderna civilización tiende sobre los ríos americanos y que parecen dos gigantes harpas eóleas unidas por los extremos y suspendidas sobre el abismo, el viento, ese poeta de poemas sin palabras, zumbando en los colosales bordones, inspire á los poetas de

otras edades la estrofa de nuestro tiempo, si es que nosotros no la hemos sabido cantar!

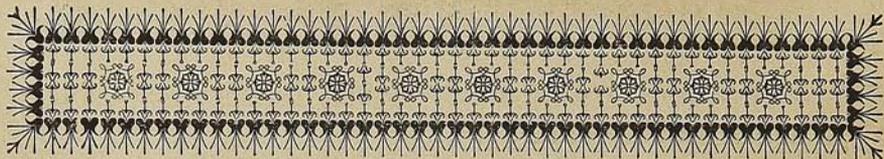
La crítica verdadera, libre de trabas y exclusivismos, desplegando una inteligencia que perdona y reconcilia, vive en lo presente, pero piensa también, como Augusto Comte, que la humanidad «es más rica en muertos que en vivos», y quiere vivir también en lo pasado, paladear la vida con todos sus sabores, y en el vasto horizonte del arte verlo y comprenderlo todo, y ¿por qué no?

¡Qué tiene de extraño que allá en las misteriosas complejidades del cerebro, donde se elabora la idea, y con los fragmentos del recuerdo se forja la esperanza; que allá donde las generaciones que nos precedieron dejaron algo suyo, á lo que responden las células con vibración inconsciente, haya para cada dios un altar, para cada virtud una estatua, para cada sentimiento un cariño y para cada arte un entusiasmo.

Nuestra alma, el alma moderna, es una abeja de las flores del arte de todos los tiempos. Liba en el nelumbo índico, que engendra el nirvana y el olvido, la miel narcotizada de las literaturas orientales; busca el enervante perfume de los nardos de Sulamita en el bíblico Cantar; extrae el zumo de los mirtos que ciñeron á Cloe y de las rosas que coronaron á Lidia; zumba entre las que fueron galardón de trovadores y caballeros en los torneos y justas de amor; llega á las que deshoja Ofelia y á las que recoge Margarita, y se posa, no sólo en las flores sanas de nuestros tiempos, sino hasta en esas pobres «flores del mal» crecidas á los rayos oblicuos del sol del arte en las literaturas decadentes, y que exhalan un perfume, mezcla de hachís, de tabaco, de alcohol y de morfina.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Mejicano



EL "ROMERSHOLM" DE IBSEN



Después de haber visto la derrota de Brand, de Stockman, de Hialmar y de Nora, el gran Ibsen comprendió que era imposible salvar á la humanidad del abismo hipócrita en que las convenciones sociales la han precipitado. De allí la amargura dulce y burlona de sus últimas obras.

En la *Dama del Mar*, en *Hedda Gabler* y en *Romersholm*, Ibsen no da ningún consejo á los hombres, sino que se contenta con decir lo que ha soñado y lo que ha visto. Algunos críticos pretenden que la historia de Rosmer es una nueva muestra de la impotencia del genio aislado ante la masa inmensa de hombres necios que desconocen la pureza del Ideal. Yo prefiero no ver en *Romersholm* más que una leyenda humana, sin tesis y sin fondo trascendental. Por eso voy á hablar de él, como otros han hablado de *Hedda Gabler*, sin hacer ninguna consideración filosófica.



El pastor Rosmer es un hombre docto y austero que vive en una casa de campo cuyas paredes están tapizadas de mapas instructivos y cuyos balcones dan sobre el panorama de un torrente maravilloso. Lo único que amarga su existencia, sin embargo, es la vista de ese torrente, por haber sido en él donde su mujer encontró la muerte una noche de locura fúnebre. Pero su tristeza es resignada, y el recuerdo de la difunta llega á no ser para él sino una visión lejana y melancólica. Kroll, su antiguo compañero de placeres, le dice un día:

—Si no vengo á verte á menudo, es porque temo que mi presencia avive en tu memoria el recuerdo de la desgraciada que supo, en otro tiempo, animar con sonrisas llenas de gracias la severidad de este hogar.

—Tu idea es noble, contesta Rosmer, pero si no es más que por eso, te aseguro que haces mal en no visitarme todos los días... Yo no siento ninguna amargura cruel cuando pienso en la pobre Felicia. En casa se habla de ella á cada minuto y su nombre nos acompaña siempre. Más aun: desde hace algunos meses casi me parece dulce pensar en ella, pues creo haber hecho todo lo posible por ayudarla á vivir felizmente en este valle de lágrimas.

Otra de las causas que contribuyen á la felicidad sentimental de Rosmer, es la compañía de cierta ama de llaves que después de haber sido la mejor camarada de Felicia, llega á convertirse en verdadera señora de la casa, sin dejar por eso de ser una simple amiga del pastor.

Kroll lo comprende así, y dirigiéndose á ella, dice:

—Eres una buena muchacha, Rebeca. Felicia debe de bendecirte desde el cielo por la solicitud con que cuidas á nues-

tro amigo. De hoy en adelante vendré á visitarte todos los días...Ahora necesito hablar de cosas serias con Rosmer.

Lo que Kroll desea, es que el pastor lo ayude en una campaña política que piensa emprender contra el partido radical.

—Puesto que nuestros enemigos han conseguido apoderarse del poder, le dice, es necesario que nosotros nos apercebamos á la defensa. Yo estoy decidido á obrar con energía. En la lucha no han de faltarme ni fuerzas ni medios de acción. Por lo pronto, ya he conseguido ser propietario de *El Eco del Distrito*, y lo único de que en este instante he menester, es de un redactor...Tú serías ese redactor, ¿no es cierto?...El solo nombre de Juan Rosmer me parece ya un triunfo para el partido. Yo estoy considerado en el país como un hombre de ideas demasiado netas, y mi nombre es símbolo de fanatismo rabioso, por lo cual el pueblo haría poco caso de mis artículos; tú, en cambio, que siempre has vivido solitariamente, lejos de motines y de revoluciones, tienes fama de hombre justo y tu nombre es suma y compendio de docta mansedumbre. La profundidad de tus ideas y la rectitud de tu carácter, son proverbiales. Los Rosmer de Romersholm han sido siempre sacerdotes, militares, altos dignatarios, almas honradas y corazones bondadosos, que desde hace más de dos siglos ilustran el distrito. Las tradiciones de tu raza te mandan tomar parte en esta cruzada, que tiene por objeto defender las buenas ideas de antaño...¿No es cierto, Rosmer?

—Nó, responde Rosmer, no es cierto. Hace diez años fuimos correligionarios, pero hoy ya no lo somos, ya no podemos serlo. Mis ideas han sufrido un cambio radical. Un nuevo rayo de juventud ha iluminado mi espíritu y en este instante soy amigo de los que viven libremente obedeciendo los consejos del instinto. Lo único que me apena es saber que este cambio te entristece: pero, ¿qué quieres que haga? Me pides

que trabaje en favor de la Nobleza, y te respondo que para mí la nobleza es la alegría y la Libertad. La corrupción está más cerca de las levitas que de las blusas. Soy lo que se llama desdeñosamente un humanitario. Ninguna de mis ideas es hija del ambiente político que hoy se respira en el mundo. Lo único que deseo es comulgar en el cáliz del pueblo y decir á los hombres: «unidos en un brazo de amor, todos sois hermanos; el advenimiento de la santa igualdad no puede tardar; unámonos para recibir el Cristo nuevo.» Y no vayas á creer, mi buen Kroll, que este es un ensueño pasajero y frívolo. ¡Oh, nó! Este es un ideal tan antiguo como firme, del cual nunca quise hablar delante de tí, para evitarte una pena inútil. Hoy la culpa ha sido tuya... después de todo, más vale así. El disimulo, entre amigos, es odioso, y te autorizo para que repitas mis palabras ante todos mis amigos partidarios. Si me abandonan, lo sentiré, pero siempre me quedará el consuelo de saber que no estoy solo en el mundo de las grandes ideas. La dulce Rebeca me acompañará, con su amistad, en el aislamiento.

—¿Rebeca? exclama Kroll, ¿Rebeca?... Esto me hace pensar en ciertas palabras de Felicia...

Y luego se marcha, sonriendo maliciosamente sin querer explicar el misterio inquietante de su frase.

Rosmer no se apura. «La verdadera fortuna, dice, consiste en tener la conciencia tranquila.»

En seguida se acuesta; se duerme, y ve desfilar entre la bruma de sus ensueños una inmensa caravana de hombres libres que van hacia la Verdad y hacia la Dicha.

*
* *

Al día siguiente Kroll viene á verlo de nuevo, pero ya no como amigo, sino como juez.

—Tú te figuras, querido Rosmer, le dice, que la pobre Felicia se suicidió en un momento de locura. Esa es una idea falsa... Te diré por qué... pero no me interrumpas... En los últimos años de su vida, Felicia vino á verme dos veces: la primera para decirme que tú estabas á punto de perder la fe católica; la segunda para asegurarme que estaba dispuesta para abandonar este mundo con objeto de que tú fueses feliz al lado de otra mujer. Yo no quise dar importancia á sus palabras, porque la creía loca. Hoy comienzo á comprender que el loco era yo, y que ella era un profeta... Sí, Rosmer, sí; tú has perdido la fe, y además eres dichoso pudiendo gozar libremente del cuerpo de Rebeca...

Al oír esta acusación, el pastor se pone pálido y responde con energía que Rebeca no es sino su amiga, sólo su amiga, nada más que su amiga; que si Felicia había creído eso, Felicia se había equivocado; que si Kroll lo cree, Kroll se equivoca; que los hombres honrados saben que él es incapaz de pecar, y que los que dicen lo contrario, lo calumnian.

Al fin recobra la calma y repite interiormente la frase de su evangelio: «La verdadera fortuna consiste en tener la conciencia tranquila.»

*
* *

¡Pobre Rosmer! Su conciencia está limpia, y en el fondo de su alma sigue brillando la honradez; pero su corazón llega á turbarse. Las frases violentas de Kroll le hacen reflexionar sobre la naturaleza oculta de su simpatía; y de su reflexión nace una duda terrible—«¿Será cierto que él haya amado á Rebeca sin saberlo y que Felicia lo haya comprendido?» Para tranquilizarse llama á Rebeca y se lo cuenta todo.

Luego le dice:—Yo estaba seguro de que tarde ó temprano un hombre enturbiaría el agua pura de nuestra amistad con

el lodo de la calumnia; pero nunca pude creer que la acusación de mi enemigo llegase á ser tan cruel y tan creíble. El ardor de nuestra alianza espiritual no me pareció nunca pecaminoso. En el fondo, no creo tener nada que reprocharme... nada más que la muerte de esa pobre Felicia que vivía á nuestro lado, que nos observaba con solicitud enfermiza y que pudo figurarse... ¡Ah! la duda es horrible... Su cerebro hizo combinaciones, y me vió huyendo de la Iglesia para acercarme á tí... Esta revelación ha hecho cambiar en un día todo mi gran sistema de dicha; basado en la comunión casta de los sexos. Hoy ya no sé si debo creer en la fuerza de mi amistad. Mi vida futura estará llena de combates interiores, de inquietudes secretas, de sensaciones misteriosas... Lo único que podría salvarme de este pasado cruel, sería un presente vivo, robusto... El matrimonio... otro matrimonio... una mujer... Yo no quiero atravesar la vida con un cadáver sobre la espalda. Es necesario que tú me ayudes á desembarazarme de ese cadáver; es preciso que tú contribuyas con el ruido de tus besos á ahogar el murmullo del recuerdo... Sé mi esposa.

—¿Yo? exclama Rebeca con alegría. ¿Yo?

—¿Sí, Rebeca, tú, tú, tú.

—Es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque entre nosotros hay un cadáver.

—¿Un cadáver?

—Sí; un cadáver. Oye.—Y Rebeca hace entonces la historia lamentable de su vida interior.

*
* *

He aquí el relato de Rebeca, reducido á veinte líneas:

—Cuando yo vine á Romersholm tuve la revelación de un mundo nuevo. Mi tutor me había enseñado algo de todo: yo

era casi un sabio; mi cerebro estaba lleno de ideas incoherentes sobre la vida. Mi sueño dorado consistía en tomar parte activa en la lucha que acaba de entablarse en favor de la libertad. Cuando supe que tú habías sido educado por un filósofo radical, quise asociarme misteriosamente á tí para marchar por el mundo que se abría ante mi paso en compañía de un hermano espiritual. Entre nosotros había un muro siniestro que yo traté de destruir creyendo que tú no podías llegar á ser verdaderamente libre sino viviendo en plena luz. Ahora bien; para destruir sin ruido ese muro, tuve que emplear algunos instrumentos refinados é invisibles. Lo primero que hice fué filtrar en el cerebro de Felicia la idea de que tú eras desgraciado al lado suyo: luego la dejé adivinar que yo era un peligro para tu fidelidad, y al fin concluí por obligarla á creer que sin ella tú serías el hombre más dichoso del mundo. Todo esto es criminal, sin duda, pero no tanto como pudiera creerse. En el fondo yo misma apenas era el verdugo de un tirano fatal que se llama Destino. En mí no había ni fría premeditación ni razonamiento perverso, sino verdadero deseo de hacer tu felicidad, sacrificando un obstáculo. Yo quería apartar á Felicia de nuestro camino; pero no me daba cuenta del resultado de mi maniobra. Cada vez que daba un paso oía una voz interior que me gritaba: "no vayas más lejos, no vayas más lejos, no vayas más lejos"... y, sin embargo, yo iba más lejos, sin poder detenerme; y daba un nuevo paso, y luego otro, diciéndome siempre: "éste será el último,"... hasta que, en efecto, vino el último... para llevársela á ella...

*
* *

Al oír esa confesión, Rosmer trata de huir, de esconderse, de no volver á ver á Rebeca, de olvidarla... Pero imposible.

Su corazón puede más que su cerebro, y después de hacer mil esfuerzos vanos por recobrar la libertad, acaba por declararse más esclavo que nunca.

La escena final es un poema doloroso y terrible.

Héla aquí, casi sin ningún cambio:

Rosmer y Rebeca están de pie junto á la ventana que da sobre el torrente.

—Después de todo, Rebeca, lo mejor es que nos separemos.

—Sí, Rosmer: yo debo marcharme en el acto.

—Sin embargo, es necesario gozar de nuestros últimos instantes de amistad... de amor, iba á decir... acércate, Rebeca.

—¿Qué quieres decirme, Rosmer?

—En primer lugar que no debes estar inquieta por tu porvenir.

—¿Mi porvenir?... ¡Ah!...

—Yo he pensado en todo, y desde hace tiempo tu suerte material está asegurada.

—¿Has pensado en eso?

—Sí, naturalmente, en todo.

—Hace muchos años que yo no tengo tiempo para reflexionar sobre asunto de tal género.

—Tú te figurabas que esto duraría eternamente.

—Sí...

—Yo también, pero siempre he pensado que podía morir.

—¡Oh! tú vivirás mucho más que yo.

—¡Quién sabe! yo tengo el derecho de hacer lo que me convenga de mi existencia.

—¿Qué quieres decir con esas palabras...? Piensas en...?

—¿Por qué no? Después de la terrible, de la lamentable derrota que he sufrido... ¡Y yo que deseaba vivir para ser

útil á mi causal... Ni siquiera he comenzado á luchar y ya estoy huyendo.

—Vuelve á luchar, Rosmer, vuelve á luchar. La victoria te espera. Gracias á tí, muchos millones de almas conocerán la verdadera nobleza.

—Imposible, Rebeca; yo mismo ya no creo en mi causa.

—Sin embargo, está probado que es una causa hermosa puesto que ha logrado ennoblecerme á mí; yo soy ahora noble, gracias á tu ejemplo.

—Si yo pudiera creerlo...

—¡Ah, Rosmer!... ¿No hay nada, nada, que pueda convertirte?

—No hablemos de eso, Rebeca; no hablemos de eso, por Dios, no hablemos de eso...

—Al contrario, Rosmer, es necesario hablar de eso, sólo de eso... ¿Conoces algún remedio para curar el mal de la duda? Yo no conozco ninguno.

—Tanto mejor para tí... y para mí...

—Nó, nó, nó; eso me basta. Si tú conoces algún medio para que yo me justifique ante tí, tengo derecho á conocerlo... Díme cuál es.

—Pues bien... pero no... es imposible... sin embargo... ¿Dices que sientes un amor inmenso?... ¿Pretendes que he ennoblecido tu sér? ¿Has hecho bien tus cuentas?... ¿Quieres probármelo?

— Sí, sí.

—¿Y cuándo?

—Cuando quieras; mientras más pronto, mejor.

—Está bien, Rebeca. Veamos, pues, si por amor estás dispuesta esta noche misma... ¡Oh, nó, nó, nó!

—Sí, Rosmer, sí, sí... Continúa, dime lo que deseas y verás.

—Tendrás el valor de...serías capaz de tomar alegremente, por el amor que me tienes...esta misma noche...el camino que tomó Felicia?...

—¡Ah! (levantándose lentamente y con una voz apenas perceptible.) ¿Rosmer?...

—Sí, Rebeca; ese es el problema que se presentará eternamente ante mí, cuando tú te hayas marchado. Se me presentará á todas horas...¡Ah! ya creo verte...hété allí, en el puentecillo, justamente sobre la cascada...te inclinas, te da un vértigo...vas á caer en el agua...caes. Nó; ¿no es cierto que te arrepientes y que no te atreves á hacer lo que ella hizo?

—¿Y si lo hiciera? ¿Y si tuviese el valor? ¿Y si no me faltara esa voluntad gozosa?...¿Qué dirías tú?

—Entonces creería en tu amor; creería en mi causa; estaría seguro de que puedo ennoblecer el alma humana y que el alma humana es susceptible de ser ennoblecida.

—(Se levanta, toma su chal, se cubre.) Voy á devolvarte la fe.

—¿Tienes el valor y la voluntad de hacerlo?

—Ya lo verás, mañana ó pasado, ó cuando saquen mi cadáver del agua.

—¡Horrible seducción!

—Yo no quiero quedarme *allí* mucho tiempo; es necesario hacer que mi cuerpo sea sacado en breve plazo.

—¡Todo esto es una verdadera locura! Quédate ó márchate, como quieras, pero no hablemos más de suicidios. Te creo sin necesidad de pruebas.

—Esas son palabras, Rosmer, sólo palabras. Y ya basta de estratagemas y de cobardías. Después de lo que ha sucedido, tú no puedes creer en mi palabra.

—Pero es que tampoco quiero ser testigo de tu derrota.

—Eso no será una derrota.

—Sí, si lo será. Tú no estás hecha para tomar el camino de Felicia.

—¿Crees que nó?

—Te lo aseguro. Tú no eres como Felicia; tú no vives bajo el imperio de esa locura que hace ver la vida desde un punto de vista falso.

—Nó; pero al fin he llegado á ver con indiferencia, como se ve en Romersholm. Soy culpable; necesito ser castigada.

—¿Has llegado hasta ese extremo? (*Mirándola fijamente.*)

—Sí.

—Está bien; pero yo veo la vida como los espíritus libres deben verla. Nosotros no dependemos de ningún tribunal; nosotros mismos debemos juzgarnos.

—Justamente, justamente. (*Comprendiendo mal.*) Y así, si me voy, puedo salvar lo más precioso que hay en tí.

—En mí no hay nada que pueda ser salvado.

—Sí, Rosmer; yo no puedo ser sino el mal genio que, yendo en el mismo navío en que tú te embarques, se pondrá siempre de pie en uno de los costados del puente para hacerlo vacilar é impedir su marcha. Es necesario que me echés al mar. ¿Ó te figuras que es mejor dejarme libre para que vaya á arrastrar por el mundo una existencia fatal, para que me desespere llorando la dicha que se me ha escapado de entre las manos y la fortuna que el pasado de mi vida me ha hecho perder?... Más vale salir del mundo.

—Si te vas, me voy contigo.

—Sí, Rosmer, ven; sé testigo de lo que voy á hacer.

—Te aseguro que te seguiré.

—Hasta el puentecillo; nada más que hasta el puentecillo en el cual nunca te atreves á poner el pie.

—¿Has notado que nunca paso por el puente?

—Eso ha sido lo que siempre me ha hecho perder la esperanza de ser amada; eso me ha hecho ver que nunca has podido olvidar á *la otra*.

—Ahora mismo, Rebeca, te tomo por esposa.

—Gracias, Rosmer; y ahora que soy tu mujer, me marcho al sacrificio con alegría.

—El esposo y la esposa no deben separarse nunca.

—Hasta el puentecillo, Rosmer.

—Yo subiré contigo é iré donde tú vayas; tengo valor para hacerlo.

—¿Estás seguro de que el mejor camino para tí es el camino que yo siga?

—Estoy seguro que es el único.

—¿Y si te engañas?

—El marido debe seguir siempre á su mujer.

—Ante todo, dime una cosa: ¿quién, entre nosotros dos, sigue á quién?

—Sería un imposible saberlo.

—Sin embargo, yo querría saberlo.

—El uno sigue al otro, Rebeca; tú me sigues á mí; yo te sigo á tí; los dos nos seguimos...

—Eso es lo que yo creo.

—Ahora ya no somos más que uno.

—Sí; ya somos uno. Ven... Vamos alegremente á donde se fué Felicia... Ven... Ven.

Y salen en efecto, cogidos de las manos, camino del torrente. Un instante después los dos cuerpos, animados por el mismo espíritu de sacrificio apasionado, se arrojan desde el puentecillo.

—¡Socorro! grita la señora Helsetk. ¡Socorro!

Pero no hay socorro posible. «El alma de Felicia los ha agarrado».

*
* *

—Y bien—le dije á Marcelo cuando salimos del teatro—
¿qué piensas de *Romersholm*?

El poeta no quiso responderme y se contentó con sonreír. Su espíritu latino se sublevaba contra la bruma del norte que envuelve todas las frases de Ibsen y su cerebro armónico sentíase desconcertado ante la rudeza del carácter bárbaro; pero su alma de hombre se encontraba dominada por el genio del poeta enemigo y se estremecía ante el recuerdo de Rebeca y Rosmer.

—Mientras sus labios sonreían, sus pupilas iban cubriéndose de fosforescencias luminosas.

Unos días después volví á preguntarle qué le parecía el drama.

—*Romersholm*, respondiome, es una barbaridad.

Y, en efecto, es una barbaridad, pero es una barbaridad grandiosa. Todo en él parece sobrehumano, y, sin embargo, todo en él conmueve. Cada personaje que sube á las tablas representa un símbolo vago; cada frase es un examen de conciencia ó un análisis psicológico; cada actitud compendia un estado del alma universal. En su estructura, *Romersholm* sólo parece un drama filosófico, escrito para los hombres iniciados. No obstante, en la escena, las ideas desaparecen y a emoción triunfa. Tanto es así, que después de haberla visto representar varias veces, ni siquiera me acuerdo de la tesis (en caso de que haya tesis y yo no lo creo como ya lo he dicho), y en cambio aun veo palpitar el alma perversa y encantadora de esa pobre Rebeca que murió de amor.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO
Guatemalteco



JUAN AGUSTÍN BARRIGA

(SEMBLANZA LITERARIA)



Este hermoso y raro ejemplar de hombre y de literato es uno de los más valientes desmentidos á las exageraciones de la crítica histórico-literaria. Al que haya estudiado seriamente las condiciones en que se desenvuelven los pueblos hispano-americanos, su índole, sus tendencias, instituciones y costumbres, el giro de sus ideas y el carácter de su confusa educación literaria, el hallar un hombre de las calidades especialísimas del que aquí queremos retratar debe necesariamente causarle la más honda y grata sorpresa. Juan Agustín Barriga es un retoño de esos selectos espíritus del Renacimiento, que unían á la alteza de la mente la cultura más amena, refinada y flexible. Hombre de fe religiosa á la vez ardiente y serena, de firmes doctrinas, de carácter enérgico, de temperamento nervioso, es una protesta viva contra las vanas teorías, las fórmulas abstractas, las declamaciones sonoras, la laxitud de carácter, la falta de bien templados resortes, las compla-

cencias eclécticas, la debilidad mental, en una palabra, tan comunes en las clases cultas y dirigentes de nuestra América Española. Y no se crea, por ello, que se trata de un áspero anticuado, reñido con la cultura contemporánea, ni con nada de aquello que en nuestros tiempos pueda significar un verdadero y legítimo progreso. Es, al contrario, un espíritu esencialmente moderno, aunque impregnado del más puro aroma del Renacimiento. Como hombre y como artista, vive al aire libre, observando y estudiando cuanto le rodea, sin detenerse nunca en la superficie y vana apariencia de las cosas, sino ahondando poderosamente en ellas, puesta siempre la mira en los objetos y en los anhelos más altos.

La personalidad de Juan Agustín Barriga se caracteriza y distingue, á nuestro juicio, por una gran complicación y riqueza de elementos y energías en tensión y actividad constantes, refrenados, encaminados y como reducidos á unidad y armonía por la mano sabiamente ordenadora de la Religión que profesa. Sin ésta, es probable que esas energías hubieran estallado con violencia, arrojándole en la vorágine de las pasiones sin freno, de los grandes esfuerzos estériles y de esas hondas perturbaciones de espíritu en que nuestro siglo es tan terriblemente fecundo. De sensibilidad intensa y viva, pone en todo un calor comunicativo y un noble entusiasmo, que le es propio. No obstante su experiencia y sus hábitos literarios, que embotan el gusto á tantos escritores, la belleza artística superior produce en su espíritu emoción tan profunda que repercute inmediatamente en sus nervios. Desdeña, por esto mismo, la *sensiblería*, como desprecia el vino falsificado el que sabe gustar y tiene hábito de beber del legítimo.

Con tales condiciones, y su activa participación en la política de Chile, en la que se ha hecho respetar y temer por su causticidad y sus grandes dotes de orador parlamentario, cla-

ro está que nuestro amigo debía levantar á su paso airadas resistencias, y que no podrá ser, ni en su patria ni en América, un hombre verdaderamente popular. La raza intelectual á que pertenece, escasa ya también en Europa, tiene, sin embargo, en ella, una atmósfera más propicia, formada de tradiciones y recuerdos, y de una sabia cultura. En América, donde toda declamación tiene su asiento, aun en las regiones más encumbradas; donde la política y las letras se hallan contaminadas de estériles abstracciones y de utilitarismo grosero, los rarísimos representantes de dicha raza son como una viva ironía, como un hiriente sarcasmo de cuanto se tiene generalmente por bueno. Parece que con sólo existir, incurren ya en insolencia,

*Ch'amíco in terra, a lungo andar, nessuno
resta a colui che della terra è schivo*

Y sin embargo, ¡qué falta hacen en América hombres como éstos, si ha de salir algún día del período á la vez embriionario y decadente por que atraviesa!

En el orden literario, á que especialmente debemos ahora circunscribirnos, Barriga no es menos excepcional y excéntrico en América. La producción moderna en general, y la hispano-americana en particular, adolecen, entre otros muchos defectos, de apresuramiento y ligereza, y de una como ansia de publicidad y de buen éxito instantáneo. Se escribe, como observa Gladstone, al minuto y para el minuto. Sucede así que la mayor parte de nuestros escritores comienzan a escribir desde el punto mismo en que comienzan á estudiar, haciendo su aprendizaje fastidiosamente ante el público, y aun dado que, salvando los límites vulgares, lleguen por fin á aquella perfección y maestría propias de los verdaderos artis-

tas, dejan tras de sí no pocos escritos que aumentan el volumen, pero no el mérito de su obra, de los cuales ellos mismos se arrepienten luego. Sucede también que, una vez lanzados á escribir, se juzgan comprometidos á hacerlo constantemente, aunque vivan cien años, y se avergüenzan de confesar que no tienen obra alguna entre manos, sin comprender los inmensos beneficios que al artista llevan la concentración, la meditación y el temporario silencio.

Juan Agustín Barriga forma peregrino contraste con todo esto. Ha estudiado y observado primero, con amplitud y á fondo, conquistando en buena lid el derecho á ser escuchado, antes de llamar á sí la atención del público. Raro, rarísimo será en nuestros días el hombre que, sabiendo tanto como él sabe, poseyendo tan altas dotes de escritor y de artista, y hallándose ya tan maduro para la buena producción literaria, haya escrito ó por lo menos, publicado tan poco. Es un caso ejemplar y admirable de severa conciencia literaria. En vez de andar perdido tras el viento de la publicidad, para obtener que dé á luz lo que escribe, hay que arrancárselo casi á viva fuerza de las manos.

¡Y cómo escribe! ¡Qué vigor y qué hermosa desnudez de estilo! ¡Qué rica y gallarda prosa castellana! ¡Y qué agudeza, qué penetración fácil y rápida en sus observaciones críticas! Su talento es especialmente crítico, á tal punto, que no conocemos escritor alguno hispano-americano, con la única excepción del ilustre colombiano Miguel Antonio Caro, que en tal concepto, pueda equipararse. Es, en efecto, admirable la aptitud de nuestro amigo para determinar el carácter típico de escritores y artistas, y lo es asimismo su poder analítico y la seguridad con que acierta siempre á señalar el rasgo de mérito, el verso substancialmente poético, la imagen delicada ó graciosa, el ingenuo y puro sentimiento, sin dejarse des-

lumbrar jamás por los falsos esplendores con que, aun en los verdaderos artistas, van muchas veces aparejados. Aunque sea al pasar y de prisa, y dirigiéndose á otro objeto, sabe caracterizar con precisión infalible al escritor que menciona, como cuando, en su magnífico *Discurso sobre la lengua castellana como instrumento del arte literario*, dice que "un sobrehumano entusiasmo, como en nube de fuego, arrebatava á los alcázares del cielo la *fantasía* de León y *el alma toda* de la insigne carmelita", frase profunda que deja traslucir mucho más de lo que literalmente expresa. Sin hacer versos, conoce asimismo y siente como pocos sus más delicados secretos y hechicerías.

En medio de ese pseudo-realismo, burdo y miope, que ha invadido últimamente las letras, y que hoy, viendo imposible el triunfo definitivo, comienza á batirse en retirada, Barriga, prefiriendo el arte á la moda artística, que tanto imperio tiene sobre los débiles, se ha mantenido fiel á las tradiciones de su alta estirpe literaria, negando el incienso de sus supremas admiraciones á la pintura, aun magistral, de las cosas visibles sobre las que imperan los ojos, de los fenómenos fisiológicos, ó la descripción detallada y exacta, únicas cosas *reales* para los ciegos del alma, y reservándolo con fruición para el arte, mejor nacido, que sabe penetrar con vuelo poderoso en los inmensos dominios del espíritu en busca de realidades sublimes, y transformar en hermosura resplandeciente y viva sus más íntimos secretos y sus concepciones más profundas. El piensa, y razón le sobra, que quien ha sido digno de levantar su mente hasta las cumbres más altas, y de tener por reina y señora de sus pensamientos á la espiritual y soberana hermosura que brilla en *El Convite* de Platón, en el sublime discurso del Bembo en *El Cortesano*, y en *Los Nombres de Cristo* del gran agustino español, podrá echarles una flor ó

un piropo, pero no enamorarse rendidamente de las fáciles bellezas callejeras del naturalismo francés contemporáneo. Tal es su noble ideal artístico.

Barriga no reniega de la raza á que pertenece, ni la desdenna, ni la llama falsa é hipócritamente *latina*, sino *española*, como Dios manda. Siéntese unido á ella por los poderosos vínculos de la naturaleza, de la religión y de la lengua, y dista mucho de querer insensatamente romperlos. Pero no por ello desconoce las variedades que la naturaleza circunstante, entre otras causas, impone, ni menos renuncia á la independenciam de su sereno espíritu crítico al discurrir sobre las condiciones propias de aquélla, sus cualidades y defectos, ó sobre el inmenso caudal de su producción artística y literaria.

La instrucción y lectura de este escritor es tan vasta como selecta. Pero no la deja en el estado en que la recibe, sino que va asimilándosela por la meditación y la reflexión severa á que constantemente la somete. Así fecunda ella su espíritu y brotan á su contacto las ideas. Y no sólo ha explorado por cuenta propia las regiones literarias donde despliegan sus galas las creaciones universalmente conocidas del ingenio humano, sino también los santuarios recónditos donde se recata esa belleza exquisita y quinta-esenciada, inaccesible á los profanos, y que sólo descubre sus encantos á quienes la contemplan de cerca con lámpara de mago. Auxiliado de su gran memoria, complácese en sus conversaciones familiares, en desplegar, como si los tuviese delante de los ojos, los acumulados tesoros, descubriendo y poniendo de relieve con sagacidad extraordinaria, contrastes y analogías tan justos como inesperados entre los más diversos autores de diferentes tiempos y naciones.

Hemos apuntado la desnudez de su estilo, y en verdad que toda su varonil energía, su amplitud y lozana hermosura na-

cen, no de su exterior atavío, ni de su pedrería deslumbrante, sino de la rica forma íntima en que su pensamiento natural y sencillamente se encarna, y que viene á formar como un todo indisoluble y armónico con el pensamiento mismo.

Entre las obras suyas que conocemos, debemos mencionar, en primer término, el ya citado *Discurso* sobre las condiciones literarias de la lengua castellana, que tan alto elogio arrancó á Menéndez y Pelayo, y en que tan profundos conocimientos revela de nuestro idioma y literatura. Señala en él con mano firme las verdaderas causas de las corruptelas que invaden nuestra espléndida lengua, estudia su carácter, cualidades y deficiencias, y refuta victoriosamente con gran fuerza dialéctica y noble elocuencia, cuanto se ha dicho por quienes la ignoran, sobre su escasa aptitud para la expresión de las ideas y sentimientos modernos.

Notable es asimismo su *Estudio* sobre ambos Moratines. Nadie hasta ahora ha señalado con tanta precisión como él el carácter y mérito de *Inarco Celenio*, y la esfera propia en que se mueve. En el caos formado por la crítica moratiniana, ya por exceso de amor, ya por ignorancia y odio, nuestro amigo ha hecho la luz, poniéndose en el verdadero punto de vista y dando al ático y discutido autor de la *Elegía á las Musas* lo mucho bueno que legítimamente le corresponde, sin por ello alzarse á esferas que no son las suyas. Nada mejor observado y dicho que el curioso contraste entre la agitación y tumulto del mundo que le rodeaba y su apacible vocación literaria.

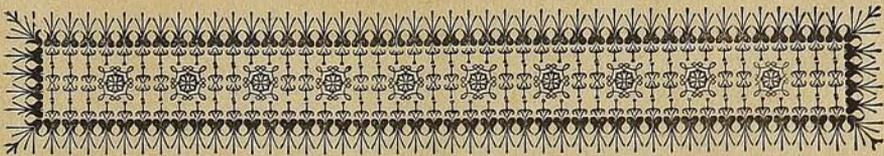
Pero á estos y otros trabajos de tan sólido mérito, excederá sin duda en importancia la vasta é interesantísima obra que está ahora escribiendo sobre *El sentimiento de la naturaleza en la literatura española*. No prejuzguemos, sin embargo, y mientras confiamos en que con ese y otros grandes

estudios sabrá pagar como bueno la sagrada deuda que por su saber y talento tiene contraída con las letras castellanas, terminemos haciendo constar con el más legítimo orgullo que este hombre pertenece al cortísimo número de aquellos *quos æquus amavit Jupiter*.

CALIXTO OYUELA

Argentino





LOS PARNASIANOS EN AMÉRICA



I

Ya, en la aurora del naturalismo literario, pensadores eminentes miraron desde las cumbres de la visión profética, cómo la nueva escuela del positivismo en las artes había de transformarse y morir. Porque la humanidad, sólo en instantes que hacen excepción en la historia puede prescindir de lo ideal y lo invisible; lo que está sobre la naturaleza corpórea y constituye el espacio infinito que llenan con misterios y encantos la metafísica, la poesía, la religión. Vieron claramente que el naturalismo era contrario á la naturaleza, ya que limitaba ésta á las funciones fisiológicas, y que por lo mismo debía perecer, como toda obra y tentativa que tienden á cercenar el mundo y á contradecir sus armonías.

Ahora, al fin del siglo, precisamente en el momento histórico en que se estimaba definitivo el triunfo de la secta y

cuando su pontífice de París lo declaraba así, en una célebre *alocución* dirigida á la juventud francesa, los espíritus perspicaces pueden notar que los pies de barro de la estatua tiemblan ya, incapaces de sostener el ídolo.

El hombre no puede vivir sin la metafísica, no puede vivir sin Dios; y todas sus grandes facultades le llevan al arcano religioso y á lo sublime en las artes. La reacción tenía que venir, y la reacción es un hecho.

Del fondo mismo de aquella filosofía desolada, de las entrañas de aquel análisis fatalista, se levantan, como vaporcillo tenue, el ideal y el ensueño místicos, tan esenciales al alma como el aire á la respiración.

Pero el movimiento tenaz, aunque reposado, va por partes, y no alcanza sino los primeros peldaños de la escala que junta el cielo á la tierra. No era posible que las modernas escuelas, casi todas contagiadas de positivismo, volviesen brusca y valientemente á la síntesis espiritual cristiana. Los genios mayores y menores regresan, mas por distintos caminos: pocos vuelven á Dios: muchos van en tropel á los altares de los dioses. Es ya el principio; en definitiva, deshechas las frágiles aras, hoy levantadas á la Musa helénica, seguirá su camino el arte cristiano, dueño de las lípidas formas de las edades clásicas y henchido del espíritu universal, profundamente humano y altamente místico del Cristianismo.

Además, la anarquía, fórmula práctica de todos los errores sociales, ha despertado á los pueblos con el trueno de la catástrofe; y al principiar ésta, los sabios y las turbas se han visto sin recurso para salvar del naufragio universal, y se han acordado de que existe Dios... Es admirable observar cómo los mismos heraldos del naturalismo y aun el gran burgués de Medán buscan en el obscuro horizonte un rayo de luz, y declaran que, para curar á la humanidad enferma y cerrar las

bocas del abismo que va á devorarla, hay que volver á las santas ideas, á las dulzuras del sermón del monte, á las idílicas narraciones evangélicas. ¡Que otra vez se bañe el hombre y se regenere en las aguas del Jordán! ¡que de nuevo se plante el sarmiento que da el vino que engendra mártires!

La sequedad naturalista, esa revolución que ha transformado los procedimientos del arte, acercándolo á la cirugía implacable, á la clínica de un hospital, provocó en estudiantes y letrados la pasión nunca extinguida por la belleza antigua, por la estatua griega, por las esbeltas y solitarias columnas del Partenón. Era una de las formas de la reacción contra las escuelas modernas, rebeldes al ideal. En las postrimerías del naturalismo, fermenta la levadura pseudo-clásica; y los dioses de Atenas recobran sus altares. Por otra parte, cansado el genio de la difusión de pormenores y de la esterilidad del análisis, torna á la serena concisión, á la estructura admirable de la literatura greco-romana.

Á esta luz de ocaso, en medio de tales decadencias y merced á imperiosas evoluciones del pensamiento humano, salieron á luz los *Yambos* de Carducci, los *Poemas* de Leconte de l'Isle; y cunden como pública dolencia y con la profusión de un mal, los *parnasianos, decadentes, modernistas* de París, la *Escuela del mármol*, como se llama arrogantemente este *Renacimiento* mal nacido.

¡Menguada suerte la de los hombres! que no puedan volver sino por partes, y desfallecidos y á tientas, á la verdad, al bien, á la hermosura limpia y esplendorosa. Las ruinas de una secta literaria viven tambien; y con ellas se construye el edificio de otras locuras, hasta que las aguas tornan á su cauce secular, cuando ha pasado la tormenta.

Cierto que muchos, sin detenerse en los altibajos de la reacción, sin despreciar lo aceptable que deja el naturalismo

y sin apelar en cambio á este Renacimiento de degeneración, ponen la cruz y los sillares del espiritualismo, en medio de las desolaciones de una literatura atea é implacable. Los poetas sobre todo, para quienes el naturalismo en su verdadero sentido significaría tanto como la muerte, cantan todavía, elevando las almas hacia las alturas ideales y á los cielos del espíritu. En la misma novela, género casi monopolizado por los positivistas, se da lugar á la virtud, sin considerar al hombre como un sér desgraciado, sujeto á la tiranía del medio social, al fatalismo de la herencia y todas las miserias de la carne. El padre Coloma ha derramado las aguas del bautismo en el campo de la realidad; y, utilizando mucho de la labor paciente de los naturalistas, ha demostrado que la fe y la honestidad caben en todas partes, que es obra de necios prescindir de ellas en empresa alguna; y que el arte y la novela no sólo deben estudiar el *hombre animal*, sido todo el hombre. *Pequeñeces* es un acontecimiento, no tanto por su valor literario, como por su importancia moral é histórica.

Ha llegado pues la época de transformación que el mismo Zola adivinaba: el acumulamiento de hechos menudos, lo artificioso y convencional, la inoportunidad de los detalles, todo esto dentro de una atmósfera gris sin cielo y sin sol, ha sido parte á que brote la simiente de la renovación del arte y de la verdad artística, en contra de la verdad naturalista. Y á tiempo que la pasión por las formas griegas estremece las almas líricas y soñadoras de la juventud, también el viejo espiritualismo aparece en la escena, con aires de triunfo definitivo. Y Paul Bourget, en *Tierra Prometida* y *Cosmópolis*, pulsa ya la cuerda del alma; y se aclara el horizonte entenebrecido con el carbón y el tizne de la grosera realidad, al mismo tiempo que Heredia esculpe sus *Trofeos* y cunde la música de las estrofas de Verlaine.

Pero, la *Escuela del mármol*, efímera y de transición, no corresponde á este siglo, no es la tienda en que debe descansar la humanidad en las jornadas del progreso. Peca como todo arte de imitación, por la falta de sinceridad; pues la arqueología no crea la vida ni engendra las formas puras y sanas de la naturaleza.

No es tampoco un amor verdadero á las edades clásicas el que ha producido tales ilusiones artísticas. Convencionalismo forzado y pesadez retórica es lo primero en estos ingenios, que se violentan á sí mismos. Ellas no son capaces de la poesía, que le hizo exclamar á un triste cantor de Cuba:

Mis tiempos son los de la antigua Roma
y mis hermanos con la Grecia han muerto.

No niego que el genio, capaz de maravillas, puede recomponer las edades viejas y amasar con cenizas la belleza de de otros tiempos. Se halla la hermosura en todo: que no es ciudadana de tal ó cual nación ni se radica más bien en una que otra edad; el numen como la luz se dispersa en los diversos cielos. Pero en las cosas artísticas como en todas las cosas humanas, hay lo bueno y lo mejor, lo fácil y lo difícil, lo oportuno y lo inconveniente. Primero búsquese lo adecuado, lo sincero; que eso es lo verdaderamente hermoso. La literatura arcaica es tan difícil, y aunque el genio triunfe en ella algunas veces, en cambio su triunfo no arrebatá á las muchedumbres; pues el arte no es extraño á las corrientes de la historia y debe participar de los calores de la civilización, vivir en la atmósfera de su edad y obrar eficazmente en el autor y la multitud, arrancando del medio social y del terreno los jugos vitales de la belleza.

En buena hora, consérvese el olor del vino de Grecia: las

conquistas de la inspiración son eternas, y sería irreverencia y absurdo romper los vasos clásicos que cincelaron admirables artífices. Mas, trasladar el alma, los dioses y la esencia misma del viejo Parnaso á estos tiempos, en que la humanidad es diversa y complicada, vale tanto como querer fabricar casas con las reglas de Estrabón y construir *vías romanas*, en vez de ferrocarriles y telégrafos.

Esa literatura retrospectiva, como esfuerzo de recomposición, como obra de paciencia y de anticuaria, será curiosa y bella: aún más, es tolerable (porque nada debe escomulgarse en el terreno de las artes); pero formar sobre ella una filosofía, fundar cánones y escuelas de propaganda, etc., es empresa frágil y vana; y la juventud que hoy se abraza á los mármoles griegos, prófuga de la civilización moderna, naufraga del arte, es una loca. Toda esta estructura esquisita de los nuevos ídólatras de la forma, pasará como pasan las manías y las sectas. Poesía que se inspira en el recuerdo, que busca calor en un sepulcro, no puede tener vida, porque no es sincera, procede del hastío de una generación enferma y estragada por los abusos del análisis y las inclemencias de la filosofía fatalista. Los antiguos sintieron lo que escribieron, y una tragedia de Esquilo tanto como un epigrama de Marcial fueron profundamente humanos, porque eran hijos de la ingenuidad y del calor natural del alma. En cambio, los poemas del nuevo Parnaso son nada más que una protesta contra las degeneraciones del arte moderno, y constituyen una enfermedad, con la que se quiere curar otra enfermedad.

La crítica los ha calificado ya: son los literatos de la decadencia; pulen y limpian la epidermis de la forma; se refugian en las nimiedades de la corrección clásica, incapaces de arrancar de cuajo el árbol del mal y de crear los organismos enteros y robustos de las edades en que calienta la fe y no cunden

los desfallecimientos y el *nirwana* de la duda; ya se pierden en los laberintos de la imagen; ya deslíen los colores sobre el lienzo en tintes y matices sin vigor; ora derraman palabras sonoras de vago sentido, formando una música sin trabazón y concierto; ora pulsan la nota personal é íntima sin el calor del sentimiento; á veces se refugian en las sacras montañas de Grecia; á veces cuelgan el nido en los minaretes de una mezquita, ó en los oscuros follajes del Ganges. Todo esto significa el malestar, la dolencia intensa del espíritu, las variaciones sobre un mismo lecho de dolor; lo falso, lo convencional, lo efímero. Estamos pues en un período de transformación dolorosa, en el ocaso de un día intelectual: de ahí esas *orgías* del pensamiento, el arcaísmo, la incoherencia, el desequilibrio moral y literario.

Es el arte del tedio, la fórmula dorada del hastío. Parece que, en el desorden del banquete, se blasfema, se canta, se ama y se maldice, todo á un tiempo. Se busca lo raro, lo exótico, lo extravagante; las imágenes van tomando un color chillón y la forma un dejo amanerado. Acuden de todas partes, del Japón y de América, de Inglaterra y Bélgica, los jóvenes que tratan reformar la literatura, formando un concierto cosmopolita. Sienten la necesidad del ideal, lo buscan en el envenenamiento del absintio y en las convulsiones de la neurosis.

Ya el distinguido novelista M. Julien Vieaud (Pierre Loti) anunció la invasión del nuevo «género decorativo, ligero y espiritualmente ridículo, que tiende á dominar en Francia, en esta época de decadente imitación...» (1) Género frívolo, de artificio retórico y de prestados colores, inspirado en el cosmopolitismo, hijo de la desconfianza de espíritus incapaces de comprender la sencillez y blando ministerio del arte.

(1) M. Chysantème.

La energía da vida á las grandes obras, sólo la fuerza produce las obras inmortales. Los cuentos, trofeos, odas y *adorable* prosa de esta generación sin vigor y lozanía, ocupará lugar humilde en las antologías. Y deplorará siempre la crítica el que talentos como el de Silvestre, Copeé, Lemaitre, Méndez, hayan aceptado los procedimientos de las escuelas de epicurismo y jansenismo literario, que sin contradecirse y en amigable consorcio, habitan el alborotado Parnaso, en estos días penosos, en que el siglo se inclina al sepulcro, en los estredecimientos de la epilepsia y la embriaguez.

El espiritualismo se anuncia, ciertamente. Un misticismo extraño, simpático á veces, eleva á esos artistas á la luz y á la serenidad del cielo; con todo, á vueltas de postrarse ante la Virgen María, los poetas nuevos se pierden en las encrucijadas de un burdel. No les pidáis lógica: no tienen más lógica que sus impresiones, ni más fin que atraer por lo fenomenal y lo raro al pueblo, cansado de las podredumbres de la realidad.

En las entrañas de ese misticismo, hay, para ventura de la humanidad, mucho de sano, principalmente en las más serias manifestaciones del espíritu, en la filosofía, en la ciencia. Son vientos de regeneración los que soplan del lado de Francia, sobre la tierra diezmada por la peste y asolada por la canícula del materialismo.

Mas no porque los ingenios de la decadencia constituyan las primeras avanzadas de la restauración literaria, hemos de remedar sus quejas y blasfemias. Merecen excusas; traen en su cabeza quizá la locura del bien; en el fondo de su alma, á no dudarlo, fermenta y rompe la envoltura el germen de la idea cristiana. No obstante, no son los modelos, ni esas enfermedades artísticas se han de aceptar como evoluciones naturales del espíritu humano.

Á su tiempo, ya lo he dicho, vendrá la reacción definitiva, y se edificará otra vez sobre las ruinas. Y entretanto los neo-místicos son apenas los alborotadores del idealismo, los motineros de la literatura, que entran á la viña del Señor... para *emborracharse*, como tan graciosamente escribe *Clarín*.

Entre todos los artistas de la decadencia, los más desgraciados, á pesar de su talento, son los pseudo-clásicos. La revolución romántica dió en tierra con la rigidez de los preceptistas y abrió las fuentes históricas, las crónicas medio-evaes y el amplio horizonte moderno. Nadie negará los servicios que el arte debe por ello al romanticismo.

Y bien: ahora, cuando ha triunfado la libertad artística y cuando cumplía entrar en el alma de la edad contemporánea, para cantar el progreso, vaticinar los excelsos destinos de la humanidad, llorar sobre las ruinas, lanzar los anatemas del bien contra los perversos y tornar á la sencilla y admirable naturaleza, ¿no es puerilidad encender en las cenizas del templo helénico las apagadas brasas? Los parnasianos, como aquel loco que describió Baudelaire, se abrazan al mármol de Venus, interrogan á la callada diosa, que indiferente mira no sé qué, con sus fríos ojos de mármol...

II

Los criollos, escribió el autor de las *Flores del mal*, no pueden ser nunca originales, ya que, por raza, por temperamento y por la lógica de su inferioridad, son siempre tributarios é imitadores.

Este hecho, que tiene mucho de verdad, se observa en esta América ayer independizada. No hay escuela por extravagante que sea que se forme en Barrio Latino ó en las tertulias literarias de París, que no pase acá, para formar el género ultra-

marino; género fastidioso y pesado, que en Europa se detesta, como el hombre detesta al mono, por la ridícula semejanza que tiene con él.

Los parnasianos de hoy, como los antiguos románticos y los nuevos naturalistas, están ya en América; y en la hermosa lengua de Castilla y bajo el cielo de los trópicos, cantan los vates pseudo-clásicos, desafinando lastimosamente en el concierto de estas nacientes civilizaciones. ¡Cuán mal chilla la cigarra ateniense bajo el ombú de la pampa y á la sombra del tamarindo que descuella junto á los grandes ríos del continente!

Ya ingenios superiores se han inclinado al yugo extranjero; la *Escuela del mármol*, el *estilo de mármol*, es decir lo inverosímil, lo arqueológico enamoran á jóvenes de gran talento, capaces de concurrir á la magna empresa de formar la patria literaria, que nace del suelo, dentro del aire y al amor de la luz de cada país, sin que corten el paso al arte sincero y genuino las servidumbres del ingenio y la sujeción á sectas nacidas en el lodazal de la duda europea. En naciones adolescentes son un anacronismo las decadencias del arte, la somnolencia mística de la India, las voluptuosas danzas de Grecia, los ensueños de Stambul, la dulce inercia de las tiendas árabes.

En Centro América se halla la sucursal; y con distinguidos poetas á la cabeza, la familia de parnasianos y decadentes se extiende ya; y lo que antes fué un punto en el horizonte es nube que inclina sus alas hacia el Sur. La Grecia falsa y pequeña del Carnaval de París, todavía más desfigurada por Rubén Darío y Justo Facio, invade los cafetales de Nicaragua y avanza por la pradera venezolana. "Son las pléyades de escritores nuevos americanos, que imitan á los modernistas de París del modo más servil, desmañado y cómico que cabe

imaginar», según lo declara con tan buen sentido Clarín; cuyo gusto y cabal juicio nadie negará, sobre todo cuando el crítico insigne trata de cosas literarias que no se mezclan á los asuntos políticos de su patria.

Y comienzan los inocentes criollos sus monerías literarias. Impresionistas con Verlaine, modernistas con France, idólatras de la palabra con Catulle Méndez, visten á la moda, á la moda de París; y rompiendo con las tradiciones de raza, saliendo fuera de la evolución natural que forma la literatura patria, renegando del hogar y los altares de la musa castellana, constituyen una verdadera amenaza para el arte, para el arte sincero y francamente original, que ya con aliento se abría camino en las repúblicas americanas.

Enamorado de la limpidez de las formas, el más clásico de los *regeneradores* de Centro América, quizás el que más ha comprendido el arcaísmo y los deberes del oficio, tal vez el que ha conseguido trasladar algo del aliento de Grecia al verso castellano, Justo Facio, se encuentra á la cabeza de la legión. Sin embargo, la serenidad de la concepción y la hermosura de la estrofa no son parte á ocultar los defectos de escuela, la frialdad, la insípidez de una musa que no encuentra aire respirable bajo las palmeras de Costa Rica.

Rubén Darío, personalidad literaria simpática, talento original, genio en el que concurren la brillantez del color y la facilidad del ritmo; con todo, pudiendo hacerse imitar, si siguiera su propio camino, prefiere reunir en sí todas las extravagancias del arte degenerado de su siglo. Decadente ó pseudo-clásico, amanerado, oriental, heineano, sus obras, ora platos japoneses de colores rabiosos, ora torsos antiguos desfigurados por el descuido y el desenfado, pasarán á la patología literaria, como triste ejemplo de los abusos de la imitación y los estragos del contagio. Con justicia sorprendieron á Valera

esos pequeños poemas sobre las Estaciones, cuadros henchidos de originalidad y de vida. Y ya desde entonces, el culteranismo había enloquecido al autor de *Azul*, quien se dió á poco al trato exclusivo de la decadencia literaria de París. De aquí sus poemas semi-japoneses, sus *lieds* en prosa, sus versos orientales de una sola cuerda. Ciegan el iris y la luz, admira la profusión de imágenes, la selección en las rimas y el encanto y la música de la palabra: más á la librea del esclavo afea esas obras, que no tienen la cara fresca y lozana de la originalidad, sino los colorines de una careta. Desgracia para las letras sería la pérdida total de este ingenio peregrino, que, á apoderarse de otro sistema y libre de la consigna de secta, escribiría gallardamente, colocándose entre los primeros creadores de la poesía americana. . .

Al poeta de Nicaragua sigue en importancia y sobrepuja en esfuerzo de imitación el salvadoreño Francisco Gavidia, que ha acabado por hacerse parnasiano y de los más exagerados de la escuela. Manejando la versificación con maestría, diestro en la disposición de partes, conservador del viejo lenguaje poético; no le impresiona por desgracia la espléndida naturaleza que le rodea, y en las maravillosas selvas de la Patria, ve surgir la tropa de los dioses griegos, á Adonis y á Venus, á Psíquis y al Amor.

En Cuba, en donde la influencia francesa ha sido siempre decisiva, Julián del Casal, temperamento original, alma de gran poeta, también emprendía en la poesía retrospectiva y pagana, desviándose de sus paisajes y cuadros de tan vivo color, cuando la muerte le arrebató á la gloria.

En Venezuela, patria de la primera cultura, nación genuinamente castellana, tierra de Bello y de Baralt, han hecho entrada triunfal las escuelas francesas, las formas todas del naturalismo y las decadencias del arte. Sobrepujando en mu-

cho á los mismos maestros de Europa, Gabriel E. Muñoz, lanza, palpitante de emoción, ebrio de ritmo é inusitadas cadencias, su famoso *Himno de las Bacantes*; audaz tentativa de trasplante del arte helénico al idioma castellano. Se siente el aliento de la embriaguez lasciva, los movimientos de la danza y el desorden de la sagrada orgía...

¡Orlad la sien de pámpanos
y de vetusta hiedra!
quemad perfume asiático
sobre el altar de piedra,
como tributo férvido
de ardiente adoración!

Marchad, bellas canéforas,
marchad, nobles matronas!
sacerdotisas, ménades,
tejed, tejed coronas
con el ramaje pródigo
de la fecunda vid.
Y en el desorden báquico,
con el furor divino,
de las repletas ánforas
el sacrosanto vino
bebed con labios ávidos,
bebed hasta morir!

Después en danza adónica
lucid vuestra belleza,
y admire el pueblo estático
la gracia y gentileza,
cuando rasguéis la púrpura
que abriga el corazón...

En otros poemas, en varias de sus Helénicas, menos vigoroso, decae, por defecto del género, no por falta de talento. Este joven, ya consumado artista, podría ser y no es rara suerte de llevar consigo hasta un séquito de reyes; y los po-

bres criollos, por grandes que sean, prefieren las migajas de Daudet ó Ibsen á sus propias impresiones y á la santa y fecunda libertad del arte.

Á estos astros de primera magnitud, siguen, en prosa y verso, otros jóvenes americanos; y ya avanza hacia el Sur la invasión ultrapagana, cuando menos lo esperábamos. En el Perú, donde hay mucho del aire y del cielo de Atenas, Martínez Luján se ensaya, aprendiz de la escuela; y no será maravilla que á poco veamos salir, en las Liras y Parnasos sud-americanos, todo el Olimpo y un bosque entero de faunos y nereidas. Y así, este arte imposible impediría el desarrollo armónico de la literatura nacional... ¡No lo quiera el cielo!

III

Para patentizar los defectos de esta poesía y la imposibilidad de que se naturalice en América, vayan algunas muestras.

Justo A. Facio, autor de bellas estrofas á Grecia, cuyas hermosas islas mira en el mar azul, dispersas como un collar de perlas, el poeta que esculpe el mármol en sus versos, como dicen sus admiradores, desperdicia sus grandes facultades de artista en poemas hermosos, pero helados.

Es tipo del género su composición intitulada

MÁRMOL GRIEGO

Brilla en su rostro de Hebe
la juventud eterna de las diosas,
y matiza su carne como nieve
la sangre de las venas de las rosas.

Ajenos á la queja,
en sus labios de adelfas en capullo,
su voz mundana solamente deja
ternuras semejantes al arrullo.

Su imagen que fulgura
no inspira al alma tentador empeño,
pues recorre su cándida hermosura
la placidez radiosa del ensueño.

En sus dulces pupilas,
asilo de las sombras encantadas,
reposan inocentes y tranquilas
como negras palomas las miradas.

Es negra su corona,
y en relucientes ondas el cabello
con oscuros anillos aprisiona,
como serpiente de ébano, su cuello.

Su aliento adormecido
rinda su seno en curvaturas suaves,
como esponjan ocultas en el nido
el dorso blando voluptuosas aves.

El beso que convida
con ardiente placer al alma loca,
en ignorada languidez anida,
como inerte crisálida, en su boca.

Bajo puro destello
su noble encanto de mujer encierra,
la fría pesadumbre de lo bello,
que no fecunda el soplo de la tierra.

Mas, tiene delicada
el ímpetu de fuerza contenida,
que, al conjuro tenaz de la mirada,
hace en el mármol palpitar la vida.

Es para el alma ansiosa,
al amor avezada y al desvelo,
hermosura que sueña y que reposa,
con los sagrados éxtasis del cielo.

Así por modas raros
llevar parece entre sencillas galas,
sobre su torso helénico de Paros
el estímulo incierto de las alas.

Pero aun, así perdida,
deja en las almas que sujeta el suelo,
como una vaga sensación de vida
con ternuras y ráfagas de anhelo.

Rubén Darío, oriental, africano, pero siempre á la francesa, es también helenista de segunda mano. Canta así de

LEDA

El cisne en la sombra parece de nieve,
su pico es de ámbar, del alba al trasluz;
el suave crepúsculo que pasa tan breve,
las cándidas alas sonrosa de luz.

Y luego en las ondas del lago azulado,
después que la aurora perdió su arrebol,
las alas tendidas, el cuello enarcado,
el cisne es de plata, bañado de sol.

Tal es cuando esponja las plumas de seda
olímpico pájaro herido de amor,
y viola en las língas sonoras á Leda,
buscando su pico los *labios en flor*.

Suspira la bella desnuda y vencida,
y tanto que al aire sus quejas se van,
del fondo verdoso de fronda tupida
chispean lascivos los ojos de Pan.

Gavidia, artista de verdad, capaz de descifrar el idioma de la naturaleza, desperdicia también en futilidades de mitología retrógada sus dotes de excelente poeta. Ved aquí algunas estrofas de su poema *Psiquis y el Amor*:

Canta la alondra. Trémula cortina
vela el azul con su indecible gasa;
y es el alba, y la estrella matutina
irradiando, purísima, traspasa
la negra ondulación de la colina.

La hoja temblando en los laureles gime;
viene del mar el errabundo alisio
que un beso frío en la arboleda imprime;
y en la gran noche que á la tierra oprime
se ensancha nacarado frontispicio;

Y en él penetra el desposorio alado:
de la deidad el cuerpo delicado,

de que el marfil del África es remedo,
suspende el gran efebo apasionado. . .
y la diosa sonriendo con insania
que el deleite y el éxtasis aduna,
tiende sobre sus formas de Titania
un velo de fulgor de luz de luna. . .

.....
Cuando su leve cuerpo diamantino,
flor de aquel sacro monte, libelula
de cándido vapor, lirio argentino,
forma de luz, como la estrofa ondula—

La Venus de la asiática floresta,
la Calipiga del bosque sirio,
que impacienta los leones en la siesta
y pone á los bacantes en delirio.....;

Deshoja airada entre las verdes ramas,
faunesa enorme á quien embriaga el Mayo,
su corona de pámpanos y lamas,
y clava en Psiquis su mirar de rayo.

Y la diosa prolífica, siniestra
clama al sagrado Olimpo con sus voces:
—¡Psiquis ahoga en su divina diestra
Á la madre del mundo y de los Dioses!—

Todo esto, á vueltas de arranques de verdadera inspiración, no impresiona, es fría ceniza, repetición pálida de olímpicas impudicias, que el genio antiguo supo cubrir mejor con el cendal del arte, y sin los tropiezos de la obscuridad y del amaneramiento.

Bastan dos estrofas del *El Canto del cisne* de Gabriel E. Muñoz, para demostrar que el poderoso autor del *Himno de las Bacantes* no acierta sin embargo á trasladar la miel ática á sus *aprendidos* versos:

¿No conocéis mi nombre?
Soy el poeta griego,
que con el alma henchida
de misterioso fuego

engalanó su frente
 con el laurel divino,
 y ante el altar de Cipris
 cantó el amor y el vino.

Yo soy Anacreonte,
 el vate de las dulces
 canciones voluptuosas...
 Con mirto ornad mi pecho,
 ceñid mi sien de rosas....."

Julián de Casal, haciendo excepción en sus apreciables ensayos de poesía local, celebra así á

VENUS ANADIOMENA

Sentada al pie de verdinegras moles,
 sobre la espalda de un delfín cetrino,
 que de la aurora el rayo purpurino
 jaspea de brillantes tornasoles;

envuelto en luminosos arrebales,
 Venus emerge el cuerpo alabastrino,
 frente al húmedo borde del camino,
 alfombrado de róseos caracoles.

Moviendo al aire las plateadas colas,
 blancas nereidas surgen de las olas
 hasta la diosa de ojos maternales,

llevando entre las manos elevadas,
 nívicas conchas de perlas nacaradas,
 ígneas ramas de fúlgidos corales.

La canción de la noche es una poesía de Domingo Martínez Luján, peruano. Está ya á las puertas de la patria de Olmedo el Renacimiento centro-americano:

Dame la lira,
 esa que vibra cuando Venus pasa,
 esa de cuerdas *con tensión de nervios,*
 que vierte notas con *temblores de almas.*

Dame esa lira, concubina mía,
 que cantar quiero, y en mi vaso escancia
 el vino rojo, que parece sangre,
 y mientras canto y bebo, bebe y baila (!!)

Venga la Musa

á refrescar mi cráneo con sus alas,
 no la que en medio del social tumulto,
 imita á Orfeo cada vez que canta;
 sino la Musa de *mirar lascivo*,
 de ebúrneo seno y de flotante falda,
 que en el *festin de los paganos dioses*,
 apura el néctar de las copas áureas.....

¿Este arte de cementerio clásico, oxidado por la humedad de tantos gloriosos siglos, traerá fama á los americanos? Es progreso ó retroceso el que nos ofrece la *Escuela del mármol*, que tiene su sede en Centro-América?

Es deplorable observar cómo la locura mitológica y el gusto depravado cunden, multiplicando sutilezas y extravagancias rimadas: no son únicamente los caprichos de escuela, vamos á la catástrofe de la poesía y de la literatura.

Don Felipe Estrada describe el hermoso Mayo, con colores de almagre:

Surgieron de los nidos torrentes de dulzura
 y olores tropicales las rosas derramaron:
tañó Apolo su lira, y en breve la espesura
selvática y las fuentes de genios se poblaron.

Y las *desnudas ninfas*, *las faunas*, *las bacantes*,
 los *sátiros* lascivos y el *músico dios Pan*,
 con flores adornaron sus lúbricos semblantes,
 y asidos de las manos en loca danza van.

.....

Este es un clasicismo verdaderamente realista y de uso corriente. Si se generaliza el mal, la narración, la descripción, hasta la simple charla serán qué oportunas, y tan sinceras! La

naturaleza volverá á animarse con dioses y genios como sa bandijas, la vida será algo como un ensueño de gnomos, y la literatura, la respuesta del antiguo oráculo, que hoy nadie acierta á comprender.

Vamos cerca de cambiar de religión. Ya en Curazao, colonia holandesa, reza así un retórico devoto (1) á Venus:

"Alma, Venus, Reina mía, quiero aspirar los nardos de tu aliento. Eres *casta y única entre las vírgenes*, como Orión entre las *consteladas rosas del cielo*. Pura eres y sin *mancha de contacto*. Tu rostro es un esplendor del azul éter.

"Alma, Venus, Reina mía, voy á tañer el arpa del amor.

"Yo escuché á los *perlados rayos* de la luna las ondas plateadas y armoniosas y oí el grito de las *almas increadas* en la voz de las *brumas neblinas*, más allá de los pálidos horizontes..."

¡Y basta! Estas necedades que se leen en diarios y periódicos, más bien que al paganismo van al absurdo, al cataclismo del arte, al naufragio, hasta el simple sentido común.

¡Ah! si pudieran hablar las viejas sombras: Esquilo y Sófocles, Virgilio y Horacio cómo aplastarían á estos profanadores inverecundos del sagrado Parnaso. ¡Cómo mandarían á los poetas, del trópico y fuera del trópico á su selva conocida, persiguiéndoles con látigo de vengadoras serpientes!

IV

Repito: que no condeno la libertad, en virtud de la que el genio pretende resucitar la fisonomía de otras edades. Lo que es deplorable, á mi juicio, es hacer secta y escuela de este arte retrospectivo; y hacerla en América, donde lo que nece-

(1) Abraham López Penha.

sitamos es renegar de la imitación y desencadenar la literatura de las influencias de secta.

En todos tiempos, desde el portentoso Renacimiento del siglo de León X hasta el de Luis XIV, y desde Luis XIV hasta Goethe y Schiller, Byron y Shelley, la pasión por la hermosa antigüedad ha desequilibrado muchos cerebros. Aun más, merced á los milagros del talento, ha levantado monumentos de pura y singular belleza. Pero nótese cuán distantes se hallan esos grandes hombres de los de la secta moderna: el clasicismo de Corneille, el helenismo sutilísimo de Heine, el tumultuoso y desbordado de Byron fueron tales y tan sinceros que no perdieron esos asombrosos poetas nada de su originalidad y propia fisonomía al vaciar las ideas nuevas y las rebeldías de su grande espíritu en la turquesa antigua; y antes bien el metal hirviente del genio se desbordó, formando así una mezcla seductora de lo antiguo y lo moderno, que constituye el carácter propio de aquellos escritores; cuyo tipo, Goethe, es una estatua griega animada por el espíritu y el genio de su siglo.

Los mismos helenistas de Europa, los parnasianos de primera magnitud, Leconte de l'Isle, Carducci, Valera ó Menéndez Pelayo conservan su carácter y libertad de artistas. Además hay cierta relativa sinceridad en sus poemas, porque han bebido en sus fuentes la bella antigüedad; y el mismo desencanto de las rudezas y vulgaridades de la edad contemporánea ha contribuído á que su pasión por Grecia, eterna madre de las letras, sea racional y profunda.

Fácilmente se acierta que, al reprobar esta degeneración literaria, no es mi ánimo comprender en ella todo lo que de Grecia y Roma, como de cualquier pueblo ó literatura antigua, se comprende en lo que se llama el arte histórico, la poesía histórica. Trasladar los cuadros y escenas del pasado,

dar vida á los muertos ilustres, recomponer las civilizaciones con la magia de la inspiración, es una de las mayores empresas del espíritu humano. Así es como el arte, auxiliar de la historia, no reconoce límites á su inspiración y ve con una sola mirada todos los horizontes.

Es condición del espíritu, enamorarse de las pasadas cosas, y el recuerdo engendra en las almas la tierna melancolía y el ensueño poético. En la tradición, en las viejas leyendas, en el polvo de las ruinas, encontramos la anhelada hermosura, que nos da su cita en las distantes edades.

Esto es propio del corazón humano y palpita en el fondo y en la superficie de las bellas artes: lo antiguo prolonga sus rayos y su crepúsculo misterioso sobre el tiempo venidero, y el numen prefiere entregarse á la penumbra de las memorias, más bien que al vuelo incierto y peligroso en los futuros tiempos...

La Leyenda de los siglos de Víctor Hugo es ejemplo de lo que dejo expuesto. Aquellos magníficos cuadros que copian grandes y diversas escenas de la historia son prueba del poder de la inspiración, que recorre las épocas y los pueblos, estudiándolos en el instante supremo y trasladándolos al lienzo, vivos y palpitantes. Compárese la *Leyenda de los siglos* á cualquier poema seudo clásico, y se notará la diversidad de la poesía histórica, la gran poesía como lo apellidada Thiers, respecto de las obras muertas del clasicismo contemporáneo. Víctor Hugo domina los tiempos, entra á saco las antiguas bellezas, aprovecha los primores de todas las escuelas, y como un triunfador, hombre siempre de su edad, trae al teatro de ésta los sucesos y las cosas de la historia, en un poema grandioso y universal. Arte decadente, el de los parnasianos, simplemente retrospectivo, tiene la frialdad del plagio y la humillación de la copia: es una moneda vaciada ayer, un vaso

cincelado hoy; y que pretenden engañar como primores desenterrados en las ruinas de Pompeya. Es la mentira, en el terreno de la moral, y lo inverósimil en las artes.

Á estas legítimas expansiones no se entregan los pseudo-clásicos. Antes que servidores del gran arte histórico son creyentes de religiones muertas, renegados de su hogar y de su casa, que se empeñan en animar las frías cenizas de un culto imposible ya en estas alturas del tiempo.

De las viejas literaturas quedan la forma, la imagen pura, la crisálida inmortal de la belleza: y pasa aquella parte litúrgica y falsa, incorporada al culto de deidades, sobre las que cayó el polvo de muchas generaciones. La perenne herencia de Grecia es su plástica admirable, la serenidad y armonía de la composición y el ritmo de la palabra. Pero los dioses, las farsas, los juegos, lo fugitivo, lo exclusivo de aquella remota edad, ya no impresiona al hombre moderno, que sigue la luz de otros ideales.

Por otra parte, los helenistas antiguos, los horacianos de todos los tiempos, los imitadores de Virgilio y de Teócrito tuvieron en sus obras intención harto inocente (1). Fray Luis de León ó Villegas, Garcilaso ó el almibarado Batilo, J. B. Rousseau ó Fenelón se esforzaron en copiar los modelos,

(1) Don Juan Valera canta así, y eso á propósito de la *Resurrección de Cristo*:

Pobre linaje humano!
 aborreces la luz, y amas la obscura
 niebla del Averno.
 ¡Los númenes por tí luchan en vano!
 Inexorable Némesis la dura
 sentencia cumple del Destino eterno:
 á ceguedad y llanto te condena;
 el combate te ofrece á la cadena,
 con rabia vengadora
 las entrañas del hijo de Climene
 en la cima del Cáucaso devora. . .

procurando la fidelidad de la copia, en un juego, bien que un tanto difícil y á veces estéril. Mas ellos no intentaron convertir todo el arte en arte retrospectivo ni tuvieron el reprochado fin de animar el Olimpo, resucitar sus dioses y adorarlos. En épocas de tanta fe, aquello era locura, y los torneos del clasicismo no pasaban de las aulas, amén de que carecían de pretensiones exclusivas, de objetos ulteriores y de fines literario-religiosos.

Los parnasianos de hoy, hijos de la duda, hambreados, tristes, ansiosos de una religión y de un arte que ya perdieron, se asilan en el panteón de los dioses, para entonar himnos extraños, con una sinceridad forzada y con el depravado intento de renovar las tantas veces fracasada empresa de edificar el templo de Venus sobre el Calvario; sagrado monte, al rededor del que se extienden los pueblos modernos, hasta tocar los confines del tiempo.

De las rebeldías filosóficas del siglo XVIII, de entre las heces del banquete de tantos sabios arrogantes, á la luz de las siniestras antorchas de la matanza revolucionaria; al mismo tiempo que se ensayaba la elocuencia tribunicia y se remedaba la república romana, también Andrés Chenier evocaba las divinidades de Grecia, pulsaba mejor que todos sus imitadores del siglo XIX la lira helénica y cincelaba el estilo de mármol... Después de las tempestades fecundas del romanticismo, después de la reacción naturalista, la sombra del malaventurado Chenier asoma, con el laurel de Apolo y sobre el cadalso glorioso... ¡y la familia clásica que se creyó muerta brota de nuevo, más vigorosa en su degeneración y con las señales patentes de menguado atavismo!

REMIGIO CRESPO TORAL

(Continuará)





ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO



NÚMERO PRIMERO

	PÁGS.
Assis Brasil (J. F. de).—¿Deben los militares votar y ser elegibles?.....	53
Amunátegui Reyes (Miguel Luis).—Vocablos estropeados.....	59
Bañados Espinosa (Julio).—La Ciencia Política.....	79
Caro (Miguel A.).—La gallina chasqueada.....	26
Campo Yávar (Manuel del).—Fatalismo.....	38
Calcaño (Julio).—La literatura venezolana contemporánea.....	7
Echeverría (Alejandro P.).—Dos cartas abiertas.....	45
Gómez Carrillo (Enrique).—Villiers de L'Isle Adam.....	27
Icaza (Francisco A. de).—La crítica contemporánea.....	93
Mansilla (Lucio V.).—Historia de un pajarito.....	71
Palma (Ricardo).—La misa negra.....	40
Valderrama (Adolfo).—Dos cartas abiertas.....	45
Valledor Sánchez (Joaquín G.).—Caída de tarde.....	78
Notas bibliográficas.....	91
Libros nuevos.....	112

NÚMERO II

Barra (Eduardo de la).—La crítica de la hormiga.....	155
Barriga (Juan Agustín).—Cantos de Calixto Oyuela.....	172

	PÁGS.
Calcaño (Julio).—La literatura venezolana contemporánea (conclusión).....	113
Fernández Montalva (Ricardo).—En la casa de locos.....	186
Hurtado y Arias (Enrique G.).—Mater dolorosa.....	188
Icaza (Francisco H. de).—La crítica contemporánea (continuación).	202
Pardo (Miguel Eduardo).—Manuel del Palacio.....	194
Rodríguez Velasco (Luis).—¿Por qué...?.....	170
Valderrama (Adolfo).—La histórica.....	139
Vicuña (Ángel C.).—El Tequendama.....	159
Notas Bibliográficas.....	221
Libros nuevos.....	224

NÚMEROS III Y IV

Ambrogí (Arturo).—Clara.....	310
Assis Brasil (F. J. de).—El voto público, el voto secreto y el voto obligatorio.....	225
Barra (Eduardo de la).—El vaso roto (de Sully-Prudhomme).....	230
Caicedo Rojas (José).—Nuevos recuerdos de Calcaño.....	286
Calcaño (Julio).—Policarpa Salavarrieta.....	276
Cabello de Carbonera (Mercedes).—Nicanor Bolet Peraza.....	232
Crespo Toral (Remigio).—Los parnasianos en América.....	359
Darío (Rubén).—Canciones de España.....	305
Gómez Carrillo (Enrique).—El «Romersholm» de Ibsen.....	338
Valderrama (Adolfo).—¡Mala noche!.....	297
Vásquez Guarda (Efraim).—Pequeñeces.....	252
Vicuña (Ángel C.).—El Tequendama.....	239

LIBROS NUEVOS

CHACÓN (Jacinto).—*La Moral del Evangelio*, Santiago de Chile.

MUÑOZ HERMOSILLA.—*La enseñanza de la lengua materna*, Santiago de Chile.
Revista Sud-Americana (ilustrada), Buenos Aires.

SEEBER (Francisco (a) Dingschirchen).—*De Buenos Aires á Santiago*, Buenos Aires.

BARAHONA VEGA (Clemente).—*El Brasil en la Exposición de Minería y Metalurgia*, Santiago de Chile.

